



El retorno a la vida literaria de Eleuterio Aria

Joaquín Moreno Aguilar



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

El retorno a la vida literaria de Eleuterio Aria

Joaquín Moreno Aguilar



**UNIVERSIDAD
DEL AZUAY**

Casa
Editora

Francisco Salgado Arteaga
RECTOR

Martha Cobos Cali
VICERRECTORA ACADÉMICA

Jacinto Guillén García
VICERRECTOR DE INVESTIGACIONES

Toa Tripaldi Proaño
**DIRECTORA DE COMUNICACIÓN
Y PUBLICACIONES**

Oswaldo Encalada
CORRECCIÓN DE ESTILO

Santiago Neira Ruiz
Departamento de Comunicación
y Publicaciones
DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO DE PORTADA

Imprenta Digital
Universidad del Azuay
IMPRESIÓN

ISBN: 978-9942-778-71-0
e-ISBN: 978-9942-778-74-1

Cuenca - Ecuador
Marzo de 2019

El retorno a la vida literaria de Eleuterio Aria

Joaquín Moreno Aguilar

Primera edición

A Carmen María,
Carlos Joaquín, Juan Bernardo,
María Verónica,
Juan Bernardo y Natalia Sofía

Este libro fue escrito para que usted ría.

Al menos un poco.

Si tiene rabia es su problema.

A manera de introducción:

– “Pero, si usted me dijo que estaba escribiendo una obra de humor negro para sacarse el clavo de la crítica a su “Edipo en la Encrucijada”. Hasta me dijo que había tomado el nombre de la obra tan conocida de Elliot, “Criticar al crítico”, me dijo...

Me interrumpió, categórico, mientras noté que se preparaba para salir con un salto en un pie y abriendo inmensamente los brazos hacia nuevos horizontes. Me dijo:

¿Sabe, estimado amigo? Le agradezco todo lo que ha hecho por mí, pero he decidido que mi fuerte no es el humor. ¡He decidido iniciarme en la literatura erótica!

Fin

Párrafos finales de: “La fructífera vida literaria de Eleuterio Aria”.

El Retorno a la Vida Literaria de Eleuterio Aria

Cuando Eleuterio decidió abandonar la literatura humorística por considerarla un género muy difícil, pensó que podría realizarse creando narraciones eróticas.

Luego de sus primeros intentos encontró que tenía un gran problema: su poca experiencia vital en ese campo.

Sus limitaciones se comprenden si se narra una escena de su vida matrimonial.

Eleuterio, en un cálido mes de mayo, contrajo felices nupcias con doña Perpetua Filarmónica Anchundia y Anchundia, una distinguida y, no hay por qué ocultarlo, bastante robusta matrona manabita.

Doña Perpetua Filarmónica, nacida y vivida en la bella provincia ecuatoriana tenía mucha experiencia de la vida y tenía un gran olfato.

Para nuestra historia lo que importa no es que este agudo sentido le permitía percibir si se estaba quemando la salsa prieta desde aproximadamente ochenta y cinco metros (una cuadra) de distancia, sino ese otro -intuición femenina lo llaman algunos- que le posibilitaba conocer con mucha anticipación cualquier intento de aventura amorosa de su querido marido morlaco.

Por ello, cuando Eleuterio tan solo pensaba en comenzar una promiscua vida sexual que -según él- estaba absolutamente justificada y que era además indispensable para tener éxito en la literatura erótica, sucedió lo siguiente. Lo cuento tal y como mi punto de vista de narrador omnisciente lo permite.

Era otra vez el mes de mayo, mes del amor, según parece, y nuestro protagonista silbaba como un jilguero mientras pasaba por su rostro una y otra vez la cuchilla de afeitar pensando que, en ese preciso día, sus pacientes y creativos esfuerzos para seducir a N.N. (Omitimos el nombre porque era una mujer casada) iban a dar sus primeros frutos: la susodicha le había ofrecido darle un BESO. Las mayúsculas indican que no se trataba de uno de esos sencillos

roces de labios, sin babitas ni nada, sino de un BESO “como debe de ser” (sic) con lengua y todo y manos en las respectivas nalgas.

Por eso silbaba. Por eso se afeitaba. Por eso cuando doña Perpetua Filarmónica le llamó con una entonación especial:

— ***¡Eleuteriiiiitooooo....!***

Él, con su mente en cercanas promesas, respondió:

— ***¡Dime! ¡Hermosa flor mañanera!***

— ***Nada de florcitas (sic), marido. Solo quiero hacerte una pregunta.***

— ***La que tú desees mi collar de perlas ambarinas. Si conozco la respuesta, ella enriquecerá aún más tu cerebro einsteniano.***

— ***¡Y dale con los piropos idiotas! ¿Te acuerdas de la Lorena?***

— ***Pues... no...*** —respondió con un miedo que comenzaba a nacerle muy, muy adentro, pues su posible affaire tenía una amiga de ese nombre. ¿Y si la dichosa Lorenita sabía de...? ¿Y si la infeliz Lorenita era chismosa? ¿Y si...?

Las siguientes palabras de su esposa le devolvieron la calma, aunque ya tenía en esos momentos un leve corte en su mejilla. (Recuerden lectores que se estaba afeitando).

— ***¡Qué no te vas a acordar de la primera mujer ecuatoriana cuyo nombre salió durante varios días en las primeras páginas de importantes diarios del hemisferio occidental!*** (Doña Perpetua Filarmónica gustaba de la Geografía)

— ***Entonces, tal vez te referís (sic) a doña Matilde Hidalgo de Prócel*** —dijo, muy intelectual y sin ningún piropo.

— ***¡No, mi morlaquito! Hablo de Lorena Bobbit, que con ese apellido raro y todo, era medio paisana mía. ¿No te acuerdas que cuando se enteró que su marido le ponía los cuernos, como se dice vulgarmente, decidió cortar por lo sano, como aconsejan los médicos? Y como era medio hipocondríaca, al enterarse que su***

marido andaba con quién sabe quién, cortó por lo sano sus posibilidades de contagio. ¡Qué no te has de acordar todo lo que se contaba con lujo de detalles en ese periódico que tanto te gustaba leer! Cómo le durmió con un fuerte sedante, igualito que en las novelas baratas. Cómo hizo hervir cuidadosamente un afilado cuchillo de cocina que antes le había servido para picar cebollas para el ceviche y, ya limpio, le cortó el pichulincito, bien en la base, a tal punto que hasta le depiló un poquito los alrededores en donde antes se alzaba ufano. ¡Qué mala memoria tienes, marido! ¡Si hasta decían que quedó como muñeca antigua: lisito!

—Y esta historia, ¿a qué viene? —preguntó Eleuterio medio alelado.

—A que yo, mi querido marido, flor de gullán, no soy medio hipocondríaca, sino hipocondríaca y medio...y...

Y, con un giro, no solo de caderas, sino de todo su cuerpo, se dirigió a la cocina para prepararle un “tigrillo” (Plato típico, no de Manabí, sino de Zaruma, pero doña Perpetua Filarmónica era una mujer viajada).

Eleuterio se limpió la sangre que salía, con cierta generosidad de su mínima herida facial e imaginándose el desangre que tendría si es que... -no pudo sino tocarse con cariño su apreciado apéndice- resolvió, en ese momento, que ni todos los BESOS del mundo (y los subsiguientes placeres) le compensarían tener que orinar sentado el resto de su vida.

Desde la cocina se oía el canto a voz en cuello de doña Perpetua Filarmónica, que entonaba un aria de la Leyenda del Beso con la letra un poquito cambiada para que el mensaje fuera más directo:

*“Brilla, cuchillo,
de fino acero.
Brille tu filo como centella.
Tú has de guardar aaaaa
mi maridito,
fiel para siempre,
asíííí...
lo esperooo,
aaaaaaaaa”*

En la zarzuela original, La Leyenda del Beso, nacida en una época todavía misógina, el gitano Iván, mientras afila su daga, canta con voz sentida y entonada:

***“Brilla, cuchillo de fino acero
Brille tu filo como centella
Tú has de vengarme, fiel compañero
Tú has de vengarme traiciones de ella, aaaaaa.”***

Y era este “aaaaaaa” final en el que más diferencias había entre la versión original y la de doña Perpetua Filarmónica, pues mientras los tenores aprovechaban el momento para dar un do de pecho retumbante, la soprano Anchundia y Anchundia lanzaba ese mismo “aaaaa” tan agudo y con tanta potencia que ya había causado algunos pequeños problemas al matrimonio Aria Anchundia.

Uno de estos incidentes se produjo cuando doña Perpetua entonaba con toda su potencia “***la donna e mobile***” y oyó que tocaban el timbre de su puerta una y otra y otra vez.

Calló, se miró satisfecha en el espejo. Había terminado de bañarse, estaba ya vestida, y salió con el pelo mojado para atender la insistente llamada del molesto artefacto eléctrico que interrumpía sus efluvios operísticos.

— ***¿Quién es?*** — preguntó mientras su creativa imaginación le sugería que el impertinente timbrador bien podía ser algún visitante indeseable o un ladrón o incluso un asesino en serie dedicado a matar una tras otra a las principales divas del bel canto. Se puede afirmar, sin ninguna duda, que si quien interrumpía sus ensayos mañaneros era uno de estos últimos, no iba a responderle: “***Soy yo, señora, y vengo a matarle***”, sino algo así como: “***Soy el cobrador de la luz o del agua, o de los impuestos***”, o cualquier otra mentira piadosa. Pero, no. Lo que oyó fue la voz de Panchita, su vecina.

—***Soy yo, doña Perpetua. Abra, abra un ratito.***

—***Ya voy, vecinita, ya voy*** —respondió doña Perpetua que había adoptado totalmente la manera de hablar de Cuenca y procedió a abrir el solemne portón

de la mansión Aria, como ella solía llamar a la puerta de madera terciada que cuidaba su casa de una planta y un pequeño jardín delantero.

Cuando abrió la puerta vio a su vecina con una cara de susto que qué le diré. ¡Una cara de susto! No tenía los cabellos erizados, ni nada de esas exageraciones que suelen poner los escritores poco profesionales, pero que estaba asustada, lo estaba.

—Dígame, mi veci, ¿qué se le ofrece en tan tempranas horas matinales? ¿Tal vez se le acabó la azúcar? (sic)

— ¡Ay, calle, doña Perpetua! ¡Ay, calle! ¡Qué no ha de haber oído los desgarradores maullidos de un gato que estaban torturando por aquí...! Parecía en su casa, por eso me he preocupado...

Doña Perpetua Filarmónica, al comienzo no comprendió y dijo

*—No... he oí... —*iba a decir: *“oído nada”* cuando malició algo y preguntó:

— ¿Y cómo sonaban esos ‘maullidos’, vecina?

—Oiga, era bien raro. Porque primero como que gritaban algo de ‘e di pensier’, o ‘he de pensar’, no sé; como si tuvieran que pensar algo antes de maltratar al gatito y, luego, ahí sí iba el alarido del animalito... Era como un aaaaaaaaaa que desgarraba el alma y los tímpanos. ¡Daba pena, viera! Si querían matarlo no tenían que torturarlo. Debían dormirle como dicen ahora o darle un venenito y ya...

*— ¡Veneno deberían darle a usted! —*le dijo bastante escamada (aunque no era pescado), doña Perpetua Filarmónica. *—Parece, vecina, que usted en su ignorancia no sabe lo que es un do de pecho, un trémolo, un solo de ópera, un arpegio. Creo que mejor que presentarse a la puerta de una casa respetable, más le valía ir en este mismo instante a inscribirse en alguna escuela de educación para personas de la tercera edad, para ver si todavía le puede entrar algo en su mollera (sic)...*

*— ¿Creo que me está diciendo vieja? —*le interrumpió su vecina.

— ***¡No solo vieja, señora! ¡Vieja e ignorante! ¡Y tonta y analfabeta y...!***

— ***¡A mí no me insulta así ni usted ni nadie!*** — dijo doña Panchi y adoptó inmediatamente la posición ‘*sanchin dachi*’, que había aprendido en sus clases de defensa personal, cuando la cortejaba el que era actualmente su marido y al que ella confundió en un principio con un asaltante de bus.

— ***¡Con que karatitos a mí!*** — dijo Perpetua Filarmónica, optando, a su vez, por una ‘*zen kutsu dachi*’ que, bien sabía, era la postura de ataque que permitía dar un puñetazo devastador al rival.

Y en sus respectivas posiciones comenzar a girar lentamente, lanzándose miradas asesinas y a la expectativa del menor descuido de la enemiga. Cuando, como sucede en las novelas baratas, acertó a pasar en esos precisos instantes un anciano y respetado sacerdote que al verlas las saludó cordialmente y les dijo:

— ***Muy buenos días, señoras mías, ¿qué nuevo baile es ese que están practicando?***

Cosa curiosa. En las mentes de las dos damas cruzó un mismo pensamiento insultante: “***Señoras tuyas serán esas beatas que...***”, pero, otra coincidencia: las dos mujeres, temerosas de las posibles capacidades combativas de su oponente, pensaron que a la oportunidad la pintan calva (y el sacerdote, ciertamente lo era) y decidieron que era una buena manera de evitar un combate sangriento sin perder ni un pelo de su dignidad y dijeron al unísono:

— ***Nada, padrecito, son solo nuestros preámbulos de despedida.***

Y dicho y hecho, se acercaron para darse un beso de despedida, en apariencia cariñoso, mientras susurraban en sus respectivos pabellones auditivos palabras que dejaban a las respectivas mamitas como unas malas mujeres que, además, habían tenido pocos clientes, cobraban poco y al crédito y por eso habían muerto pobres.

No faltaron los pellizcos (sic) en los respectivos brazos, que sacaron sendos pedazos de carne. Algo rosado el de la cuencana (doña Panchi); medio moreno el de la manaba.

El sacerdote solo oía:

—Hasta luego, mi vecina querida.

—Hasta luego, amorcito, que pase buenita.

Y doña Panchi regresó adolorida a su casa. Mientras doña Perpetua Filarmónica, si dirigió apresurada al bien surtido botiquín que tenía en su baño en busca de yodo para desinfectarse la herida porque, como ya se ha dicho, era hipocondríaca.

El anciano y calvo sacerdote nunca supo que había evitado un combate de pronóstico reservado.

—Quizá no me dé la rabia — se decía doña Perpetua Filarmónica, mientras regaba con generosidad el yodo en la herida que mostraba claramente su origen: dos uñas poderosas, apretadas con furia. **—Aunque, claro, la rabia le da a una cuando le muerde un perro rabioso y a mí solo me pellizcó una perra mal genio ... ¡Pero ya verá esta si le encuentro sola...!**

En esa ocasión la sangre no llegó al río, sino únicamente al lavatorio. Y fueron tan solo unas pocas gotas pues doña Perpetua Filarmónica tenía la sangre espesa, pero...

A los pocos días de esta escena que, por supuesto solo la conocen este narrador, las dos protagonistas y el sacerdote oportuno, aconteció otro evento del que sí se enteró buena parte del barrio.

Estaba doña Perpetua Filarmónica presionando a sus sufridas cuerdas vocales con todo el aire de sus pulmones, de tamaño y capacidad nada despreciables, cuando golpearon fuertemente la puerta y gritaron:

— ¿Hay alguien adentro? ¡Abran la puerta!

Doña Perpetua Filarmónica, escoba en mano, (estaba quitando unas telas de araña de las paredes) abrió el portón de su mansión -la ya mencionada puerta de madera terciada- y se encontró con un señor que mostraba en su uniforme las palabras “guardia de seguridad” y que se esforzaba por demostrar algo de

eso: de seguridad, aunque en su voz y en sus modales había señales claras de nerviosismo.

— *¿Desea algo, el señor?* —preguntó secamente.

—*Señora, perdone la molestia, pero tengo que revisar su casa porque he recibido varias llamadas del vecindario que dicen que desde hace un buen rato suena una sirena de alarma, que...*

—*No tengo ninguna alarma* — respondió.

—*Bueno, pero yo tengo la obligación de identificar la procedencia de ese ruido molesto y...*

Doña Perpetua Filarmónica comprendió de dónde podía provenir aquello cuando alcanzó a ver de reojo que doña Panchi curioseaba sonriente y medio escondida detrás de un árbol.

— *¿Fueron llamadas de diferentes personas o solo de una vieja medio loca e insistente?* —preguntó.

—*Bueno, no importa si fue una vecina o bastantes, pero yo también, señora, mientras me acercaba he oído unos alaridos de miedo, pero como soy guardia de seguridad y bien valiente...*

— *¡Lárguese inmediatamente si no quiere que...!*

— *¡Pero, señora! ¡Al menos déjeme revisar su sistema de alarma...!*

—*Ya le dije que no tengo ningún sistema de alarma, y parece que usted tampoco...*

El sistema de alarma -más conocido como instinto de conservación- del pobre guardia, no supo interpretar las evidentes señales de amenaza que provenían de la mirada, el tono de voz y de esa escoba que ahora ondeaba por los aires blandida por manos y brazos poderosos.

Cuando recibió el primer escobazo, dado por suerte con la parte de limpiar y no con el mango, quiso protestar, pero vio que la señora, con una hábil maniobra aprendida en una de las tantas películas hongkonesas de karate, había tomado el instrumento de aseo de otra forma y, esta vez, volaba un palazo directo a su oreja izquierda. Milagrosamente, como ocurre casi siempre en las narraciones que no son de terror, pudo esquivarla y comenzó a correr, gritando:

— ***¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡A mí de la Santa Hermandad!*** — (Era aficionado a la literatura). — ***¡Me ataca una señora loca...!***

Pero la buena suerte no dura para siempre y la mala se presentó en forma de un traicionero cordón de zapatos desamarrado, que le hizo tropezar antes de que pudiera alcanzar la bicicleta en la que se movilizaba y, tendido en la vereda, adoptó por instinto una posición fetal y comenzó a recibir la andanada de palazos. Bueno, esto es un decir, porque la escoba tenía un mango de plástico, pero no se entendería muy bien decir que “***comenzó a recibir una andanada de plasticazos***”. Sí, describe mejor y suena mejor decir: “palazos”.

Lo que no sonaba bien eran los insultos que llegaban a sus orejas protegidas por sus antebrazos; improperios en los que se dudaba de su virilidad, (“***im-potente has de ser***”); se hablaba de la poca honestidad de su madre, (“***hijo de una gran puta***”); se mencionaban las decoraciones frontales que adornaban su frente, (“***cachudo***”); y así...

Mientras tanto, ya se habían congregado algunos vecinos, no muchos, ciertamente, pero sí los suficientes para que el suceso se desperdigara —como decía mi maestro del humor— “***como alverjas (sic) en un patio enladrillado***”.

Por suerte, en las obras literarias casi siempre aparece oportunamente alguien capaz de arreglar un suceso desafortunado. “***Deus ex machina***” lo denominaban pomposamente los griegos, en nuestro relato se llamaba Pedro Peralta, que era el guardián del barrio.

— ***¡Doña Perpetua ! ¿Qué pasa?*** —preguntó.

Cuando la interpelada alzó a la vez la escoba y la vista, —la escoba en el movimiento previo al siguiente palazo; la vista para ver quién era el preguntón—

y se vio rodeada de vecinas, una de ellas, por supuesto, una muy risueña doña Panchita, se le subieron los colores a la cara y detuvo un momento su accionar.

Fueron unos pocos nanosegundos (medida que uso para que vean que estoy actualizado en medidas temporales) claves. El apaleado (¿aplastiqueado?) se levantó y corrió. Como estaba consciente de que abandonaba su querida bicicleta, gritó:

— *¡Daránme viendo la bici! ¡No serán malitos!* — expresiones estas que demuestran a las claras que el suceso de marras sucedió en Cuenca, Ecuador.

De esta expresión: “*suceso de marras*”, no conozco su significado real, pero supongo que está bien empleada.

El corro de vecinas empezó las averiguaciones:

— *¿Qué... doña Perpetua? ¿Tal vez quiso robarle el sinvergüenza? ¿Le quería violar el desgraciado? ¿Le insultó a su mamacita? ¿Qué pasó? ¡Cuenta! ¡Cuenta!* Pero doña Perpetua, herida profundamente en su amor propio operístico, tan solo dejó que *una furtiva lágrima* rodara por su mejilla y salió de escena. (Entró a su casa)

Las vecinas comentaba el suceso que, poco a poco, como sucede en las mejores familias y en todas las vecindades, se revestía de nuevos datos a la vez que se alejaba paulatinamente de la realidad: que si fue un asaltante el que intentó entrar a la casa de los Aria y que la esposa, valerosa, se había defendido exitosamente; que no fue solamente uno, que los asaltantes eran dos y que el uno había permanecido fuera de la casa cumpliendo con su oficio de “campana”; que no era una bicicleta, que era una moto poderosa que, como bien se sabía, era el vehículo preferido de los asaltantes por su facilidad para la huida.

Las versiones más creativas hablaban de intento de violación y mostraban a doña Perpetua con la ropa medio despedazada y ponían en su boca aquel grito desgarrador de: “*A mí de la santa hermandad...*”

Cuando esa tarde llegó Eleuterio del trabajo, encontró a su esposa llorando copiosamente con unos suspiros que, como son de aire, van al aire y con unas

mucosidades que salían generosas de los alveolos (¿se dice así) de su nariz y que, como no son de aire, tienen que ser limpiados de alguna manera.

—**Pero, ¿qué...?**— comenzó a decir Eleuterio.

Doña Perpetua Filarmónica no le dio tiempo de continuar la frase y se lanzó a sus brazos diciendo:

— **¡Marido....!**

Y abrazada a su querido Eleuterio le contó que las vecinas, envidiosas de su privilegiada voz, le metían cuentos: **“que en nuestra casita se torturan gatos... que hay aullidos de coyotes...que tenemos una sirena de bomberos...que la alarma se daña toditas la mañanas...” ¡marido, tú sabes que no tenemos alarma...! hip...hip...—suspiro —...hip...hip... —suspiro más grande—hip...hip. ¡Marido! ¡Necesito un cuarto acústico!**

— **¿Un qué...?**

—**Un cuarto acústico. Sí, un cuarto acústico en el que pueda practicar mis odas. Será una lástima que mis canciones no puedan ser apreciadas más que por mí misma, pero así lo han querido los ignorantes y las ignorantas de mis vecinos y mis vecinas.** (Ya estaba poniéndose de moda esto del género)

— **¿Y el cuartito ese? ¿Qué es? ¿Es grande, chiquito? ¿Qué...?**

— **¡Otra bestia ignorante!**— dijo esta vez sin lágrimas, sino con furia, doña Perpetua Filarmónica. — **Un cuarto acústico es una habitación debidamente implementada en la que los sonidos no salen al exterior, sino se quedan en el interior (como es lógico). ¿Me vas a hacer o no me vas a hacer?**

—**Bueno, yo...tengo que pensar...tengo que...vos sabes...**

— **¡No tienes nada que pensar, marido! Ya lo he pensado yo, mientras vos diz- que trabajabas y yo defendía mi honor...**

— **¿Te intentaron violar, mujercita?**— dijo entre sorprendido y admirado Eleuterio.

— ¡Mi honor musical, imbécil! ¡Mi honor musical!

— **¡Ahhhh...!** —Esta es una expresión que se repetirá algunas veces a lo largo de esta novela y que es pronunciada por una persona, con boca abierta y cara de admiración, cuando, finalmente, comprende algo.

—***Ya he pensado hasta dónde puede ser: el cuarto de planchar, con unas cortinas pesadotas en todos sus lados servirá muy bien para mis propósitos canoros.***

— **¿Y la plancha...?** —dijo, por decir algo Eleuterio.

— ***¡La plancha se queda donde está, cara de bobo! Tan solo cuando ensaye mis arias se cerrarán las cortinas y me abriré en arpegios...***

— **¡Ahhhh...!** —repitió Eleuterio.

Y así fue. Unos ahorritos por aquí, algún acróstico de encargo por acá (ya hablaremos de ello), la privación de algunos gustitos: por ejemplo las cascaritas de cuchi que tanto gustaban a doña Perpetua Filarmónica, quedaron relegadas al rincón de los buenos recuerdos; las películas fueron tan solo las de la televisión, nada de cine pagado, en fin... Poco a poco se adquirieron metros y metros de tela pesada (pesada tela dirían los principiantes) que cubrieron paredes e incluso el tumbado del cuarto de planchar con grave riesgo de incendio. Pero, como esta no es narración de desgracias, sino que pretende ser de gracias, no hubo incendio y sí muchos cantos líricos encerrados en un cuarto pequeño y sofocante.

Bueno, ¿pero no era que esta novela iba a narrarnos el retorno a la vida literaria de Eleuterio Aria y su búsqueda de nuevos caminos de expresión?

Cierto. Muy cierto. Regresemos al protagonista.

Eleuterio pasaba por lo que suele denominarse un periodo de sequedad intelectual. Intentaba escribir algo y la pantalla de la computadora permanecía brillando, blancota.

En veces se comenzaba a llenar con unas pocas líneas, pero esa horrible posibilidad de seleccionar todo lo escrito (**cóntrol + e**) y borrarlo con un solo aplastón del **enter**, se imponía sobre las frustradas semi inspiraciones del bardo. Creyó haber descubierto la pólvora del escritor cuando pensó, con algo de razón, ciertamente, que debía escribir con bolígrafo, esferográfico, birome o como quiera que se llame ese *“instrumento para escribir que tiene en su interior un tubo de tinta especial y, en la punta, una bolita metálica que gira libremente”* y sobre papel. Bien recordaba las palabras de su maestro de Lingüística: Verba **volant, scripta manent**. *“Sí, con esfero y en papel, no podré borrarlo”*, se dijo sonriendo.

Y ahora fue el papel el que se quedaba en blanco y las pocas líneas y las muchas tachaduras que aparecían en las hojas, solo lograban desesperarlo más.

Pasaron una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete semanas... y Eleuterio no podía, no podía navegar... perdón escribir. Bueno, escribir sí podía, pero nada literario, nada bonito.

Eran frases sueltas de ideas que parecían grandiosas. Uno o dos versos de rima pobre. Algún amago de escrito humorístico, pero nada se desarrollaba, nada crecía. Solo su frustración.

Producía maravillas como esta que denominó *“Haikú a los cuatro ríos de mi ciudad”* (Cuenca, por supuesto)

Haikú a los cuatro ríos de mi ciudad

*¡Yanuncay! ¡Yanuncay!
¡Hermano del Tomebamba!
¿Quién fue padre de los dos?
¿Tal vez el Tarqui?*

Esta composición, lo supo después, no tenía ninguna de las características de las composiciones japonesas y, además, como lo supo en ese mismo momento, mencionaba a solo tres ríos. Faltaba el de siempre: el Machángara.

O esta otra, tal vez peor, denominada:

¿Quién soy? o las pérdidas irreparables

*Yo soy un Quijote,
soy un caballero,
se perdió mi adarga
también mi sombrero,
pero, pero, pero,
no puedo hacer
ni un poema entero...*

Como los narradores tenemos la suerte, buena o mala, de saber todo lo de nuestros personajes, conozco los intentos poéticos de esta época de sequedad y solo daré pocos ejemplos por el respeto que me merece el personaje.

Fíjense en este otro esperpento, tal vez más logrado que los dos anteriores, con el que intentaba crear:

“Humor erótico con aliteraciones sucesivas”

*Una noche,
atrás de un nicho,
bien subidito en un tacho,
porque era un poco tocho,
el Nacho,
para su dicha,
con su luenga lengua,
el longo,
muchó
mucho
a la Michi.*

Y lo más grave era que tenía que vivir: pagar las mensualidades de su casa, la alimentación y el vestido de su esposa, actividades ambas, de gran aliento, y su sueldo no era de burócrata privilegiado, sino tan solo de burócrata de entidad venida a menos. Por ello, para lograr algún dinerillo extra hacía acrósticos, cuando le solicitaban.

Un lector avezado se preguntará cómo es que adoleciendo de sequedad creativa podía hacer acrósticos por encargo. La pregunta es correcta, pero tiene una explicación sencilla.

Tenía entre sus múltiples papeles uno al que había dedicado algunas horas de trabajo durante sus épocas de inspiración y que, incluso, tenía nombre: **“Fábrica de acrósticos”**.

Este documento salvador tenía un origen claro: su sólida formación estructuralista y su inteligencia.

Como todo invento, una vez realizado, parece simple y muchos decimos: **“¡Puh! ¡Ahora eso! ¡Yo también hubiera podido hacerlo!”**, pero el que lo realiza por primera vez, es, sin lugar a dudas, un genio. Y, que sepamos, es la primera fábrica de acrósticos en el riquísimo acervo literario castellano. Si usted cree que es tan fácil realizar algo así, le desafío a que cree una: **“Fábrica de sonetos”**

Pero, antes de mostrarle este maravilloso instrumento que le permitirá crear acrósticos hasta para celebrar la muerte de su gato, un poco de contexto histórico genético. Si no se entiende esta expresión, la aclaro: significa que se va a decir algo de las circunstancias en las que se creó.

No eran buenos tiempos para la lírica, ni para la narrativa, ni para la dramática, ni para el ensayo, ni para los editoriales. Y necesitaba ganarse la vida con la pluma, algo que parecía poco menos que imposible.

Hasta que le cayó una manzana en la cabeza como al Newton. Pero no fue una manzana, ni le cayó nada, ni él tampoco era Newton. Me refiero al suceso que despierta la idea genial, como ese manzanazo que posibilitó que tengamos la fuerza de gravedad y no nos caigamos de cabeza al espacio cuando la amada Tierra da vueltas y vueltas.

El suceso sucedió (¡qué fea frase!) cuando leía un diario, —no digo cuál— con cuidado, fijándose hasta en los avisos clasificados para ver si acaso encontraba uno salvador que dijera: **“Se contrata escritor creativo. Buena paga. Llamar a...”** Encontró muchos que hablaban de alquileres de departamentos y oficinas, de venta de casas y condominios, de que se requería una **“...señorita todo servicio...”**, pero de escritores...

Pasó la página desconsolado y allí fue su eureka. Sí, en la página de sociales, junto a fotos de parejas entre sonrientes y asustadas que celebraban su matrimonio; o de sonrientes graduados y graduadas en todas las especializaciones posibles y otras más... Allí estaba: enmarcado, grande, con foto, este acróstico que se transcribe textualmente, pero sin la foto:

En tu cumpleaños:

N adie como tú
O h mi hija querida.
R ecuerdo que fue ayer cuando
M e regalaste con tu etérea presencia.
I luminas mi camino cuando se
T orna oscuro. Siempre
A ndaremos juntas

A mi hija Maribel (jjjjsic.sic.sic.!!!) al cumplir tus ocho añitos de risueña existencia, de parte de toda tu familia: papá y mamá, abuelos y abuelas, hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas, tíos y tías, primos y primas y demás, deseándote que cumplas muchos más años llenos de paz y amor. Y que nunca te engordes.

Eleuterio leyó y decidió llamar a la mamacita de la niña acrosticada a la que, por suerte, conocía.

Casi no alcanzó ni a saludar a la madre de Maribel (¿o Normita?) quien, tan solo oír la voz de su amigo literato, le dijo:

— ¡Ay, Eleuterito! ¿Me llama por lo del acróstico, *nues* (sic) cierto? ¡Ah, sí, claro, usted que sabe tanto de estas cosas! Pero a usted no le he de mentir. Ji.Ji. ¡No es mío! Le pedí al... (N.N.) que me dé haciendo y no me cobró ni caro. Pero es lindo. ¿Nues cierto?

“No me cobró ni caro”: esa fue la frase que más captó de la conversación y la que resonó en las cavidades casi vacías del estómago de Eleuterio mientras en

sus ojos se le dibujaba el signo de dólares como en los dibujos animados del Pato Donald y en su mente nacía el pensamiento de: ***“Si el (N.N.), ese escritor infeliz, de mala muerte y de pobre vida podía cobrar por eso, él, Eleuterio Aria, poeta reconocido...”***

Y sin dudar más, luego de mucho trabajo creó su:

FÁBRICA DE ACRÓSTICOS

Indicaciones para los usuarios.

La Real Academia de la Lengua indica que:

“Se excluyen definitivamente del abecedario los signos ch y ll, ya que, en realidad, no son letras, sino dígrafos, esto es, conjuntos de dos letras o grafemas que representan un solo fonema. El abecedario del español queda así reducido a las veintisiete letras siguientes: a, b, c, d, e, f, g, h, i, j, k, l, m, n, ñ, o, p, q, r, s, t, u, v, w, x, y, z.”

Por lo tanto, usted a continuación encontrará a cada una de estas 27 letras acompañadas de opciones numeradas.

A		
	Opción 1	adorad (o)(a) / amad (o)(a) / anhelad (o)(a) hijo, hija, esposo, esposa, novio, novia, etc. mí (o) (a)
	Opción 2	ahora que: cumple ... años / regresas a tu hogar / culminas tus estudios / contraes matrimonio / sales de la cárcel / En otras palabras, el motivo del festejo.
	Opción 3	amén / así sea /acabé

Si la letra “A” es la inicial del nombre del o la homenajeada, usted debe tomar la opción 1.

Si la letra “A” ocupa un puesto intermedio, úsese la opción 2.

Si es la letra final, debe usarse la opción tres.

Así, si se trata de acrosticar a una Anabella, tendríamos por ejemplo:

A dorada esposa mía.

N ...

A hora que sales de la cárcel.

B ...

E ...

LL ...

A mén

Y aquí, estimado y posible lector -permíteme que te tutee- encuentras algo que con toda seguridad no encontrarás en ninguna otra obra literaria: la recomendación de que te saltes varios párrafos, que no los leas, porque son aburridos.

Recomendación: Vale saltarse todas las enumeraciones de las letras B, C, D, E, F, G, H, I; para pasar directamente a los ejemplos y luego, tan solo comprobar si realmente fueron contruidos como se indica anteriormente. Es evidente que no se ponen las demás porque sería más aburrido todavía.

B		
	Opción 1	bienaventurada (o)(a)s / bienvenid (o)(a)s seas
	Opción 2	buena te sea la suerte buen (o)(a)s trabajo (s) / labor (es) / misión (es) / encargos te den
	Opción 3	bien termines est (e) día, (a) obra ...
C		
	Opción 1	con tod (o)(a)s l(o)(a)s parabienes, felicidades, amis- tades
	Opción 2	congojas nunca te doblen / camita nunca te falte / compadres tengas y muchos /
	Opción 3	con todo mi corazón, (mi alma) (mi cariño) (mi espí- ritu) te lo deseo.

D		
	Opción 1	dorada espiga de mi alma, (para rubias), donosa, para todo otro tipo de cabellos.
	Opción 2	dadme de tu: alma (corazón) (cariño) (espíritu) / la flor (rosa) (violeta) (geranio) (floripondio), etc. / el olor, el perfume, el aroma
	Opción 3	dicen mis palabras (versos) (labios) hoy.

E		
	Opción 1	encantad (o) r (ora) ores (oras) novio, novia, madre-cita, novio, hermano, etc. mío
	Opción 2	en este día de amor (de reencuentro) de bienvenida, de cumpleaños,
	Opción 3	en tu alma (corazón) (labios) te dejo yo

F		
	Opción 1	felices mis palabras (versos) (labios) que hoy pueden
	Opción 2	franqueza es tu adorno más sentido /filiales (frater-nos) (felices) sentimientos te cobijen
	Opción 3	fin

G		
	Opción 1	glorioso este día sea
	Opción 2	ganancias /goces: tengas sin cuenta
	Opción 3	gocemos todos sin fin.

H		
	Opción 1	hermos (o) (a) (os) (as), novi (o) (a), herman(o) (a) etc. de mi alma
	Opción 2	hijit(o) (a) herman (o) (a) te quiero tanto
	Opción 3	heroica resignación /

I		
	Opción 1	Inmensa alegría hoy me embarga /me embriaga /
	Opción 2	Inteligencia /integridad / impavidez demuestras en todas tus acciones, decisiones, actitudes, labores, etc.
	Opción 3	imitaremos felices

Tan solo con las letras enumeradas el acróstico a nuestra “*Anabella*” podría ya estar así:

A dorada esposa mía.
N ...
A hora que sales de la cárcel
B uenos encargos te den
E n este día de reencuentro
LL ...
A mén

A manera de ejercicio, Eleuterio probó con nombres difíciles. Se dijo: ¿qué pasaría si una señora me encarga hacer un acróstico a... por ejemplo, “***Abacuc Nehemías Garzón***”? Es obvio que tendría que preguntar el motivo del homenaje, pero sin importar que la respuesta dijese que era por el septuagésimo quinto aniversario de bodas o por la adopción de una nueva prótesis dental, la creación bien podría quedar así:

A dorado novio mío
B ienaventurado seas
A hora que has regresado, a tu hogar,
C ongojas nunca te doblen
U (aún no saben lo que podría ir aquí, porque no puse las opciones correspondientes a la letra “U”.)
C on todo mi corazón, te lo deseo.

O este otro, difícil, por tener dos letras “EMES”:

***Encantadora novia mía
Mil años de alegrías te conserven
Misas digan en tu entierro
A sí sea.***

Por estas mismas épocas, una noche toda llena de murmullos y de música de alas –había bastantes mosquitos– Eleuterio recibió la visita de un amigo. De un buen amigo. De esos que se hacen en la infancia, a los que no se vuelve a ver, pero cuando al cabo de los años se produce el encuentro, el tiempo se encoge, se reconocen los rostros y...

— ***¡Hermano...!***

— ***¡Pero si eres...!***

— ***¡Estás igualito...!***

— ***¿Igualito a quién...?***

— ***¡Igualito a vos mismo...!***

— ***¡Ah...!***

Y quien le visitaba traía muestras visibles de sufrimiento. Unas ojeras muy marcadas, el pelo largo y descuidado, la cabeza baja Pero lo que mejor hablaba de su tristeza infinita eran sus propias palabras:

— ***¡Ñaño del alma! ¡Estoy muerto...!***

— ***¡Huy qué miedo! ¿Sois un fantasma?***

— ***¡Pendejo! ¡Ni pareces literato! Estoy muerto en vida... Soy un hombre engañado...***

— ***¡Ah...!***

— ***¡Brother! ¡Ayúdame a vengarme...! ¡Quiero matar a la traidora...!***

— *¡Pero si no soy sicario...!*

— *¡Más pendejo todavía...! Quiero que la mates con tu pluma.... Como dizque le mataron al García Moreno...*

— *Más bien a machetazos fue; y haciéndole que se caiga de cabeza a la calle...*

— *¡Quiero que le mates con un pasillo! Escríbeme la letra. Lo cantaré yo mismo, lo grabaré; haré que esté entre los mejores de la semana muchas semanas y todos sabrán a quién se refiere... La traidora se morirá como cuando con una copla le mataron a la Dolores...*

— *Pero eso fue en España...*

— *¡Escríbeme un pasillo que hable de traición, de engaño, de sufrimiento, de falsía...!*

— *Como casi todos...*

— *Nada de peros. Tengo plata. Sé que estás necesitado. Te pagaré bien...*

Sabias palabras: “Te pagaré bien”, pero había que hacerse el difícil.

— *Sabes que no me gustan los pasillos...*

— *¡Pero eso es porque sois tonto...! ¡Ya! ¡Ya! ¿Vas o no vas a escribirme esta canción asesina...?*

— *Bueno, te escribo la letra de un pasillo... lo demás...*

Motivado por la necesidad, decidió hacer un estudio semántico de estas canciones para cumplir su encargo de la mejor manera.

Su breve investigación le mostró que los pasillos no tenían muchos temas.

El primer tema era, por supuesto, el amor. El amor de un hombre a una mujer. Nada de hombre a hombre ni de mujer a mujer. Ni siquiera de mujer a hombre. Tan solo el amor de un hombre hacia una mujer.

Hasta allí, se podría decir, todo bien, pero... ¿Cómo eran las mujeres que eran cantadas?

Metódico como era en algunas ocasiones, hizo un listado breve de las principales características que encontraba, poniendo las citas textuales:

Las mujeres de los pasillos engañaban, eran ingratas, inconstantes, falsas:

“...tú me engañaste como se engaña a un niño...”
“Me has engañado, sí, me has engañado..”
“No se siente el dolor, sino el engaño...”
“Corazón, dime por qué tan ingrata dueña amaste”
“Vengo a dejar en tu ventana, ingrata”
“Ven a calmar mis males mujer no seas tan inconstante...”
“Hiéreme con tu desprecio márame con tu falsía...”

Pagaban mal el cariño y la dedicación del hombre:

“...pagaste mi pasión con cruel herida...”
“... Aquella que tan mal pagó el cariño...”

Y ¿por qué todo esto?

Tal vez a causa de su corazón, porque en alguna parte dice que tienen:

“una piedra en vez de corazón”;

O que este es:

“Tu corazón es frío, tu amor no se conmueve”

Y, tal vez lo más raro, era que los pobres hombres, por todas las características mencionadas, hasta se anticiparan a los hechos, y casi predecían el abandono:

“Cuando tú te hayas ido me envolverán las sombras..”
“El día en que me faltes...”

Solo por excepción aparecían retratadas como compañía o fuente de contento:

“...mi amparo lo eres tú, yo te sostengo...”
“...porque cambiaste lo duro de mi vida
en el jardín florido de un paraíso...”

Si la mujeres amadas son generalmente ingratas, malpagadoras, engañadoras, etc. etc. y los pobres hombres aman tanto, no es nada raro que, cuando son dejados, abandonados, engañados, sufran y se describa su vida de muchas maneras, cada una más triste que otra:

“Entre las sombras vegetando vivo...”
“Hoy por la senda prosigo solitario...”
“Me oprime sin piedad la cruz del tedio...”
“Solo me queda vivir llorando mis desengaños...”
“Vago en el silencio de tus noches largas...”
“Por eso estoy tan pálido, por eso vivo triste...”
“Qué vacío tan inmenso...”
“Mi vida se fue contigo, te la llevaste...”
“Yo sufro y lloro por tu amor...”
“Me dejas en la senda oscura...”

En descargo de las mujeres vale indicar que buena parte de todo esto lo tiene el destino que es un infeliz:

“Cómo luchar contra el destino...”
“Mal sin remedio sujeto a la crueldad de mi destino...”
“Todas las injusticias del destino...”
“Sino cruel...”
“La suerte ingrata rompió nuestros destinos...”
“Cruel destino no me mates...”

Pero, el hombre no se resigna a ser abandonado así no más. Claramente le dice a la abandonadora que:

“Nunca jamás encontrarás otro hombre...”
(como el abandonado, por supuesto)
“Otro amor tan puro y limpio jamás en la vida como el mío hallarás...”

Y, en conclusión, si la vidita es tan fea, la muerte se vuelve medio esperada:

“Yo sé que mi refugio es la muerte...”

“Que consuelo más dulce el de la muerte...”

“El día en que me faltes me arrancaré la vida...”

Una vez que tuvo claros los principales temas que deberían aparecer en un pasillo que se precie de serlo, y comprobando, además, que había muchas coincidencias entre ellos y la historia que le había contado su amigo, Eleuterio creó su composición: *“Engaño”*. Claro que no cedió en todo. Con toda la tristeza subyacente, su pasillo debía tener al menos alguna palabra de optimismo.

Engaño

*Cuando tú me dejaste,
me bajaste del carro
y yo quedé llorando
paradito en el barro.*

*Esa lóbrega noche,
Creí morir de frío
Y de pena, al mirar
que se iba el carro mío. (bis)*

*En las tardes de dicha
decías que me amabas,
y siempre me ocultaste
lo bien que manejabas.*

*¿Encontrarás otro hombre
como yo? ¡No lo creo!
Y si algunito encuentras
ha de ser bien, bien feo.*

Desde entonces mis días

***son de angustia infinita,
mas no he de suicidarme:
he de andar a patita. (bis)***

Muchas facturas impagas y continuos cortes de luz y teléfono, demuestran que su amigo, hermano y brother, no le pagó nada.

Eleuterio tenía que buscar un trabajo mejor remunerado. Ya veremos que sí lo encontró.

Mientras tanto, vivía con su esposa sin riquezas, y sin que le inspiración le regresase, hasta que le cayó otra manzana en la cabeza.

Esta vez el manzanazo llegó cuando leía una novela contemporánea de esas en las que, a la vez que se desarrolla la trama, se relatan los esfuerzos del autor para lograr esos textos.

Esa fue la chispita que se encendió en su mente y hasta le chamuscó un poco el pelo, porque mientras leía, fumaba, y tan concentrado estaba en su descubrimiento que el Chesterfield (vieja marca de tabacos, para los no iniciados) le carbonizó la característica guedeja rubia que le caía por la frente.

Le salvó de lo que podría denominarse una “*calvicie prematura por incendio*” el grito y la acción de su Perpetuita que en esos instantes aparecía por allí luego de un muy satisfactorio baño.

— ***¡Eleuterio! ¡Te incendias!*** — fue el grito.

La acción fue la de despojarse de la toalla medio mojada que la cubría, y lanzarla contra la cabeza de su marido, iluminada por las ideas, por dentro, y por un incipiente fuego, por fuera.

Después de agradecer a su esposa por su valerosa acción, pues era el mes de junio, hacía mucho frío y este quedarse “lluchita” como se dice en cuencano, bien podría haberle causado una pulmonía, se dirigió al baño y contempló su rostro en el espejo. Era, definitivamente, un hombre distinto. La cara era la misma, pero el pelo quemado y la seguridad creativa que le brotaba por todos los poros le permitieron adoptar desde ese momento un nuevo peinado.

Además de su nuevo “look”, decidió que, ahora sí, el mundo iba a contemplar sus creaciones, pues se trataba de eso: de no solo dejar en el papel los resultados de los esfuerzos creativos, sino los esfuerzos mismos, para que los lectores pudiesen apreciar mejor todo el sudor, las indecisiones, las lágrimas, los intentos fallidos, y todas esas cosas que ocultan las líneas de un texto, a pesar de ser tan delgaditas.

La primera decisión importante que tomó fue la de hacerse una catarsis literaria y psicológica o, lo que es casi lo mismo: mandar a la mierda sus frustraciones literarias y mandar al mismo lugar a los que le criticaron en el pasado y le criticaban en el presente.

Esta, su nueva seguridad, permitió tome una decisión que nos posibilita conocer completa la que fue su ópera prima de largo aliento: **“Edipo en la Encrucijada”**, pero como estoy seguro de que la mayoría de los lectores no conocen la historia que se oculta tras esto, les cuento.

Cuando Eleuterio era tan solo una promesa en el mundo literario, presentó una obra dramática con el nombre indicado, en el principal teatro de la ciudad. La crítica que le llegó fue demoledora y, nuestro autor que hasta ese entonces solo había cosechado triunfos: el mejor recitador de la escuela, medalla en el concurso de poesía en el sexto grado, primer premio en el concurso de oratoria (no hubo más participantes), se quedó patidifuso, medio sonso, y con unas inmensas ganas no de pegarse un tiro, sino de emborracharse a lo bestia. Este deseo sí lo cumplió, pero la borrachera le sentó tan mal que dijo que el mejor remedio era tan solo no volver a escribir teatro.

Ahora, en su madurez iluminada, volvió a leer su **“Edipo en la Encrucijada”** y decidió no era una mala obra de teatro, sino que tan solo se había adelantado a la época ¿...? En todo caso resolvió exponerla tal y como la escribió, sin importarle las críticas que pudieran venir. Sin corregir ni siquiera algunos defectillos que podrán apreciarse con claridad.

Otra nota.

Que muchos lectores no conocían el **“Edipo en la Encrucijada”**, era obvio. Pero, aunque no es tan obvio, intuyo que muchos los lectores tampoco conocen la leyenda de Edipo, por lo que me veo obligado a resumirla.

Los griegos eran muy imaginativos. A ellos les debemos las sirenas, los cíclopes, el Cancerbero, el Minotauro, la Medusa, etc. Y también un conjunto de leyendas entre las cuales una, y muy importante, es la de Edipo Rey. Esta dice que:

Hace mucho, mucho tiempo, vivía el rey de Tebas, Layo, con su señora, la reina doña Yocasta. Sanos como eran, tuvieron un hijito. Uno lindo, vieran.

En esa época no había horóscopos que nos digan lo que debemos hacer cada día, sino que existían los augures, adivinos, videntes o como se les denomine.

A uno de ellos acudieron para preguntarle el futuro del hijito y el adivino este les suelta, sin más ni más, que ese huahuito ha de matar al papacito (a Layo) y se ha de casar con la mamacita (Yocasta). ¡Híjole!

Como estos señores augures eran más acertados que sondeos electorales en boca de urna, le creyeron al pie de la letra lo que dijo y la mejor solución que se les ocurrió fue entregar al bebito a uno de los sirvientes y pedirle que le lleve a una loma lejana y que le mate. Así: que le mate.

El sirviente era hombre racional y sensible y decidió que mejor entregaba al huahua a otros reyes: los de Corinto, llamados Pólipo y Mérope. Estos criaron al niño como si fuera propio. Le llamaron Edipo, que dizque significa pies hinchados porque, asimismo dizque le habían puesto unos grilletes cuando le mandaron a matar. ¿Para qué y por qué le engrilletaron? Vaya usted a saber cómo pensaban los creadores de leyendas.

Así, el Edipito creció y se hizo Edipo y vivía feliz en la corte de Corinto hasta que un día (o con más probabilidad una noche de tragos) alguien le dijo que no era hijo de los reyes. Y no le dijo más.

Ante la duda, fue donde mejor le podían aclarar el hecho que no era ciertamente el Registro Civil de Matrimonios, Nacimientos y Defunciones, sino a otro augur, a preguntarle hijo de quién mismo era.

Estos augures eran medio enrevesados. Poniendo voz gruesa y profunda como corresponde a un vaticinio le dijo: “**Matarás a tu padre y te casarás con tu madre.**” Bueno, pero cómo, cuándo, por qué, intentó preguntar don Edipo, pero el augur enmudeció y no volvió a decir ni pío. (Los pollos griegos también dicen pío)

Ante esto Edipo pensó: “**Yo a mi papacito Pólipo no le mato y con mi mamacita Mérope, no me caso. Pero como estos bestias suelen acertar, mejor me voy.**”

Y llanto sobre el difunto, se fue.

En una encrucijada de caminos se encontró con un señor al que en un oscuro incidente, le mató y resulta que el señor era su papacito de verdad, Layo.

Siguió su camino, llegó cerca de Tebas, derrotó a la Esfinge en un combate de adivinanzas y, en premio, le dieron la mano de Yocasta: su mamacita.

En la leyenda, todo es claro: por qué se va de Corinto, por qué se casa con Yocasta, pero lo que nunca se aclaró fue el porqué mató a su papá en una encrucijada de caminos.

Reconstruir este oscuro incidente parricida es lo que intenta **Edipo en la Encrucijada**. ¿Sucedio como se representa en la obra? Puede que sí, puede que no. Pero Eleuterio Aria, con la audacia de la juventud, se lanzó a representar una posibilidad, de alguna manera verosímil.

Como el lector no va a verla representada, le pedimos que se esfuerce por “**ver la representación**” mientras la lee. Que procure imaginar los efectos lumínicos, los sonoros, los silencios, los tiempos...propuestos por el autor.

Con ustedes:

Edipo en la Encrucijada

Monólogo trágico en un solo acto y lugar

Por Eleuterio Aria

Dedicatoria

A Sófocles, que tan solo nos cuenta
unos pocos días de la vida de Edipo Rey.

A Sófocles,
que no tuvo tiempo de contarnos o no quiso hacerlo,
el gran momento pregnante de la vida de este pobre hombre, Edipo, signa-
do por siniestro fátum.

Liminar

Para llenar este vacío sofocleano, tengo el gusto de ofrecerles mi ópera prima escénica: “**Edipo en la Encrucijada**”.

En ella se intentan reconstruir los posibles diálogos que debieron preceder al parricidio. En ellos aparecen las malas interpretaciones, los juegos de palabras, la leve broma que no es bien comprendida, la narración de una maldición del pasado que se va transformando en un hecho presente.

Se ha escogido el monólogo, tan solo para acrecentar el desafío. Edipo enfrentó solo a su destino. Yo me enfrento al mío.

Con humildad:

Eleuterio Aria

Cuenca, a tantos y tantos de tantos...

Acto único

El escenario muestra, como se puede deducir claramente del título, una encrucijada de caminos.

Por el lado derecho del proscenio aparece Edipo, quien camina más o menos velozmente hacia el lado izquierdo del mismo, hasta salir de escena.

Pasados unos momentos, deberá volver a aparecer por el lado derecho y tor-
nar a salir de escena por el izquierdo.

Esto deberá hacerlo unas cuantas veces, demostrando estar cada vez más cansado, pero no tantas como para cansar al público.

Cuando ha realizado esto por las ocasiones que el buen juicio del actor y/o del director lo indiquen, se detiene en medio del proscenio bajo una brillante luz de spot que le iluminará verticalmente y dice con voz poderosa y potente:

***Noble pueblo de Cuenca:
Soy Edipo,
Seguidme en mis andanzas.***

Nota del autor: El primer verso es variable y está destinado a crear cercanía con los espectadores. Es decir que, luego de: “**Noble pueblo de...**” debe ponerse el nombre del lugar en donde se esté representando la obra, a saber: Cuenca, Biblián, Quito, Naranjal, Balao, etc. Así, dependiendo de la circunscripción territorial, el actor, a lo mejor tendría que decir, asimismo con voz potente y sonora:

***Noble pueblo de La boca de los Sapos:
Soy Edipo,
Seguidme en mis andanzas.***

Realiza el clásico ademán con todo el brazo que se hace cuando uno quiere que le sigan otras personas y retorna a caminar saliendo por el lado derecho y desapareciendo por el izquierdo. Más o menos a la undécima desaparición por el lado izquierdo, y cuando ya los espectadores esperan la salida por el lado derecho, aparece por el mismo lado izquierdo, camina lentamente hasta

el mero centro del escenario (siempre bajo la luz cenital de spot), mira para todos lados y debe dar claras muestras de estar más perdido que una lombriz en una destilación de alcohol.

Con fuerza, pero parsimoniosa y lentamente, saboreando las sílabas y los versos dice:

***En medio de esta cruel encrucijada,
heme aquí medio perdido.
¿Será por falta de mapas
o porque no he bien dormido?***

***¿Cuál camino escoger debo?
¿Este medio cuesta arriba
que se dirige al oeste?
¿O este otro de bajada
que me llevará hacia el este?***

Se detiene. Medita. Luego, con grandes ademanes señalatorios marcando con su mano extendida y con su dedo índice apuntando a sus posibilidades de elección de ruta, declamará solemne:

¿Este? ... (pausa)... u ... (pausa) ... ¿este?

Coloca su mano derecha en la barbilla, con la izquierda se rasca la cabeza como suelen hacer los monitos de los zoológicos. Se queda un minuto, ni más ni menos, en silencio y, de improviso, se vuelve de cara al público y dice casi en un grito:

***¿O este otro que es bien plano
y que sigue derecho?***

Baja el tono de la voz. Voz profunda que intenta transmitir su impotencia:

***¿Cómo escojo mi ruta si no tengo
ni un humilde y sutil maravedí
para hacer cara o sello?
¡Qué fea es la pobreza!***

*¡Oh, cuánta importancia tiene
una simple monedita
en estas circunstancias de tragedia!
Su reposo en el suelo,
después del corto vuelo
guiado por el fátum
decidiría mi vida,
pues la cara o el sello
irían eliminando
mis posibles caminos.*

*¡No, no tengo ni plata
y la duda me mata!*

*¡No, no tengo ni un cobre
aunque usted no se asombre!*

¡Qué fea es la pobreza!”

El actor en este momento se levanta la túnica y muestra que debajo de ella están unos pantalones totalmente contemporáneos. Mete las manos en los bolsillos y con grandes aspavientos sacará sus forros para mostrar que en ellos lo único que ha habido es un pan redondo con una mordida grande, bien marcada. Mostrándolo al público, dirá:

*Tan solo un pan me queda,
un pedazo de pan
y ya bastante duro.
Ya se acerca la noche,
ya me coge el apuro,
de llegar con mis huesos
a algún lugar seguro.”*

El actor camina por el escenario –únicamente debajo de la luz de spot– es decir, poquito, y debe mostrar al público que no sabe qué hacer.

***¿Qué debo yo de hacer
en esta circunstancia tan funesta?
Y aunque nadie lo crea:
¡Ayer no más estaba en una fiesta!***

Torna a caminar debajo del rayo de luz, con las manos en la espalda y la cabeza baja, en la estereotipada pose de quien piensa. Lo importante es que camine con lentitud, girando en el pequeño espacio iluminado, el suficiente tiempo como para que el público comience a impacientarse, y tenga ganas de insultar al actor, al director, al boletero que le cobró la entrada y a las madres de todos ellos.

Entonces, de improviso, se yergue, y a la vez que se da un brutal golpe en la frente con la mano abierta (efecto de sonido: chirlazo furibundo) dice:

***¡Ya sé!
¡Primero orino!***

***¿O acaso no han oído que:
“ninguna situación es ya tan fea
después de que uno mea”?***

Con ostentosos ademanes de abrirse la bragueta, el actor abandona el espacio iluminado y, si el equipamiento de audio lo permite, deberá oírse el inconfundible sonido de un vaciamiento de vejiga e inmediatamente después de terminado este, un inmenso suspiro de alivio.

El actor reingresa a la zona iluminada, arreglándose la túnica, que deberá tapar totalmente su pantalón contemporáneo. Debe mostrar en cara y ademanes una muy visible satisfacción. Su voz incluso, habrá adquirido un tono de tranquila alegría.

***Siéntome sin lugar a dudas
Aliviado,
y, por qué no decirlo, alivianado.
Mi vejiga está libre,
mis pensamientos fluyen
por el éter eterno.***

***La planta agradecida
por mi orina abonante,
crecerá hasta la altura:
será un árbol pujante.”***

Su voz abandona el tono recitativo solemne y continúa

***Aunque solo creo que eran unos cactus,
Porque mi pene fino
Casi, casi se pincha en un espino.***

El monólogo se interrumpe de improviso y el actor se pone tenso. Se lleva la mano a la oreja y gira lentamente. Ha oído algo. Cuando parece que ha identificado la dirección se arrodilla, se agacha y pega la oreja en el suelo. Se debe procurar que su culo alzado no quede hacia el público porque sería de mal gusto. De poderse, de acuerdo con los implementos técnicos, se debe oír el progresivo acercarse de los pasos de unos pocos viajeros. Como en ocasiones anteriores, para crear expectativa en el auditorio, esta posición deberá ser mantenida hasta el instante inmediatamente anterior a aquel en el que el más audaz del público vaya a gritar: ***“Ya levántate y haz algo, hijo de una gran puta”***.

Entonces el actor, desde su misma incómoda posición oreja en tierra (o culo al aire, que es lo mismo) comenzará a decir mientras se va levantando:

***No sé si fue mi instinto,
—mi instinto de apache—
o fue mi formación,
—mi formación comanche—
las que lograron oiga
que allá, por lontananza,
humano grupo avanza.***

***¡Qué oportuno momento!
Me siento muy contento
porque en breves instantes
ya tendré compañía
antes que muera el día.***

***¿O no miran ustedes,
no aprecian que este sol
ya casi no me alumbra?***

Idealmente, la luz de spot deberá cambiar de color, del amarillo común, a uno de atardecer: un fucsia, por ejemplo.

El actor regresa a su tono de voz amigable:

***Esperareles yo con rostro afable
y postura amigable, pero altiva.
Es para mí importante
que quien se acerca vea
que no ofrezco peligro, más que sepa,
que si quiere ofenderme,
sé muy bien defenderme.
¿Cuál será la postura mejor para esta espera?"***

El actor empieza a ensayar diversas posturas. Primero pone las manos hechas puñete en la cintura. Una a cada lado, por supuesto. Queda así unos momentos y se niega a sí mismo con la cabeza. Luego pone solo la izquierda hecha puñete en la cintura mientras deja caer la derecha abierta a lo largo del cuerpo. Vuelve a negarse con la cabeza y abre ambas manos y las separa de su cuerpo de tal manera que sus brazos, antebrazos y manos, formen con su cuerpo unos ángulos de unos 35 grados (centígrados). Las palmas de las manos quedan hacia delante y hace una grande y forzada sonrisa.

***Así, brazos abiertos
amplia y gentil sonrisa,
paso lento,
con tiento acercareme a preguntarle:
¿Hacia dónde camina?
¿Podría acompañarle?"***

***Espero no se enoje,
y en vez de responderme cultamente,
me mande a la mierda.***

*No, no debo pensar en negativo.
No debe quien se acerca
ser un ser vengativo.*

*Mas, la experiencia ordena,
que use de la prudencia;
eso dice la ciencia.*

*¿Debo tal vez con tiento deslizarme
hacia un pequeño otero
para atisbar al grupo caminante?
Una vez que lo vea y catalogue,
tendré varias opciones:
-podré abrirles mis brazos como amigo,
-enfrentarles, tal vez, como enemigo
-o, con rápidos pies,
darme a una fuga,
prudente, no cobarde,
que me permita a mí,
todito entero,
vivir un poco más hasta que muera
de muerte natural.
Procedamos.*

Edipo comienza a caminar en puntillas, elevando mucho las rodillas y moviendo los brazos ampulosamente como para guardar el equilibrio. Otra posibilidad es la de que a la vez que desarrolla este caminar de puntillas desmesurado, una de sus manos sea puesta como visera justito por encima de sus ojos mientras mueve la cabeza a diestra y siniestra o a barlovento y sotavento.

Los pasos del grupo humano que se acerca crecen. Se pueden añadir sonidos de respiración e incluso de corazones latientes. Es decir el clásico: tucutún tucutún tucutún.

Edipo se ha detenido. Se nota que ha visto a quienes se acercan, pues abre los brazos a los que ubica en la posición antes ensayada de recepción amigable y con una voz muy leve, casi femenina. (Antes se hubiera dicho de “maricón”

pero ahora por la nueva constitución podría ser motivo de juicio por discriminación homofóbica) y dice:

*Caminante, caminante,
que veis que es una mentira
aquesto del 'nuay camino'
pues aquí no más hay cuatro
-si sabemos contarlos, por supuesto-
uno el que hasta aquí me trajo,
los dos que están vacíos
y este por el que usted vino.
¡Caminante, sí hay camino!
Respondedme, os lo suplico:
¿Por cuál debo seguir mi caminar?*

En el escenario se hace silencio. Solo se oye algo que no se sabe si es una frase dicha rápidamente, el crujido de una tabla, un gas sonoro o alguna otra clase de ruido.

Edipo que estaba con los brazos abiertos y con las palmas hacia los invisibles viajeros con los que dialoga, cierra los puños y dobla un poco los brazos por el exacto lugar de los codos (no podría ser de otra forma, por supuesto, pero es bueno indicarlo). Se nota que algo que le han dicho le ha disgustado, porque dice:

¡Qué...! ¿Qué...?

Nuevo ruido indefinible. Las manos y los brazos de Edipo se ponen en la posición antes señalada como de posible combate: los puños en la cintura. Además, abre las piernas como para pararse mejor y levanta la cabeza en posición desafiante. Su voz es dura:

¿Qué no le joda?

Las siguientes frases deben pronunciarse ya no en tono poético, sino en el más común tono de presentación de experto en técnicas administrativas:

Perdón, señor.

Yo tan solo iniciaba un diálogo cordial, con una pregunta formulada en forma positiva, tendiente a iniciar un diálogo constructivo, que nos permitiera establecer un plan conjunto, para llegar a una finalidad compartida, mediante una estrategia grupal, y pudiéramos fijarnos el objetivo específico de llegar hasta el pueblo más cercano como un equipo unido, con la misma camiseta, con una misión compartida.

¡Chucha!

Nuevos ruidos indefinibles. Edipo empieza a dar visibles muestras de disgusto. Este debe notárselo sobre todo por el tono de la voz que debe, en ciertos casos, llegar hasta el tiple desafinado.

*¿Que vuelve a repetirme
que deje de joderle y me haga al lado?
¿Que viene muy cansado y atrasado
y que deje de hablarle tonterías?
¡Perdón, vejete augusto!
¡No crea que su tono impertinente
me causa ningún susto!*

*Mi culta educación,
mi noble ancestro
me hicieron dirigirme a usted de esta manera.*

*Más si quiere me exprese de otra forma,
puedo hacerlo también:
Viví en los barrios bajos,
compartí con el lumpen de mi tierra
varios días y noches.
Y adquirí en esas horas
destrezas necesarias
para el rudo combate de la vida.
Procedo a enumerarlas:
Sé lanzar mi gargajo
con precisión brutal
al ojo del rival.*

*Sé hablar con el idioma de los puños,
o el dialecto brutal de los mordiscos;
con la cruel arañada marca caras,
con el brutal pellizco,
o un pellizco más suave,
que solía emplear
cuando dama preciosa
se quedaba al alcance de mi mano.
Mis uñitas se hincaban en su nalga,
y sus dedos marcaban el mío rostro
con bofetón bestial.*

*Bueno, no divaguemos.
Continúo.*

*Practicado he también yo algunas veces,
la maniobra brutal
de patear en los huevos,
esa acción que los deja
-literalmente hablando-
a los dos pobres
hechos una tortilla
sin usar la sartén
ni la sal ni el aceite,
pues tengo 'shut' potente.*

*¿Que qué mierda le importa
y que me haga al lado finalmente?*

*¡Oye, viejo pendejo,
yo de naides me dejo!
Y menos de un anciano
medio sonso
al que encuentro
en una encrucijada.*

¿Sabes por qué he llegado hasta aquí?

¿Qué no te importa un pito?

*Aunque no te lo importe
Te contaré una vez
Y otra vez te repito:*

*Sé hablar con el idioma de los puños.
o el dialecto brutal lenguaje de los mordiscos;
con la cruel arañada marca caras
con el brutal pellizco...
Practicado he también yo algunas veces,
la maniobra brutal
de patear en los huevos...*

¡Y allí me interrumpiste, cacatúa!

*Bueno, aquí te va mi historia
Y mientras tanto
no te dejo que sigas tu camino.
Oírasme del principio hasta el final
Aunque te caiga mal.*

*Yo a ti no te obedezco,
vejestorio.*

¡Ni que fueras mi padre!”

Esta frase: “*¡Ni que fueras mi padre!”* deberá repetirse una y otra vez en el sistema de amplificación del teatro, para que incluso el espectador más distraído sepa que el anciano es, como se dice en la leyenda, ni más ni menos que el progenitor de nuestro protagonista. Su padre es su antagonista. En definitiva, el sistema de amplificación deberá indicarnos que entramos en el meollo de la tragedia.

Edipo se ha puesto como quien pretende impedir el paso de alguien: con los brazos abiertos, medio agachado y moviéndose de lado a lado. Mientras tanto dice:

*Años ha, años ha
cuando yo era
un niño chiquitito
(pues no hay niños grandotes)
crecí en bello palacio.*

*Claro, esto de: 'palacio'
es tan solo un decir,
Porque era solo
una casa grandota
de piedra, bien, bien fría.
¡Qué hablar pues de Versalles
o esos otros auténticos palacios
que aún no se construyen!*

Pero dejemos estos quiebres del tiempo.

(No te me escapas viejo)

*Crecí, crecí, crecí,
hasta ser lo que soy.
Hasta ser como soy:
un poderoso griego
de uno cincuenta y cinco
centímetros de altura
y nada de gordura.*

¿Que cuánto es eso en codos?

*¡Yo qué he de saber pes eso!
¡Viejo pendejo!
¡Ni que fuera el Pitágoras
o el Tales de Mileto!*

*Ya calla, por favor, anciano osado
que me has interrumpido
en mi cuento contado.*

*Iba en aquello de:
Crecí, crecí, crecí,
Hasta ser lo que soy:
Un poderoso griego...*

*¡Bueno! ¡Bueno! ¡Está bien!
¡No te repetiré si lo entendiste!
Fueron mis padres
Reyes...*

*¿Que si son de los Reyes de el Sísig?
¿O de los de Gualaceo?
O de los sucos de Cuenca?*

¡Qué viejo más provinciano!

*No fueron reyes de apellido,
sino reyes de cuna.*

*Fueron reyes de cetro y de corona.
Fueron y son, los reyes de Corinto.*

*¿Que por qué si soy hijo de esos reyes
estoy aquí hecho una pendejada?*

*Por favor, señor mayor
candidato a un asilo geriátrico,
déjeme continuar. No me interrumpa.
Antes decía que le hacía perder el tiempo y ahora ya quiere
que le cuente mi historia. Si eso quiere, no interrumpa.*

*¿Habéis oído acaso hablar
de la reina Merope.
Y del buen rey Polibo?*

El actor levanta los hombros como niño cogido en falta y se queda así en silencio como esperando que alguien le corrija, pero como nadie lo hace, gira hacia el público, pone la mano abierta junto a sus labios, en la estereotipada pose del que quiere contar un secreto que se oiga en todo lado y dice:

*¿Notasteis, culto público asistente
que para lograr ritmo en estos versos
he quitado lo esdrújulo del griego,
para dejarle en grave castellano?
La razón es que hacer rimas esdrújulas
tiene dificultades mayúsculas.*

*Piensen:
¿Con qué le rimo a Pólipo?
¿Con qué le rimo a Mérope?
¡Con nada pe!
Ja. Ja.*

Después de este intento de introducir un elemento de realidad en medio de la ficción representativa, el actor espera un momento para ver si ríen de su chiste. Como es casi seguro que nadie lo haya captado pues es un chiste sofisticado y medio “caldo”, prosigue, dirigiéndose hacia el lugar en donde se entiende se encuentra ¡su padre!

*¡No me gustan sus chistes, ancianete!
si no ha oído de ellos,
dígalo simplemente.
y no me venga
con estas frasecitas de que:*

*‘...quiénes también serán estos señores
con nombre de parásito el unito
y de dulce la otra...’*

(El actor pronuncia estos versos con voz de imitación forzada, porque no hay otra manera en un monólogo de hacer que el público oiga las palabras de un señor que no está presente.)

Retoma su voz normal, que deberá adquirir un tono cada vez más grave y serio. Al fin y al cabo nos acercamos al instante en que Edipo, perdida su paciencia, descalabra al anciano. Pero, no vale adelantar el clímax, ni en el teatro ni en la cama.

*No hago caso a sus tontas ironías
y le sigo contando:*

*Un buen día,
que si he de ser sincero,
fue una mala noche,
un longo descomedido,
que debe haber mal dormido,
después de que yo tan solo
le dije que era hijueputa,
el longo me respondiome:
‘Hijueputa serás vos pes,
pues no es Mérope tu madre,
ni es Pólibo tu padre.
Si no me crees, cojudo,
anda donde quien no dudo
te dará respuesta cierta.
Anda pregunta a tus “papis”*

*Y así lo hice.
Fui donde mi papito y preguntele:
¡Papi, papi! ¿No es cierto que soy tu hijo?*

*Él me dijo que sí,
pero algo noté en la voz de Pólibo
que me hizo dar un cólico.
Era una leve duda,
una sutil vacilación,
un temblorcillo,
que me hizo preguntarme
–a mí mismo, por supuesto–
no le iba a preguntar a él ni a nadie más:*

*¿Será que a lo mejor piensa
que alguna vez mi santa madrecita
le puso algunos cachos?*

*¡Caracho!
Con la duda no me quedo.
¡Si no soy hijo de él,
sí soy, seguro,
el hijo de mi madre!*

*Así pues, fui donde ella.
La encontré sentadita tras la rueca,
hilando prenda eterna
que nunca terminaba,
pues cada noche decía
no estar bien el hilván,
y deshacía
el trabajo del día.*

*Valga la pena señores
aclarar este error de la leyenda:
No era la mujer del Odiseo
la que esto hacía: tejer y destejer.
¡Era esa dama!
¡Era esa reina!
¡Que entonces yo creía era mi madre!*

*Interrogueme así:
‘Santa y buena mamá,
habiendo preguntado a papacito
si yo era hijo suyo
le noté vacilar.
Creome su vacilación profunda duda
que sólo tú podrías aclarar:
¿Soy tu hijo, mamita?
Ella así respondiome:
‘¡Sí, mi hijito querido!
¡Mi tierno capullito!*

*¡Mi bello querubín!
¡Sois hijo de tu papá!
Y no solo eso:
¡sois hijo de tu mamá! ¡Yo casta
he sido desde antes!
¡Yo casta he sido después!
¿Comprendes el acertijo,
Mi querido hijo?’*

*Y abrazándome fuerte;
se soltó a llorar con tantas lágrimas
que llenó casi un balde,
puesto ante sus ojitos con premura
por diligente esclava.*

*Yo me hice el zoquete.
Fingí que le creía,
mas la cochina duda,
se me había clavado muy adentro,
como suelen clavarse las espinas de tuna
cuando uno anda descalzo encima de ellas.*

¿Que nadie anda descalzo encima de ellas?

*¡Pobre viejo ignorante!
¿Y los faquires? ¡Ah! ¿Y los faquires?
¡Esos no solo andan sobre espinas:
se acuestan sobre clavos,
meten la mano en cestas de culebras!
Viven sin comer nada
–por eso son flaquitos–
bulímicos diría si no fuera
una cruel transgresión
de la unidad de tiempo
que promulgará después de pocos años
el sesudo Aristóteles.*

Bueno.

*¿Quieres que abrevie
pues la noche se viene
y la tarde se va?
Pues las sombras se acercan
y la luz ya se esfuma?
¿Quieres que abrevie, viejo?
Pues ya que estás picado con la historia
Allá te mando el resto.*

Durante todo este tiempo, lo teatral queda a cargo, casi exclusivamente de la calidad del actor. De la modulación de su voz, del medido ademán, hecho con parvedad.

*Con la duda metida como espina,
y con mis pies hinchados,
-que hinchados y torcidos
los tengo desde chico-
fuíme a ver al oráculo.*

*Oirás bien, ancianín de pelo cano,
esta palabra no es grave, sino esdrújula,
Pues si fuera grave
Sería 'ora culo'.*

*Fuime a ver al oráculo adivino
y postrándome en tierra,
como se debe hacerlo, preguntele:
¿Es Pólibo mi padre?*

*Y el oráculo, ¡zas!
¡Una gran carcajada!*

*Desgarrado por dentro
o lo que es lo mismo,
sintiéndome un común hijo de puta,
poniendo voz muy suave
para ver si influía en su respuesta,
preguntele así, de esta manera:
Pero... Mérope,*

*¿Sí es mi mamacita?
¿Verdad, Oraculín?*

*Nueva risa
y ahora más sonora
y lo peor de todo,
me dice con voz grave:*

*¡Ja ja! ¡Pólibo tu padrej ¡Ja ja!
¿Sabes que has de matar a tu papito?
¿Y Mérope tu madre? ¡Ja ja ja!
¿Sabes que has de casarte con mamita?*

*Ya no quise oír más.
Salí corriendo
como lo haría un ladrón en fuga,
perseguido por perros y por canes,
ladrando como bestias
y ansiosos por morderle su trasero.
Y heme aquí
huyendo del destino
para no cometer un desatino.
Pues no quiero matar
al mío padre,
ni casarme tampoco con mi madre.*

El actor se frena. Se sacude. Se transforma. Medita. Sacude la cabeza como quien desea ahuyentar un mal pensamiento o secarse el pelo. Mira de frente al público y lentamente, muy lentamente dice:

*Se han preguntado ustedes:
¿Por qué Edipo le mató a su padre?*

*Yo siempre me he dicho:
¡No ha de ser por las puras!*

*Algo debió pasar
en esa encrucijada de caminos.*

¿Qué pudo suceder?

El actor da visibles muestras de estar confundido. Sacude la cabeza, se rasca la misma primero con la una mano. (Para tener idea de lo que pretende el director se pone nuevamente la indicación de que debe usar el mismo estilo de rascarse de los monos.) Luego se rasca con la otra y, finalmente, con ambas. Se puede también llevar la mano a la quijada e incluso sentarse en el suelo, imitando, hasta donde sea posible hacerlo gracias a sus habilidades de expresión corporal, la pose clásica del “pensador” de Rodin. Por supuesto, no lluchito como el de la escultura, sino con la misma túnica que le habrá de acompañar durante toda la representación.

Y comienza a dirigirse hacia las gradas que conectan al escenario con el público, baja por ellas con el ceño fruncido y mirando a lado y lado dice:

*Señoras y señores:
Dejo por un momento
de ser el confundido
Edipo en el camino,
el que mató al viejo.*

*Paso a ser un humilde mortal que se pregunta
algo que ustedes también
–si son inteligentes,
y que son no lo dudo–
debieron alguna vez
haberse preguntado:
¿Por qué mismo mató Edipo a su padre?
¿Se han puesto a pensar que
–sin motivo–
un jovencito culto,
educado en palacio,
asesinó a un viejo
en una encrucijada de caminos?*

*Por ejemplo, usted,
mi estimada señora
de cara inteligente y gordinflona:*

*¿Podría intentar una respuesta?
No, mejor no la diga.
Déjeme que prosiga.
Veo claro en sus rostros
que no se han preguntado.*

*¡No importa!
¡Yo sí lo he hecho
durante largo tiempo
y largo trecho!
He pensado y pensado
y pensado...*

Cambia el tono a discurso de economista y dice:

Hasta que creo haber dado con la hipótesis más factible, después de considerar las distintas variables intrínsecas del álgido problema, es decir, después de una consideración holística de las circunstancias que rodearon al suceso.

Y casi gritando:

*¡Yo sé lo que pasó!
¡Ahuríticas les cuento!
Regreso a ser Edipo.
¡Soy Edipo!*

Sube al escenario y justo antes de llegar a él se sacude todo, como si le hubieran echado un balde de agua helada. Se eriza. Se pone rígido. Quiere mostrar la transformación o metamorfosis que deben sufrir los actores al entrar en el escenario. Se debe notar que ha cambiado su manera de moverse, tal vez con la cabeza algo baja, o con un andar más parsimonioso, en fin, queda a las habilidades histriónicas y anfictiónicas del actor.

Una vez que se ha situado bajo la luz de spot que nunca abandonó la escena, vuelve a dirigirse hacia el espacio no alumbrado en el que se ha ubicado a los invisibles dialogantes. Dice:

*Ilustres caminantes,
espero que no se hayan
cansado de esperarme.*

Volvamos a donde estábamos antes.

¿Que aquí mismo estábamos?

*¡Zoquetes! ¡Bien se nota
que no entienden el lenguaje figurado!*

*Yo me he referido
– como puede entenderlo
incluso un retardado–
no al lugar geográfico,
sino al momentum psicológico,
al estado del diálogo.
Y si mal no me acuerdo,
si mi tonto pensamiento
no me miente,
estábamos justito allí cuando decía:
Ilustre anciano:
¿Permitírasme vos y vuestra compañía
acompañaros a por el camino
pues la noche se acerca
y suelo tener miedo cuando me encuentro solo?*

*Ahora añadido:
Tengan además en cuenta
que soy un joven fornido,
y siempre es bueno
tener a un hombre más
por estos solitarios senderitos,
en donde puede haber
quizá un asaltante,
tal vez un ladronzuelo,
o incluso un tigrecillo solitario,
o un león;
o una víbora picon.*

¿Qué? ¡Qué!

*¿Qué no le joda?
¡Y que me haga a un lado!*

*¡Oye, viejo atrevido!
¡Ven a hacerme al lado si es que puedes!*

*¡No te escudes en estos fortachones
que te traen sentado en los colchones!
O si quieres incluso,
díles que vengan,
pero de uno en uno.*

*¡Ya verás cómo yo les descalabro
con este hermoso báculo que llevo!
Y el báculo no irá al culo,
como dice su específica etimología: “va culo.”
Desde ahora le cambio el nombre y le llamo:
“va cabeza”,
“va cráneo”,
“va huevos”,
“va testa”,
¡Y a que veas cómo les va en la fiesta!*

*¿Que vos solo te bastas
para hacerme a un lado?*

*¡Por favor, viejecín, no seas osado!
¡Mejor quédate sentado!*

*¿Qué sois un rey?
¿Y eso a mí que me importa?
En esta carretera
al igual que en mi patria hoy en día
no existe ya la ley.*

*O mejor:
solo existe la ley del más fuerte,
y la de aguas,
y la de comunicación,
del sumak causay
y otras treinta mil más,
pero ninguna ...*

*¡Hijole, ya te bajas del carruaje!
¡Púchicas,
y te bajas ágilmente
sin ayuda del paje!*

*¡Caracho, viejo,
has sido grandotote!*

*¿No te parece mejor,
ilustre y noble anciano
que mejor dialoguemos?
Al fin y al cabo,
somos civilizados.*

¡Eh eh, no te me acerques!

*¿Qué deje el báculo
y que me enfrente sin nada,
como lo hacen los hombres?
¡Solos, con su valor!
¡Solos, con su honor!
¡Solitos a puñetes!*

*Acordaraste, anciano
que ya antes te dije enantes,
que sé hablar el lenguaje de los puños
y el dialecto brutal de los mordiscos y..
¿Que me deje de huevadas
y que suelte ya el palo?*

*¿Que me haga a un lado
y que les deje en paz?*

¡Jamás!

*¡Claro que suelto el báculo!
¡Viejo bestia!*

*¡Y no solo lo suelto!
¡Lo lanzo al horizonte,
para que quede claro
que fue en igualdad de condiciones,
y no mientan
las futuras generaciones
-es decir esas que aún no nacen-
Afirmando que en la encrucijada
Edipo, a un anciano,
le dejó patitieso,
porque él tenía un palo,
y el anciano ochenta años
y ni un mondadientes
para se defender.*

*¡Aquí vamos, anciano!
¡Ustedes! ¡Ya! ¡Al lado...!
¡La pelea es de los dos
pues así lo quiere el hado!*

Edipo se pone en la pose clásica de un boxeador inglés del siglo XIX: la mano izquierda recta, muy recta y la derecha flexionada sobre el pecho con el puño pegado a su mentón, la cabeza baja.

¿Te da miedo mi pose de boxeo?

Y ¿qué tal esta otra?

Edipo realiza la típica de los luchadores de sumo: se inclina y levanta una pata y golpea el suelo. Luego la asienta y levanta la otra.

*¡Esta sí te ha asustado!
¡Ja ja!
¡Allá voy, destino agosto,
aunque estemos en junio!*

Sale de la luz del spot y durante algunos segundos el escenario queda vacío y en silencio.

Luego se oye a Edipo decir desde la parte oscura del escenario, medio acezante, pero no mucho.

*¡Hijolele!
Si es como presumo,
el viejito no sabía
de la lucha del sumo.*

Edipo continúa hablando desde la oscuridad.

*¡Yo sí le dije, abuelo,
que mejor no se meta!
Ahora se ha caído
un poco más allá de la cuneta,
pero por si le sirve de consuelo,
y no se sienta humillado
sébase que yo fui campeón de yudo.
¿A levantarse le ayudo?*

Al decir estas últimas palabras, Edipo debe aparecer justo debajo de la luz del spot, de tal manera que podamos ver que realiza con la mano el ademán que se hace cuando se quiere ayudar a una persona para que se levante. Debe quedar en claro que el viejo ha caído.

*¡Púchicas!
¡El viejito no se mueve!*

¡Pardiez, que el viejo finge!

¡No! ¡No creo que finge!

*Pues de golpe y porrazo
se ha quedado quietito.*

*¡Ya! Ya! Ya!
¡No se haga, señor!
Ya me hizo dar un susto.
¡No ponga así los ojos torcidotes!
¡Y ustedes...! ¡No se queden paradotes
allí como unos zonzos!
¡Vengan presto a ayudarlo!
¡Vengan! ¡Vengan!*

Quando dice estas últimas palabras: “**vengan, vengan**”, Edipo comienza andar para atrás, muy lentamente, con los brazos pegados al cuerpo y las manos con las palmas abiertas hacia alguien, en la clásica pose del “*yo no hice nada*”. Y, en efecto, esto es lo que dice:

*¡Señores! ¡Por favor,
les pido calma!*

*¡Verán que no hice nada!
Yo tan solo le di un empujoncito.*

¡Él se cayó solito!

*En lugar de pegarme
y de hacerse los bravos,
mejor atiendan al viejecito
que sigue allí quietito,
sin mover una pata ni una oreja,
ni siquiera una ceja.*

¿Qué dicen?

¿Que hay sangre?

*¿Que no mismo respira?
¿Tal vez no sería bueno reanimarlo?*

*¿Darle acaso un traguito?
¿No tendrán un zhumir
o un Johnny Walker?
¿O aunque sea una agüita de borraja?*

*¿Que está muerto, me dices?
pero ¿cómo?*

*¡Si se cayó en el llano,
en una hierba altota!*

*¿Que allí en donde había verde grama
reposaba una piedra?*

*¿Que se rompió la crisma
en la piedra puntuda?*

¡Ay, qué suerte más cojuda!

*¡UNA PIEDRA ALEVOSA
GUARECÍASE, HIPÓCRITA,
DEBAJO DEL KIKUYO!*

¡Mejor huyo!

*¡Destino!
¡Cruel destino!
Sin hacer casi nada
me volví asesino.
¡Ahora estoy convencido
de que el viejo no finge!*

*Seguiré este camino,
No me importa
si es que va directito
donde habita la esfinge.*

Mano y brazo derechos hacen una gran curva en el aire mientras dice:

¡Adiós, mis viejos lares!

Mano y brazo izquierdos hacen similar curva:

¡Adiós, encrucijada!

Ambos brazos y ambas manos, salen desde el pecho y se abren hasta más no poder. Quedan allí un brevísimo instante, antes de cerrarse como en un abrazo mientras inclina la cabeza en un comienzo de venia.

¡Adiós, amigos míos!

Levanta la cabeza que estaba comenzando a agacharse y se dedica a lanzar besitos volados al público mientras sale con relativa rapidez del espacio iluminado.

¡Culto público!
¡Adiós!

Todo queda en silencio por unos momentos.

Entran debajo de la luz de spot que ha acompañado a toda la representación, cuatro portadores que llevan en una camilla lo que se deduce es el cadáver de Layo. Lentamente, muy lentamente, lo atraviesan dando tiempo para que las luces se apaguen gradualmente, mientras se encienden los aplausos del público.

Cuenca, a tantos y tantos del mes de ni sé cómo del año...

El veredicto final acerca de la calidad de una obra literaria no la tienen los jurados de los concursos, por supuesto, ni siquiera los lectores, peor los críticos, que suelen ser los amigos de turno esperanzados en que pronto les devuelvan las alabanzas; el único que lo tiene es el tiempo.

Aquello que permanece, que soporta el paso de la moda y de los días es porque tocó o rozó alguna fibra sensible del ser humano (la frase es cursi, pero es así) y lo hizo con calidad, con palabras unidas de una manera tal que...

Por ello, si el **“Edipo en la Encrucijada”** fue o no una gran obra, no lo puede afirmar nadie, todavía. ¡Qué consuelo!

Corto Intermedio Musical

Después de realizada lo que denominó su *“katarsis artística”* Eleuterio continuó pensando. También pensaba antes, por supuesto, pero este “continuar pensando” se refiere a proseguir su búsqueda de caminos para su vena poética, por esos tiempos bastante anémica.

Tenía ya claro que para la literatura erótica no tenía las experiencias que consideraba indispensables.

Si bien había leído el Kamasutra y el Ananga Ranga en ediciones profusamente ilustradas, sabía que ese conocimiento teórico no era suficiente.

Intuía que si quería destacar en este campo de la literatura de tan rápida difusión, necesitaba el bagaje previo de experiencias vitales importantes y necesarias: unas noches de prostíbulo con riñas incluidas y carreras de huida por las oscuras calles aledañas; algunas fiestas orgiásticas como esas que había leído en los libros sobre la vida de la Roma imperial; tal vez unos años de puerio como el que avalaba obras de relativo éxito de ex ramerías famosas; o, al menos, la participación en algún trío, por decir lo menos.

Y en un trío sí había participado. Por más señas fue uno que conformó con dos amigos que tocaban la guitarra con un cierto acierto y que se llamó: **“Los Cantantes de Antes”**.

El nombre lo puso, como es de suponerse, el literato del grupo: Eleuterio, quien, a su vez hacía de segunda voz y tocaba a ratos el pingullo.

Sus dos amigos aceptaron gustosos la sugerencia del nombre, después de la explicación del autor:

—Es que, fíjense: la palabra “antes” suena casi igualito que “Andes”, en cuyas montañas hemos nacido, así, hace referencia a nuestro origen vernáculo (¿sic?); y, como vamos a cantar sólo música antigua, para recuperar nuestra memoria artística tan venida a menos por la invasión de la música alienante, imperialista y comercial, pues, entonces, solo música de “antes”. ¿Capishi? (En italiano el original)

Y sus amigos capishieron y robando horas al merecido descanso, como suele decirse y al tiempo debido a sus familias, ensayaron y ensayaron. Buscaron los cantos más antiguos, los más olvidados y los que sentían que mejor podían llegar a las fibras del alma a través de tímpanos mal acostumbrados a los ruidos estruendosos de guitarras eléctricas y baterías retumbantes.

Era música **“nuestra”** y, como tal, de seguro los lanzaría al estrellato. Ya se veían grabando discos y en giras por las diversas ciudades. La firma de autógrafos también aparecía entre sus sueños, de los que descendían una y otra vez, con buen sentido práctico: **“No nos adelantemos, ensayemos.”** Y regreso al ensayo, al: **“carajo no te adelantes”**; **“apréndete bien la letra”**; **“coge el ritmo”**, **“entra a tiempo”...**

Hay ocasiones en las que el veredicto sobre una agrupación cultural aparece en su primera presentación.

“Los Cantantes de Antes” -Eleuterio, segunda voz y pingullo- encontraron una oportunidad para presentarse en la feria de ganado, evento importante que se desarrollaba durante las principales fiestas de su ciudad y que reunía, a la vez, a vacas inmensas de ubres casi explosivas, a caballos más orgullosos que sus dueños, siempre vestidos de cow boys -los dueños, por supuesto, no los caballos- pero sin pistolas; borregos lanudos, patos, cantantes, bailarinas, etc. etc.

El escenario, que recorrieron la víspera, no estaba nada mal, aunque sí olía un poco mal pues, como había dicho el promotor de ese año, un español, ni más ni menos: **“Es imposible dotar de aseos a los animales. Joder”**.

La amplificación no solo que no estaba mal, sino que era de lo mejor. Al fin y al cabo a través de ella se anunciaría a la vaca campeona, y debía escucharse con claridad cuántos litros de leche habían salido de sus tetas olímpicas; cuál era el caballo de mejor paso; y así...

Por esa amplificación de miles de watts resonó la voz del anunciador que decía, o mejor gritaba:

—***“Y ahora, para ustedes, tenemos el altísimo honor de presentarles una primicia artística; un nuevo conjunto de esta tierra pródiga en prodigios: (grito): ¡Looooos...! Pausa y nuevo grito: ¡... cantanteeeeees...! Nueva pausa y nuevo grito... ¡deee anteees...!***

Y continuó:

—***Ellos compartirán con ustedes su selecto repertorio de pasillos casi olvidados. Reciban con un fuerte aplauso a Romanov, Eleuterio y Chiquintad, (grito): ¡Looooos...! Pausa y nuevo grito: ¡... cantanteeeeees...! Nueva pausa y nuevo grito... ¡...deee anteees...!***

Y los recibieron con aplausos y gritos.

Cuando se abrió un poco el espacio sonoro, Eleuterio, segunda voz y pingullo, quien además, fungía de presentador, comenzó a decir esas palabras que había preparado con tanto cariño en horas robadas a la familia, a los ensayos y, sobre todo a su trabajo, esas que empezaban:

— ***¡Estimado público! ¡Hermanos de mi tierra...!***

— ***¡Hermanos serán los hijos de tu madre!*** — gritó uno de esos borrachos que nunca faltan y peor comprenden las sutilezas del idioma. Y hubo risas.

— ***Estimado público*** — repitió Eleuterio...

— ***¡Ya cállate y canten!*** — gritó otro.

Al tercer intento del segunda voz, pingullo y presentador, los gritos se hicieron colectivos y rítmicos:

— ***¡Canten! ¡Canten! ¡Canten!***

Y obedecieron a esa cordial solicitud hecha con gritos. Las guitarras, impulsadas por dedos inspirados, desgranaron sus arpegios introductorios (¡qué frase!) y la primera voz comenzó:

— ***¡Qué distintos los dos tu vida empiezaaaaa...!***

Y, tal vez los nervios por hacer una presentación inolvidable, tal vez el micrófono, tal vez la real carencia de aptitudes artísticas, hizo lo que no se debe hacer nunca en un escenario musical popular: desafinar.

Sabemos que también desafinaban durante los ensayos, a tal punto que uno de sus amigos les había dicho que tal vez el canto no era lo suyo, pero creyeron que algo había de envidia pues cantaba en otro lado y, sobre todo, en los ensayos, sus gallos no tenían ninguna importancia.

Valerosamente, el primera voz (Romanov) retomó la canción:

— ***Y yo voy ya por la mitad del dí...aaaaaa***

Y la nota correspondiente al “...aaa...” que debía ser un sencillo “do”, salió como si fuese un “mi”, por lo que el público, muy conocedor de ese pasillo captó que algo andaba bastante mal y comenzó a gritar.

Entonces se desató una auténtica batalla de sonidos.

Las dos guitarras y las tres voces, ayudadas por la poderosa amplificación, combatían valerosamente contra los cientos de gargantas, etílicas y no etílicas, que gritaban desaforadamente, pues para sus dueños no era importante quedarse afónicos. Era una lucha colosal entre las letras poéticas del pasillo que intentaba desarrollarse y filtrarse con los gritos, más bien crasos, de los espectadores insatisfechos.

— ***Tú ni siquiera vives todavía...aaaa***

— ***¡Lárguense con su música a otra parte...!***

—Y yo ya de vivir tengo pere...zaaaa...

— **¡Traigan mierda de vaca para darles a estos!** —se oyó una voz anormalmente poderosa, pues quien esto decía había logrado hacerse con un micrófono que por allí estaba —como se diría en El Quijote— y a muchas personas les pareció correcta la solicitud del improvisado locutor. Y la aplaudieron y comenzaron a ver cómo ponerla en práctica, pues abundancia de dicho material sí se encontraba por los cercanos alrededores.

— **¡Cierto! ¡Cierto! ¡Si no se callan que coman! ¡Traigan palas! ¡Vamos! ¡Pronto! ¡Ahora! ¡Sí...!**

Y las palabras iban acompañadas de movimientos de espontáneos y **Los Cantantes de Antes**, desde la altura privilegiada del escenario pudieron apreciar que las amenazas pronto podían transformarse en hechos bastante desagradables para sus ya maltratadas gargantas. Además, sabían de historia y conocían que en la patria ecuatoriana existían antecedentes de estas alimentaciones forzadas.

Por ello, Eleuterio, segunda voz y pingullo, se despidió del **“culto público y agradeció los inmerecidos aplausos”**, mientras Romanov y Chiquintad, bajaban ya por la parte de atrás del escenario.

Con muchísima inteligencia práctica, el locutor oficial de la feria anunció a grito pelado que:

—**“¡Inmediatamente se procederá a la premiación de los animales ganadores de esta quinceava (sic) feria agropecuaria...!”**

Sabias palabras que lograron que los que ya provistos venían de materias útiles más bien para el abono de los campos que para la alimentación humana, se detuvieran y prestaran atención al **“discernimiento de preseas”**.

Los Cantantes de Antes, después de este forzado mutis, se cubrían la cara con lo que mejor podían: una bufanda que tapaba cuello y rostro, un sombrero que atrapaba todo el pelo y cubría incluso el un ojo, un pasamontañas que tan solo dejaba a la vista los ojos de uno de ellos, cual si fuera una discreta mujer árabe bien vestida con su burka.

Pronto estuvieron a más de dos kilómetros del recinto ferial, llevados por el poderoso Fiat 800 que, por suerte, arrancó a la primera. ¿Será que hasta los vehículos presienten el peligro?

A cuatro kilómetros del recinto ferial sintieron que ya podían conversar:

—*De verdad, no nos fue tan mal.*

—*¡Cierto! ¡Cierto!*

—*Claro que hubo unos maleducados que nos gritaron horrores.*

—*¡Borrachos han de ver'stado! ¿Nues cierto?*

—*Borrachos o drogados.*

—*¡Borrachos y drogados! ¡Segurito!*

—*Creo que escogimos mal el día.*

—*No solo el día. Era justito antes de la premiación...*

—*Claro, los muy burros, solo querían saber los premios de las vacas...*

—*Otra vez no aceptaremos presentarnos el día de la premiación... cualquier otro día, pero no el de la premiación...ji...ji...*

Pero las palabras propias no lograban borrar de sus oídos las ajenas: “**Des-templados! ¡Lárguense! ¡No insulten al pasillo! ¡Si no se callan les vamos a...! ¿De dónde salieron estos ...?**” y otras expresiones más crudas que no se las escribe por espeto al posible lector.

Y no tuvieron que negarse a ninguna solicitud, pues no la hubo, ni para el día de la premiación, ni para ningún otro. Ni para la Feria Agropecuaria, ni para la elección de la Morlaquita, ni para la de la Chola Cuencana, ni de la Sigseña, ni ...

El trío se deshizo aunque la amistad continuó.

Así es que, de tríos ni hablar. Ni musicales ni sexuales.

Fin del intermedio musical.

Eleuterio debía buscar su inspiración literaria por otros derroteros.

— *¿Por qué uso esta palabra?* —se dijo. — *¿Derroteros...? Suena ya de entrada a derrota. ¡Derroteros! Mejor diré “por otros caminos” y me quedo contento.*

Pero, de qué puedo escribir continuaba preguntándose. Y, como ya se dijo algunos párrafos antes, leía en esos momentos una de esas obritas contemporáneas en las que el autor, a la vez que va desarrollando la anécdota, cuenta también las dificultades que tuvo para lograrla, los hallazgos que le permitieron hacerla, las decisiones que tuvo que tomar para incluir o excluir contenidos, etc.

Gracias a esa lectura, Eleuterio percibió con total nitidez, con la misma con la que se ven los pelos de una pulga en el microscopio, que su obra debía contar eso: sus esfuerzos y sus fracasos. Y también, que debía tomar para cualquier intento de escritura alguna de sus experiencias vitales más profundas.

— *Nadie escribe lo que no tiene* — filosofó.

Nadie escribe de lo que no sabe, digo yo, el narrador. Bueno tal vez algunos sí, pero esos son los investigadores sociales franceses que publican en revistas indexadas, protegidos por un lenguaje que nadie entiende.

¿Cuáles son mis experiencias más profundas? — volvió a preguntarse.

Desechó aquella ocasión de cuando casi se ahoga en un jacuzzi, porque consideró que los sesenta centímetros que tenía no le daban la característica de profundidad requerida. Si al menos hubiera sido en una piscina olímpica... Pero, allí, de seguro se ahogaba.

Y descartó, asimismo rápidamente de su mente...

Fíjense futuros e hipotéticos lectores lo cacofónica y fea que es la frase anterior inconclusa. Y vean como queda pulida y depurada:

Y descartó también aquellas experiencias de críticas muy positivas a su persona. Por ejemplo cuando ganó el concurso de recitación en el tercer grado de escuela, o cuando metió un gol en uno de los pocos partidos que jugó en el colegio. O incluso, cuando ganó el primer premio en el concurso de poesía convocado por la universidad con motivo del mes de mayo. Intuía que de allí no podría sacar nada. Las fuentes de inspiración debían tener al menos algunas pocas lágrimas. ¿Si no, por qué se llamaban fuentes?

Y sintió que tampoco podían orientarle las críticas negativas que había recibido en su vida. La más fuerte, la que realizó Hesíodo Verdugo después de la representación de su obra *“Edipo en la Encrucijada”*, ya tantas veces mencionada (también dicen que se debería evitar estas rimas en la prosa: encrucijada, mencionada), pero realmente no importa mucho.

De improvisto todo se volvió más claro. Como cuando el astro rey saliendo furtivamente detrás de las montañas rasga -casi morboso- las vestiduras de la noche (¡Qué frase!). O como cuando en una habitación oscura se enciende un foco grandote. ¡Igualito!

Y, de verdad, a la vez que se iluminaba el cerebro de nuestro protagonista, se encendió un foco: el foco de su lámpara de escritorio.

Excurso eléctrico

El foco de su lámpara se prendía, no cuando la lógica lo indica: cuando se presiona el interruptor de la clase que sea y se lo pone en “on”, sino que lo hacía cuando le daba la gana, sin ninguna explicación racional posible.

Tan intrincado le resultaba el asunto que, después de estudiar detenidamente el problema, reconoció con sinceridad que de electricidad no sabía ni un kilovatio (¿o era más apropiado decir un vatio?) y llamó a uno de sus amigos, entendido en estos quehaceres de las partículas subatómicas y en el uso de la cinta aislante.

Apareció, como le había ofrecido, un día sábado por la tarde, gentilmente armado de su caja de herramientas y sin más trámite dijo:

— *¿En dónde está el paciente?*

— *Bueno, solo es mi lámpara...*

— *Ya lo sé, pero ¿en dónde está?*

No tuvieron que ir a ninguna parte, porque allí estaba su escritorio en el estudio-comedor-cocina-recibidor y “hall” de entrada.

— *Verás lo que pasa es...*

— *Ya me contaste por teléfono que la dichosa lamparita se enciende por las puras. Sin ton ni son. No hace falta que me repitas a no ser que creas que soy tonto. Y si así lo crees, para qué me llamaste, y si así no me crees... Bueno, lo primero que haremos, como corresponde a cualquier proceso científico es una observación. ¿Si has de tener una cervecita, no?*

— *Sí, claro* —y dio dos pasos hasta la sonora refrigeradora de la que extrajo la susodicha bebida. (Susodicha bebida escribo para no repetir cerveza)

Su amigo ya estaba contemplando fijamente la lámpara, y sin dejar de mirarla ni un instante, recibió esa primera cerveza que degustó lentamente, no tanto como para que perdiera ese friecito que la hace apetecible, ni tan rápido como para que creyera que solo había ido a ver la lámpara para embutirse de alcohol. No. Ya se había embutido la víspera (San viernes) y ahora estaba en la etapa denominada chuchaqui.

Su contemplación a la lámpara no se vio interrumpida ni cuando pidió la segunda ni la tercera “biela” (cerveza en ecuatoriano).

Por una feliz coincidencia, cuando Eleuterio veía que su provisión de “frías” (otra manera de decir cerveza) estaba por agotarse, su amigo exclamó:

— *¡Ya se prendió la hijueputa!* — (La lámpara)

Y efectivamente, la susodicha (evito repetir lámpara) se había iluminado sin que nadie le hiciera nada.

Solo entonces su amigo dejó la contemplación y procedió a revisar meticulosamente los cables, los contactos, la boquilla, el interruptor, el enchufe y demás mecanismos que permiten el milagro de que la luz llegue a nuestros ojos en los cuartos medio oscuros, y más aún en los oscuros de veras.

Su rostro era de total estupefacción y su silencio era tan grande como el que dicen existe en las profundidades marinas.

Se rascó la cabeza con el estereotipado gesto de pensar. Se puso la mano en la quijada, en otro ademán de meditación; abrió los ojos, los torció hacia arriba como si le fuera a dar un ataque, los volvió a bajar y, finalmente los clavó en los de su amigo Eleuterio que asistía atónito a esta clara gestualización de la profundidad cognitiva a la que había llegado su amigo.

Con los ojos clavados en los del estupefacto Eleuterio, le dijo con las palabras ya un poquito arrastradas por efecto de las cuatro cervezas tomadas durante la fase de observación:

— ¡No sé por qué se enciende y se apaga tu foco! Problemas eléctricos no hay, así es que considero que mi mente científica debe inclinarse seriamente a la posibilidad de que quien hace que se prenda y apague este incandescente, debe de ser (sic) un espíritu chocarrero. ¡Creo que ha de ser un espíritu chocarrero! ¡Sí, no queda otra! ¡Estoy seguro de que es un espíritu chocarrero! Así es que mejor lo dejas en paz. Ni intentes cambiarle. Mejor déjale hasta que se queme, con lo que posiblemente se solucionará el problema.

Reforzaba la posibilidad de que pudiera ser un espíritu chocarrero la prodigiosa duración del mencionado productor de luz, porque mientras los demás focos de la casa se quemaban con la frecuencia que indican los manuales, e incluso más, (hay manuales para todo, como verán) este foco se empecinaba en no quemarse, y en veces brillaba como si fuera la mortecina luz de un candil, mientras en otras adquiría la luminiscencia, no de un pequeño sol como era de esperarse en una comparación desgastada por el uso, sino como uno de esos reflectores grandotes de los aeropuertos, para usar una comparación

mucho más moderna. Pero quemarse, nada. Y continuaba encendiéndose y apagándose en un proceso aleatorio inexplicable.

Pero, como estábamos narrando antes de esta digresión eléctrica, el encenderse del foco misterioso coincidió con la aparición luminosa de la idea salvadora en la mente de Eleuterio.

Fin del excursio eléctrico.

— *¡Ya sé de donde sacaré mis ideas!* — se dijo. Y diciendo esto se encaminó a un anciano cajón que allí tenía y no crean que sacó las ideas del añoso recipiente como sacan los magos los conejos de los negros sombreros, sino que luego de abrir la decorada tapa del cofre, extrajo de él un empolvado libro (¿Notan lo antipático que es leer a autores que creen que el éxito radica en ubicar el adjetivo calificativo antes del sustantivo?) y dijo en alta voz:

— *Aquí está.* — Y lo dijo en alta voz aunque no había nadie más que él en la habitación. Bueno, tal vez sí estaba presente el espíritu chocarrero ese del foco, pero esto no lo puede saber ni un narrador omnisciente como yo.

— *Aquí está* — repitió alzando su fuente de ideas que, no sé si ustedes perspicaces lectores, ya se habrán imaginado qué era.

Si no lo han hecho, no piensen que era una fuente de la que brotaban las ideas como brota el agua potable de la llave del grifo cuando uno procede a girar en la dirección correcta su mecanismo abridor. Tampoco era una lámpara como la de Aladino a la que habría que frotarle dos veces, la una para quitarle tanto polvo y la segunda para que aparezca el genio gordo cumplidor de deseos. No era nada de esto, era algo más mágico incluso, más misterioso y más poderoso: un libro.

Y tenía un nombre. Y tenía un autor. Y tenía muchos subrayados, pues en alguna época Eleuterio subrayaba sus libros, en veces con esfero, en veces con resaltador, en veces con lápiz, asigún, como dicen en mi tierra, asigún le venía

a su mano alguno de estos instrumentos alargados que sirven para escribir, subrayar o limpiarse la cerita de las orejas.

El libro se llamaba...se llamaba... En esta parte quisiera poder imprimir a mis palabras el tono ese tan típico que tienen los locutores aficionados cuando se sortean premios y se conoce que el tercer número que salga del ánfora o bolsa de tela, generalmente, será el premiado y el que se va a llevar:

—“... *¡la hermosísima olla de arroz donada por el compañero...!*

Y ya han salido los dos primeros números y el locutor, con esa entonación tan peculiar y con las pausas debidas para incrementar el “*suspense*” dice, una y otra vez:

— *¡...y el tercer número es... y el número premiado es...!*

Los asistentes (y asistentas) se mueven en sus asientos con cierto nerviosismo; miran medio de reojo a sus números como quien no quiere la cosa (la olla de arroz) y dicen al vecino:

—*Yo ni veo mi número. ¡Como yo nunca me saco nada en estos sorteos...!*

Y el vecino le responde:

—*Yo tampoco. Quizá esta vez.*

—*Quién sabe. A lo mejor.*

Y rien, mientras el locutor, al no saber cómo continuar con su tensión opresiva, dice:

— *¡El premiado es el número 22! ¡Sí, qué bonito número, el 22! ¡Los dos patitos como solían decir! ¿Quién lo tiene? ¿Quién es el de la suerte? ¡Ah, ya veo que allá una señora levanta la mano! ¡Pase, pase! ¡Venga a reclamar su premio! ¡Aplaudan!*

—*Esa suertuda mismo es* —dicen los que antes decían que ellos jamás habían sido favorecidos por la suerte y que no les importaba el sorteo, mientras guar-

dan disimuladamente su boleto, sin romperlo, porque a lo mejor hubo alguna equivocación y...

— *¿Suertuda? Ni tanto* —dice algún otro— *o creen que será buena suerte tener al imbécil ese del... como marido.*

Si usted, hipotético lector, puede poner en esos puntos suspensivos el nombre de alguna persona que conozca y que encaje en estas descripciones, significa que habrá estado en sorteos similares.

Y la señora ganadora de la olla de arroz, regresa contoneándose a su sitio, portando la olla en su respectivo embalaje como prueba de que es sin uso, y con esa risita emparamada clásica en estas circunstancias, mientras es medio destripada por algunas lenguas envidiosas.

Y con similar ademán al de la señora al levantar su número premiado, el 22, levantó Eleuterio su libro, su fuente de ideas.

¿Y cómo se llamaba el libro se estarán preguntado? Fácil: todos ustedes lo conocen, y seguramente cuando se refieren a él, ponen una voz más baja que la que utilizan de ordinario y dicen que: *“sin lugar a dudas es la mejor novela del mundo”* y, con seguridad han leído algunas partecitas de ella. Pero, ¿entera? ¿Todita? ¡No mientan! ¡No me digan que no se saltaron siquiera alguna de las novelitas intercaladas!

Eleuterio, con su *Quijote* en alto, ahora con el ademán de los deportistas que han ganado un campeonato, se dirigió al sillón que le servía para inspirarse y también para hacer la siesta. Veía al libro ensimismado; podría decir que hasta lo besó, al fin y al cabo esto es inventado, pero incluso en la ficción hay acciones que no se compadecen con la psicología del personaje. Eleuterio era ingenuón a veces, pero de ahí a besar libros...y libros bien empolvados...

Comenzó a hablar en alta voz, (este recurso es para poder saber lo que en la mente de nuestro ente se fraguaba) Decía:

—*He aquí mi fuente de inspiración* — (esta denominación es repetitiva, pero Eleuterio no podía saber que *“fuente de inspiración”* ya lo había dicho el narrador). *Creo que he encontrado la respuesta a mi sequedad intelectual. A mi*

desierto artístico. A mi arenal sin nada de agua de mis rimas. Voy a crear un personaje que sea un Quijote moderno, un desfacedor de entuertos contemporáneo, un rescatador de doncellas actual, un loquito simpático. ¿Tiene que ser flaco? Por supuesto. ¿Alto? Sí. ¿Habrá un Sancho Panza? Lo veremos cuando las palabras se encadenen en los renglones de las páginas, como se enredan los hilos de las madejas cuando se las deja solas unos momentos y luego hay que desenredarlos y eso sí es difícil y trabajoso.

— *¿Y el caballo?*

— *¿Y el caballo?* —dijo Eleuterio en voz más alta que la primera vez.

— *¿Y el caballo?* —dijo Eleuterio en voz aún más alta que la segunda vez.

— *¿Y el caballo?*

Esta cuarta vez se quedó mudo pues de caballos no sabía casi nada. Por supuesto que los diferenciaba de los burros y de las vacas. De los borregos también, claro. Y de los perros. Y de los gatos. ¡Bueno! ¡Ya está bien! ¡Sí, reconocía a un caballo! Pero eso de que el uno era alazán y el otro árabe, y el de más allá de paso y ese medio flaco, cuarto de milla ni sé qué... Paso a paso, se dijo, esta vez solo mentalmente. Tengo que aprender de caballos. Y con este pensamiento se retiró a la habitación en la que roncaba no tan plácidamente doña Perpetua Filarmónica y, cuidando de no interrumpir su sueño se recostó a su lado.

No es posible narrarles todo lo que pensó antes de dormirse, porque no estaba, como dice Bécquer en ese **“...limbo en que cambian de forma los objetos, misteriosos espacios que separan la vigilia del sueño”**, sino que estaba, como se dice muy descriptivamente en mi tierra: **“avivado”**.

Avivado, como cuando se ha jugado a la baraja por varias horas, apostando, no importa si poco o si mucho y luego, en la cama, cuando se apaga la luz, empiezan a danzar ante nuestros ojos (bien cerrados) las reinas de corazones, los reyes de trébol y los ases de pala (el culo sucio de un juego infantil de naipes); y aparecen las combinaciones que se dieron y las que no se dieron; una vuelta en la cama para ver si acostado de ese otro lado se puede conciliar el sueño, y

aparece el siete de brillo, riéndose a carcajadas; se pone boca arriba y ahora son dos treses negros (o tapones en la canasta uruguaya) y así...

Así estaba Eleuterio intentando dormirse. Se le aparecía una y otra vez Don Quijote, muy serio. Se ponía boca abajo y ahora era Rocinante el que le echaba en cara su ignorancia equina; y cuando comenzaba a dormirse, le pareció que Sancho Panza se le montaba encima, porque comenzó a asfixiarse y se sentó, sobresaltado.

Su querida Perpetua Filarmónica, conocedora de los hábitos alimenticios de su marido le dijo:

—Esto te pasa por tomarte dos tazotas de chocolate con un guineo (¿...?) antes de acostarte. Anda y tómate algún digestivo para que puedas dormirte. Si puedes vomitar, mejor.

Pero, además de la barriga llena con las dos tazas de chocolate espeso, acompañadas por un guineo, en lugar del pan, lo que estaba saturado era el cerebro de Eleuterio: atiborrado de posibilidades, y, aunque suene contradictorio, colmado de vacíos.

—Verás que mañana tienes que trabajar, marido— le dijo Perpetua Filarmónica mientras con hábil movimiento de cuerpo giraba hacia la pared que daba a la calle y se llevaba consigo casi todo el edredón.

A la mañana siguiente, cuando se encontraron para desayunar, Eleuterio tenía los ojos muy rojos.

—Estás hecho un desastre —le dijo Perpetua Filarmónica — Pondraste algún colirio que tienes los ojos como aceitunas. ¿...?

—Es que fui deslumbrado por una idea —dijo solemnemente Eleuterio.

—Es que no dormiste nada —dijo Perpetua Filarmónica.

Sin colirio, con los ojos inflamados, buscó en las páginas amarillas algo que tuviera para él el color de la esperanza, algún lugar que pudiera llenar el vacío que le impedía comenzar a contar las hazañas de ese Quijote contemporáneo

que ya cabalgaba por su mente: su casi total ignorancia respecto de los caballos.

La suerte no siempre es adversa. En esta ocasión le sonrió a Eleuterio porque encontró que, a pocas cuadras de su hogar, existía un lugar en el que de seguro podría solucionar su vacío cognitivo respecto de los equinos. El lugar tenía un nombre: **“Escuela de Equitación Los Conejos”**.

Con paso presuroso y esperanza creciente se dirigió hacia allá.

— **¡Qué suerte!** —se decía— **Aquí de seguro aprendo lo que necesito. ¡Siempre he sido un buen estudiante...!**

Llegó y entró, pues las puertas estaban abiertas -como brazos abiertos- de par en par. Como esperándole.

En el “*counter*” había un timbre que pulsó con pianístico ademán. (Imagínense). Apareció, casi de inmediato, un nativo del lugar, es decir un cuencano.

Que era cuencano se le reconocía tanto por el cantando inconfundible al hablar, como por la cara. Aunque, es cierto que también hay personas que no han nacido en la Atenas de Ecuador y tienen cara de inteligentes.

Pero este era cuencano, cuencano. Y, además, mostraba en su cara de cuencano que estaba de mal genio.

— **¿Sí?** —fue lo único que dijo.

Si su rostro le identificaba como ateniense, su indumentaria no. Vestía botas con caladitos, pantalón bluen jean, no Levis, sino Rodeo (marca cuencana), camisa a cuadros de vivos colores, chaleco y sombrero de esos que usaba el John Wayne. Si no fuera porque no es bueno mentir, dijera que hasta llevaba al cinto dos enormes pistolas colt 45, de seis tiros, listas para ser desenvainadas en el duelo con el malo que, de seguro, tendría lugar en la calle principal del pueblo, pero no, no llevaba pistolas.

— **Buenos días, señor** —dijo Eleuterio con voz profundamente culta, la misma que ponía cuando se sentía inseguro y no quería demostrarlo.

— ¿Sí? —repitió el cuencano malgenio, con un poco más de malgenio que antes.

— *¿Puede usted atenderme?*

— *¿Y qué cree que estoy haciendo?*, —dijo esta vez con esa entonación inconfundible que le hacía resaltar el primer “qué”, el “toy” del estoy y resaltar y alargar el “ciendo”, del haciendo.

—*Verá, mi amable dependiente, necesito aprender con cierta urgencia, todos los aspectos que pueda acerca del mundo equino. Como usted posiblemente lo sepa, soy un literato y, por ejemplo, preciso saber el nombre de todo el ajuar que le ponen a un caballo.*

— *¡Literato mismo ha de ser! ¿Ajuar no es eso que les ponen a las novias? A los caballos les ponemos aperos.*

Que un vaquero falseta y de mal cuajo corrigiera a un literato sentó mal a Eleuterio cuyo orgullo herido comenzó a hervir, igualito que las alverjas (sic) en una olla de presión.

— *¡Nada de aperos ni de peros, señor!*—le dijo ya medio mosqueado— *quiero aprender a cabalgar, y todos los nombres de las cosas esas que les ponen a los caballos, llámense como se llamen. ¿Pueden o no pueden enseñarme estas cosas? Pero antes, pudiera responderme* —dijo con un tonito medio burlón y contento por poder molestar al vaquero que un momento antes había puesto en su rostro una sonrisita burlona— *¿por qué esta digna escuela de equitación se llama “los conejos”?*

El vaquero, como si nada, seguramente acostumbrado a responder esta inquietud, le contó que se llamaba así, porque desde que ese lugar fue un coto de caza de los condes de...(Aclaración histórica entre paréntesis: en Cuenca nunca hubo ni condes ni cotos de caza, sino solo el ejido en donde pastaban las vacas, pero en una narración suena bien esto de “coto de caza de los condes”) y que como no había ni ciervos ni jabalíes, sino únicamente conejos, el lugar pasó a llamarse así: “los conejos” y como era un nombre tan conocido, cuando pusieron la escuela de equitación, no encontraron ninguna razón para cambiarlo.

— ¡Ah!—dijo Eleuterio medio frustrado.

— ¿De qué raza es su caballo, señor?

— ¿Mi caballo...?

—Si quiere inscribirse en esta escuela es porque posee un caballo; me imagino...

—De tener, tener, no tengo, pero...

—Entonces tendrá que comprarse uno, porque aquí les enseñamos en sus propios semovientes. Pero al menos sí ha de tener los aperos, no, señor... —le dijo el vaquero cuencano con visibles muestras de satisfacción al ver la cara de lelo que había puesto el hipotético cliente.

— ¿Aperos...?

—Claro, señor literato, la montura, la cincha, los estribos, el freno, la grupera... bueno, todo...

— ¡Ah...!

—Bueno, si no tiene, no importa. Se compra uno y cuando ya lo tenga, regresa...

— ¿Comprar uno? ¿Y cuánto puede valer unos de estos movientes?

—Depende, depende. Depende de la raza, de la edad, de si está amaestrado o no, de...

—Bueno, verás, yo querría uno medio baratoncito, no más...

—Tiene suerte, señor ¿..?

—Aria. Señor Aria.

—Tiene suerte señor Aria, pues por coincidencia tenemos uno aquí, puesto en venta por la viuda de uno de nuestros socios que tuvo un desgraciado accidente.

— ¿Se murió cayéndose del caballo?

— ¡No, qué va! ¡Era un jinetazo! El pobre se atoró en una pepa de guaba, de esas grandotas que llaman machetonas y no hubo quien le haga la maniobra de Heilmilch, pues estaba solito y se murió, pero muerto del todo.

— Mala suerte del mancito, pero ¿por qué dice que yo tengo suerte?

— Porque la viuda, que está enteramente desconsolada y medio endeudada, dejó aquí al caballo del finado, el “Relámpago Veloz”, para que lo vendamos, baratísimo, con aperos y todo.

— ¿Qué suerte tengo? ¿Y cuánto es el baratísimo?

— El caballito, 1500 dolaritos, señor Aria. Los aperos, otro tanto. Créame que es una ganga para semejante galgo.

— ¿Los galgos no son los perros, señor?

El vaquero cuencano recuperó su mal genio inicial

— ¡Lo que sea! ¡Es un regalo! Créame que si yo tuviera la plata no dudaría ni un instante.

— Claro que usted no dudaría, señor vaquero nativo, pero yo soy un literato y ciertamente, tampoco tengo esa plata, —dijo Eleuterio, para quien en esos momentos, los mil quinientos o los quinientos mil, ambas eran para él cantidades inalcanzables. Y estaba también eso de los aperos, que hacía a la cantidad doblemente inaccesible.

Ya claramente molesto el recepcionista o como se denominara, le dijo que si quería inscribirse tendría que traer su caballo, que de lo contrario lo dejara en paz pues tenía mucho trabajo que hacer.

— Pero, ¿si han de tener unos caballitos de alquiler...? ¿No...?

— ¿De alquiler? ¡De alquiler! —dijo el vaquero cuencano abriendo unos ojazos que querían saltarse de sus órbitas— ¡Alquilar la montura, señor! ¡Alquilar su cabalgadura! ¿Usted alquilaría a su esposa...? ¡Los caballos son como las esposas señor, para uso del dueño, nada más! ¡Los caballos son como las esposas...!

Ni el contenido ni el tono gustaron a Eleuterio, al que le salió, sin querer, la respuesta:

— ***¡Ahhh! ¡Entonces, usted a lo mejor ensilla a su esposa antes de...!***

No pudo terminar la frase. El cow boy cuencano no podía desenfundar la colt 45 de cañón largo, porque no la tenía. Pero sí sacó, con la misma velocidad que los duelistas del oeste, un látigo de esos de cuero, rarísimos de encontrar a no ser en las talabarterías de Cañar. Eleuterio, asiduo espectador de westerns supo que el asunto iba en serio y salió rapidísimo de la escuela de equitación “Los Conejos”. Para su suerte, calzaba unos cómodos zapatos deportivos pues en esos días estaba entrenando para participar en la tradicional Carrera de las Cruces.

— ***¡Casícito me agarra!*** —se decía Eleuterio mientras huía volviendo la cabeza de cuando en cuando, porque temía que, a lo mejor, una brigada de caballería intentara darle alcance, pero, no. Solo le perseguían algunas interjecciones feas y dirigidas contra su madrecita y algunas partes de su cuerpo, pero que disminuían en intensidad conforme se agrandaba la distancia.

— ***¡1500 por un caballo! ¡Ni que fuera millonario! Caray, tendré que buscar otra manera de saber acerca de monturas, jáquimas, estribos y demás. Por suerte hay ahora el internet...***

Y repitiendo: ***¡1500! ¡1500! ¡Habrased visto!*** llegó a su casa.

Eleuterio era un buen usuario de los medios de información e incluso solía ponderar la bondad de la webonomics, la economía de la web, diciendo que en ella se compartían desinteresadamente los conocimientos de toda clase.

— ***¡1500! ¡Qué se creen! ¡Carajo! ¡1500!*** —Realmente no podía comprarse un brioso jamelgo.

Encendió su computadora u ordenador, (palabra colocada porque a lo mejor me leen en España) y abrió el google y le consultó como solía hacerlo, de manera similar a la que consultaba la bruja de Blanca Nieves al espejo: ***Espejito, espejito ... dime quién es la más linda....***

— ***Guglecito, guglecito, dime una cosa ¿cuáles son las razas de los caballos?***

Y el google, generoso le soltó:

“Cuarto de milla, purasangre, árabe, Mustang (siempre creyó que era un carro rojo) pura raza española, percherón, Clydesdale, Saddlebred americano, pony de las Shetland, belga de tiro, paint horse, shire, Morgan Akhal—Teke, Gyosy Vanner, Miniatura, Lipizzano, holandés sangre caliente, Oldenburg, Hakney, Fox Trotter de Missouri,fiordo, beber, islandés, marwari, Falabella, de silla manchada, Trakehner, Poni Dartmor, exmoor, de paso peruano, brega australiano, rizado, Florida Cracker, criollo, camargue, Rocky Mountain Horse, Racing, Kathiawari, Boulonnais, trotón francés, cazador irlandés, Marsh Tacky, Kabardín, Nórico, Gotland, Amblador de Narragansett, Norman Cob, Kentucky Mountain Saddle Horse.”

— ¡Ah, púchicas! —dijo— ¡Y eso que no les han puesto a los runitas de mi tierra!

Cambió la pregunta al gulecito y le interrogó acerca de los colores de los equinos. Zas, otra lista:

Blanco, tordo mosqueado, palomino, ruano castaño, gris, tordo rosado, Isabela, ruano azulado, alazán, bayo, picazo, pinto, castaño claro, castaño oscuro, pío, negro.

—Medio difícil va a estar aprender tantas cosas —se decía, pero aún sin desanimarse preguntó acerca de los aperos.

Respuesta: un dibujo, que no he podido copiar por mi inutilidad, pero en el que había las siguientes denominaciones:

Cuerno o pomo, horquilla, carrier, gualdrapa anterior, latiguillo de la cincha, guardapiernas, guardacorrea de estribo, estribo, asiento, cincha, borrén trasero, gualdrapa posterior, latiguillos, faldón, guarnición, latiguillo de la cincha trasera, cincha trasera.

Y, además, había otros gráficos referentes a lo mismo.

Eleuterio se sentía cada vez más limitado.

Ya sin nada de tratamientos cariñosos al google le preguntó por las partes del caballo:

Nuevo dibujo. Nueva lista.

Frente, ojo, mejilla, cara, ollares, hocico, quijada, garganta, cuello, paleta, encuentro, brazo, codillo, antebrazo, rodilla, oreja, nuca, crinera o tuza, cruz, dorso, zona costal, tabla del cuello, lomo, vientre, flanco, grupa, punta de cadera, babilla, cola, punta de nalga, muslo, nalga, pierna punta de corvejón, tendones flectores, nudillo, cuartilla, casco, corona, tendones extensores, garrón o corvejón, vaina prepucial, línea inferior, cincha...

Esta abundancia hizo que Eleuterio se sintiese cada vez más ignorante. Pero pensó que no tenía por qué saber tanta cosa inútil. Sí, inútil porque cada vez más se convencía de que su caballero andante contemporáneo, con casi toda seguridad iba a tener que prescindir del cuadrúpedo animal como su medio de locomoción.

¿Podría su Quijote contemporáneo tener un caballo como medio de transporte?

Un relato, aunque sea de ficción, debe tener verosimilitud. Suponiendo que su Quijote tuviera un caballo, ¿cómo lo alimentaría? ¿En dónde podría tenerlo? Seguramente en la “Escuela de Equitación Los Conejos” tuvieran la respuesta. Pero ¿cómo averiguarlo? Si regresaba por allí, ni aunque fuera con bandera blanca no le dejarían entrar y si le dejaban, no podía confiar en que la respuesta fuera sincera y esclarecedora del problema.

Así, decidió pedir a su esposa que le hiciera un favor. Que llamara a dicha escuela y preguntara cuánto le cobrarían mensualmente por tener un caballo allí.

— *¿Qué caballo tiene, señora?*

— *Un belga de tiro* —dijo, leyendo las posibles respuestas escritas por Eleuterio.

— *¡Aaaah, caray!* —oyó que le respondían a su esposa. — *Bueno, serían unos trescientos, dólares, porque se incluye tanto el pienso como los servicios veterinarios y...*

— *¿Y si fueran dos los caballitos? Si decidiera poner donde ustedes también a mi holandés sangre caliente ¿no habría una rebajita?*

— *Bueno, no sé, tendría que hablar con mis jefes. Si me vuelve a llamar mañana.*

— *No se preocupe, lo haré; porque mis animalitos están medio tristes, tal vez por la soledad, por no entender el idioma de los de aquí, al fin y al cabo vienen de Bélgica y de Holanda, los pobres...*

Así es que trescientos dólares mensuales solo por darles de comer, se dijo Eleuterio. No, definitivamente, mi Quijote, clase media venida a menos en tiempos de crisis, jamás podría tener un caballo como medio de transporte.

A la dificultad económica, Eleuterio sumó la constatación de que algunas de las más logradas aventuras del ingenioso no tendrían el menor sentido en la actualidad.

La tal vez más renombrada y conocida, aquella que se estrella contra las aspas de un molino de viento y cae despatarrado al suelo, resultaba imposible con la tecnología contemporánea. No cabía llevarle a Holanda, solo para que se estrellase contra un molinito de esos que mantienen para turistas. Y llevarle a Loja para que combata a los generadores eólicos era igualmente una torpeza. Al fin y al cabo, ni aunque el caballo fuese uno de esos grandotes como los del ejército, y pudiera saltar como los de los concursos y él tuviese una lanza de más de tres metros de largo, todo sería insuficiente para alcanzar las aspas de estos modernos generadores de electricidad. Hacer que en su intento se estrellase contra únicamente la torre, sería una solución tonta.

Dotarle a este Alonso Quijano contemporáneo con un pequeño avión con el que se estrellase contra las mismas aspas, sería acabar la obra a la primera de bastos.

Así pues, ni caballo ni avión fungían como posibles medios de locomoción del héroe en ciernes.

Al prescindir del caballo, algunas de las más preclaras aventuras quedaban imposibilitadas de ser contemporaneizadas. Pero lo importante no era el hecho en sí mismo, sino la lucha contra la injusticia que subyacía al suceso...

Otro foquito en la cabeza de Eleuterio:

— *¿Y si le doy a mi Quijote un medio de transporte propio de alguien no muy pudiente? ¿Una bicicleta...? No una de esas llenas de cambios y motores, sino una de esas sencillitas: dos rueditas, dos pedales, un timón, un sillín incómodo...*

Sí. Le pareció que el transporte adecuado para el loquito contemporáneo podría ser una bicicleta. Y así en lugar del ya clásico:

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...”

Debería ser el aún no clásico:

“En una calle de Cuenca (Ecuador, por supuesto) cuyo nombre quiero dejar bien claro –avenida de Circunvalación– no ha mucho tiempo que vivía un caballero que tenía una escopeta bien vieja, una bicicleta, también anciana y ya no tenía ni perro, porque el que tenía, por corredor, fue cruelmente aplastado por un camión de 18 llantas que por allí pasaba.”

Y otra duda cruzó por la cabeza de Eleuterio, con la misma velocidad con la que intentó cruzar el pobre perro la avenida: ¿Cómo puede ser un caballero si no tiene caballo? Caray, pensó Eleuterio. Y ya he visto que cuestan bastante.

Si tiene bicicleta ¿debería llamarse bicicletero? No, por supuesto, como un caballero no solo es el que va a caballo, sino todo **“Hombre que se comporta con distinción, nobleza y generosidad” (RAE)** nuestro naciente héroe sería un caballero no andante, sino rodante movilizándose en bicicleta.

¿Y qué clase de lecturas podrían ser las que quitaron la humedad a su cerebro?

¿Libros de caballerías, imposible? Son difíciles de conseguir pese al internet.

¿Novelas policíacas? ¿De Agatha Christi? ¿De Arthur Conan Doyle? ¿De Alicia Giménez Bartlett? ¿Leif GW. Persson? ¿Kristina Ohlsson? ¿Michael Hjort & Hans Rosenfeldt? ¿Henning Mankell? ¿Camilla Lacberg? ¿Fred Vargas? ...

¡No! ¡No! ¡No! ¡Y no! Sería un insulto a escritores que nos han deparado muchas horas de sano entretenimiento.

Mientras leía el diario, de ese día, como es obvio en su clásica lectura dinámica (solo los titulares) vio uno que le avivó su mente: algo sobre el calentamiento global. Ya está, se dijo, tienen que ser libros de ecología. Es un tema con muchísima importancia...Y, en el mismo diario, leyó una carta que empezaba por aquello de: **“Estimados lectores y estimadas lectoras, ustedes que son conocedores y conocedoras de...”**, con cuya lectura el foco terminó por encenderse: No solo libros de ecología, sino también de género.

— **¡Eureka!** — gritó Eleuterio — **¡Tienen que ser libros de ecología y de género! Los primeros, por la importancia del tema; los segundos por su clara potencialidad de enredarnos el entendimiento. ¡Ya! ¡La ecología y el género!**

Para estudiar la potencialidad de secar el cerebro de alguna persona, de estos segundos (los de ecología sí los conocía) buscó en el internet (espaebook.com / quedelibros.com / ebiblioteca.org/) y tan solo de leer unos pocos títulos de los que encontró, tales como: **“El feminismo espontáneo de la histeria”**, **“El tecnofeminismo”**, **“Aportaciones para la descolonización del feminismo”**, **“La praxis del ecofeminismo”**, **“Feminismo. Transmisiones y retransmisiones”**, **“Feminismos y postcolonialidad”** vio que el asunto era serio. Pero, honesto como era, sintió que era necesaria al menos una mínima lectura de ellos para conocer antes de hablar e intentó meterle el diente a **“Feminismo para principiantes”**, pero cuando notó que en su cerebro empezaban a producirse unos como chispacitos, prefirió evitar el cortocircuito total y regresó a su obra.

Su Quijote bien podría continuar así:

“Así pues, de tanto leer libros de ecología y de género, de claro en claro y de turbio en turbio, a nuestro buen caballero se le hacía un nudo en la garganta y se le saltaban las lágrimas, cada vez que leía los de ecología, y se le pelaron los cables. (Traducción contemporánea de la secadura del cerebro) a poco de leer los segundos.”

Eleuterio, con la curiosidad intelectual y creativa que le caracterizaba, decidió escribir alguna tontería respecto del uso y del abuso de las vocales **“O”** y **“A”**, que estaban muy bien para denominar un juego de la infancia (**“oa, sin mover-**

me, sin reírme,” etc.), pero no para ubicarlas al final de los sustantivos y de los adjetivos venga o no venga a cuento o a cuenta.

Imaginó que le hubiesen encargado algún discurso en homenaje a un amigo fallecido y comenzó:

“Estimados y estimadas presentes y presentas:

Me es grato dirigirme a ustedes y ustedas, con estas palabras sinceras y con estos vocablos sin ceros.

Mi amigo no era una buena persona, (pausa para crear expectativa) pero solo porque estas palabras van en femenino. Era un buen persono.

No era un alma blanca. Era un almo blanco. Casi un álamo. (Era largote)

Ahora que estamos aquí entre estas tumbas, a la que hemos llegado dando tum-bos, les puedo decir que todo esto del uso del masculino y el femenino en los dis-cursos es para volverse locos y locas. Yo, creo que ya estoy un poquito.

Creo que es pisotear la límpida trayectoria del idioma, al que habría –para con-cordar de manera adecuada– que llamarle el idioma.

No tendría sentido hablar de estupideces, en genérico, sino de estupidezas y es-tupidezos para no ofender ni a hombres ni a mujeres.

La letra “e”, final de alguno de estos vocablos, se iría sencillamente a la mierda. Pero, con facilidad podrían atribuir a que el uso del femenino en este signifi-cante que nombra a las heces fecales, se debe a machismo coprológico, por lo que en estos solemnes momentos propongo que debemos llegar a la precisión genérica de denominar ‘el mierdo’, a la heces perteneciente al varón y ‘la mierda’, que-daría únicamente para la deposición femenina.”

Cuando llegó aquí interrumpió su hipotético discurso y decidió que era mucho mejor continuar con la historia de su caballero andante que debía llamarse, por supuesto, Alonso y a quien le encontramos, todavía sin apellido, pero ya buscando su vieja bicicleta para comenzar sus ¿andanzas?

La encontró debajo de cajones de cartón, costales y polvo y mucho olvido. Eran años de desuso y abandono del que fue su transporte juvenil cuando la utilizaba para recorrer las calles de su ciudad, sobre todo en las horas en las que salían de sus clases las estudiantes de los colegios femeninos, con sus cuadernos y sus risas y sus rostros hermosos. Él tan solo las miraba con sus mejores ojos de borrego huérfano esperando que naciese en alguna de ellas, primero la compasión, luego el amor, pero ni compasión ni amor. Se quedó soltero.

Procedió a engrasarla con cariño, aunque el óxido depositado por los días se empecinaba en quedarse. Calibró los frenos pues se trataba de desfacer en-tuertos y no de estrellarse contra el primer bus que se cruzara en su camino.

El sillín era un problema real pues era bien duro, y así como los días habían depositado capas de óxido en su bicicleta, los mismos días le habían quitado varias capas de grasa a sus nalgas. Esas útiles capas que ayudan a la humanidad de cualquier persona a reposar con comodidad inclusive en las piedras de las orillas de los ríos durante un pic-nic. Pero como la justicia pide sacrificios, en el presente caso las sacrificadas iban a ser sus ambas posaderas.

No le preocupó la falta de un foco o de cualquier otro elemento para circulación nocturna, porque sus múltiples hazañas se realizarían todas bajo la luz del sol. También en días nublados, posiblemente. Esto, por dos razones: la primera, para que todo el mundo pudiera ver y documentar los hechos heroicos destinados a salvar perros, gatos, árboles y toda clase de bicho viviente. Las piedras y las montañas quedarían fuera de su accionar, al menos en los primeros momentos. Y, la otra, porque su creciente ceguera nocturna incrementaría sus posibilidades de muerte antes de haber logrado el cambio del mundo. De su mundo, claro, No de ¡todiiiiito! el mundo. Europa, Asia, África... quedaban, asimismo, fuera de su accionar...por el momento.

Reparado su medio de transporte debía probar si era cierto aquello de que algunos reflejos se graban en nuestra mente para siempre. Si aprendiste a nadar, podrás hacerlo aunque seas viejito arrugado y te caigas en una piscina de agua fría. Si aprendiste a montar en bicicleta...

Sí, podía hacerlo. Esto lo probó en una avenida muy ancha por la que durante algunos días había poco tráfico por las reparaciones que en ella hacían. Era precavido en todo lo no referente a la ecología y al género.

En ella montó en sus dos ruedas que no tenía ni un caballo de fuerza (horse power), sino únicamente un viejito de fuerza (one old man power) y las grandes eses que describía en sus trayectos iniciales provocaron la exclamación de algún joven preocupado:

— ¡Cuidado, viejito! ¡No vaya a descalabrarse!

Pero las eses más bien pronto que tarde, desaparecieron y pudo moverse en línea recta e incluso soltar las manos del manubrio como había aprendido a hacerlo años atrás.

Regresó a su casa feliz pensando que en el silencio de la noche podría planificar con tranquilidad su primera salida.

Más no todo fue tranquilidad. Muchas preguntas se presentaban una detrás de la otra: ¿Cuál sería el traje apropiado para un defensor de la ecología y la paridad de género? ¿Cómo Superman? ¿Con una capa y una E gigante en el pecho? ¿Con algún antifaz como Batman o el Llanero solitario para ocultar su identidad?

¿Ocultar su identidad? ¡Nunca! Su rostro, sin ninguna clase de enmascaramiento sería el que vieran los malos. Sin miedo. Sin vacilaciones.

Lo de la capa podría ser un serio inconveniente en la bicicleta pues podría enredarse en los rayos de las ruedas.

Al menos se había aclarado dos cosas: sin capa; sin antifaz.

¿Tal vez usar terno? ¿Un blue jean o vaqueros como dicen en España? ¿Algún arma? ¿Su vieja escopeta? ¿Un cuchillo grande y afilado de los de la cocina? ¿Un martillo? El bate de beisbol fue descartado sin dilaciones: muy gringo. La escopeta: difícil de usar en caso necesario: primero debía bajarse, dejar la bici en el suelo o apoyada en algo; a lo mejor ponerle cadena con candado, según

el barrio en el que se encontrase; sacar las municiones del bolsillo...No...hasta tanto, cualquier malandrín ya habría tomado un taxi o un bus.

¡Nada de armas! Solo con la fuerza de la verdad, porque si de otras fuerzas hablamos, sus brazos estaban delgaditos y bien faltos de ejercicio.

Así pues, su ropa sería la más cómoda que pudiera encontrar entre las pocas que tenía: un pantalón común y corriente, camiseta, camisa y chompa para protegerse del frío.

En los bolsillos irían sus dos respaldos: la Constitución del Sumak Kawsay o Buen Vivir, con un separador puesto en la sección en la que se habla de los derechos de la naturaleza, para poder citarla y abrirla sin demoras. Era una precaución igual a la de los vaqueros cuando engrasaban las fundas de sus revólveres para que salieran con presteza en los momentos adecuados. Su otro respaldo, más cercano: la **“Ordenanza para el control y manejo de la fauna urbana y la protección de animales domésticos del Cantón Cuenca.”**

El día amaneció prometedor: sol, mucho sol. Ni una sola nube para que ese intenso cielo azul característico de las alturas andinas pudiera exhibirse sin impedimentos. Y, como corresponde a un día de helada, con un frío bastante fuerte.

Pero el entusiasmo le hizo superar el miedo a pescar una pulmonía y montó en su vehículo luego de revisar, una vez más, que las llantas estuvieran bien infladas.

—**Tal vez muy infladas** —pensó y esta posibilidad se le confirmó en cuanto dejó la lisura del asfalto y llegó a una de las calles adoquinadas tan representativas de su querida ciudad.

Sus delgadas posaderas inmediatamente comenzaron a sentir y a sufrir la dureza del pavimento irregular y envidiaron la presencia de amortiguadores como los que había visto en algunas de las peluconas bicicletas actuales.

Cuando había decidido detenerse para desinflar un poco las llantas y obtener algo de suavidad, pasó a su lado un gigante que lanzaba furiosas bocanadas de humo negro y emitía ruidos pavorosos.

¿Un dragón?

¡No!

Era un bus de transporte público de la línea... que hacía su diario recorrido desde ... hasta...

Todo fue contemplar a ese antediluviano animal transformado en transporte urbano y olvidarse de la irregularidad de la calzada transmitida directamente a su trasero, para lanzarse en la persecución del contaminador lanzando gritos:

— ¡A mí de la santa hermandad! ¡Deteneos vil canalla que un solo ciclista es el que os acomete!

El busero no oía nada de esto pues su vehículo tenía la suficiente cantidad de ruidos propios como para opacar y acallar cualquier reconvención exterior.

La calle iba de subida, así es que el esfuerzo de la persecución obligó a nuestro buen... ¿hidalgo? ...

Al dudar de si usaba la palabra “hidalgo” para referirse al héroe que estaba creando, a Eleuterio se le prendieron dos focos: el de la lámpara con espíritu chocarrero y el de su cerebro que le dijo: ¡Tu héroe ya tiene apellido! ¡No tiene por qué ser Quijano ni Quijada, ni nada de eso! ¡Será don Alonso Hidalgo!

Gracias a esta casi genial inspiración la frase anterior fue ya corregida con certeza:

La calle iba de subida; el esfuerzo de la persecución obligó a nuestro buen Hidalgo (ji...ji...) a prescindir de los gritos amenazantes y concentrarse en superar la cuesta con fuertes resoplidos y jadeos.

Es un axioma científico irrefutable aquel de que cuando se termina una subida, o bien viene un planito o una bajada. ¡No hay otra! En la calle de la narración, para suerte de nuestro buen Hidalgo (¡Qué bien queda!) tocó bajada y casi inmediatamente parada de buses, por lo que no tuvo inconveniente en

poner su bicicleta junto a la puerta del transporte y dirigirse ahora sí, directamente al conductor.

— ***¡Vil contaminador de los ambientes, monstruo envenenador, bajad y enfren-
taos a mi arma en noble batalla!***

Y esto le decía mostrando en su mano derecha la Constitución del Sumak Kawsay, como si fuera una orden de prisión o algo semejante.

— ***Si el señor quiere subir, le recuerdo que no se puede vender nada a los pasaje-
ros*** —le dijo, el busero. Pero al ver que el señor no mostraba en su actitud nada que indicase que fuese a hacerlo, sino que insistía en que se bajara, cerró la puerta y movilizó nuevamente su gigante humoroso. (De humo)

Luego de la bajada venía un plano y otra parada de bus (Las hay cada trescientos metros). Como había muchos pasajeros que subían y bajaban, Alonso Hidalgo pudo alcanzar la puerta y lanzar alguna de sus más novedosas injurias:

— ***“...gañán, faquín, belitre”*** —alternados con el: — ***socarrón de lengua viper-
ina, bellaco villano,*** —y otras maravillas, muchas de las cuales las había leído y aprendido, pero no entendido. El busero, cariñosamente envuelto por una burbuja de potente música salsa, no oía los denuestos y, si los hubiese oído, le hubiesen resbalado sin afectarle para nada, igualito que les resbalan las acusaciones de corrupción a bastantes políticos.

Y entre estas y las otras llegose el recorrido al final de la línea y bajose el conductor y dirigiose a una caseta que allí bien ubicada había para obvios y muy necesarios y humanos menesteres y, mientras tanto, llegaron también Hidalgo y bicicleta juntos y acercándose al busero que de dicho recinto salía silbando con rostro alegre, díjole:

— ***¡Ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido murmurador, monstruo de la
naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías,
inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a
las reales personas...!***

El busero, con la tranquilidad y paz que suele dar el vaciamiento de la vejiga, (ya comprobado en ***“El Edipo”***) en un primer momento no hizo caso de

estas palabras que nada le decían, hasta que la insistencia y el tono con que eran pronunciadas le indicaron que bien podrían significar algo así como: “**¡Cobarde, hijo de una gran puta! ¿Por qué no vienes para que te saque la mierda?**” se dirigió ahora sí directamente donde nuestro Hidalgo que aún tenía tomada la bicicleta por el manubrio y dijo:

— **¿Qué le pasa, señor? ¿Qué quiere?**

— **Veo que, finalmente, vuesa merced ha decidido enfrentarme** — respondió Hidalgo.

— **Vea, señor** — dijo el busero — **Yo, a usted, nada ‘leyecho’. O no sé qué mosca le ha picado; a lo mejor ha de ser esa que está de moda en la costa y que dicen que enferma a las personas con el mal de la vaca loca, pero lo cierto es que si me sigue siguiendo** (cualquier cuencano entiende esta expresión) **no me va a quedar más remedio que pegarle.**

— **¡Hacedlo si podéis! Y os prometo que si venciéresme en este desigual combate, (al fin y al cabo yo soy flaquito y viejo y vos un joven fuertezote) dejaré para siempre mi vida de andanzas y recluireme a morir en el asilo de ancianos más próximo a mi casa (el de las Monjitas de la Caridad por más señas)**

— **Pero, ¿por qué tengo que pegarle, mi buen señor?**

— **¡Porque eres un contaminador de ambientes, un monstruo envenenador, un humeante asesino, un...!**

— **¡Ya no me joda y hágase a un lado que tengo que ir al nuevo recorrido!** — dijo el busero y tan solo empujó al ciclista quien cayó, bicicleta incluida, en una inmensa caída.

¿Cómo pudo suceder esto? Fácil. La parada de buses era la de la feria de ganado. La víspera se había realizado dicha feria y se percibían con claridad múltiples señales de lo que allí había sucedido el día anterior. Había en el suelo innumerables huellas de las pezuñas de las bestias; se olía asimismo su anterior presencia, de manera muy fuerte, en las abundantes porras esparcidas a diestro y siniestro. No era que los animales se cagasen de miedo

al saber que su próxima parada bien podría ser el camal municipal, sino que como todo rumiante, cagaban con generosidad.

Allí quedaron Alonso Hidalgo y su bicicleta tratando de levantarse de la olis-cosa y resbalosa sustancia, mientras el busero retomaba silbando a su unidad y la encendió con una muy generosa bocanada de humo negro, acompañada de una breve explosión. El transporte era a diésel, no contaba con los purificadores necesarios, pero ya había pasado por los rigurosos y meticulosos controles anuales de Cuenca Aire. Encendió la radio, ubicó el control del volumen en un nivel adecuado, más bien elevado, e inició un nuevo recorrido.

El regreso de nuestro héroe a su hogar fue, no doloroso, sino oloroso. Buscaba las calles más apartadas y solitarias, pero los transeúntes con los que se cruzaba no dejaban de mirar sorprendidos a ese señor literalmente envuelto en guano de vaca. También de caballo, pero menos.

Llegado al calor de su morada se despojó, no de su armadura, sino de su ropa apestosa y abundaron las abluciones y deseos:

— ¡Ah, si tuviera el famoso bálsamo de fierabrás! — se decía — ***Pero a falta de él bien me va esta agüita de colonia que en algo disminuirá mis pesares y...***

De pronto, tanto Eleuterio como nuestro buen Hidalgo se encontraron en un camino aparentemente sin salida, porque había sido derrotado y, como un caballero tiene que cumplir su palabra, debía, por lo tanto, retirarse al asilo de ancianos más próximo, el de las monjitas de la Caridad, por más señas, y desde allí poco iba a poder hacer para salvar al mundo de la contaminación y la deforestación, entre otros males.

Pero, justificaciones abundan y tanto Eleuterio, el autor, como Alonso Hidalgo, el protagonista, razonaron, no sin acierto, que no se había tratado de un “*leal combate*”, sino tan solo de un empujón y una resbalada y que esto era suficiente para no recluirse en el asilo de las monjitas de la Caridad, cercano a su casa, sino continuar en el intento de librar al mundo de la fermentida canalla contaminadora del aire, del agua y de todo, de todo; y de la maléfica turba de incorrectos usadores y de incorrectas usadoras del idioma en lo referente al género.

Contaban además dos hechos: no haber salido acompañado de un escudero, y no haber dedicado esa primera aventura desventurada a ninguna Dulcinea.

Se dio unos pocos días de paz, tanto para reparar su orgullo no herido, sino contaminado, como para lavar su ropa una y otra vez hasta que volviese a tener el añorado olor a ropa lavada, únicamente.

Después de abundantes baños y generosa provisión de perfumes, nuestro Hidalgo estaba ya con su orgullo y su ropa inodoros, un poco menos orondo y optimista que antes, pero siempre dispuesto a buscar nuevas hazañas que acometer.

Su caída le había dado un poquito de sentido práctico, sin quitarle lo valiente, por ello pensó que para su siguiente salida, sería indispensable contar con un escudero. Lo de conseguir una Dulcinea lo veía más fácil, al fin y al cabo solo debía estar en sus pensamientos; pero el escudero, este sí debería acompañarle de verdad.

Deberé llamarle escudero o deberá ser, aunque así no lo llame, un guardaespaldas que me proteja cuando estos feroces buseros traten nuevamente de agredirme, se preguntaba.

Concluyó que el nombre no era importante. Sí lo era, y mucho, el quién.

Y su mente hizo un minucioso recuento de amistades y parientes. Estos últimos fueron rápidamente descartados porque –bien lo sabía– creían que se le había zafado un tornillo y no le iban a apoyar en sus “locuras”. Si ya ni siquiera a las fiestas familiares le invitaban desde aquella ocasión cuando lanzó un baldazo de agua a la parrillada que hacían en el patio de la casa de su prima, gritando que no debían contaminar el ambiente.

Durante el recuento mental de sus amistades más cercanas, comenzó a destacar –por la corpulencia que ostentaba– el señor... (ya diremos su apellido) dueño de la enllantadora que tenía por buen nombre: *“El Tarzán de las llantas agujereadas”* y que se caracterizaba por la rapidez del servicio.

Así, fue allí con su bicicleta y como era conocido fue recibido con una pregunta amable:

— *¿Se le bajó la llanta de la bicicleta, mi buen señor Hidalgo?*

—*No, la llanta no; el ánimo no más es el que está un poco bajoneado* — le respondió con vos medio tristona y el léxico apropiado para, de entrada, golpear en los buenos sentimientos del artesano e iniciar el proceso de convencimiento para que se pusiese a su servicio en los próximos días.

— *¿Y por qué andapes bajoneado, vecino? ¡Me siente que se le fue la enamorada!*

—*Usted bien sabe que mi corazón solo tiene una dueña, mi buen señor y ella no se ha ido a ninguna parte, sino que sigue vendiendo en la tienda de la esquina.*

— *¡Ajá! ¡Con que enamorado de la seño Rosa, don Hidalgo!*

— *¡No! ¡No! ¡No! En otra tienda... en otra esquina...pero no venía a hablar de amores, mi buen amigo.*

—*Bueno, bueno. Cuente, cuente. Tal vez se va a dedicar a la política, porque oigo que toditos los partidos andan buscando candidatos... Si se lanza para presidente ya sabe, cuente con mi voto.*

— *¡Tampoco! ¡Tampoco! Déjeme que le cuente; pero mientras tanto, siga no más con esa llantota que está parchando...*

Y nuestro buen Hidalgo le contó, prescindiendo de la parte coprológica, su desafortunada aventura con el busero.

—*Y fíjese que yo solo quería que no contamine tanto* — terminó Alonso Hidalgo su relato.

—*No “haberstado” allí con usted, mi señor. Allí sí el busero ese hubiera visto que usted tiene amigos, buenos amigos, y que los amigos defienden a los amigos.*

Como se podrá apreciar era un hombre de pocas palabras. Por eso las repetía.

—*Bueno, pero justamente por eso he venido donde usted, mi buen amigo y vecino Barriga...*

Ya dije el apellido del dueño de la enllantadora. Ponerle de apellido Panza habría sido un plagio demasiado evidente.

—...*para rogarle me sirva como escudero.*

— *¿Quiere que le dé pegando al busero?*

—*No. No se trata de pegar a nadie, sino de desfacer entuertos. Verá, le explico...*

Y Alonso Hidalgo, comenzó a narrarle lo mal que andaba el mundo con su contaminación siempre creciente, la basura plástica que se amontonaba y que no iba a deshacerse en miles de años, lo necesario que era comenzar a corregir un poco al menos de todos esos horrores, comenzando por el barrio, la ciudad, el país, el mundo, el sistema solar, la galaxia, el universo entero...la ignorancia rampante en el uso adecuado de los morfemas flexivos de género, sin importar la clase de significantes a los que se pegaban...

No sabemos si prestaba atención a las palabras de su vecino, pero sí nos consta que, mientras tanto, había terminado de parchar una inmensa llanta de camión y dos chiquitas de un Volkswagen.

—*Así es que usted quiere que le acompañe en sus ¿cómo dijo...?*

—*Andanzas*

— *¡Ah, ya! En sus andanzas. Pero ¿es que va andando todo el tiempo?*

—*No, mi don Barriga. Usted sabe que voy en bicicleta, pero así se llaman: andanzas. Ahora, si quiere, llamarles aventuras, o hazañas o...*

Don Pancho Barriga (candidato a Sancho Panza) no le permitió continuar y le dijo.

— *¡Verá, mi buen vecino! Hay varios problemas para lo que usted me propone. El primero que no tengo bicicleta y para acompañarle tendría que ir como usted. El segundo, que aunque la tuviera, nunca aprendí a montar. Y el tercero, que aunque tuviera la bicicleta y supiera montarla, no puedo dejar mi taller porque de esto vivo: de parchar llantas. Y si dejo el taller, mi buena Teresa, que es más*

fuerte que yo, me pondría rápidamente en vereda. O me dejaría en la calle, cualquiera de las dos cosas, porque ella también enllanta y desenllanta que da un contento.

—Entonces... ¿nada que ver?

— *¡Nada, mi vecino! Pero si un busero le falta, cuénteme para darle su merecido. Dos sopapos míos y ha de quedar curado de faltar a los mayores.*

No con el rabo entre las piernas, porque el señor Hidalgo no tenía rabo, aunque si piernas, volviose nuestro buen ciclista a su casa, rumiando tanto la respuesta de su buen amigo, como la mentira que le había dicho acerca de que la única mujer de sus pensamientos vendía en la tienda de la esquina.

Y en la tienda de la esquina a la que se había referido su amigo atendía, efectivamente, la señora Rosa, pero era una mujer casada y no podía, por lo tanto, ser su dulcinea. Tenía que buscar una señora de sus pensamientos, señorita, por supuesto, con urgencia.

Alonso Hidalgo no era de esas personas dedicadas tan solo a soñar. Al menos, no durante el día. De noche, cuando dormía, sí soñaba bastante y a colores. Como era un hombre de acción, **“tomó cartas en el asunto”**. (Esta debe ser una de las frases más tontas de nuestro idioma, usada con relativa frecuencia por personas de poca imaginación, en este caso, por mí, para indicar, sencillamente que Alonso Hidalgo actuó.)

Salió a recorrer su barrio visitando sus tiendas y con el pretexto de comprar una caja de fósforos aquí, un pan, acá y un guineíto, acullá, analizó con detalle a las diferentes dependientas para ver si alguna reunía los méritos que consideraba necesarios para ser la señora de sus pensamientos.

Como todas le parecieron ser señoras casadas decidió que tenía que abrir su campo de búsqueda hacia otros lugares y no solo a las tiendas del barrio a las que inicialmente se dedicó por culpa de la mentirilla que había soltado a su amigo Barriga.

Pasaba en esos momentos nuestro buen Hidalgo por uno de aquellos puestos de venta de periódicos que por allí estaba y se fijó, no en quien vendía, que era

un señor mayor, sino en una gran fotografía a colores que anunciaba que esa noche se celebraría el concurso de Miss Ecuador y que se transmitiría en vivo, a las ocho de la noche, por el canal... Y se le prendió, igualito que a Eleuterio, el foco.

Sus amplios conocimientos del inglés le indicaban con claridad que esas hermosas damas que mostraban unas piernas larguísimas como cuellos de jirafas, pero sin las manchitas, eran misses, es decir señoritas y que podía, por lo tanto, elegir de entre ellas alguna para que ostentase el pomposo título de señora de sus pensamientos o *“lady of his thoughts”*, según tradujo luego en google. El requisito de ser señoritas evitaba la posible presencia de un marido celoso. ¿Y si el novio era el celoso...? Bueno, como solo iba a ser señora en sus pensamientos...

Y por la noche las vio mejor: a colores, bailando, cantando, de pantalones, en traje de baño, en traje de noche...

Cuando desfiló su paisana en traje típico, don Hidalgo se quedó medio lelo y con una gran inquietud. Mejor con dos. La una le pedía ir urgentemente al baño para no irritar a su próstata; esta, la satisfizo sin dificultad. La otra era una pregunta que decía: ¿Traje típico? ¿Traje típico? Pues el que ostentaba su paisana con un garbo envidiable era una mezcla de traje de astronauta apto para exploraciones fuera de la nave, con el de una bahiana gorda del carnaval de Río. Esta inquietud no pudo responderla porque las polleras, las blusas, los sombreros de paja y los paños que veía en su ciudad, no se parecían en nada al espacial-bahiano, pero reconocía que el orgullo con el que lo portaba la morlaca debía ser por algo.

Cuando llegó la hora de las preguntas y respuestas se decepcionó un poco. Siempre le había gustado la geografía y parece que a estas señoritas no. Como en una narración de humor la exageración está permitida, alguna de esas despampanantes puso a Paraguay cerquita de los Himalayas y otra dijo, muy sonreída, que el Nilo casicito chocaba con el Orinoco junto a la desembocadura del Amazonas.

Se alegró mucho, en cambio, al ver que sin importar cuál de esas bellas fuera la ganadora, la niñez estaría mejor atendida, porque todas prometían: ***“dedicar sus mejores esfuerzos para trabajar por la niñez, porque ellos son el futuro***

de la Patria.” La idea era esa, pero expresada de muy diversas maneras y con diversidad de entonaciones por cada una de las bellas. Le pareció muy sincera y espontánea la que dijo: “...**todito el año de mi reinado me he de sacar el sucio por esos niños tiriciaditos.**”

Y escogió una. En honor a la verdad, influyó mucho en su elección no la inteligencia de sus respuestas, sino el movimiento de las caderas durante el desfile en traje de baño. Vamos, era un hombre. Ciertamente soltero, pero parece que alguna que otra aventurilla sí la tuvo.

Alonso Hidalgo tenía entre sus cualidades la de ser realista. Y de varias maneras: era realista porque solía tener únicamente monedas de un real en sus bolsillos. También lo era porque respetaba a la realeza, lo que no era difícil en un país como el Ecuador que nunca tuvo como gobernantes a esos señores que no tenían sangre colorada. Y lo era, finalmente, porque en muchas cosas, distinguía con claridad lo que era real y posible de lo hipotético o soñado.

Por ello se dijo que aunque la señorita que representaba a la provincia de Los Ríos reunía cualidades intelectuales y físicas más que suficientes para ser la dueña de sus pensamientos (*mistress of her thoughts*, traducción de google) nunca sería su señora de verdad, pues aunque en alguna ocasión pudiese verla, no se atrevería a decirle nada. Eso, seguro, debido a un trauma juvenil.

Nuestro héroe, a diferencia del de Cervantes, sí tuvo juventud y en ella se ubicó el evento traumático al que hemos hecho referencia. Sucedió, por más señas, en la calle Simón Bolívar, importante arteria vial para carros y peatones de la ciudad de Cuenca que, muchos años ha, tenía un hotelito en el que solían alojarse jóvenes de las provincias costeñas, que venían a gozar del clima de la sierra huyendo del calor de olla de presión de los meses de invierno de la costa. Estoy seguro de que nadie de un país de cuatro estaciones entenderá esto del invierno caliente, pero como casi tengo la certeza de que nadie de estos países leerá esta narración, no tengo para qué explicar esta tan solo aparente contradicción.

El joven Alfonso Hidalgo estaba ubicado en la vereda del frente a la del mencionado hotel junto con sus amigos a la espera de la salida de las gráciles mozas.

Su mente se había apropiado de esos versos que por su antigüedad ya no tenían derechos de autor: **“Moza tan hermosa no vi en la frontera...”** Y no era en la frontera –en Huaquillas– en donde la había visto, sino en su mismísima ciudad de Cuenca.

Todos sus compinches conocían que su amigo Alfonso, literalmente babeaba por una de estas **“monas”**, como así se las denomina cariñosamente a todas las costeñas, aunque vengan de una provincia como la de Los Ríos, que no tiene costa.

Esperaba pues a la **“Mona tan hermosa”**, por más señas llamada Rosalinda, como se sabrá casi en seguida, y sus amigos le impulsaban con sus consejos, nacidos unos de la experiencia, otros de las lecturas y los más de la inventiva, pero todos motivados por la amistad, para que se acercase a la ninfa o náyade que no tardaría en aparecer por la puerta del hotel y le hiciese conocer sus nobles intenciones.

—**Tienes que decirle un piropo.**

—**Pero, ¿cuál?**

—**¡Vaya! ¡Vaya! ¡Cualquiera!**

—**Pero, ¿cuál?**

—**¡Vaya! Medio mudo pareces. Cualquiera. Dile: “Monita bella, sé mi estrella”.**

—**¡Turro! ¡Turro! Tiene que ser algo más directo. Algo como: Mi preciosa ciudadana de la costa, ¿me permite acompañarle por la calle en este día de sol, y acompañarle también todos los días y noches que restan de nuestras vidas?**

—**¡Puhhh! A estas damas les gusta algo más tangible. Dile, por ejemplo, algo de la belleza del vaivén de sus caderas, o aunque sea del vaivén de sus ojos.**

Consejos iban. Objeciones venían, cuando tres gallardas jóvenes salieron y comenzaron a dirigirse al corazón de la ciudad o shungo de la city: al Parque Calderón.

Acuciado por sus amigos e impulsado también por sus anhelos, Alfonso Hidalgo cruzó la calle y desde donde estaba (unos tres pasos más atrás de las doncellas) y tomando mucho aire y armándose de valor dijo:

—**¡Señorita!...¡Señorita!...¡Señorita!**—una y otra vez.

Ante tanta insistencia una de ellas frenó su caminar y dándose la vuelta preguntó:

—**¿Sí...?**

—**¡No! ¡No es a usted! ¡Es a la del centro...!**

—**Rosalinda, es a tú.** —le dijo. Así supieron el nombre de la dama que giró tranquila y se expresó de la misma forma que su compañera:

—**¿Sí...?**

Con el frenazo de las damas, el joven Alonso Hidalgo se encontró más cerca que nunca del rostro, la mirada, el pelo, la nariz y todito el cuerpo de la que pudo haber sido y no fue, porque sus nervios mezclaron los consejos y medio tartamudeando dijo algo así como:

—**¡Monita bella! Tus caderas dizque son tangibles y tus ojos se menean. No te vi en Huaquillas, sino aquí en la calle por el resto de nuestras vidas...**

Hasta aquí llegó.

Una de las jóvenes se llevó el dedo índice a la sien, lo hizo girar repetidas veces en el sentido de las manecillas del reloj, y dirigiéndose a sus amigas les dijo:

—**¡Qué pena! Primer cuencano que se nos acerca y resulta medio zonzo.**

—**Zonzo y medio querrás decir** —dijo Rosalinda y giraron y tornaron a caminar moviendo más que nunca sus caderas marcando compases de cadencias melodiosas, repiqueteando los taquitos en la vereda.

Paralizado por el esfuerzo sobrehumano, no sintió que sus amigos habían también cruzado la calle y se dirigían a él, afectuosamente:

— ¡Y...! ¿Qué te dijo...?

—**Que soy zonzo y medio** —respondió sin pensar en las posibles futuras consecuencias. Pero sus amigos no eran de los que hacen bullying ni leña del árbol caído; eran buenos amigos y procuraban consolarle.

— **¡Monas ranfleras! ¡Ya se quisieran un cuencanito como este!**

— **¡Déjales, no más! ¡Ya te has de conseguir una buena cuencana!**

— **¡Y no creas que eres zonzo y medio! Medio lelo, no más. ¡Y eso, a veces! No siempre.**

Alonso seguía mudo y muchos años después, más que cuando el coronel Aureliano Buendía se encontró frente al pelotón de fusilamiento, recordaba el rostro y la voz de la que pudo haber sido y no fue: “**Zonzo y medio, querrás decir.**”

Esa sola frase le dejó soltero. Y esa misma frase apareció clara, clarísima como en un telepromter para miopes, ahora que había elegido a miss Los Ríos como posible madam de sus anhelos. No podía arriesgarse a un nuevo rechazo de otra mona bella. Mejor buscar entre las de su tierra que cuando más le dirían un:

— **¡Retírese, viejo atrevido!**

—**Necesito encontrar una Dulcinea paisana** —se repitió, pues además de las lecturas de ecología y de género, tenía un buen resumen de El Quijote. — **A ella dedicaré mis pensamientos, mis triunfos y mis sufrimientos.**

Y, cansado de las labores del día (así se debe decir aunque no hubiese hecho realmente nada) se recostó en su lecho y pronto durmiese y pronto también soñase que era un caballero, con caballo incluido y que deambulaba, como los policías de la montada del Canadá, cuidando el orden ecológico del mundo, impidiendo la tala de los bosques, tapando las inmensas chimeneas de las fá-

bricas, tan bien tapadas, que todo el humo y los vapores se quedaban dentro de la misma fábrica que las producía y terminaban causando una tos terrible en el gerente, en el subgerente y en todos los obreros, tan fuerte, que terminaban por cerrar la fábrica ante la imposibilidad de destapar las inmensas y antes humeantes chimeneas, mientras desde la loma más próxima nuestro buen Hidalgo sonreía complacido al ver como todos salían casi ahogándose sin saber cómo destapar esa mezcla de cemento y plastilina, que tan eficiente le había resultado para taponar esos asesinos expeledores de humo y gases deletéreos. Esto de deletéreos no se puede negar que suena bien aunque en alguno de los casos, está probado, era únicamente vapor de agua el que salía.

No soñó nada referente al uso del género pues como comía poco por las noches, no solía tener pesadillas.

Como en muchas ocasiones a lo largo de sus días, a la mañana siguiente, debidamente afeitado y peinado, con su rayita en el medio, como era su costumbre desde niño, salió nuestro buen Hidalgo a buscar por su barrio alguna doncella susceptible de elección amorosa.

Con mucha inteligencia prefirió caminar para tener más tranquilidad durante la observación de las bellezas aledañas. Pero llevaba arrastrando por el manubrio a su querido medio de transporte de dos ruedas.

— *¿Y por qué no la Alfonso?* — se preguntó — La de mi antecesor (sic) se llamaba Aldonza, pero ahora no creo que se use ya este nombre. ¡Sí! ¡La Alfonso no estaría nada mal! Además es media fornida como dizque era la Lorenzo ¿O era la Teresa Panza la forzada?

Alfonso era la dependienta de una abacería cercana. (Culpen de estas letritas negras y subrayadas en algunos morfemas – ¡qué instruido que soy! – a la problemática del uso del género causada por los movimientos feministas, medio causantes también de la locura parcial de nuestro Hidalgo.)

Hacia dicha abacería se dirigió bicicleta en mano y no bicicleta en culo como sería la expresión correcta en caso de ir montado en ella. En el mencionado local se veía abundancia de sacos de arroz y de azúcar, fundas con fideos o tallarines, latas de atún y de sardinas, tetra packs de avena y leche, fundas de caramelos de diversos colores, colas, cervezas y toda la variada gama de pro-

ductos propios de tales establecimientos. (Créanme que quería usar la palabra ultramarinos en lugar de abacería, pero parece que no mismo encaja.)

Miraba a los sacos de arroz de manera directa, porque de soslayo, miraba como la fornida Alfonsa atendía a otros clientes; mientras, él daba unos muy fuertes suspiros, suspiros que bien podrían servir para mover una pequeña turbina eólica. Claro, no una grande, porque esas necesitan harto viento. Pero una chiquita, sí.

Y suspiros van, clientes vienen Alfonsa, acostumbrada a lidiar con toda clase de posibles compradores vio su presencia un poquito sospechosa. Solo un poquito, no más, porque el aspecto general del caballero no daba para ladrón, ni escapista ni estruchante y le dijo:

— *¿Ta queriendo comprar algo, el señor?*

La voz de la persona amada, y Alfonsa ya lo era desde hacía pocos momentos, tiene el efecto mágico de provocar una semi parálisis en varias partes del cuerpo del amante, principalmente en las cuerdas vocales, por lo que casi siempre, sus primeras respuestas lo harán parecer bastante zonzo.

—*Yo,...este, ...bueno,... yo, .nada...pero ...si usted quisiera...*

—*Tonces si no quiere nada, deje de estar curioseando que más parece que quisiera robarse algo.*

—*Pero ¿cómo...? Pero ¡Alfonsita...! ¡No...!*

—*¡Aljonsita! ¡Aljonsita! ¡Ni qué me conociera usted! Mejor váyase si no, he de hacerle volar a escobazos.*

—*¿Es que usted usa ese implemento de limpieza hogareña para volar, mi fair lady?*

Alfonsa no comprendió ni el inglés ni el sarcasmo porque de lo contrario ciertamente habría barrido a nuestro buen ciclista y prefirió atender a un cliente que le pedía “*...unas 15 libritas de papas, pero de la bolona. Y bien pesadas, verás.*”

Mientras daba suspiros cada vez más grandes y continuaba dirigiendo a Alfonso unas miradas de párpados caídos, nuestro buen caballero, pudo ver como un muchacho quería robarle la bicicleta. Por suerte, la cadena con que la había amarrado al poste y el candado, de buena marca italiana, habían resistido los empeños del pequeño caco.

— *¿Qué haces? ¡Longo feo!* —le dijo.

Esto de “**longo**” merece explicación. Nuestro buen Hidalgo creía que la peor ofensa que se podía decir a una persona era longuearlo. El aspecto del insultado no contaba para nada. En el presente caso, si el aspecto físico hubiera sido importante, y hubieran imperado la calma y la objetividad, lo correcto tal vez habría sido: *¿Qué haces muchacho blanco, suco de ojos azules, feo?* pues el frustrado ladrón de bicicletas bien podía haber participado en la película de Vittorio de Sica por su pinta, casi italiana. Pero no, longo dijo y longo queda impreso en las letras de este libro.

A propósito. ¿Se podrá decir letras impresas si tan solo aspiro a publicarlo online?

El longo blanco, suco de ojos azules, no dijo nada y más bien prefirió comenzar un trotecito disimulado, no sea que apareciera por allí algún guardia civil con los que no quería saber nada desde la última vez que por su culpa tuvo que pasar unos meses en el reformatorio, en donde perfeccionó alguna de sus todavía incipientes formas de rapacería.

Al ver que el frustrado ladrón emprendía disimulada fuga, nuestro buen Hidalgo —cosa rara— no entonó su consabido: *“A mí de la santa Hermandad, socorredme, que villanos y follones quieren robarme mi hacienda.* Este grito le parecía clásico y culto, pero no lo pronunciaba desde que un grupo de señoritas le cayeron a carterazos, porque comprendieron de mala manera su intento de levantar a alguna de ellas del suelo.

Esta historia fue más o menos así.

Caminaba nuestro buen ciclero... Bueno, no caminaba, iba en su bicicleta por una de las tantas avenidas, mirando a diestra y siniestra para ver si alguien necesitaba de su ayuda, cuando he aquí que un grupo de cinco señoritas

que seguramente venían de un almuerzo de cumpleaños generoso en bebidas espirituosas, iban por la vereda, hablando en altas y claras voces, o mejor dicho, gritando.

— *¿Viste lo que le dije al indio ese...?*

La frase anterior merece dos explicaciones. Primera: no debería decir: “**vis-te**”, sino “**oíste**”. La segunda: “**indio ese**” es una expresión común, que suelen endilgarlo las señoritas a cualquier joven que no les ha hecho caso, sin importar en absoluto que quien les haya despreciado sea shuar o sueco.

— *¡Sí...! ¡Ja...Ja... Ja...!*

— *¡Bien dicho! ¡Por creído...! ¡Je! ¡Je! ¡Je!*

— *¡Ya me quisiera por enamorada aunque sea cinco minutos...! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!*

— *¡Aunque sea cuatro...!* (risas) (La risa: *¡Jo...jo...jo...!* como correspondía al orden alfabético, es tan solo propia de Papá Noel)

— *¡O tres...!* —comenzó a decir la más tonta y borracha del grupo, y antes de que comenzase con el “*ju...ju...ju*” correspondiente, resbaló en una cáscara de plátano que justamente allí estaba y que sirvió para determinar las circunstancias de nuestra historia.

El resbalón provocó que diera primero de trasero y, casi inmediatamente después, de nuca, en las baldosas.

Al ver esta aparatosa caída y al mirar esparcida por el suelo a la dama, nuestro buen Hidalgo se lanzó como un rayo, pero como un rayo lentito, en socorro de la bella desparramada.

—*Yo le voy a ayudar* —dijo y sin esperar que le respondiera nada –tal vez ese fue su error– procedió a acomodar sus brazos y sus manos en las partes de la femenina anatomía que mejor le parecieron podrían servir para levantar del frío suelo a la algo abundante señorita.

Es posible que en estos honrados intentos de ayuda, su mano tocase alguna piel permitida de caricias tan solo a los enamorados o amigos con derechos, a saber: senos, nalgas o pubis, y como nuestro desfacedor de entuertos no era ni siquiera conocido, peor amigo o novio, la señorita puso el grito en el cielo. O, en una descripción más precisa: gritó desde el suelo.

— ***¡Mandado! ¡Sinvergüenza! ¡Saca la mano...!***

— ***¡Pero si lo que quiero es ayudarla!*** —dijo entre fuertes resuellos y pujos, pues se estaba esforzando de verdad por levantar esas arrobos humanas sin ser cultor de la halterofilia y seguramente su mano apretó más aquella parte reclamada con llantos por los bebés hambrientos.

— ***¡Amigas! ¡Amigas! ¡A mí! ¡Que este malandrín quiere hurtarme mi honra...!***
—gritaba la infortunada dama.

En otra de las versiones conservadas de la escena, la frase es más sencilla y creíble:

— ***¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Arúñenle a este hijueputa!***

No hay unanimidad en el grito de reclamo. Sí existe en la que describe la reacción de las amigas; fieles amigas, además bastante bebiditas.

— ***¡Suéltala, cabrón!*** —fueron las palabras que acompañaron al primer carterazo que, por suerte, solo tenía adentro unos pañuelitos de papel para limpiarse los mocos en caso de que los hubiera y que no causó efecto ninguno en la cabeza de nuestro esforzado levantador de doncellas caídas (en el suelo, no más).

El segundo golpe de cartera, esta sí conteniendo varios manojos de llaves, pues la señorita había sido la encargada de duplicar todas las de la fábrica en la que trabajaba y ya había cumplido su cometido, fue dado al grito de: ***¡Drogadote has de estar!*** y se estrelló en la cabeza del héroe que no tenía ni el yelmo de Mambrino, ni siquiera una lavacara, ni una gorra para protegerse.

Vio muchas estrellitas que volaban y sintió que sus manos aflojaban las abundantes caritas ya medio levantadas del suelo, mismas que tornaron, por la

ley de la gravedad y por los efectos de la ebriedad, a depositarse nuevamente con cierto aspaviento en el suelo.

— **¡Llama a la policía!** —dijo una.

— **¡No! ¡A la ambulancia!** —dijo la otra.

— **¡Tontas ni sé qué! ¡A los bomberos hay que llamar, pero yo no tengo saldo** —acotó inteligentemente una que hasta ese momento no había abierto la boca.

Bueno, sí la había abierto unos momentos antes, cuando depositó en el portarre con flores, mediante un clásico vómito, buena parte del licor y los sándwiches que había consumido.

—**No te preocupes** —dijo la que fungía de más instruida— **Es materia orgánica. Abono bueno ha de ser.**

—**Claro, porque es ácido** —dijo otra, que no quería quedar atrás en lo de demostrar erudición.

Tambaleándose y esforzándose, elevaron a su amiga, quien una vez que hubo recobrado la línea vertical pronunció las palabras que suelen decirse casi siempre en estas ocasiones:

— **¿Vieron como cascito me caigo...?**

Y dando ordenadamente, cada una de ellas, un primero y último puntapié en el culo del caído -sendos puntapiés en el culo debería ser lo correcto para no ser redundantes- dejaron a nuestro héroe despatarrado en la vereda, viendo estrellitas que giraban veloces, pese a que el cielo estaba nublado; pero claro, estas estrellas giraban bien por debajo de las nubes.

Cuando volvió en sí al cabo de poquísimos instantes, pudo ver como el grupo de amigas se alejaba de él por la misma vereda (ancha, como para que vayan las cinco abrazadas y zigzagueantes,) apoyándose las unas en las otras, manteniendo a la fornida accidentada entre las dos más sanas, mientras tornaban a contar lo que le habían dicho al joven que osó despreciarlas.

Se levantó mal trecho y prefirió no realizar ninguna acción pese a que pudo observar que, más adelante, volvía a desparramarse en el suelo la gordita borracha, acompañada en esta ocasión por las dos amigas que habían intentado sostenerla.

—**Ya les socorrerán**— se dijo y lamentó no poseer un teléfono celular para llamar al 911, pero es que de los artilugios modernos como él los llamaba, tan solo tenía la bicicleta que le servía para sus recorridos ciudadanos en busca de aventuras.

Y sí las tuvo.

Un buen día —¿o tal vez fue un mal día?— en el que tarareaba alegremente la conocida canción de los elefantes que se balanceaban sobre la tela de la araña y estaba ya por el elefante 453, oyó a lo lejos un ruido que llamó mucho su atención. Parecía que... ¿sería? ¡No podía ser!

El agua del río corría abundante por las lluvias de los últimos días. Solo porque el sonido propio de las aguas de su río se mezclaba con el ruido sospechoso, dudó por unos momentos.

Y, aunque llegaban cada vez más claro a sus oídos esos sonidos criminales, su bondad le impedía creer que... ¡No! ¡No! ¡No podía ser...! Su mente se negaba a que fuera posible tamaño asesinato público...

Acercose con atentados y cuidadosos pasos hacia el lugar de donde provenían los ruidos casi inconfundibles, siempre con la esperanza de que no se originaran en lo que su avezado oído ya lo anticipaba.

Sus pasos cautelosos no le impedían llevar su bicicleta, esta vez tomada por el cuadro y colocada sobre el hombro derecho, para que sus característicos sonidos de chir chir chir que emitía con frecuencia, no advirtieran a los causadores del ruido ese que parecía ser y que seguramente lo era, de que se acercaba un defensor de la naturaleza. Al fin y al cabo en la Constitución Ecuatoriana, ésta (la naturaleza) ya tenía hasta derechos.

Y, en efecto, allí apareció furiosa turba de malandrines violando los derechos de la naturaleza. No es, como tal vez podría imaginarse algún lector poco imaginativo, que se pudiese ver a malhechores intentando un coito por la fuerza con la tierra o con algún árbol o con un pequeño e indefenso arbusto;

no, algo peor, mucho peor: el ruido lo causaba una motosierra esgrimida con destreza por un sádico tajador de árboles y ramas.

Yacían en el suelo saviantes –los árboles no tienen sangre, sino savia– añosos eucaliptos que vieron durante los años de su vida cómo crecía el río, una y otra vez, cómo se extendía la ciudad y cómo, los lugares que antes servían para los borregos y las vacas, ahora se llenaban con los gritos de los niños y jóvenes entrenando diversos deportes; con señores y señoras de toda edad que caminaban buscando prolongar sus años de vida saludable e incluso por los ladridos de múltiples mascotas (perros) y mascotas (perras) que trotaban frenados por la correa de su amo y que de cuando en cuando alzaban su patita cerca de un indefenso arbolillo para ofrendarle su cariñoso pis. También hacían caquita, pero esta no quedaba como abono de la verde grama, sino que era recogida por manos cariñosas y depositada en bolsitas plásticas con la misma delicadeza que si hubiese sido una pequeña flor o una mariposa agonizante.

Estos árboles, testigos de tantos besos y caricias, ahora estaban bien muertos, cortados por la motosierra asesina.

Sus asesinos llevaban cascos en sus cabezas y protecciones cubrían sus orejas, las dos, tal vez para no oír el llanto de los árboles, lo cual es poesía, o los insultos de algunos de los paseantes, lo cual es verdad.

Pese a la furia que quería escapársele igualito que intentan huir las alverjas (sic) cuando saltan furiosas dentro de una olla de presión, se dirigió a ellos con exquisita cultura:

— ¡Deteneos, caballeros, o quien quiera seáis! ¡Dadme cuenta de quiénes sois, de dónde venís y qué hacéis, que según lo que mis ojos apreciar pueden, parece que estuvierais cometiendo algún desaguizado, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para que os detengáis en este mismo momento o para castigaros en debida forma por el entuerto realizado!

Los podadores municipales, que no otra cosa eran los cuadrilleros dedicados cumplidamente a su labor, tanto por el furioso y característico ruido de una motosierra, como por el cantarino de las aguas y, además, por los audífonos que llevaban, no oyeron las palabras pronunciadas en voz culta por el bicicletero Hidalgo, defensor de la naturaleza.

Dirigiose nuevamente nuestro buen caballero con iguales palabras y razones, pero por los mismos impedimentos anotados, tampoco le oyeron esta segunda vez y prosiguieron en su dura labor.

Esta falta de respuesta a sus cordiales requerimientos hizo que las alverjas (sic), perdón, las palabras que hervían en su interior comenzasen a salir con más fuerza por su boca, obviamente y no por ninguna válvula de seguridad dañada:

— *¡Deteneos bellacos y sed más bien criados! ¡Y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla!*

— *Algo creo que está diciendo ese señor* —dijo entonces uno de los cuadrilleros.

— **Cierto** —anotó otro cuya labor consistía en impedir que algún paseante o alguna paseanta despistado o despistada terminasen hechos puré debajo del tronco de uno de esos arbolotes y le dijo, sin sacarse los audífonos:

— *¡Señor! ¡Señor! Retírese que le puede caer un árbol.*

El comedido empleado municipal no oía nada, sino tan solo veía a un señor de cierta edad, flaco alto y seco, como dizque había sido Don Quijote, que abría y cerraba su boca y movía sus brazos. No era experto en la lectura del lenguaje corporal, pero sí lo suficientemente perspicaz como para notar que la abundante mímica trataba de comunicar algo importante. Por ello optó por sacarse los audífonos y acercarse donde el reclamante.

— *Diga, mi señor.*

Armándose por última vez de paciencia, que no otras armas tenía, nuestro Hidalgo dijo:

— *Ya os he preguntado dos veces que qué facéis con aquestas poderosas armas.*

— *¿Armas? No, mi señorcito, no tenemos ni una pallquita siquiera.*

— *Armas son aquestas motosierras asesinas. ¿Qué hacéis con ellas?*

—Podando los árboles ¿o no ve?

— ¿Podando? ¡Talando debéis decir! ¡O mejor asesinando! Deteneos. ¡Deteneos y esperad, canalla malandrina; que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata!

—Si se refiere al puente del Vado, mi señor, ese queda más abajo. De lo otro no le entiendo ni jota.

Coincidían estos sucesos con la hora del descanso por lo que los miembros de la cuadrilla se habían sentado a tomar su “lonch” (sic). Cual desnudaba un guineo; cual descabezaba una coca cola. (Destapaba, por si acaso no se entiende la metáfora) Además, esto no es publicidad pagada, sino simple constatación antropológica; otro más tomaba con sus dedos ya libres de los fuertes guantes del trabajo, con fruición y ritmo, una tras otra, las papitas fritas de un clásico recipiente de cartón de sachipapas. Ninguno fumaba.

— ¿Qué estará queriendo el señor? — se preguntaban, mientras continuaban comiendo y recuperando sus fuerzas para proseguir con la labor de decapitación de los árboles de la orilla del río ya marcados con el signo de la muerte: una cruz rosada pintada el día anterior por el “experto” municipal.

Nota: el término decapitar los árboles está claramente mal empleado pues a los árboles, para que caigan, se les debe cortar por su base y no por el cuello. Pero decapitación suena mucho más mortífero.

Ya no pudo contenerse y gritando dijo:

— ¡Gente endiablada y descomunal! ¡Dejad luego al punto los altos árboles que herís tan alevosamente; si no, aparejaos a recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras!

Cuando oyeron la palabra muerte y vieron que había dejado la bicicleta en el suelo, sin ponerle candado ni asegurarla de ninguna forma, tal era su furia, y que se acercaba amenazante a su compañero, uno de ellos dijo:

— ¡Señorcito! ¡Qué tan bien dirá usted! Pero déjenos trabajar en paz, que tenemos que podar estos arbolitos que están en peligro de caerse y apachurrar a las gentes.

— ¡Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla! —dijo nuestro buen Hidalgo y sin esperar respuesta, arremetió contra el primer cuadrillero con tanta furia y denuedo que logró tumbarlo.

Iba a comenzar a golpearlo cuando los compañeros del caído, sin necesidad de palabras, decidieron que ya estaba bien y que no podían permitir que se maltratase a su amigo, ni que les impidiesen continuar con su trabajo.

Así, cuatro de ellos tomaron sendas extremidades del atacante: uno un pie, otro el otro pie; el tercero la una manito; el cuarto la otra que faltaba, la izquierda, y sin hacer caso del diluvio de insultos que, ahora sí, salían sin freno, comenzaron a balancearlo mientras caminaban lentamente, como en las cámaras lentas del cine, hacia las aguas del río.

— ¿Le lanzamos al río al man? — preguntó el que tenía el pie derecho.

— ¡No seas bestia! ¡El Tomebamba está crecidote!

— ¡Sí! No hay que tirarle a las aguas. Segurito se ahoga. Pero, por un por si acaso, ¿Sabe nadar, mi buen señor?

El candidato al baño mortal sólo gritaba:

— “¡Oh, bellacos villanos, mal mirados, descompuestos, ignorantes, infacundos, deslenguados, atrevidos, murmuradores y maldicientes!... ¡Idos de mi presencia, monstruos de naturaleza, depositarios de mentiras, almarios de embustes, silos de bellaquerías, inventores de maldades, publicadores de sandeces, enemigos del decoro que se debe a las reales personas!”

— Loquito mismo creo que está — dijo el de la mano derecha.

— Así parece —acotó el del mismo pie.

— Solo démosle un baño. Eso creo que les sabe calmar. Así decía mi abuelita: “Para que un loco no haga daño, un buen baño”.

Cultamente se dirigió el de la mano derecha al defensor de la naturaleza:

—Verá, mi buen señor. Vamos a darle un bañito en el río. Pero es por su bien; para que se calme.

— ¡Pero el agua ha de estar bien fría! —dijo, recuperando un poquito el sentido común y con él las palabras comunes el suspendido ecólogo que avanzaba con su trasero rozando la hierbas hasta un lugar adecuado en donde pudieran meterle en las heladas aguas que bajaban del Cajas, por supuesto el humedal más hermoso del mundo, y por ende de el Ecuador.

— ¡Claro, señor, bien fría ha de estar porque hoy heló!

Por la mente de nuestro buen Hidalgo pasaron, como dicen que pasan ante los que van a morir, no las mejores horas de su vida, sino tan solo el hecho real de que hace quince días no más había estado bien enfermo con una pulmonía que casi le lleva al Perespata.

Nota: Perespata: Lugar en donde está situado el cementerio Municipal de la Atenas del Ecuador y usado, por lo tanto, en expresiones coloquiales para referirse a muertes o casi muertes. Así: “**Se fue al Perespata**”, significa: se murió. “**Casicito me voy al Perespata**”, etc.

Y don Alonso Hidalgo, días antes casicito se había ido al Perespata por una neumonía triple, creo.

El médico le había dicho que se cuidara del frío. Que a su edad no se debe jugar con los enfriamientos y peor después de una enfermedad tan grave como la que él había tenido, así es que esta bañadita en el río sería, ni más ni menos que su sentencia de muerte. Igualito que si le cortaran la cabeza como hacían los franceses. Y esto fue lo que les dijo, ahora sí en castellano entendible.

— ¡Señorcitos! ¡Señorcitos! Verán: Estuve mal de los pulmones hace poquito. Si me meten al río, me matan. ¡No sean malitos, no me bañen!

Los cuadrilleros no eran gente mala. Eran gente muy buena, por lo que las palabras del colgado les llegaron a los oídos, primero, después al entendi-

miento, y luego al corazón y al alma a la vez. Y se frenaron en su caminar, ya con los pies pisando el agua, uno de ellos.

— *¿Le soltamos?* — se preguntaron.

— *Sí* — dijo otro (el de la manito izquierda) — ***pero antes tiene que prometernos que no va a molestar a la gente.***

— *Pero... ¿promesas?...* — quiso decir el suspendido héroe cuyo trasero presentía ya el frío de la muerte. Bueno, no exageremos: el frío del agua.

— *Sin peros, mi buen señor; sin peros y con promesa o se va al agua.*

— *Pero...* — fue el nuevo intento.

— *Otro perito y baño, mi señor; así es que decida si promete o no.*

— *¡Les prometo! ¡Les prometo!* — dijo con lágrimas nuestro buen Hidalgo que sabía que esa promesa impediría que la humanidad entera supiese de sus posibles futuras hazañas en defensa del medio ambiente y del uso correcto del género gramatical.

— *¡Ya ve que no fue difícil! Ahora vaya tranquilito. Tómese una agüita de borrajas con valeriana y deje de andar jodiendo a la gente.*

Le llevaron de regreso al sitio en donde comenzó el incidente y con cuidado le depositaron en el suelo junto a su bicicleta caída.

Mientras los cuadrilleros retornaban a terminar su lonch: el guineo estaba medio comido; la caja de sachipapas aún ostentaba varias papitas amarillas e incluso la salchicha roja, nuestro héroe contemplaba cómo las nubes pasaban por el cielo.

Pensó que lo correcto en esos momentos sería abrazarse de su buena compañera: su bicicleta y a gritos llorar sus infortunios, pero como el sentido común continuaba creciendo en su mente, este le dijo suavito que allí sí le creerían bien loco y que mejor era no arriesgarse, así es que se levantó, se sacudió algunas hierbas que se habían pegado a su ropa, y diciendo: ***“Buenos días tengan***

ustedes, caballeros” se marchó, ya no en busca de aventuras, sino del cálido refugio de su hogar.

Cuando escribió estas palabras, Eleuterio tuvo un susto casi tan grande como el protagonista de sus historias: Si tenía que cumplir sus promesas, y a fe que tenía que hacerlo pues era un caballero, ya no podían seguirse narrando nuevas aventuras, porque no podía haberlas.

Ya ni siquiera tenía sentido contar las ocasiones del pasado cuando intentaba componer el mundo. Aquellos actos públicos en los que el orador u oradora de turno, para mostrar su no sexismo comenzaba sus palabras con maravillas tales como: **“Estimados ciudadanos y ciudadanas”** y que hacían que Alonso Hidalgo se preguntase ¿por qué solo los ciudadanos eran los estimados? ¿Sería que, a lo mejor, a las ciudadanas el orador les tenía una cierta ojeriza?

Y cuando en su arma, ya no invencible, la Constitución leía que:

“Art. 6. — Todas las ecuatorianas y los ecuatorianos son ciudadanos y gozarán de los derechos establecidos en la Constitución.” (sic)

¿Significaba que las mujercitas, sus queridas huarmis, no eran ciudadanas?

Como este sería un cuento de nunca acabar, Eleuterio decidió que era mejor para su salud mental hacer que el buen Hidalgo cumpliera su promesa.

Lo cierto es que Eleuterio se quedó sin protagonista y, nuevamente, con el problema de cómo continuar su narración, pues tenía la ambición de que su obra llegase siguiera a las 180 páginas, que no sabía por qué le parecía la extensión mínima de una novela que se precie de tal.

Se quedó sin protagonista porque un caballero debe cumplir sus promesas e, igualito que en el Quijote, no hubo Sancho ni bachiller capaz de hacer que volviese a recorrer las calles en busca de enderezar entuertos.

Esta imposibilidad fue facilitada por la circunstancia histórica de que para estos años, en el Ecuador no existía ningún bachiller Sansón Carrasco y sí, la **“bola”** de másteres y másteras, aunque sea en Pedagogía. Y, es más, estos másteres y másteras, empezaban a transformarse en PhDs, tal como se trans-

forman los shugshis de un charco en ranitas verdes y saltarinas. (Shugshi, en cuencano, es renacuajo)

Alfonso Hidalgo sí continuó recorriendo las calles de su ciudad, pero su deambular ya no era en bicicleta porque le dijeron que su uso prolongado podría agudizar sus problemas de próstata, sino a pie, no más; más o menos despacio, más o menos rápido, según su ánimo y la calidad de sus zapatos; y ya no buscaba enderezar asuntos tuertos (participio de torcer), sino que iba, casi todos los días, a comprar el pan y la lechecita para su desayuno y, cada semana, con más frecuencia, a adquirir remedios para el reuma, la artritis, la tensión alta, el colesterol, la tortícolis, la diarrea, los simposium ¿o eran los soponcios? y demás achaque propios e impropios de su edad.

Pero el camino ya estaba dado. De alguna manera, Eleuterio había comprendido que las obras inmortales podían servirle para sus creaciones; al fin y al cabo, así lo había hecho, intuitivamente con su *Edipo en la Encrucijada*, así es que ahora bien podía hacerlo con algunas otras cosillas griegas.

Como los libros eran su fuente de inspiración, tomó uno de mitología griega y, un poco intuitivamente y un bastante afectivamente, porque siempre había pensado que Penélope debió ser igual de hermosa que esa Elizabeth Taylor, la mujer más hermosa de la tierra cuando adolescente actuaba en Mujercitas, escogió comenzar su deambular por estos ámbitos con:

Penélope

Penélope era una joven muy, pero muy hermosa; sana psicológica y fisiológicamente, de la que se conoce por relatos de la época que no tenía un pelo de tonta, pese a estar dotada de una muy abundante y larga cabellera negra. Por ello, cuando su esposo Ulises se acercó una mañana con cara de apurado y queriendo simular tristeza, para decirle que debía partir hacia Troya junto con todo el ejército griego, ella primero le rogó con palabras tranquilas que no fuera a una guerra en la que nada tenía que hacer. Al fin y al cabo el cornudo era el Menelao y que tampoco le parecía que por unos polvos se debía armar tanto escándalo.

— *¡Pero, mujercita!* —dijo Ulises, incrementando su tono de falsa tristeza—
¡Si yo mismo fui el que hice que toditos prometiéramos que defenderíamos al Menelaíta, si es que alguien raptara a su esposa!

— *¿Pero, y no sabrías pes que la Elenita no era muy de fiar?*

— *¡No! ¡Cómo vas a creer eso! ¡No! ¡No! ¡Jamás...! ¿La Elenita...?*

—*Entonces, ¿qué? ¿Qué el Menelao no la meneaba muy bien?*

— *¡Yo qué voy a saber nada de esas intimidades, mujer! ¡Y ya te digo que está de por medio mi honor, mi palabra, mi juramento...!*

— *¡A otros griegos con ese hueso!* —le dijo, parafraseando un refrán que solo surgiría siglos más tarde y que se refería más bien a perros— *Nada de honor-citos ni palabritas. Lo que quieres es ir a divertirte.*

—*Pero, mujercita, ¿divertirme en la guerra? ¡En la guerra solo hay heridos y muertos y gritos y carreras! ¡Y la sangre que corre por el suelo como si estuvieran baldeándolo! ¡Tonta, mismo pareces!*

— *¡Tonta, tu abuela! Claro que en la guerra hay lo que dices, pero ¿y en los viajesitos hacia Troya? ¿Y en las entradas en los pueblos pequeños? ¿Y en los raptos de doncellas? ¿Y en las violaciones? ¡Ah! ¡Sí! No te hagas el ingenuo: Raptos de doncellas, robos, carreras. ¡La vida que les gusta a ustedes, asoladores de ciudades!*

—*Bueno, mi muy querida Penelopita, como no mismo entras en razón, lo único que te digo es que me voy. Ya tengo mi barco cargado, mi armadura lista, mi espada bien afilada, mi pene...sí, mi Penélope, me voy.*

— *¡Si te vas, atente a las consecuencias, marido! Verás que soy jovencita y agradecida. A lo mejor con el tiempo, el nombre de Ulises no se identifica con el vivo de la partida, sino con el...*

Y al decir esto, Penélope, como quien no dice nada, se pasó lentamente su blanquísima mano por su frente...

— *¡Con el qué...! ¿Qué me estás queriendo decir...?*

— *¡Nada! ¡Nada! ¡No sé...! ¡Al fin y al cabo yo no soy adivina...!*

— *¡Cuidadito, mujer! ¡Ya me conoces! ¡Como bueno, bueno, pero cuando me enfurezco...!*

— *Ni peros ni nada, caro esposo mío (parezco italiana y soy griega). Ya te he dicho que si te vas, te atengas a las consecuencias...*

Pero Ulises ya estaba, como se dice, con el pie al estribo, aunque los barcos lo que tienen son escaleras o rampas para subir a ellos. Ya no podía contener las ganas de partir y poniendo una voz que quería ser de amenaza le dijo que ella también se atuviera a las consecuencias y partió feliz a raptar muchachas y después, si buenamente se daba, conquistar ciudades.

Penélope quedó sola, a la espera de las noticias que, en aquellas épocas no viajaban raudas como el viento, sino que llegaban de tarde en tarde, o de mañana en mañana, o de mediodía en mediodía, pero siempre incompletas, distorsionadas, confusas; peor aún en esa época convulsionada por barcos que partían con guerreros, víveres, caballos, armas...

Bueno, sola completamente no. Tenía al pequeño Telémaco, que comenzaba a caminar y le ocupaba buena parte de su tiempo. Reía de sus gracias, le sonaba su naricita, le limpiaba cariñosamente el culito, le arropaba para que durmiera y le contaba historias de su padre, el más inteligente de todos los griegos.

Y, sola, completamente, no. Ya había vecinos que comenzaban a verle como lo que era: una esposa sana, joven y sin marido, es decir con todo el deseo de quien *“ha conocido el amor”*, si queremos hablar con rodeos, o que ya ha gustado y, por lo tanto gusta del buen sexo, si queremos ser más sinceros y directos.

Pero Penélope no hacía caso de las insinuaciones que le dirigían:

— *Mijita, ya sabe que si se siente muy sola...*

— *Penelopita, ya sabe que estoy para servirle...*

— *¿No tiene miedo, solita, por las noches...?*

— *¡Qué no más estará haciendo el Ulises ese, mientras usted, aquí, tan solita...!*

—*Acuérdese que tiene amigos.*

No hacía caso porque, al fin y al cabo, unos meses se aguanta cualquiera. Y ella, muy digna, reprimía sus ansias que sabía serían recompensadas largamente al final de la guerra. Y esto de “*largamente*” no es ningún lenguaje figurado, si hemos de creer las versiones existentes sobre ciertas características de Ulises. Pensaba: “*Al final de esta guerra tendré mi propia lucha, cuerpo a cuerpo con mi marido que llegará triunfante, anhelante y...*” Y se reía y se imaginaba y se excitaba y más bien iba a tejer chambritas, por si acaso...

No fueron diez años como cuenta La Ilíada que, al fin y al cabo, procura dar características épicas a lo que fue —como han sido todas las tomas de ciudades— una masacre.

Cierto que hubo combates. Cierto que murió el bueno de Héctor. Cierto que Aquiles demostró en los combates lo que era: una auténtica bestia. Cierto que Ulises demostró su inteligencia: se mantenía casi siempre alejado de aquellos lugares en los que “*las papas queman*” es decir, de aquellos en donde podía atravesarle una flecha o caerle una piedra lanzada desde las murallas, pero eso sí, en todas las asambleas se hacía notar, daba opiniones vinieran o no vinieran al caso, gritando mucho; y durante los combates, procuraba mostrarse por todos lados, arengando a los demás, gritando para que le oyeran: *¡Vamos! ¡Vamos!*, e inmediatamente después de que los pobres se decidían ir hacia adelante, él iba a arengar a otros que dudaban medio rezagados. ¡Inteligente mismo era!

Y Troya cayó. Sin caballo, ni nada parecido, sí con traición, compra de conciencias, aprovechamiento de lo más vil del ser humano. Y como aquí solo se trata de contar de Penélope, no me detendré en lo que fue la “*toma de Troya*”. Piense tan solo el lector en lo que sentiría si ve una turba de guerreros salvajes armados de odio y espadas que se lanzan hacia su casa y no tiene cómo defender a su mujer, que sabe será violada brutalmente por muchos; no puede proteger a sus hijos pequeños, que serán estrellados de cabeza contra las paredes, como si fueran zambos; y, finalmente, tan solo finalmente, le matarán

a usted, que ya estará más muerto que vivo, impotente, aterrado...pero, aun así, anhelante de vivir...

Troya cayó, y en las más altas cumbre se encendieron las hogueras encargadas de anunciar a Grecia su triunfo. Dejando por un momento que la vulgar inspiración guíe nuestras palabras diremos: la noticia viajó por las cimas de las montañas con la velocidad de la luz...

Y en Grecia comenzaron los preparativos para las recepciones...

Y las hubo de diversas clases. Por ejemplo, doña Clitemnestra preparó un baño con agua calientita para su triunfante esposo Agamenón, que fue de los primeros en regresar.

Cuentan que ni bien llegó, con muchas sonrisas, pero sin muchas (besos) le condujo al baño ponderándole lo rica que estaba el agua; incluso sumergió su dedo índice en ella y dijo:

— ***¡Ay que rica que está! Tal vez un poquito caliente, pero, pero... ¡Ay, esposo triunfante, lluchifícate, (desnúdate, en cuencano), báñate, quítate el “polvo” (voz sensual e insinuante) y después y después...!***

Cuando don Aga -como le decían algunos- totalmente en pelotas y sucio por el viaje, se metió en el agua, doña Clitemnestra lo enredó, esta vez, ya no con palabras, sino con lo que se enreda de verdad a las gentes: con una red. Y, sin hacer caso de sus reclamos, trajo una espadota, la esgrimió con una destreza que el pobre don Aga no conocía y supo que con ella, que se dirigía veloz hacia su cuello o pescuezo, venía su muerte. Y así fue, como muy bien podrían certificarlo también, siglos después, María Antonieta y Luis XVI: las personas sin cabeza nunca sobreviven, aunque sean reyes. Sin siquiera limpiar el arma asesina salió de su casa y se dirigió adonde estaba la pobre Casandra, pateando desesperada en manos de sus captores, porque era bien adivina y sabía lo que se le avecinaba. ¡Pobrecita!

Penélope preparó también un baño, pero para ella. Se sumergió plácidamente en el agua tibia y empezó a imaginar a su esposo, anhelante como ella, de regreso, navegando raudo sobre el ponto. Comenzó a depilarse, en el viejo estilo griego de este menester, es decir, con paciencia y valor, arrancando uno a uno

los vellos indeseables y diciendo una que otra mala palabra cuando procedía hacerlo en alguna parte muy sensible. ¡Ya se imaginan...! ¡Qué dolor!

Depilada, bañada y ansiosa, Penélope subía por las tardes a un cercano montículo para otear esperanzada el horizonte. ¡Qué frase! Pero el barco de Ulises no asomaba mientras ella sabía que ya la mayoría de los guerreros habían regresado a sus hogares.

En torno a la fuente a la que acudían para obtener agua clara, las mujeres comentaban:

— *Ya ha regresado el...*

— *Pero ¿y el...?*

— *¡Ese no! Se murió mismo en la guerra...*

— *¡Pobres huerfanitos...!*

— *El... bien rico dicen que ha regresado...*

— *Sí. Dicen que hasta ha traído un juego de ollas de hierro...*

— *Eso sí que no creo porque todavía estamos en la edad del bronce...*

— *Cierto, pero no me has de negar que esas esclavas que se ha traído...*

— *¿Esclavas? ¡Qué han de ser esclavas! El esclavo será él. ¿No has visto que hacen lo que les da la gana y no puede decirles nada?*

— *El...se ha traído dos armaduras nuevitas. Bueno, medio abolladitas, pero...*

— *Y eso... ¿para qué le va a servir...?*

— *¿Y se sabe algo del Ulises...?*

— *¡Puhh! ¡De ese sí, nada! Y mientras tanto la pobre Penélope que sube toditas las tardes a la loma para ver si el Ulises se asoma, volando como una paloma... ji...ji...Me salió en verso.*

— *¡Callen! ¡Callen! Que ahí viene, la pobre...*

Y por allí aparecía, altiva, digna, más para conversar un poco que para llevar agua, pues para esos y otros menesteres tenía a sus esclavos. Y, cada día más, los murmullos cesaban cuando llegaba y todas encontraban algún pretexto para marcharse.

— *¡Ay! ¡Qué bruta que soy! ¡Ya se me ha pasado la hora!* — decía una mirando su reloj de sol de mano.

— *¡Híjole! ¡Tengo que peinar al guagua para mandarlo al cole...!*

— *A la academia querrás decir...*

— *Bueno. Adonde sea.*

— *Yo tengo que ir de compras...*

— *Mi marido me dijo que volviera pronto...*

Y de la misma manera que la bola de billar se estrella furiosa contra las otras que están agrupadas y las desperdiga en todas direcciones, así la llegada de Penélope desperdigaba a las griegas, a alguna de las cuales también se podía haberle descrito como bola, por lo gordita que estaba.

Y Penélope, para disimular, se sentaba en el brocal del pozo, se pasaba la mano por el pelo, tomaba su ánfora de dos asas decorada con hermosos motivos de la guerra de Troya... Sí, tal y como lo leen: decorada con hermosos motivos de la guerra de Troya y sacaba el agua, tomaba un poco y derramaba bastante, pues si intentaba llevarla llena, era pesadota. Y regresaba a su casa, simulando que silbaba, mientras desde las ventanas entornadas la seguían las miradas de sus conciudadanas.

Una noche cruzó por su mente, igualito de feo que se cruzan los gatos negros o los murciélagos, un pensamiento: *¿Y si el Ulises se ha muerto?* Pero lo rechazaba como lo que era: un mal pensamiento. Conocía a su esposo. Seguro que había ido a “*dar una vueltita*” por allí. Pero estos pensamientos feos comen-

zaron a tornarse más frecuentes. Ahora eran como bandadas de murciélagos. No como gatos negros, porque estos caminan en manadas.

Y de otear y otear, de tarde en tarde y de turbio en turbio, su mente comenzó a concebir una idea. Idea motivada por las continuas frustraciones de no mirar aparecer en el horizonte la esperada nave de Ulises; incentivada también por los comentarios de las vecinas que muchas veces eran dichos en voz baja tan alta como para que ella los escuchase:

— *¡Y tan jovencita que es...!*

— *¡Y tan guapa! ¡Pobre...!*

— *¡Y sanota...!*

— *¿No le hará falta el...ji...ji...?*

— *¡Qué no ha de extrañar el reírse!*

— *¡Tonta no me refiero a eso, sino a lo “otro”!*

— *¿Ahh...?*

Pero la máxima motivación vino dada, sin lugar a dudas por lo que ahora se conoce con el nombre científico de hormonas. Realmente estaban enloqueciendo. Sobre todo, ciertos días del mes.

Conforme pasaba el tiempo, las vecinas y las no tan vecinas, arreciaban en sus comentarios, en sus indirectas y hasta en sus directas. Penélope, mentía en veces diciéndoles que ya tenía noticias del cercano regreso de su marido, en otras no decía nada y, en alguna, dejó sus dedos bien marcados en la cara de alguna seguidora de Safo.

El asunto se ponía cada vez más grave, porque los comentarios de las vecinas comenzaron a transformarse en proposiciones de los vecinos.

Algunos se limitaban a mirarle sus ojos tristes y decirle:

— ¡Mijiiiitaaaa...!

O

— ¡Mamazota...!

Otros no le veían a los ojos, sino que esperaban que pase para verle su hermoso trasero y decirle:

— ¡Qué culo...!

Estos últimos no eran héroes regresados de Troya, sino marineros venidos de España. (sic histórico)

Los más audaces comenzaron a decirle que se dejase de tonterías y que les invitase a su casa.

— *Para tomar unas copitas, no más...*

Y por las noches, las indirectas, los murmullos, los piropos, las groserías, los murciélagos, los pensamientos, los gatos, y las hormonas sobre todo, hicieron que dejara de tejer chambritas, por si acaso y que se pasase revolcando en la cama que, además, era medio dura. No existían todavía los colchones ortopédicos ni las pastillitas para dormir.

Por fin, una mañana, mientras estaba en el proceso depilatorio, una mucama después de solicitar cultamente permiso para interrumpir sus menesteres, le avisó del arribo de un mensajero, quien decía traer noticias de Ulises. Le había anticipado que eran buenas, pero que solo podía darlas a su esposa. Penélope dejó las bronceínas pinzas, cubrió su hermoso cuerpo con suave túnica, y aprestó su mente a recibir las buenas nuevas. Sus hormonas, como sapitos, saltaban de gusto.

Cuando el mensajero la vio, tan solo cubierta por una tela que entre dejaba y no dejaba apreciar casi todos los detalles de su hermoso cuerpo medio depilado, tuvo un cierto paro de la respiración que le hizo tartamudear un poco:

— *¿Ee e es ustee ee d d Doña Pe pe pe nélope pe pe de Ítaca?*—le dijo, y con sus neuronas medio circuitadas por la belleza de la dama, quiso abrazarle.

—*Yo misma* —dijo Penélope —*pero déjese de confianzitas que no se las he dado*. Y colocó su mano, que quedaba ni más ni menos que al final de su antebrazo, apartando al osado mensajero. — *¿Y usted es...?*

—*Hermes, por supuesto.*

— *¿Hermes? ¡Hermes...!*

—*Sí, señora, pero no el de las alitas en los pies, sino un Hermes, así, no más. Usted sabe que el nombre de Hermes es bastante común en Grecia, como John en inglés, José en castellano, Otto en alemán... un Hermes común y corriente que por azares de la vida conoce en donde está su marido de usted.*

— *¿Y en dónde está si puedo saberlo?*

—*Claro que puede, mileydi, pero permítame que me explaye un poco en el relato porque, como el Homero, tengo mis pretensioncillas narrativas. ¿Me permite?*

— *Claro* —dijo seca.

— *Bueno, aquí va mi relato* —y tosió para aclararse la voz.

“Triunfantes que fuimos en Troya, bien llenas las bodegas del bajel de los bienes recopilados con esmero, izamos velas y levamos anclas y enfilamos rectito, rectito hacia acá, guiados por la mejor brújula posible: el deseo de retornar al hogar; y por la mejor fuerza motriz existente en estas épocas: un viento lindo, ni tan fuerte que nos hiciese zozobrar, que ya zozobras teníamos bastantes, ni tan leve que no alcanzara a empujar nuestra nave que venía medio sobrecargada por tanto recuerdito que traíamos: cacerolas, manteles, colchones, servilletas, ánforas, pebeteros, una que otra esclava y hasta unos puerquitos. Pero estos pobres eran para hacer un asado en el camino, porque aunque usted no lo crea, como suele decirse, en un barquito sí se puede hacerlo, claro que con mucho cuidado, porque al menor descuido se pueden encender las velas y quemarse la nave.

Pero, me estoy alejando de mi relato principal, un defecto que tendré que corregirme.

Veníamos empujados por el viento, derechos, derechos hacia acá, cuando: ¡PUM! ¡No! No fue que chocáramos ni encalláramos ni nada de eso, sino que: ¡PUM!, se presenta de improviso, ante nuestros ojos una isla. Y medio grande, viera, usted.

Por el rótulo de bienvenida que decía: “Bienvenidos a la isla Egea, la isla de la Aurora”, supimos inmediatamente los que sabíamos leer, adonde habíamos arribado.

Lo que aún no sabíamos era que estaba gobernada por la Circe, hábil en toda clase de encantamientos.

Como el nombre nos pareció bonito y hasta acogedor, pedimos a nuestro jefe, su marido de usted, que nos dejase bajar a darnos un bañito en la playa y a recoger unos cocos, desperdigados con abundancia al pie de las palmeras.

Comprensivo, pero prudente, aceptó la propuesta, pero dijo que necesitaba antes de permitir el desembarco de todos, cerciorarse de que en la isla no había peligro y que por ello: “...un puñado de valientes, deberá recorrerla... como comprenderán, yo iría el primero, pero mi deber de comandante me obliga, muy a mi pesar a quedarme en la nave...”

Yo no soy muy valiente que se diga, pero fui entre ellos porque me amenazaron. ¿Que con qué me amenazaron? Bueno, con una espada bien filosa, primero. Luego, con contarle a mi mujercita querida de alguna canita al aire que tuve por allí y, finalmente con denunciarme ante mi jefe, su marido de usted, alguna pequeña sisa en el botín. Lo de mi mujer me dio mucho miedo, por eso fui.

Bien armados, comenzamos a alejarnos de la seguridad de nuestro bajel o barco, por si no me entiende. Al comienzo, lo hicimos de puntillas, pero no tardamos en notar lo irrelevante de esta forma de caminar en una playa con una arena hermosa y suave. Poco a poco agarramos confianza y nuestro caminar se tornó normal, aunque todavía no nos atrevíamos a hablar, ni siquiera en voz baja. Nuestras manos rozaban siempre la empuñadura de nuestras espadas. Estábamos listos para repeler cualquier ataque de caníbales, pigmeos o monos, pero de

poco nos servía el escudo, que iba firme en el antebrazo izquierdo, para defendernos de sucesivas oleadas de mosquitos que nos picaban a gusto.

Conforme la isla ganaba en vegetación, fauna y belleza, aumentaba nuestra seguridad y ya conversábamos tranquilamente. Cuando, de pronto: ¡PUM!

— ¿Otra islita...? — Penélope con cierta ironía.

—No, madam: un palacio. Un palacio que nos dejó mudos, no por su belleza, porque no era en verdad gran cosa, sino porque supimos que no debíamos hacer ruido, no fuera que los guardianes de la edificación salieran con perros bravos a hacernos correr. Pero, no. Nada. Silencio en nosotros. Ningún movimiento en la real morada. Nuevo acercamiento en puntillas. Nuevo detenerse. Nuevo avance. Nada. Hasta que, de pronto: ¡PUM!

— ¿Otro palacio...?

—No, mi reina. Esta vez fue una mujer con poquita ropa. Claro que el día era caluroso, pero suspicaces como nos había hecho la guerra, atribuimos a que esta carencia de atuendos protectores de la epidermis humana, podía tener dos causas: o una carencia de telas en la isla o que querían atraernos a la gran vivienda.

Para decirlo en términos entendibles para todos –y usted sabrá disculparme– solo llevaban una braguita diminuta que alcanzaba a cubrir la zona que seguramente ya tenía la protección del vello y una túnica transparente que permitía apreciar con total claridad los senos de la fémina quien, además, nos llamaba con palabras y con señas.

Nuestra vacilación de qué debíamos hacer terminó pronto cuando no solo fue una, sino otra y otra y otra y otra, vestidas de igual manera que la primera: braguita y túnica y que no solo se limitaron a llamarnos, sino que llegaron hasta donde estábamos todavía estupefactos, nos tomaron del brazo, o de donde fuera y nos condujeron en medio de risas y abrazos hacia el interior de la mansión.

El pórtico no nos llamó la atención o, al menos, no lo recuerdo. Es posible que mi memoria haya borrado esta primera imagen por la muy fuerte impresión de la siguiente: una gran sala que fungía de recepción, comedor y tenía, además, un

trono en el que estaba una mujercita que, ¿qué le diré? Era mejor que toditas las que nos recibieron, juntas.

¡Qué dama! ¡Qué realeza! ¡Qué dignidad! ¡Qué pelo! ¡Qué frente! ¡Qué ojos! ¡Qué nariz! ¡Qué boca! ¡Qué quijada! ¡Qué pescuezo! ¡Y qué comida la que estaba puesta en la mesa, mi buena señora: porotos en abundancia, motecito, cuy, ají, vino o chicha a elección...¡Qué le diré...!

La dama dijo que se llamaba Circe y que éramos bienvenidos, que nos sentáramos y tomáramos lo que quisiéramos. Incluso dijo que si alguien quería ir al baño antes de comer, podía hacerlo. Y eso fue lo que nos salvó, porque mi amigo Hércules, no el de los trabajos, sino un homónimo, estaba medio suelto de estómago, y con la carita fruncida y fruncido también, supongo, su esfínter, se retiró con andar característico y apresurado en busca de esa tranquilidad inigualable que da la desocupación... usted me entiende...

Nosotros le obedecimos y empezamos a tomar lo que se nos ocurría: un buen puñado de mote, una patita de cuy, una piernita de la dama que estaba a nuestro lado, una pechuguita de pollo y una pechuguita de dama, hasta que, de pronto: ¡PUM!

— ¿Otra mujercita buenota?

— ¡Qué va, mi doña Penélope! La Circe sacó un palo medio flaco, vara mágica supe después que se llamaba y nos fue tocando en la cabeza. Como no dolía, seguimos en lo nuestro, hasta que se paró, alzó los brazos y dijo algo así como: “Abra cadabra, riquitisquismis” y ahora sí fue un ¡PUM! de espanto. ¡Nos transformó en puercos! Y nos arrojó a un chiquero lleno de lodo y de caca, de puerco por supuesto.

¡Oiga, lo que sufría yo! Porque no es que ya no pensaba. ¡Qué va! ¡Me daba cuenta, clarito de que mi cuerpo era el de un puerco flaco mientras mi mente era la de un guerrero griego! Y era feote estar en el lodo. Imagínese, nosotros que esperábamos servirnos a alguna de las hermosotas damas que nos atendían, veíamos que solo teníamos para comer bellotas. Y sucias.

Pero eso no era lo peor, señora princesa, ¡Viera lo que es el acoso de una puerca en celo! ¡Mejor no le cuento para no herir sus castas orejas u oídos!

Por suerte, las necesidades biológicas de nuestro amigo Hércules le impidieron convertirse en cuchicito, como nosotros. Para hacer un poco de literatura diré que se convirtió en una gacela y casi casi sin limpiarse, el Herculito salió corriendo como galgo hacia donde el jefe que estaba tomando plácidamente una siesta en popa.

— ¡Jefecito! ¡Jefecito! ¡Don Ulises! —le gritó, antes siquiera de llegar a su lado.

— ¿Quién es aqueste osado que osa interrumpir mi siesta reparadora? —dijo, todavía medio dormido.

Y qué iba a ser osado, nada, el pobre. Los que estábamos hozando éramos nosotros en el lodo.

—Yo mismo soy, jefecito —dijo cuando estuvo junto al recién despertado don Ulises, su marido de usted. —Verá, verá, todo iba lindo, mujercitas, comidita, todo había; un palacio y hasta vino, pero, viera, sale una bruja, pero no por lo fea, sino por sus acciones; por sus acciones los conoceréis, usted sabe; y ellos, que estaban encantados con las señoritas se quedaron, ahora sí encantados de verdad ...—respiró, porque la carrera le tenía acezante— y transformados en puercos... y...

—No te entiendo ni omega —le dijo, porque en ese tiempo aún no se decía esto de no entender ni jota— cálmate y cuéntame despacito, qué hicieron, adónde llegaron, por qué no han regresado los demás. Denle agüita de toronjil para que se tranquilice.

Le dieron media jarra grande de agua de toronjil con valeriana y pasiflora y eso le permitió tranquilizarse y transmitir con claridad los sucesos que usted ya conoce, mi bella dama.

¿Que qué hizo el Ulises?

Primero, se rascó la cabeza. Luego se puso a caminar de un lado a otro, de babor a estribor, de izquierda a derecha. Otra vez se rascó la cabeza, pero ahora, con la otra mano. Se frenó y, con una sonrisa, dijo:

—Ahora va a ver la Circe esa lo que es un guerrero griego. Me voy solito donde la man.

—Le ha de hacer puerco, don Ulises, le dijo el salvado por la diarrea.

—Ya van a ver. Ya van a ver. Ustedes tranquilos, pero si no regreso en uno o dos meses, váyanse corriendo.

Salió por la borda, y sin más armas que una espada pequeña y su inmensa inteligencia, comenzó a dirigirse por el mismo camino por el que nosotros habíamos ido. Dizque iba silbando esa canción que estaba de moda: “Voy a Troya, voy a Troya, no sé si regresaré...”

Todos quedaron temblando y pensaron que era una buena idea tomar cada uno de ellos la media jarra de agua de toronjil, con valeriana y pasiflora y hasta con florcitas de violeta, para la tos, por si acaso.
Lo que sucedió después, nos contó su marido de usted.

Dice que llegó a las inmediaciones del palacio de Circe y gritó fingiendo ser español:

— ¡Ahhh... del castillo...!

Salió una de las tentadoras que quiso hacer con él lo mismo que había hecho antes con nosotros, pero él le dijo.

— ¡Quita, huambrita...! ¡Yo soy el jefe o comandante! ¡Yo solo hablaré con tu jefa o comandanta!

—Bueno, bueno, pero no se ponga bravo. ¡Doña Circe! ¡Doña Circecita...! Este quiere “hablar” con usted, ja, ja, ja.

Doña Circe salió zalamera y modosa y le dijo:

—Pase, pase, mi señor don ¿...?

—Ulises de Ítaca, para servirle en lo que usted desee y...

— ¡Ay, qué lindo y qué cultito! Pase, pase. Como ha de estar hambriento, antes de nada mejor coma alquito. Venga, venga.

Y Ulises entró, se sentó y se apuntó a una cabecita de cuy, porque siempre decía que los sesos eran ricos y que, además le incrementaban su inteligencia, que era mentira eso de “cerebro de cuy”. Y ha de ser, mismo, porque cuando la Circe quiso darle con el palo (la varita mágica), Ulises, con una destreza adquirida de tanto tumbar enemigos y no como dicen las malas lengua, a señoritas, le tumbó a la Circe que de improvisto se vio tendida de espaldas en las frías baldosas, con el héroe griego encima y que le decía... Bueno, verá mi doña Penélope, no sé si le guste lo que sigue, pero si he de ser fiel al relato...¿Sigo no más ...?

— *Por supuesto* —dijo seca Penélope.

Bueno, Ulises, el marido de usted, le dijo a la Circe, a la que tenía debajo de él: “el palo te lo doy yo, hechicera...” Y, perdone de nuevo, pero parece que le dio ahí mismo, sobre el piso frío y bajo las miradas envidiosas de las doncellas.

— *Seguro* —dijo Penélope, medio amoscada, pero a la vez orgullosa de la inteligencia y del valor de su marido— *Yo sabía que él estaba dispuesto a cualquier sacrificio por salvar a sus hombres...*

— *¿Sacrificio sería...?* Bueno, pero que nos desencantó, nos desencantó; se notaba en cambio que el don Ulises y la señora Circe estaban encantados el uno con la otra. Me da pena contarle, pero ¡viera las miraditas que se daban...!

Comprensivo con nuestras necesidades nos pidió que tan solo se quedaran unos pocos marineros con él y que los demás volviéramos a nuestros hogares. Y así fue, en el primer barco que pasó por la isla y en el que pudimos encontrar un cupo, vinimos y, aquí me tiene...

Penélope era una mujer muy culta y, eso que se llama cultura indica que muchas veces hay que disimular. Así es que agradeció al mensajero

— *“...por tan buenas noticias que me has traído... no sabes cuánto me alegra saber que mi Ulisito vive. ¡Ay! ¡Voy a irles a contar a todos...!*

Se dio la vuelta y entró a su cuarto con mucha altivez y dignidad. Pero por dentro era un volcán. Un auténtico Vesubio. Se encontró con una de sus empleadas y estalló:

— *¿Sabes en dónde anda el sinvergüenza?*

— *¿Quién, mi reina?*

— *¡El Ulises, pues! ¡El Ulises! ¡Cuál otro!*

— *No sé. ¿En dónde anda “mi” rey?* —dijo la mucama— (Ella también extrañaba al susodicho)

— *¡Dizque está encantado! ¿Lo oyes? ¡Encantado! Ja ja ja ¡Claro que debe estar encantado si la Circe esa es una puta internacionalmente famosa! “Transformados en puercos” No tenía necesidad. ¡Toditos los amigos de mi marido son eso: unos puercos, puercos, puercos y él, claro, el puerco mayor! ¡Encantado, magias...! “Comiendo bellotas...” Unas bellas grandotas deben haberse comido. ¡A otras ingenuas con esos cuentos...! ¡Sexo! ¡Sexo! ¡Eso es lo que le encanta al puerco ese...! ¡Pero ya va a ver...!*

— *¡Qué va a ver nada si como usted mismo dice está bien lejos...!* —acotó la empleada.

— *¡Nada que te importe!* —dijo Penélope y sin decir nada más hizo mutis por el foro, marcando, como quien dice, el final de este primer acto que podría llamarse: la espera fiel.

Esa noche, Penélope pensó y pensó y pensó. No sabemos bien qué, pero pensó y pensó.

¿Pueden existir peores consejeros para una joven sana que unas hormonas juveniles medio desatadas que se suman a noticias como la que había escuchado? Difícil. Toditas le decían a coro: *¡Ya ves, yo sí te dije! ¡Y vos, tontota, aquí solita!* Y otras expresiones similares.

El hecho fue que a los pocos días invitó a una meriendita en su casa a algunos amigos, y amigas también, claro, para disimular y con el pretexto de haber recibido la buena noticia de que su esposo vivía.

Los invitados acudieron como las abejas a la miel, es decir volando. Toditos. No faltó ninguno. E incluso se cuenta que hubo algunos colados.

Hubo música. Comida, lo que se dice comida, más bien hubo poca. Vino, sí, en abundancia, por lo que no pasó mucho tiempo para que por la casa de Penélope deambularan chispas y chispas en abundancia.

Y los gritos se oían hasta afuera:

— *¡Qué viva el Ulises!*

— *¡Y que vivamos nosotros aquí comiendo perdices!*

Una voz:

— *¡Tres rases por Penélope:*

Coro:

— *¡Pene! ¡Pene! ¡Lope! ¡Lope! ¡Penélope! ¡Ras! ¡Ras! ¡Ras!*

Y entre gritos y vivas y muertas a la tristeza, degustaron, bebieron, se emborracharon, vomitaron, se fueron. Y Penélope, nada. Bien sería, hasta que solo quedaron unos pocos, los de confianza como se dice.

Parece que fue entonces cuando recostó su cabeza en el hombro de Antínoo y dijo, llorando:

— *¡Qué sola me siento...bu bu! ¡Qué solita...bu ju bu ju!*

No dijo más. Al buen entendedor...

Y Antínoo, como buen amigo que era tanto de Ulises como de Penélope, se ocupó por algún tiempo de que no se sintiese tan sola. Se acabaron las salidas por la tarde a otear el horizonte. Si llegaba un barco, bien. Si no llegaba, también. Ulises vivía y Penélope...también.

Las paisanas que acudían a la fuente de agua y de los chismes variaron el contenido semántico de los mismos. Y si antes era medio la comprensión y el desprecio ahora era, clarita, la envidia la que los fomentaba:

—*¡Dizque ha hecho una “fiesta”...!*

—*Meriendita no más fue* —dijo otra. Pertenecía al gremio existente en todas partes del mundo, el gremio de las “*enteradas*”, esas que saben lo que ha sucedido incluso antes de que suceda. Y con abundancia de detalles, fechas, horas, nombres...

—*Pero ¿“meriendita” no más sería? ¿Con música y hartó vino?*

—*Cierto que hubo bastante* —dijo otra, medio bajando la cabeza y que afirmaba haber estado en el evento.

—*No debía haber hecho la fiesta.*

— *¿Por qué no?*

— *¡Por el qué dirán, pues!*

—*Nadie debería preocuparse por el “qué dirán”, sino por el “qué harán”...*

— *¿Qué quieres decir...?*

— *¿Yo? ¡Nada...! Pero cierto que al final salieron todos borrachos.*

—*Bueno, no sé si salieron todos... el Antínoo...*

— *¡Qué mismo quieres decir!*

— *¿Yo? ¡Nada...! Pero...*

Y así, una y otra vez, después de cada “*meriendita*” en casa de Penélope, suceso que se tornó cada vez más frecuente porque, pronto empezaron a aparecer los pretendientes por la casa de la dama, hubiera o no hubiera ningún tecito de las cinco o cafecito de la tarde, o merienda planificada...

— *¡Pero si me llegó esta invitación!* —decían mostrando el primer papel que les venía a la mano cuando alguna sirvienta quería detenerlos.

— ***¡A mí también me llegó una igualita!*** — acotaba otro empujando a la pobre mucama.

— ***¡A toditos nos invitaron!*** — se alzaba la voz coral y entraban a empellones mientras la pobre empleada evitaba como podía ser aplastada por la manada...

Pasaron los años. Al menos tres si hemos de creer lo que dicen los rumores, de que el “*encantado*” Ulises le hizo ni más ni menos que tres hijos a la hechicera. Claro que si hubiesen sido trillizos esto podría haberse dado en tan solo nueve meses, y si eran trillizos sietemesinos, hasta en menos, pero...

En algunas versiones, más bien llegadas como publicidad desde el Oriente, se habla de que la Circe era una auténtica máquina sexual. Otras afirman, que si bien conocía a profundidad el Kama Sutra -o buen vivir- su conocimiento había sido hasta entonces más bien teórico y que aprovechó la presencia del inteligente guerrero griego para una práctica, página por página, de los consejos y las posturas indicadas.

Lamentablemente la buena suerte no es eterna y un buen día, o una mala noche, que para el caso es lo mismo, intentó alguna postura complicada y ¡crac...! No se sabe si lo que crujió fue la cadera, alguna de las cervicales o ambas, pero lo cierto es que quedó, como se dice en mi tierra: descuajaringada. En su mente, el sexo volaba, pero su cuerpo no le respondía. No solo eso: ante cada nuevo intento protestaba con fuertes dolores.

Y se transformó, no en puerquito como los marineros, sino de hechicera amorosa en bruja furiosa. Por ello, Ulises salió corriendo de la isla, lo que es, claro está, solo un decir, porque de una isla, en esas épocas, solo se podía salir o navegando o nadando pues todavía no existían los aviones.

Nuevamente enfiló la proa de su barco rectito, rectito hacia su casa. Pero no mismo le acompañaba la suerte. ¿La buena o la mala? Porque, nuevamente, sin que sea su culpa, se le atravesó otra dama en el camino. Esta vez se llamaba Calipso que no le detuvo mucho tiempo, porque solo procreó con ella dos mellizos.

Mientras tanto a Penélope, ni le iba ni le venía la ausencia de su esposo. Ya no estaba sola. Nada menos que ciento doce jóvenes e insolentes príncipes de las islas que formaban el reino —Duliquio, Samos, Zacinto e Ítaca— la cor-

tejaban y entre ellos había varios que cumplieran con todos los requisitos de la belleza griega y que muy bien podían haber sido los modelos para el David de Miguel Ángel, con el debido permiso del salto temporal, o si quieren del discóbolo, para estar un poco más de acuerdo con la época. Y, ciertamente, y a diferencia del David y del Discóbolo: ¡No eran de mármol!

Es cierto que la canción dice que “...*veinte años no es nada*...” pero eso es en las canciones. En la vida real los deseos son diarios y en ciertas épocas del mes, se incrementan por aquello de la preservación de la especie, nuestra herencia animal y varias otras explicaciones que –en este caso y en otros muchos– sirven como justificación de los deslices de las féminas. Los de los varones se explican fácilmente pues con inusitada frecuencia no piensan con la cabeza que está encima del pescuezo...

Además, llamarse Penélope, daba lugar a que muchos de los pretendientes jugaran con su nombre y le llamaran en dos tiempos: ¡*Pene!* ...¡*Lope!* Y, algunos incluso en tres, diciendo a gritos y en verso: “¡*Pene!* ...¡*Lope!* ...¡*Diste!* ***Y yo con gusto te doy para que no estés triste***” y eso día tras día, a veces incluso exhibiendo sin pudor la primera parte del nombre de la dama, como en un auténtico ofrecimiento.

Algunas malas lenguas griegas dicen que Pan, ni más ni menos que el dios Pan, fue hijo de Penélope ¡En ausencia de Ulises! Y que el nombre de Pan, que en griego significa ni más ni menos que “*todos*”, quería reflejar eso: que era hijo de todos. Pero eso solo pueden afirmar los ignorantes que no saben que aunque Penélope se hubiese acostado con uno que otro pretendiente, el hijo solo podía ser de uno de ellos. Concretamente del que depositó el espermatozoide más ágil. Y no hubiera sido difícil identificar al padre, pues Pan, según se dice, era feo de repulsión.

Los rumores se difunden con más velocidad que una epidemia de gripe, y recorren largos espacios sin importar los accidentes geográficos que quieran impedir: ríos, montes, valles, quebradas, piedras grandes o pequeñas.

Cuando el rumor llegó a los oídos de Ulises lo hizo como todos: distorsionado. Que Penélope se la pasaba llena de pretendientes, pero que ella, fiel como ninguna, les había dicho a todos, sin excepción, que escogería a alguno, cuando terminase de tejer una telita. Y que por el día tejía y por la noche destejía.

Durante el día tejía y por la noche destejía. ¡Qué admirable dedicación a las labores manuales! La verdad es que varios pretendientes lograron sus pretensiones. Ya dijimos que Penélope era sana y, además, había probado el néctar del placer. Ulises no era cualquier cosa y le había gustado.

Aunque repetir la misma frase no es lo mejor en Literatura y puede ser claro indicio de falta de imaginación en el autor, pero lo cierto es que nuevamente Ulises enfiló la proa de su nave, rectito, rectito, hacia su hogar. Y ¿qué creen que sucedió? Que, otra vez, se le cruzó una dama, y muy joven, en su camino.

Esta vez se trataba de la hermosa Nausica, hija del rey Alcínoo y la reina Arete, quién encontró a Ulises dormido en la playa, en viringuitos, es decir, totalmente llucho (desnudo).

Parece que este contemplar en pelotas completas al héroe, que llegaba a su playa medio viejo y bastante arrugado tanto por la edad como por las muchas horas de permanencia en el agua, hizo que la joven no pensase siquiera en detenerle, sino que más bien le facilitó todos los medios, bajel incluido, para que se fuera pronto hacia su tierra.

— ***¡Te ha de estar extrañando un mundo tu mujercita!*** —le dijo, mientras le veía subir al rápido velero que le prestaba y rogaba a los dioses para que no cesase ese viento tan favorable que había...

Y el viento le hizo caso. Sopló y sopló como si estuviera apagando las velas de una torta grande de alguien que cumplía muchos años; y casi mientras Nausica todavía suspiraba aliviada por haberse zafado de ese griego arrugado, Ulises llegó a su tierra.

No fue directamente a su hogar pues los rumores que le habían llegado al comienzo y que sonaban tan solo como chismes sin importancia, ahora tenían el sonido de un río desbocado. (¿No son los caballos los que se desbocan?, me pregunta mi censura literaria interna a la que no hago caso y sigo)

Primero fue a ver a Eumeo, su fiel sirviente a quien le preguntó directamente qué era lo que él sabía de...

Eumeo comenzó a tartamudear y con suma delicadeza (las furias de Ulises eran de temerse, y aunque viejo, no dejaba de ser un guerrero) le dijo que... **que sí... que parece... que tal vez... que los pretendientes pretendían, ...** pero por algo era Ulises el inteligente, el astuto y las medias frases le dijeron todo lo que tenían que decirle y fue entonces cuando soltó la que era su expresión favorita en momentos de rabia:

— **¡Cuernos!**

Y Eumeo, solo acertó a decir:

—**Cierto, patrón: ¡cuernos, cuernos y cuernos!**

— **¡Bueno! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!** —dijo Ulises y sin más, ordenó a sus hombres que entraran a saco en su casa y no dejaran con vida a nadie más que a su Penélope.

Para guerreros obedientes y entrenados, cumplir con la orden del jefe que ostentaba unos hermosos cuernos sin ser vikingo, fue juego de niños. Tenían amplia práctica en peleas y asaltos mientras que los pretendientes tendían ya a la obesidad por su vida de molicie, en la que casi el único ejercicio era el de las manos para llevarse los abundantes alimentos a la boca, el de las mandíbulas para masticarlos y el de las piernas, cuando se dirigían al servicio higiénico para desocuparse.

Este “servicio higiénico” no era otro que un patio que ya estaba bastante maloliente, pese a que por él decurría generosa acequia que transportaba en sus aguas rumorosas muchas de las abundantes contribuciones de los comilones, hacia los fértiles campos sitios más abajo de su cauce.

Pero la abundancia de copas hacía que con frecuencia la puntería de los pretendientes, tanto en sus desocupaciones líquidas como en las sólidas, fallasen, y pis y popó cayesen en lugares en donde no les alcanzaban las cristallinas lenguas del agua corriente. Y allí se quedaban.

Esta falta de puntería tanto en la orina como en la defecación, no era grave. Lo mortal fue su falta de puntería cuando la necesitaron para defenderse. Los que pudieron alcanzar su arco y su “**carcaj henchido de muertas**” (flechas) e incluso llegaron a disparar alguna, no hicieron ningún daño a los hombres de Ulises.

No abundemos en detalles truculentos, en toda la sangre que corrió por las estancias por las que antes solo habían deambulado el placer y el amor; no mencionemos los miembros despedazados en los cuartos en los que antes los miembros estaban enteros; callemos los rostros deformados por el miedo, callemos... Callemos todas las versiones que cuentan el final de esta verídica historia. Escribamos tan solo la más bonita de ellas, un final de cuentos de hadas o de película de Hollywood:

Luego de lavarse en debida forma de la sangre y demás suciedades causadas por el asesinato de los jóvenes, vinieron las recriminaciones de rigor: El: **“qué me has hecho, traicionera”**. El: **“yo sí te advertí”**. El: **“pero yo soy hombre”**. El: **“y eso a mí qué chucha, yo soy mujer”**. Y en fin... frases que uno puede intuir, rabias que se pueden sospechar. Reconciliaciones que uno no podía esperar, pero sí, se reconciliaron.

Y Ulises y Penélope pudieron mostrarse el uno a la otra y la otra al uno, todo los aprendizajes realizados durante su separación. Tenían el criterio abierto, el corazón dispuesto al perdón, les encantaba el sexo y aún les quedaban unos añitos por delante.

Y vivieron felices, comiendo las pocas perdices que habían quedado...

Fin

Cuando Eleuterio escribió esto de las perdices y ubicó a continuación una de las más hermosas palabras para los escritores, la palabra: FIN, respiró satisfecho; sentía que había escrito una obra maestra.

Pero inmediatamente le vino otro pensamiento que le decía que, muchas veces, las obras literarias son como los niños recién nacidos. ¿Cómo? Sí, como los niñitos que acaban de nacer y reciben la visita de los parientes y amigos, todos quienes simulan una sonrisa y con una voz medio aflautada se prodigan en los cuatro o cinco elogios apropiados para la ocasión:

— **¡Qué lindo (a)...**!

— **¡Qué hermoso (a)...**!

— ¡Qué bello (a)...!

— ¡Qué mono (a)...! ¿...?

— ¡Pero si es igualito (a) a...!

Cuando lo que está en la realidad delante de sus ojos es un ser rojo y arrugado que no se parece a nadie más que a sí mismo.

Por ello pensó que su “**Penélope**” era, a lo mejor un niño recién nacido: rojo y arrugado, feo, en verdad. Pero, ¿cómo saberlo?

Lo más difícil para un autor es ser “**adecuadamente autocrítico**”. Ni tan masoquista que luego de mucho escribir corta todo lo escrito al extremo de nunca publicar nada, ni tan narcisista que cree que cualquier pendejadita que escribe es digna de algún premio y/o reconocimiento público y, sin más busca y encuentra quien la publique. Y hasta se jacta de ello.

¿Cómo valorar a su “**Penélope**”?

Si les mostraba a sus partidarios para que le dieran un juicio, le dirían lo que los parientes del niño: ¡Qué lindo (a)...! ¡Qué hermoso (a)...! ¡Qué bello (a)...!

Y si les mostraba a sus enemigos, cosa que no lo haría por nada del mundo antes de que su relato estuviera editado e impreso, le dirían que lo mejor que podía hacer era intentar ser un buen cocinero.

Ni a amigos, ni a enemigos. ¡Idea! ¡Foquito! ¡Su mejor crítica sería su esposa! ¡Siempre había confiado en su buen criterio!

Por ello la llamó:

— ¡Esposa miiiiiaaaaa...! —prolongando las vocales hasta casi semejar un maullido.

Nada. Ninguna respuesta a sus requerimientos medio gatunos.

Repitió su llamada de la selva:

— *¡Mujeeeeer...!* — esta vez con una excelente imitación del grito de Tarzán.

Nada.

Tal vez esté en su cuarto de ensayos canoros pensó y caminó los contados pasos que los separaban de ese “*sancta sanctorum anchúndico*”.

Aplicó con cuidado su oreja derecha –por ella oía mejor– a la puerta de ese templo del canto, a la vez planchador, ayudándose además de su mano derecha para incrementar la zona captadora de sonidos. Sí, amortiguados por la abundancia de telas que le costaron bastante, llegaban claros los:

— *¡Do! ¡Do! ¡Do! ¡Do! ... ¡Re! ¡Re! ¡Re! ¡Re! ... ¡Mi! ¡Mi! ¡Mi! ¡Mi!... ¡Faaaaaaaaa...!*

Silencio; se intuían los ejercicios de cuello y de respiración y retornaba el ejercicio sonoro:

— *¡Fa! ¡Fa! ¡Fa! ¡Fa! ... ¡Sol! ¡Sol! ¡Sol! ¡Sol! ... ¡La! ¡La! ¡La! ¡La!... ¡Siiiiiiii...!*

Después de varias de estas escalas cromáticas, si es que así se podía denominar a estos semi alaridos, unas tosecitas aclaradoras de la garganta y...

—*Granaaaadaaaaaa / tierra soñada por mí.../*

Cierto, pensaba Eleuterio aún pegado a la puerta, que mi doña Perpetuita siempre ha anhelado conocer España, e Italia también, la tierra del “*bel canto*”. Era una pena que lo exiguo de sus ingresos les hubiera impedido ir a ningún lugar situado más al norte de Ipiates o más al sur de Aguas Verdes. Bueno, no se debe mentir tanto: en una ocasión memorable sí llegaron a Tumbes. Pero –pensaba– si me saco el Nobel de Literatura, de entrada la llevo a Suecia. Bueno, aunque no me saque, ahora que ya tengo un trabajo mejor remunerado, hasta creo que puedo ahorrar un poquito y...

—*Mi cantar se vuelve gitano cuando es para tiiii / Mi cantaaaaaar.../ Hecho de fantasííííí /Mi cantaaaaar, flor de melancolía / que yo te veeeeee....*

Y era en este “**veeeeengo**” que algo pasaba pues la nota que debía subir recitita, como humo en día de sol, adquiría un requiebro no deseado, un gallo en términos comunes.

Pasaba igual que con los ascensionistas cansados que no alcanzan la cumbre cuando ya está cerca, asimismo, esta nota subía y subía hasta llegar cerca de la cumbre tonal ansiada, pero no llegaba y no era ciertamente por falta de aire en los pulmones, pues este implemento del canto se alojaba generoso en el amplio pecho de la matrona.

Nueva tos y nuevo intento:

—...**que yo te veeeeee....**

Nuevo no alcanzar de la cima anhelada. Luego, silencio... Después... Sollozos... poco más tarde, un abrirse intempestivo de la puerta que hace que Eleuterio casi se caiga.

— **¡Escuchaba tus trinos, carísima...!** — le dijo zalamero.

— **¡Soy un fracaso, marido!** — le dijo entre sollozos— **¡No alcanzo la altura que debo!**

— **¡Es que siempre fuiste bajita, mi amor! ¿Y si usaras tacos?**

— **¡Eres una bestia ignorante!** —dijo doña Perpetua Filarmónica quien pasó sin transición del llanto a la furia y fue a preparar su desayuno.

— **¡Tal vez te faltó fuerza porque estabas en ayunas!** —intentaba componer su mal chiste Eleuterio, porque la necesitaba pacífica para que el veredicto sobre su “**Penélope**” no careciera de objetividad debido a una frustración canora.

Cuando doña Perpetua Filarmónica no se contentaba con el desayuno tradicional: café con leche y pan, era señal inequívoca de que el disgusto era grave. Por ello, cuando vio que uno tras otros los huevos, hasta llegar a tres, eran revueltos para luego ir a incorporarse a la masa de guineo maduro ya lista para formar un succulento tigrillo, Eleuterio supo que cualquier petición dirigida a doña Perpetua, justa o injusta, la pondría hecha una fiera y por ello, más bien

prefirió dirigirse a su trabajo. Lo de pedirle el veredicto de su creación tendría su momento.

Lo del trabajo mejor remunerado que se mencionó unas líneas atrás tiene explicación en el hecho de que Eleuterio, por estas épocas gozaba de los beneficios del Ecuador paradisiaco. Ese hermoso país en el que todos tenían derechos, incluida la naturaleza. Bueno, no todos, todos. Los conspiradores, los oligarcas, los pelucones, los caretucos, los militares contestones, las gorditas horribles, los periodistas deslenguados, los indígenas reclamadores, los estudiantes apedreadores, los twiteros mal educados y otros insectos, no los tenían, pero eran solo una insignificante minoría.

En ese Ecuador paradisiaco, los ministerios se habían multiplicado con más facilidad que en aquel canto infantil del: *dos más dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y ocho dieciséis*. Y no eran dieciséis los ministerios y sus respectivas secretarías, sino bastantes más, pero para nuestra narración solo interesa aquel en el que trabajaba nuestro protagonista, el literato Eleuterio Aria.

El ministerio tenía un nombre que en principio no se comprendía. Un ministerio de Obras Públicas proclamaba ya en su nombre a qué se dedicaba. Lo mismo el de Salud. Y el de Educación, por supuesto. Pero ¿y el ministerio de la Suma Causa?

Pues... se dedicaba a eso mismo...: a la Suma Causa, a la causa más grande de todas: la de lograr la felicidad de todos y todas los ecuatorianos y las ecuatorianas. Y, de paso, como quien nada quiere, ver si las buenas prácticas establecidas por este ministerio eran copiadas por otros gobiernos del mundo, menos creativos que el ecuatoriano y así se aceleraba el lento proceso del lograr el bienestar universal.

Era, sin lugar a dudas, un ministerio especial. Para comenzar, había una discreta flexibilidad en la hora de entrada y en la de salida con tal de que: *“se cumplieren los objetivos programáticos institucionales claramente establecidos en los planes anuales y bianuales de contingencia permanente elaborados en sucesivas reuniones de trabajo y debidamente socializados y aprobados por unanimidad y exhibidos en múltiples carteles bajo el nombre de “misión” y “visión” de la institución. ¡Ay, qué emoción!...”*

Eleuterio, incluso había tenido la suerte de participar en algunas de estas reuniones. No en muchas, pero sí en las suficientes para empaparse de lo que era “*políticamente correcto*” en el uso del lenguaje; por ejemplo, aquello de ciudadanos y ciudadanas, y frases útiles para su futuro desempeño: “*Se hace porque se hace*”, “*va porque va*”, “*prohibido olvidar*” y algunas otras más.

Luego, cuando ya estaba bien sentado en su puesto como **TCTE** –ya veremos su significado– aprendió que podía contribuir notablemente a la permanencia en su puesto la asistencia puntual a las manifestaciones de apoyo al régimen; alguna contribución “voluntaria” (esas que en un futuro cercano se llamarían “diezmos”) para incrementar los fondos del partido, todo ello para impedir que la vieja partidocracia, esa que reinó durante la larga noche neoliberal, volviese a dar al Ecuador un nuevo feriado bancario; para impedirle que volviese a tener ninguna participación en la dirigencia de esta tierra que ahora, aunque suene redundante, era el paraíso en la tierra.

Cierto que cada vez que se aproximaba el fin de año, Eleuterio comenzaba a parir y no como consecuencia de ninguna relación sexual sin la debida protección como algún mal pensado podría imaginarse, sino a causa de algo mucho más prosaico: Eleuterio sufría dolores de parto, sudores fríos, taquicardias y otras molestias por no saber si le renovarían o no le renovarían el contrato anual.

Pero ¿y no es que en el paraíso ecuatoriano se había eliminado entre otras cosas la tercerización laboral para lograr la estabilidad de los trabajadores?

Pero, tontos mismo parecen. Eso se había decretado para lo particular no más, para los oligarcas de mierda, para los patrones inhumanos.

Para los puestos en un gobierno que se apreciaba de aplicar la justicia social a rajatabla, no se veía mal que muchos empleados tuvieran que agachar la cabeza de mil formas para conseguir otro año de permanencia en el empleo. Es más, se justificaba esta “*necesaria posibilidad de cambio permanente, siempre en pos de mejorar el proceso revolucionario. EL PROYECTO.*”

Pero, dejémonos de consideraciones políticas. Hay ocasiones en las que el humor no puede disimular la crueldad de los hechos. Y muchas personas tu-

vieron crueles los días de sufrimiento ante la posibilidad de renovación o no renovación de sus contratos.

Más bien o más mejor como alguien podría decir, regresemos a nuestro Eleuterio que se dirigía tranquilo, sin miedo de atrasarse, a su empleo.

Llegó a las hermosas oficinas en las que ahora trabajaba. Tiene su importancia hablar de ellas.

Todos los ambientes había sido diseñados y ejecutados por la ya famosa Gabi Rivadavia, quien pese a que reconocía tener tan solo un título de bachiller, había conseguido numerosos contratos de arreglo y ambientación de oficinas del gobierno, gracias a que sabía, prácticamente de memoria el libro: *“Todo el Feng Shui en mil palabras”*, del que recitaba párrafos enteros en los momentos oportunos con gran seguridad, sonrisa y desparpajo.

Claro que también ayudaba a la consecución de sus contratos su fidelidad al partido que gobernaba en esos momentos. En el futuro... No sé, decía, como el futuro no existe.

Por ello, en las oficinas abundaban las plantas: las purificadoras del ambiente, las portadoras de buena vibra, las atraedoras de pájaros, las ahuyentadoras de moscos, las olorosas... La música ambiental new age se difundía en el volumen justo por todos los ambientes por el que deambulaban únicamente personas cuyos rostros traslucían felicidad, requisito indispensable para trabajar en este ministerio. Hasta había un patio interior con una fuentecilla de agua sonora comprada en la superferretería de la ciudad y cuyas cantarinas aguas dejaban oír el suave canto del agua cayendo por sus cascaditas falsetas.

¡Qué decir de las oficinas individuales! Colores cálidos, favorecedores de la creatividad; buenas mesas de trabajo con computadoras de última generación conectadas a internet de banda anchota. Sillas muy cómodas. Pero, lo más novedoso de los locales de todas y cada una de las oficinas regionales del ministerio de la Suma Causa era el **ACT**, siglas identificatorias del: *“Auditorio de la Creatividad Total”*.

Esta habitación merece ser descrita con una cierta minuciosidad, por lo novedoso y porque este podría ser uno de los aportes ecuatorianos a las nuevas

generaciones. ¡Si cada gobierno del mundo tuviera una **ACT**...! ¡Otro gallo me cantara! Y no ese de la vecina que me despierta toditas las noches, porque canta cuando le da la gana...

¡Bueno! ¡Bueno! ¿Y la descripción? Allá va.

Al contrario de las demás habitaciones cuyos colores eran suaves y cuidadosamente seleccionados por Gabi, este cuarto era totalmente blanco: paredes blancas acolchadas, techo blanco inmaculado, piso blanco deslumbrante. ¿Para locos? ¡Cómo se imaginan! ¡Para creativos!

En este cuarto blanco, primorosamente dispuestas, colgaban las **HCT**: “*las hamacas de la creatividad total*”. En ellas, cuyos ángulos estaban calculados para el confort casi completo, debían recostarse obligatoriamente durante media hora por la mañana y otra media horita por la tarde, todos quienes trabajaban en el ministerio de la Suma Causa.

Para lograr que esta media hora no tuviese interrupciones se cerraban las puertas de entrada a las oficinas, se desalojaba –si es que alguno hubiese– a algún visitante, se desconectaban teléfonos y centralillas, se apagaban celulares.

Era emocionante ver como todos los trabajos se interrumpían cuando un parajito de plástico, como uno de reloj de cucu barato, daba la señal de inicio de la **MHRC**, (*la media hora de relajación creativa*), y entonaba las primeras notas del *Patria, tierra Sagrada*. No se llegaba al: *cómo me enorgullece poder llamarte mía*, cuando todos los empleados y empleadas, andando como zombis, pero rapidito, cesaban en cualquier labor que estuvieran realizando, verbigracia, jugando solitarios online o tratando de tocar alguna carnosidad de una compañera, mientras ella, con un mohín medio coqueto, le decía al pretendiente de turno: *¿Qué haces? ¡Tonto!*

Claro, con la liberación femenina, había también y cada vez con más frecuencia el comportamiento inverso: era la mujer la que procuraba tocar alguna parte del compañero, pero en este caso él no le decía *¿Qué haces? ¡Tonta!*, sino que le decía: *¡Gracias, mijita!...* ¡Aunque fuese hija de otra persona!

Pero todo, todo se paraba en ese momento cuando el pajarito cantaba y todos y todas iban adquiriendo, ya desde antes de entrar en el **ACT** (*Auditorio de la Creatividad Total*) una actitud circunspecta.

Cuando entraban, lo hacían ya en silencio, y en silencio se recostaban en sus respectivas hamacas y, bien entrenados y entrenadas como estaban, además de que no era difícil, cerraban sus ojitos, algunos hasta ayudados por uno de esos adminículos que suelen dar en los vuelos de avión largotes y comenzaban su relajación previa al proceso creativo.

Cuando todos y todas estaban ya plácidamente recostados y recostadas en sus **HCT** (*hamacas de la creatividad total*) estas comenzaban un suave hualín hualán calculado con precisión matemática para ayudar a lograr la paz interior, pero sin que se duerman.

Y una voz suave, femenina, por supuesto, aunque suene a machismo, comenzaba:

—Estimados y estimadas, compañeros y compañeras: comiencen su periodo de relajamiento para entrar en el PCT (Período de Creatividad total). Sientan que los pliegues de preocupación de sus frentes se deshacen. Si son arrugas por la edad, no se preocupen, no se desarrugarán, pero relájense. Relajen los músculos del cuello. — Pausa — Relajen los de los brazos. — Pausa — ¡No relajen los músculos de sus esfínteres! — Pausa — Olvídense de la lógica y de la razón. — Pausa — Dejen que vuele su imaginación. — Pausa — Que su imaginación vuele, que se eleve, que suba y que baje; que vuele libremente, que cree... — Pausa — ¡Sí! ¡Necesitamos nuevas ideas como la tierra seca necesita de la lluvia! ¡... el hijo de su madre...! No malentiendan: ‘como el hijo necesita de su madre’; la barriguita su alimento... Nuevas ideas. Ideas creativas para lograr la felicidad de los y las ecuatorianos y ecuatorianas. Nuevas ideas para nuevas futuras acciones...

Y la voz callaba y los siguientes 25 minutos no se oía volar ni una mosca, porque no había ninguna en el **ACT**, pues previamente habían sido ahuyentadas por el olor de las plantas de ruda estratégicamente ubicadas junto a todas las puertas y ventanas.

Si se pudiese oír a los cerebros trabajando, en el **ACT** habría una bullota, porque sí estaban trabajando; ¿En qué? ¡No sé! Pero trabajaban...

Solo por excepción se oía el ronquido de algún creativo, generalmente los lunes y, sobre todo al comienzo de esta experiencia, cuando creyeron que el **ACT** debía ser totalmente negro para que, aunque los **TCT** (*Trabajadores Creativos Totales*) tuvieran los ojos abiertos, no pudieran ver nada y no encontrasen por lo tanto ningún elemento que se interpusiese entre su mirada y su cerebro creador. Pero pronto se notó que favorecía mucho al sueño y, sobre todo, las cámaras, cuidadosamente dispuestas en todos los ambientes, no podían filmar nada.

Tampoco importaba mucho que algunos de estos **TCT** (*Trabajadores Creativos Totales*) se durmiese y soñase, porque ¿de qué se ocupaba el ministerio de la Suma Causa si no era de la realización de los sueños de los y las ecuatorianos y ecuatorianas?

El final del proceso de **PCT** (*Período de Creatividad total*) lo daban unas furiosas palmadas y la frenada brusca del hualín hualán de las hamacas. Todo estaba pensado para que del ambiente etéreo de la creatividad se volviese a la dura realidad que necesitaba ser transformada. Que los **TCT** (*Trabajadores Creativos Totales*) pusiesen nuevamente los pies en la tierra (bajándose de las hamacas, claro) y estuviesen listos para exponer las hermosas ideas germinadas en esos momentos de romper con la lógica y transformarlas, a la brevedad posible, en hermosas acciones transformadoras.

Pero, antes ¡un cafecito!

Y allá iban, asimismo, todos, al café. Buen café de Zaruma, por supuesto, mucho mejor si es hecho en Ecuador. Nada de esos colombianos invasores. Ya nos invadieron una vez en el Oriente, no íbamos a dejarles que nos invadieran hasta con café.

El break (sic) para el cafecito duraba tan solo 30 minutos.

Todos los alimentos chatarra habían sido excluidos y tan solo había como acompañantes de la bebida apta para despertar hasta a un sonámbulo, pastelitos de alfalfa, tortillitas mínimas de brócoli, pedacitos de zanahoria cruda y hasta una botellita de un brandy carísimo por si alguno o alguna de estos **TCT** (*Trabajadores Creativos Totales*) decidiera tomarse un carajillo. Vamos, que no era cosa de pararse en minucias si lo que se quería a toda costa eran ideas luminosas que, transformadas en acciones grandiosas, llevasen a los y

las ecuatorianos y ecuatorianas a la dicha, a la felicidad, al partido, sin importar mucho el bienestar material, la riqueza o la pobreza. Había que elevarse.

Después del café, tenía lugar la reunión no para una simple lluvia de ideas como suelen hacerlo el común de los mortales, ni siquiera para un aguacero, sino para un diluvio de ideas de parte de los **TCTE** (*Trabajadores Creativos Totales Especializados*): los creativos de textos, (Eleuterio entre ellos, por supuesto), los de estrategia, los de imagen, los de sonido.

Los **TCTA** (*Trabajadores Creativos Totales de Apoyo*) tales como conserjes, contadores, etc. no participaban de estas **RCTPPIL** (*Reuniones de Creatividad Total para el Parto de Ideas Luminosas*).

Porque estas **RCTPPIL** (*Reuniones de Creatividad Total para el Parto de Ideas Luminosas*), eran tan secretas y reservadas como las de iniciación masónica; sin embargo, de fuente cierta podemos describir una de ellas, al fin y al cabo un narrador omnisciente puede meterse en donde le dé la gana al creador, máxime si la obra es de ficción.

— *¿Tema de hoy?* — **TCTP** (*Trabajador Creativo Total Principal*)

— *El Día del Árbol* — leyó de sus notas el **TCTST** (*Trabajador Creativo Total Secretario de Turno*)

— *¡Cierto! ¡Cierto! ¡Ciertito!* — **TCTC** (*Trabajador Creativo Total Cepillo*).

— *Ya casi no tenemos tiempo para preparar algo bueno; faltan solo tres meses.*

— **TCTCC** (*Trabajador Creativo Total Común y corriente*).

— *Con lo ocupados que pasamos...* — Coro de **TCT** (*Trabajadores Creativos Totales*)

— *¡Nada de pesimismo! ¡A crear! ¡Ideas...! ¡Ideas...!* — **TCTP** (*Trabajador Creativo Total Principal*) — *Hay que celebrarlo, seguro, porque como suelen decir por ahí: “se hace porque se hace”.*

— *¡Cierto! ¡Cierto! ¡Ciertito! ¡Se hace porque se hace! ¡Se hace porque se hace!*

— **TCTC** (*Trabajador Creativo Total Cepillo*).

— *¡Se hace porque se hace!* — Coro de **TCT** (*Trabajadores Creativos Totales*)

—Amén —TCTP, TCTC, TCTCC y Coro.

—Bueno, creo que es fácil: hagamos que ese día los niños de las escuelas siembren arbolitos en las orillas de los ríos.

— ¡Híjole! ¡Pero si eso ya se hace! ¡Tiene que ser algo nuevo! Si no, parecemos de la vieja partidocracia.

— ¿Y si les hacemos que siembren, pero con una sola mano y que sea además la izquierda? ¡Sería hasta simbólico! ¡Izquierda, siempre izquierda!

— ¡Tonto, también! ¿Y si son zurdos?

— ¡Aaah...!

—Parece mentira que después de haber estado en el ACT y luego del PCT, vengán a esta RCTPPIL con ideas tan atrasadas. ¡Pelucones mismo parecen!

— ¿Y si hacemos que los niños no siembren árboles, sino florcitas (sic)?

— ¡Muspa! ¡No es el día de las flores, sino el día del árbol!

— ¡Aaah...!

—Pero ¿y si siembran flores alrededor de los arbolitos festejados?

Silencio total. Reprobaciones mentales insonoras e inodoras.

—Recuerden —intervino Eleuterio— *que para que algo impacte tiene que ser novedoso. De lo contrario, nada; como si quisiéramos que fuese novedad una lluvia en el Puyo o en Macas o en Tena o en Limón o en Méndez o en...*

—Bueno, ya...

—Bueno, como les iba diciendo, tiene que ser novedoso, inesperado. Les voy a poner un ejemplo claro para que entiendan todos. Hoy en día a nadie llama ya la atención las sentencias a favor de... (nombre y apellidos censurados por una secretaría de cuyo nombre no quiero acordarme); *que si hay que mandar a la*

cárcel a unos indiecitos de Saraguro, pues cárcel será; unos dos o tres añitos, no más; que si le han insultado y hay que resarcirle económicamente, pues nada, unos cientos de miles de dólares, un pelito de cochino; que si un tribunal militar no le da gusto: destituyan a ese tribunal militar en un periquete, juzguen a ese tribunal incapaz; y a nadie le llama la atención. Pero, piense en lo contrario: que algún juez o alguna jueza aplicara lo que dicen las leyes y, por una ocasión diera un dictamen a favor de la justicia y en contra del... (Nueva censura de esa misma secretaría olvidada a propósito por mi memoria) ¿Fuera o no fuera bien impactante...?

— ¡Ahhh...!

— ¡Púchicas! ¡Sería la noticia!

— ¡Noticia de primera página!

— ¡Y haría historia!

— ¡Marcaría un hito!

— ¡Diera hasta hipo!

— *Eso es lo que tenemos que hacer con la celebración del Día del Árbol. Recojo las palabras de todos: algo que sea noticia de primera plana, que haga historia, que marque un hito, que dé hipo.* — TCTP (Trabajador Creativo Total Principal)

— ¡Cierto! ¡Cierto! ¡Ciertito! —ya sabemos quien.

Minutos de silencio.

De pronto, uno de los TCT (Trabajadores Creativos Totales) sin levantar la mano, porque no era necesario hacerlo en estas RCTPPIL, dijo:

— *¡Ya sé! ¡Ya sé! ¡Ya sé cómo festejar el Día del Árbol de manera novedosa e impactante! ¡No sembremos árboles! ¡Talemos unos cuántos...! Por ejemplo, unos cuatro o cinco de algunas de las más concurridas orillas de nuestros ríos en las horas en las que haya más testigos para ello... al fin y al cabo no sería más de unos cien o ciento veinte, y el mensaje, en letras grandes, verdes, por supuesto*

sería: “Esto es lo que no debemos hacer. Día del Árbol, a dos mil de tantos y tantos. Ministerio de la Suma Causa. ¡Mueran los care tucos!”

Lanzar tomates o insultarle tal vez se habría dado en otro lugar que no fuese una **RCTPPIL**. En ellas, casi todo era novedoso y creativo. Las ideas no tanto pero...

Ante una idea tan peregrina, le dieron el peor veredicto que podría darse en una **RCTPPIL**: cada uno de los participantes se levantó y tomó de los floreros estratégicamente dispuestos en los que había rosas de varios colores, una rosada que lanzaron al proponente, algunos diciéndole una sola palabra:

— **¡Tonto!**

Otros, sin decirle ninguna.

Para el **TCT** que fue quien propuso la tala de árboles, era lo peor que podían hacerle y se puso a llorar a lágrima viva, a moco tendido, a pañuelo exprimido, y con grandes y pequeños sollozos, adecuadamente escalonados.

— **¡Tranquilícese! ¡No es para tanto!** —dijo otro **TCT** procurando calmarlo.

— **¡No se ponga así! ¡Acuérdese que a mí también me lanzaron flores rosadas cuando propuse que para celebrar el día de la libertad de prensa, quemáramos en las plazas principales de nuestras ciudades algunos de los dictámenes condenatorios a algunos periodistas! ¡Acuérdese! ¡Acuérdese! Ese día, uno de ustedes hasta una piedra me botó. ¡Acuérdese! ¡Acuérdese!**

— **Llore, llore no más porque como bien dice el pasillo: “Grato es llorar, cuando afligida el alma no encuentra alivio en su dolor profundo”** — le dijo otro.

Mientras agotaba el amplio caudal de sus lágrimas, casi tan amplio como el caudal del Tomebamba en los días de estiaje, todos pensaban.

Se oía el crujir de sus cerebros, (aunque líneas atrás hayamos dicho que la actividad cerebral no se puede escuchar). Se escuchaba el trabajo de las neuronas, las conexiones misteriosas de las dendritas, el entrechocar de las posibilidades más inverosímiles y hasta el discreto rugido de algún estómago.

Alguien, seguramente de la prensa corrupta, dijo que hasta se oyó un pedito, pero todo ello sería una minucia sin importancia ante la obligación histórica de crear un festejo novedoso para el Día del Árbol, para cuya celebración solo faltaban tres meses.

De pronto, una voz en tono de pregunta:

— *¿Cómo festejamos el día de uno cualquiera de nosotros?*

— *¡Es que nosotros no somos cualquiera!*

— *Bueno, pero ¿cómo?*

— *Facilita la respuesta: ¡pasándole al viernes más próximo y haciéndonos funda!*

— *¡Cierto! ¡Cierto! ¡Ciertito! ¡Festejemos el día del árbol ¡con una borracheraaaa...!*

Nuevas flores rosadas, nuevos llantos, nuevos mocos, etc.

— *Matizo la pregunta: ¿cómo festejamos el día de uno de nuestros hijos?*

— *¿Y los que somos solteros?*

— *¡Carajo! ¡No importa! ¿Cómo festeja una de nuestras familias a uno de nuestros niños?*

— *Fácil también. ¡Con otra borrachera!*

— *Bueno, quitemos la borrachera. ¿Cómo?*

— *Pues cantando el Happy Birthday, haciendo una tortita...*

— *Con payasos...*

— *Con ollas encantadas...*

— *Con canguil...*

—*Con perros calientes...*

Ahora sí la creatividad se desbordó. Como se desborda la leche cuando la han puesto a hervir y la dejan olvidada en la olla. Todos aportaban algo. Y la luz se hizo: así se celebraría el Día del Árbol: cantando el Happy Birthday, con torta, con payasos, con ollas encantadas, con canguil, perros calientes, etc. etc. con soplada de velas, con mordida de torta...con regalos...con sombreritos, con pitos...

— *¡Bravo! ¡Bravo! ¡Ya tenemos el concepto...!* —poco menos que gritó emocionadísimo el **TCTP** (*Trabajador Creativo Total Principal*)

— *¡Ya tenemos el concegto! ¡Ya tenemos el concegto! ¡Porque no semos inepto...!* —palabras emocionadas de un **TCTCo** (*Trabajador Creativo Total Costeño*)

El **TCTP** se puso de pie lentamente. Cuando estuvo ya totalmente vertical, recorrió con su mirada a todos y cada uno de los presentes. Una mirada de agradecimiento, admiración y gratitud. Alzó sus dos manos y pidió con el gesto pertinente que se calmaran los ánimos y las muestras de entusiasmo. Desde su frente resbalaban algunas gotas de sudor atraídas hacia el suelo por la infaltable fuerza de la gravedad. Sonreía. Habló:

—*Estimados y estimadas trabajadores y trabajadoras creativos y creativos totales y totalas. ¡Gracias por este esfuerzo creativo! Gracias por las ideas luminosas que se convertirán en prácticas transformadoras y lograrán que este País, que este nuestro Ecuador del alma, hasta ahora soñoliento, medio amodorrado, dormido, sobre todo por las horrendas prácticas políticas de la vieja partidocracia, hoy, ¡DESPIERTE!*

Aplausos.

— *¡Por favor! Nada de aplausos. Si tuvieran que emitirse en esta sala de la creatividad total estas muestras sonoras de aprobación, ejem. ejem. aplausos, deberían ser destinados para vosotros y vosotras, porque son ustedes y ustedas las que con sus mentes luminosas iluminadas tan solo por las palabras iluminadoras de nuestro caudillo, han logrado, han alumbrado, han parido, si se me permite la expresión, esta idea luminosa que se convertirá en práctica transformadora y logrará que este País, que este nuestro Ecuador...*

— *Eso ya lo dijo* — susurro del TCTC (Trabajador Creativo Total Cepillo).

— *¡De verdad! ¡Es que la emoción...! ¡La emoción...! ¡Pero no nos durmamos en los laureles! ¡No nos durmamos en las glorias del momento! ¡No nos durmamos ni siquiera en nuestras camas! ¡Pensemos! Pensemos mucho en cómo lograr que esta idea luminosa se convierta en práctica transformadora y logre que este País, que este nuestro Ecuador...*

Toses. Movimientos incómodos en las sillas. Más toses.

— *¡Ejem! ¡Ejem! ¡Cajum! ¡Cajum!*

— *¡Dejémonos de discursos! ¡No es hora de los discursos! No es hora de las palabras vanas o no vanas. No es hora de las palabras. ¡Perdón, no me interrumpa! ¡Es cierto que ya es la hora del almuerzo! Pero bien podríamos dedicar unos minutos breves o si tan solo son unos segundos, serían por supuesto más breves, a hacernos una promesa interior y exterior: No descansar hasta que esta idea luminosa, etc. etc. de ustedes y vosotras, ya lo sabéis, tenga cumplida realización en la celebración del Día del Árbol, para el que solo nos faltan tres meses, lo que significa aproximadamente noventa días ¿Cuántas horas? ¡Multiplique, pues, carajo! ¡Ya! 2164. Y estas 2164 horas tendrán que ser de trabajo intenso, tanto mental como manual para que los árboles tengan su respectiva torta. Piensen en las dificultades que tendremos que superar. ¿De qué puede ser esta torta? ¿Qué forma deberá tener? ¿Debe o no llevar velitas? Si la respuesta es sí, ¿cuántas? ¿Quién deberá soplarlas hasta que su aliento apague el fuego de las mismas? Al fin y al cabo como ustedes y vosotras bien lo sabéis, los árboles no tienen boca, ni siquiera los de la Boca de los Sapos. (Pausa) Ríanse, no más, es un chiste... ¿Cómo deberán ir vestidos y maquillados los payasos? ¿Juega o no juega en estas circunstancias la nariz roja de bola de ping pong? ¿Qué clase de chistes deberán decir y/o hacer? ¿Habrá piñatas u ollas encantadas? Es obvio que no debemos cantar el Happy Birthday en inglés porque sería agacharnos ante el imperialismo cultural norteamericano que amenaza con destruir nuestras raíces vernáculas y confundir nuestras raíces cuadradas.*

Una breve pausa y continuó.

— *Alguien deberá poner letra al canto del festejo de ese día. Eleuterio: ¡encárgate tú! ¿Aceptáis? ¿Por supuesto? ¡Gracias! ¡Muchas gracias! Pero recuerda que no*

tienes tres meses para hacerlo. Tiene que estar listo antes, porque este, que será un verdadero himno verde, deberá ser emitido por las ondas hertzianas de las radios; ser codificado en ceros y en unos antes de esparcirse por las redes sociales; ser impreso para ser exhibido en inmensos avisos en las principales avenidas de la city; ser exhibido también en avisos más pequeños en las escuelas. Los profesores de canto tendrán que saberlo con tiempo para enseñar a sus pupilos y pupilas que estarán sentados respectivamente en sus bancos y bancas. Aprenderlo deberán también incluso los que estén de pies por malcriados, y no por falta de puestos que ahora ya hay asientos para todos y para todas y no como durante la larga noche neoliberal...

—Perdón: Me mandan a decir que se está enfriando la sopita del almuerzo...

— ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Pero que no se enfríen vuestros ánimos ni se entibien vuestras ánimas! ¡Pensad! ¡Pensad! ¡Cread...! ¡Cread...!

Y mientras todos abandonaban rápidamente la **RCTPPIL**, tan rápido como abandonan las aguas de un recipiente, un balde, por ejemplo, al que se le ha hecho un hueco grandote, el **TCTP** se dejó caer en su asiento, agotado, todo despatarrado, abrumado por lo que se le venía encima: los festejos del Día del Árbol.

No sucedió, como podría pensarse dado el tono que hasta aquí ha tenido esta parte de la narración, que el almuerzo transcurrió en silencio, con comensales agobiados por las grandes responsabilidades que se les avecinaba, dedicados tan solo a comer papitas y rumiar ideas. ¡Qué va! Fue un almuerzo entusiasta.

— ¡Pishh! ¡Facilito está el trabajo! Los payasitos han de tener su inconfundible nariz roja, pero, eso sí, deberán contar solo chistes de arbolitos y, cuando más, de flores. Nada de chistes de azogueños.

—Y de las ollas encantadas deberán caer no caramelos, sino semillitas.

— ¡Pero caramelos también...!

—Y la torta tiene que ser de chocolate, porque el cacao sí es un árbol nuestro. Porque alguien podría querer hacerla de eucalipto y esta es una planta que dicen que trajo el Luis Cordero de Australia.

— *¿El Luis Cordero de Australia? ¿No será el Luis Cordero de la bandera?*

— *¡No digas tonterías, ignorante! ¡El Luis Cordero presidente! ¡El de la calle...! ¡El que trajo las araucarias que hay en el Parque! ¡El del diccionario quichua...! ¡El de la Enumeración Botánica...! ¡El bien inteligente!*

— *Entonces ¿la tortita tampoco podrá ser de pino?*

— *¿Podría ser de capulí?*

— *¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!*

— *¿Con pedacitos de tocte?*

— *¡Claro! ¡Claro! ¡Claro!*

Todo esto, mientras cultamente se embutían un buen almuerzo, estilo Suma Causa.

El regreso de Eleuterio a su casa no fue muy tranquilo que digamos.

Dos ideas daban vueltas en su mente igualito que las motos en el globo de la muerte: rumm rummm rummm. La una, el cómo pedirle a doña Perpetua Filarmonica que le diera un criterio sincero de su Penélope, después del chiste tonto que se le ocurrió hacer; la otra, más difícil: la de poner letra adecuada a la música imperialista del Happy Birthday para celebrar adecuadamente el “*Día del Árbol*” auspiciado por el ministerio de la Suma Causa.

Cuando su mente estaba concentrada en profundos pensamientos, casi no se fijaba por dónde caminaba. Fue seguramente su instinto de conservación el que este día le obligó a fijarse en los detalles del camino que recorría, en las calles de su ciudad. Los adoquines seguían en su sitio; las baldosas de mármol aún permanecían en algunas de sus veredas, trizadas no tanto por el paso del tiempo y los peatones, cuanto por las sucesivas e inexplicables aperturas para poner los cables de... para cambiar los cables de...para mejorar las instalaciones de... para componer y reparar la canalización, para ¿mejorar? las veredas, para las adecuaciones necesarias para el paso del tranvía...

Cayó en la cuenta, y sin que esto sea ningún chiste, que desde hacía muchos años ¿veinte tal vez? las calles de su ciudad nunca había estado como deberían estar: cerradas en pavimento y veredas y abiertas al tráfico. Más bien habían estado a la inversa: cerradas al tráfico y abiertas, como heridas, bien sea la calzada o la vereda o ambas. Ante esta constatación le dio un vahído, y tuvo que apoyarse en la pared. Un joven que pasaba le preguntó:

— *¿Le pasa algo, viejito?*

— *¡Viejita será tu abuela...!*

— *¡Ele! ¡Claro que mi abuelita es vieja! ¡Medio como usted, mismo, medio como usted! Pero, perdone la pregunta, señor, ¿no es usted el del Edipo en el crucigrama?*

— *¿En la encrucijada, pendejo! Pero ¿cómo sabes esto si aún no lo he publicado?*

— *¡Ah, pero sí la representó hace años! Y fue justamente mi abuelita la que me contó que se había reído de principio a fin.*

— *¿Reído...? Pero si quería ser una obra seria...tal vez hasta una tragedia...*

— *Mi abuelita también me contó que la tragedia había sido para usted, que tuvo unas críticas feotas. Ella mismo me dijo, un día que usted pasaba por aquí: “Vele, vele, ese es el del Edipo.” Por eso le conozco. ¿Puedo ayudarle en algo?*

— *No. Muchas gracias* —respondió. Y siguió su camino.

Abrió la puerta con mucho cuidado, no de miedo a su Perpetua Filarmónica, sino para que no saliera el perro. Y no se salió, sino que le saludó moviendo la cola. El perro le quería, aunque era un claro ejemplo de amor interesado pues era Eleuterio el que le alimentaba todas las mañanas.

Doña Perpetua Filarmónica no le recibió moviendo la cola, pero también le quería, aunque era ella la que ponía algo de comer a su marido, no solo por la mañana para el desayuno, sino en el almuerzo e incluso en la cena. Y no era rencorosa, así es que había ya olvidado o no le importaba la broma de su marido y le recibió cariñosa.

— *¿Cómo te ha ido marido en tu tan famoso ministerio que quiere ser un ejemplo para el mundo?*

— *Bien, bien, pero ahora tengo un trabajo difícilísimo...*

— *¡Híjole...! ¿Aprender a escribir...? Ji...ji... en computadora, se entiende ji...ji...*

— *¡Estás chistosa! ¿No? Sabes bien que escribo en computadora rapidísimo a pesar de que solo uso los dos índices.*

— *Bueno, entonces, ¿qué tienes que hacer?*

— *Ponerle letra castellana al Happy Birthday.*

— *¡Ahora eso, no más, marido! Óyeme* — Y adoptando pose de cantante de ópera, sacando su pecho, comenzó: *Cumpleaños, feliz, te deseamos a ti...*

— *¡Pero es que es para festejar el Día del Árbol...!*

— *¡Para festejar...! ¿Qué...?*

— *El Día del Árbol... ¡Y solo faltan tres meses...!*

— *Sigue siendo fácil, esposo mío, es cuestión de encajarle al verso en la música, pero que dé justo. ¿Qué te parece esto?* — Y, como siempre que cantaba, entonó con mucho entusiasmo:

*Cumpleaños feliz,
árbol de capulís,
cumpleaños feliz,
árbol deeee capuuulíís...
¡Qué muerda la torta!
¡Qué muerda la torta...!*

— *¡Oye! ¡No está mal! Pero es que no solo es para los árboles de capulí, sino también para los sauces llorones, los guabisays, los podocarpus...*

— ¡Huy! ¡Ahí sí que estás jodido, marido! Tendrás a la fuerza que meter la palabra todos. ¡Híjole! ¡Ya me inspiré! ¿Qué te parece esta?:

*¡Cumpleaños feliz,
a toditos los trees,
cumpleaños felices,
a todiiiiitos los trees...?*

— ¡Pero es que no puede ir ninguna palabra en gringo! Se trata, justamente de tener un sano nacionalismo...

— Bueno, conste que quise ayudarte. Ahora mejor vamos a comer, porque después dan la telenovela y estoy segura que hoy el Venancio de los Castillos se enterará de que la Rosalinda Rosales y Flores es la mamá de su hijo y que nunca lo supo porque cuando hicieron las cositas pertinentes, ella estaba con la cara tapada y él bastante borracho. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Tengo una rica sopita de brócoli...!

— ¡Brócoli, otra vez! Me voy a poner verde...

— Ya eres verde, viejito, pero a mí no me importa mientras tus verduras sean conmigo.

— ¡Ni soy viejo, ni soy verde! Ni siquiera me he afiliado al partido...

— Eso es otra cosa —le dijo mientras servía la mesa con la vajilla de diario. La vajilla especial, la pelucona, como correspondía denominarla para estar bien alineados, solo la utilizaban en rarísimas ocasiones.

En cuanto comenzaron a comer, Eleuterio le dijo que prefería saltarse la sopa y que le diera directamente el segundo. Doña Perpetua Filarmónica no estaba para discusiones y, además, significaba lavar un plato menos.

— ¡Qué buena comida me das, esposa mía...!

— Ya has de estar queriendo algo —le contestó— porque alabar a este arroz con atún...

— Bueno, es que el arroz está muy bueno y el atún, fresquito...

— ¡Ya, ya, ya! ¿Qué quieres?

—Quiero que leas un cuentito que he escrito y que me des, sinceramente tu opinión...

—Te doy desde ahorita, marido: ¡Me encanta...!

— ¿Ya lo habrás leído...?

—No, por supuesto, pero me basta con que sea escrito por mi William Cervantes...

— ¿Y eso...?

—William por el Shakespeare, ignorante. Lo de Cervantes te ha de ser más claro...

—Gracias por el piropo, pero ¿lo vas a leer?

—Claro. ¿Qué es?

—Verás, se llama Penélope...

— ¡Huyuyuy! Aburridote ha de ser... veinte años teje y desteje, dizque esperando al marido...

—Es que he procurado que no sea aburrido.

—Como sea. Déjame y mañana mientras trabajas para la gran causa lo leo. ¿No ha de ser muy largo, no...?

—No. Lo lees pronto.

—Está bien, pero prepara tu ánimo para mañana porque yo como crítica, soy crítica...

—Cierto. Para criticar a tus vecinos sois una ficha.

— ¡No empieces...!

—Mejor me callo.

Y Eleuterio calló.

A la mañana siguiente, le dejó el manuscrito, que no debía llamarse así, porque fue escrito en computadora e impreso con láser, y marchó a su trabajo.

Durante el día tan solo hubo unos aburridos preparativos para el festejo del Día del Árbol: que si la torta debía ser de cacao (chocolate) con tocte; que si debía o no repartirse entre los asistentes algodón de azúcar; que si la respuesta era sí, de qué color debería ser; y en fin, algunos de los tantos detalles que necesitaban afinarse para que ese solemne día, para el que ya faltaban solamente tres meses menos un día, fuera inolvidable y sirviera para el “benchmarking” universal. (Usar la palabra “benchmarking” me ha hecho sentir actualizado e inteligente...)

Por la noche, sin preámbulos, su esposa le preguntó:

— *¿Para qué querías que lea tu “Penélope”?*

— *Para conocer si vale publicarlo, claro...*

— *¿Publicar ese cuento, solito?*

— *No, con otras cosas...*

— *¿Con qué...?*

— *A lo mejor con Edipo en la Encrucijada, con la Helena de Troya que estoy escribiendo...con...*

— *Bueno, con otras cosas, tal vez; solito, no se explica. Pero, en todo caso yo le quitaría esto... y esto... y esto...*

Ante cada “esto” Eleuterio medio se retorció, pero como confiaba en el criterio de su esposa, le quitó a su Penélope esto... y esto...y esto...

Los pobres lectores se quedarán con ganas de saber lo que le quitaron a la narración, pero qué se le va a hacer; se entiende que está mejor sin esas partes motivo de censura...

Y así, Eleuterio, que durante sus horas laborales de creatividad total intentaba poner una letra digna al Happy Birthday, trabajaba con mayor contento en su Helena de Troya.

Helena

En las siete colinas comenzaban a aparecer unas poquitas casas, muy humildes, de gente trabajadora y esforzada. Solo después de siglos estas sencillas viviendas se habrían transformado en palacios, baños y circos para mostrar al mundo el poder y la magnificencia de Roma.

La que ahora buscaba era una casa pequeñita, casi una cueva, a la que se llegaba por un camino lodoso.

Delante de ella, sentada en un banco de madera tosca, con la espalda apoyada contra la pared de barro, estaba una anciana, muy anciana, que mostraba en su actitud tranquila, que no sentía ninguna clase de recelo ante la visita que llegaba.

— **¿Puedo pasar?** —dijo y al instante notó que la frase no tenía sentido. ¿Pasar, a dónde?

La anciana solo sonrió con benevolencia. La recién llegada preguntó casi susurrando a la anciana:

—**Disculpe, ¿es usted Helena?**

—**Sí** —respondió tranquilamente la anciana.

—**Quiero decir, Helena...la Helena de Troya...** —insistió, con la duda filtrándose a través de sus palabras.

El rostro de la anciana, y su mirada sobre todo, algo mostraban de un pasado de hermosura. Pero ¿había sido esa anciana la mujer más bella de su época? ¿Con una belleza tan fuerte como para provocar una guerra y la desaparición de una ciudad?

—*Si usted quiere llamarme así...*—sonrió nuevamente la anciana— *¿Quiere un poco de agua? La noto cansada.*

—*Sí. Muchas gracias. ¿Puedo sentarme?*

—*¡Claro, jovencita, claro! Siéntese. Descanse.*

Se sentó en el único banco y miró como Helena tomaba de un ánfora un poco de agua y se la ofrecía en un cuenco de barro, con una mano sin temblores.

Se sirvió un bocado. El agua era clara y fresca.

—*Me decía que usted era...*

—*La Helena de Troya. Sí. Así se dieron en llamarme después de... usted ya sabe. Antes era simplemente Helena y me gustaba más. Créame. Era una mujer como cualquier otra. Como usted.*

—*Gracias, pero no lo creo... su belleza... su rapto... la beldad de su marido, perdón, de Paris... la protección de los dioses... sus ancestros...*

—*¡Leyendas, niñita! Las leyendas siempre deforman la realidad. La visten de tantos adornos que si una persona se vistiera así para una fiesta, se vería ridícula, llena de pliegues, flecos, encajes, adornos... Pero, dígame. ¿A qué ha venido? Porque no creo que se haya tomado la molestia de buscarme y de hallarme, que no es fácil, para nada...*

—*Verá, es que yo quisiera que usted me cuente...*

—*¡Ah! ¿Mi verdadera historia? ¿La verdadera historia de Troya y todo eso...?*

—*Si es posible...*

—*Claro. Pero solo le pido que no cambie ni mis palabras ni los hechos que le voy a contar. No los adorne ni los deforme... ¿Me promete...?*

—*¡Le prometo, señora!*

—*Llámemme solo Helena. Soy solo Helena...*

—*Bueno... Helena...*

—*Como suelen decir, hay que comenzar por el principio. ¿Fui tan linda como dicen? No sé. No creo que yo pueda responderle a eso. Que fui linda, es cierto. Pero, ¿qué joven no lo es? Mi mamá tenía una frase: “la belleza de la juventud, hijita”. Y si usted se fija verá que es cierto. La belleza es joven y se marchita pronto... más en tiempos de guerras.*

Su mirada recorrió las colinas como tratando de encontrar algo en ellas.

— *¿Fui “muy” linda”? No sé. Es cierto que desde niña los mayores alababan mis ojos y las niñas de mi edad, con las que jugaba en las calles, a veces me decían que era creída. Pero yo no me sentía así. Yo solo era una niña más, quería jugar como todas y jugaba con todas.*

— *¿Qué jugaban?*

—*Saltábamos; nos perseguíamos; nos escondíamos. Peleábamos también. Ya sabe, sacadas de lengua, caras feas, agarradas de pelo... pero no teníamos rencores. Pronto nos pasaba y seguíamos jugando. Nos caíamos, llorábamos y unas manos gorditas trataban de calmar con sus caricias el dolor de las pequeñas heridas...*

— *¿Y... Paris...?*

— *¡Espere! ¡Espere! No se adelante. Recuerde que antes del “rapto” y de Troya y de todo eso, me casé con Menelao...*

—*Discúlpeme,... Helena,... pero si es que es que quiere contar todo, a lo mejor podríamos comenzar por su padre...*

— *¡Ah! ¡Ya! Me quiere preguntar si fui hijita de Zeus y nací de un huevo y todo eso... Nací como nacemos todos, con el dolor y la alegría de nuestras madres. Lo otro, el huevo, el cisne, Zeus... palabras, mentiras. Tenían que decir que yo era especial para justificar tanto odio y tanta muerte.*

— *¡Pero fue hija de reyes...!*

—Sí. De un rey de la época. No deje que la palabra “rey” le traiga a su imaginación palacios, tronos, coronas, jardines... Tenían más tierras... una casa un poco mejor y más grande. Lo que les diferenciaba a él y a los otros reyes de las demás personas era el poder. ¡El bendito o maldito poder...!

— ¿Bendito o maldito? ¿Cómo debo entender eso...?

—Como le digo: bien usado es una maravilla. Pero cuando el que lo tiene lo usa para satisfacer sus pasiones... ¡Ay, hija...! Parece que el poder deforma la vista. Empiezan a ver los hechos de manera diferente que los demás. Creo que hasta les ciega: no ven el sufrimiento que causan... ¡Ay, hija...! ¡El poder...!

—Quería contarme de su matrimonio...

— Cierto. Usted sabe que me casé con Menelao. Habrá oído que tuve muchos pretendientes. Tal vez... Más bien creo que buscaban mi herencia; a mí también, claro... era joven... bonita...

— ¿Por qué escogió a Menelao?

—Yo no lo escogí. Lo escogió mi padre. Menelao era el más poderoso después de Agamenón, pero como él ya estaba casado con mi hermana Clitemnestra... quedaba Menelao. El poder, una vez más, hija...

— ¿Y eso de que los pretendientes iban a pelearse; de que Ulises les hizo prometer...?

—Un poquito de verdad, sí hay. Claro que estaban dispuestos a arriesgarse un poco para conseguir mi mano, pero... Lo de la promesa o juramento, no sé cómo decirle. Creo que, más bien, es una especie de pacto implícito entre los hombres: Ellos sí pueden meterse con cualquiera. Nosotras, las mujeres... No solo ser honestas. También parecer honestas. Si no...

— ¿Amó a Menelao?

Calló por unos momentos. Se veía que pensaba la respuesta. ¿Fue una pregunta impertinente? Comenzó a hablar lentamente.

— *¿Fue Menelao mi primer amor? No sé. Casi no puedo decir que sepa realmente qué es el amor. Tal vez lo que sentí por un pastor con el que conversaba cuando casi era todavía una niña y podía pasearme sola. A veces lo encontraba y nos sentábamos a conversar de cosas sin importancia. Me sentía tranquila, pero nerviosa; contenta, pero medio triste; esperanzada, pero... No sé... ¡Es tan difícil recordar y dar nombre a esos sentimientos que eran en su momento tan claros...!*

— *¿Quiso a ese pastor...?*

— *¡No sé! ¡Con él me sentía bien! Si eso es quererlo... Porque no hubo nada más que miraditas, sonrisas cuando jugábamos con sus perros, sentir su mano en la mía cuando me ayudaba a levantarme...*

— *¿Y cree que él la quiso?*

— *Tampoco lo sé. Usted sabe que hay unos años en nuestras vidas en que los hombres se apasionan por cualquier cosa que tenga forma femenina y nosotras, las jovencitas mejor, creemos que cualquier varón que nos vea con ojitos de admiración, aunque sea bien feo, será el ser más bello que ha existido y que existirá. ¿Usted debe haber sentido eso, no?*

— *Bueno... sí...*

— *¡Tranquila! ¡Tranquila! Usted es la que pregunta, no yo. Usted tiene derecho a guardar sus secretos. Todas deberíamos poder guardar nuestros sentimientos íntimos. ¡No cree...?*

— *¡Claro...!*

— *Oigo que ahora son mucho más abiertas, que no tienen problema en conversar con los hombres, besarse, tener relaciones... y desde muy jovencitas... ¿Es cierto...?*

— *Sí. Bueno, pero no todas...*

— *¡Pero, mijita! ¿Y en dónde dejan al amor? Porque es claro, en mi tiempo o en el suyo, que una cosa es el amor y muy otra la pasión y el gustito o el gustote del sexo...*

—*Pero,... usted como que me decía que no sabía lo que es el amor...*

—*Cierto... El amor... Creo que ya hablaremos de eso...*

—*Perdone que sea medio necia y que insista: ¿Quiso a Menelao?*

—*Buena pregunta. Difícil respuesta. Creo que nunca he podido responderla. ¿Le quise? No sé. No era feo, ciertamente. Tampoco una belleza. Era joven, fuerte; se creía importante; era orgulloso. Cuando me casé con él no conocía el sexo. No me entienda mal, de saber, sabía, pero me casé virgen. Las primeras veces las relaciones no fueron una maravilla. Después sí. Me gustaron. Gozábamos. Mi matrimonio no hubiera estado mal si no hubiera comenzado a volverse un bruto. ... ¿Habría sido diferente si me hubiese casado con ese pastor que le dije...? ¿Cómo habría sido mi vida? No sé y creo que no tiene sentido preguntármelo.*

— *¿Discúlpeme, pero ... dijo que Menelao comenzó a volverse bruto?*

— *Sí, como tantos... Pero él era un guerrero; era fuerte; tenía que manejar espadas y escudos y llevar armaduras, arrojar lanzas, atacar, defenderse, pegar, herir... ¡Ay, niña! ¡Lo que sirve para la guerra no debería usarse en casa...!*

— *¿Debo entender que le pegaba...?*

— *¡Y con qué fuerza...!*

Las dos mujeres callaron. La una asombrada por lo que acababa de conocer. La otra, seguramente, recordando momentos de lágrimas.

—*Si prefiere, no hablamos de ello...*

— *¡No te preocupes! ¡Ha pasado tanto tiempo! Eran dolores físicos, torturantes, sí. Pero peores fueron los sufrimientos que vinieron después...*

—*De todas maneras...*

Los ojos de la anciana enfocaban algo en el infinito. Seguramente escenas de su pasado.

—Al comienzo me golpeaba, aunque suene irónico, medio con respeto. O no sé si era miedo a una reacción de mis familiares. O a deformarme, tal vez. Pero la violencia es una pronunciada cuesta abajo: no se detiene, crece. ¡Qué animal se volvió...! Se transformaba de improviso... sin motivo... A veces ni bien regresaba a la casa yo pagaba algún disgusto que él había tenido... A veces el pretexto era la comida... o el vestido... o que el día estaba frío... o sin causa... no importaba. Desaparecía el esposo, el ser humano, y aparecía la bestia...

Calló.

La anciana volvió a mirarla. En sus ojos no había lágrimas. Tan solo una mirada de una profundidad inmensa.

—Si sobreviví fue porque era joven y fuerte... como lo éramos todos. Todos éramos sobrevivientes. Solo algunos sobrevivíamos a tantas enfermedades que había. Un niño que tosía; la tos que comenzaba a crecer y crecer para después hacerse cada vez más chiquita hasta callar para siempre en los brazos de su madre... Una diarrea se llevaba una vida... Granitos que aparecían en el cuerpo y que mataban... Éramos sobrevivientes... ¡He sobrevivido a tantas cosas...! ¿Por qué? ¿Para qué?

El silencio fue esta vez más largo. Las arrugas de su rostro adquirirían significado. Casi eran un texto que narraba sufrimientos.

—Créame, lo peor era la falta de esperanza. No ver escapatoria. ¿Cómo podía huir? ¿A dónde? Nadie quería ayudarme. Veían mis penas y oían mi llanto y miraban para otro lado... se alejaban... ojos que no ven... oídos que no escuchan... Yo no tenía a dónde ver, no tenía ningún lugar para alejarme. Solo sentir dolor... solo esperar que llegase el siguiente dolor...Y entonces, apareció Paris...

— ¿El hermoso Paris...?

—No era feo. ¡Pero eso de que era bellissimo...! Era un joven que había oído que yo era muy hermosa y que quería conocerme. ¡Si supieras cómo me conoció...!

— ¿Cómo...?

—Estaba sentada mirando volar a los pájaros. Sin pensar en nada. No lloraba. Mis sufrimientos no eran de los que se alivian con el llanto. Sólo sentía un vacío inmenso, vacía de ilusiones, vacía de esperanzas, cuando de pronto un joven se me acerca y me pregunta que en dónde podía encontrar a Helena, la esposa del rey Menelao. Aquí, le dije y vi en su rostro la sorpresa. Pero, usted... me dijo. Creo que se asustó al ver mi rostro. Yo tenía los dos ojos casi cerrados por los últimos golpes... unos inmensos círculos morados... el pelo descuidado y sucio... claro que mi ropa mostraba que no era una mendiga golpeada. Pero, usted es... repitió. Sí, yo soy, repetí... Me preguntó si me había caído y si podía ayudarme. Le respondí que no me había caído y que no podía ayudarme y me levanté para iniciar el regreso hacia mi hogar, hacia mi infierno. Él calló. No podía decir nada...

— ¿Es cierto que cuando llegó Paris Menelao no estaba en Esparta?

—Sí. Había salido a... no sé dónde... como ya no conversábamos...

Un nuevo silencio breve.

— ¿Usted estaba sola, entonces...?

—Según supe después, Paris había comenzado a averiguar acerca de mí. Que si podía ser cierto que una joven con unos ojos morados de susto podía ser la reina... que si... Rápidamente supo lo que todos sabían: que sí, que no era infrecuente ver a la reina golpeada. Más bien, que era cada vez más frecuente verla así. Que pobrecita... Que no había nada que hacer... Que al fin y al cabo Menelao era rey y era su esposo... Que quizá un día de estos no la mate...

— ¿Y...?

—Nunca supe cómo hizo para lograr entrar donde yo estaba para decirme sin más preámbulos que sabía lo que era mi vida y que preveía lo que podía ser mi muerte; que él me ofrecía su barco para escapar y que prometía respetarme. Fue una resolución impensada. Le dije que sí, pero que tenía que ser ya, si era posible ese mismo día, antes de que regresase mi esposo. Esparta era una ciudad pequeña en la que las novedades se conocían y lo único que sabía de ese joven es que era alguien medio importante venido de una ciudad llamada Troya. Pero no me movía el que fuera importante o no. Solo me impulsaba el miedo. Yo no podía conocer si ese joven también sería maltratador, pero acepté y partimos...

— ¡Así...! ¡Tan fácil...!

— ¡No! ¡Tan difícil! No sabía realmente quién era. Solo le había oído decir que prometía respetarme. No es cierto eso de que se puede apreciar en la mirada y en el rostro de una persona si es y será buena o mala... ¡Los rostros engañan tanto...! Solo quería huir de quien ya sabía que era malo. De unas palizas cada vez más frecuentes y más duras. De su cara que a ratos era la de un ser humano medio arrepentido y que, de súbito se transformaba en el rostro de un monstruo. De unos golpes muy bien dados y muy mal recibidos... de una muerte posiblemente muy cercana.

—Entonces, ¿no es cierto que la raptó...?

—No. Mientras navegábamos yo calculaba: Menelao ya debe haber regresado... Ya habrá preguntado por mí... ¿Cuál sería la pobre persona que tuvo que responderle que no estaba? Ya debe haber usado su poder y su furia para averiguar cómo, por dónde y con quién había huido. Seguramente ya sabe en qué barco partí y no tendrá duda de hacia dónde nos dirigimos. Ya debe estar preparando su barco más veloz y escogiendo sus mejores marinos y sus más feroces guerreros para perseguirme...Ya mismo aparece en el horizonte...Y veía llena de terror el horizonte lejano del mar. Pero no nos persiguió. Creo que no le habría sido difícil capturarnos: nuestro barco era lento. No sabía del orgullo desmedido de los griegos. No conocía que los preparativos de muerte comenzaban...

— ¿Comenzaron en seguida los preparativos para la guerra?

—Por lo que sucedió después, por lo poco que se podía conocer a la distancia, diría que sí. Asimismo hasta las leyendas cuentan que no todos querían ir a pelear y a arriesgar sus vidas porque hubiese traicionado a Menelao. Y créame, traición no había, solo huida...

— ¿Fueron directo a Troya?

—Sí. Cuando llegamos a ella y vi sus murallas y entré, sentí algo de tranquilidad. Paris hasta ese momento había cumplido su promesa. Me respetaba. Trataba de conversar conmigo, pero era difícil. ¿Qué podía contarle? Antes de presentarme a su familia tuvo una conversación privada con su padre. Príamo era bueno. Comprendió el arrebató juvenil de su hijo de querer salvar a “la griega más

hermosa de todas”, pero desde el comienzo temió la venganza. Él sí sabía del desmedido orgullo griego. El conocía que buscaban un pretexto para atacarle y ahora su hijo les había dado uno muy bueno. Me admitió en su casa, pero sin que casi nadie lo sepa ordenó a Héctor que comenzase a preparar la ciudad para un ataque casi seguro. Héctor empezó a recorrer las murallas en busca de puntos débiles. Reforzó las ya bien sólidas puertas con el pretexto de que estaban un poco viejas. No querían alarmar a la ciudad. Vivían tan tranquilos... El pensamiento más horrible que vive en mi mente es saber que les robé esa paz...

—Pero... ¿encontró el amor con Paris...?

—No sé si el amor, pero sí encontré ternura en él y cariño en su familia. Eso era más de lo que podía esperar. Poco a poco los fui conociendo a todos. Conociendo y apreciando. El mejor era Héctor. Me encantaba verle jugar con su hijo pequeño. Él, un guerrero, tirado en el suelo con su hijo encima... riendo... Quería mostrarse alegre y despreocupado, pero... Príamo me llevaba a recorrer las murallas. Me contaba de su ciudad, de cómo había ido creciendo. De sus ilusiones. Así pasaba el tiempo. No sé si fue poco o mucho, pero sí lo suficiente para que la esperanza de una vida normal comenzase a crecer dentro de mí como una planta pequeña. Fue una mañana de sol cuando vimos que el horizonte empezaba a llenarse de velas. Unas velas que crecían y se multiplicaban. Velas y velas y velas que se acercaban... Hacia el mediodía ya pudimos ver los movimientos de los hombres en la cubierta, el movimiento de los remos... No hubo necesidad de verlos desembarcar para saber quiénes eran y a qué venían. Príamo ordenó que todos entrasen y se cerraran las puertas. Los veíamos desembarcar desde el muro. Yo le decía quiénes eran. Ese es Ajax... Ese, Aquiles... ese Agamenón... Venían todos. Venía hasta Ulises. Ulises que había sido mi amigo durante algunos años, ahora llegaba como todos, con sus barcos y sus guerreros, armados para matar. Ciertamente prefirió acampar lo más lejos posible de las murallas. ¿Vienen entonces, todos? me preguntó Príamo... Todos y más, le dije. Hay barcos que no sé a quién pertenecen. Hay jefes que no sé quiénes son...

— ¿Eran tantos como se dice...?

—Eran sencillamente demasiados. Los buitres se habían reunido... por todo el trayecto habían esparcido las promesas de buenas recompensas... ¡Eran demasiados!

— ¿Por qué no intentaron negociar...?

— ¡Claro que intentamos...! Me ofrecí a regresar, sabiendo lo que me esperaba... Príamo les ofreció muchas cosas... No quisieron nada. Decían que la ofensa ya estaba hecha y que hay ofensas que solo se lavan con sangre... ¿Crees que la sangre borre algo...? ¿Por qué el orgullo herido de uno deben pagarlo tantos...? ¿Por qué, mi falta, si la tuve, tuvieron que sufrirla tantos niños troyanos quemados en el incendio... tantas madres? ¿Qué satisfacción pudo tener Menelao oyendo los gritos agónicos de jóvenes griegos y troyanos desangrándose en la playa...?

Solo se oía el viento de la tarde mientras la anciana Helena recordaba. El sol se retiraba lentamente y las nubes se pintaban con colores audaces.

—Príamo envejecía día a día. Sus hijos morían. Héctor me llamó una mañana y me dijo que iba a enfrentarse a Aquiles. Le rogué que no lo haga, que no podría ganarle. Me dijo que creía que sí, y que si lo hacía se ahorrarían muchas vidas, la guerra acabaría... ¿Y si no? le pregunté... Entonces, “cuñada”, así me dijo, entonces “cuñada”, corre donde Eneas que prepara la huida de unos pocos... huye con él... a dónde sea... no vuelvas con Menelao, solo serías otra muerte más innecesaria... Fue la última vez que lo vi. Ya estaba vestido con su armadura y con el casco que asustaba a su hijito... Busqué un lugar en el que creí que no oiría nada, pero los gritos eran horribles, atravesaban los muros y luego, el llanto... El llanto de toda la ciudad... El llanto que quería contener Príamo y el llanto enloquecido de Hécuba. Todo se acabó, hijita, oí que le decía, todo se acabó...

— ¿Lo del caballo...?

—No fueron diez años. No hubo caballo. Hubo traición... No sé quiénes les abrieron las puertas, pero seguro que no obtuvieron lo que les ofrecieron. Debieron morir como tantos troyanos: lanzados desde los muros, atravesados por las lanzas, despedazadas sus cabezas a pedradas, aplastados, ahorcados, quemados... No dejaron piedra sobre piedra... Creo que debí quedarme para morir con ellos... con los que me acogieron pese a todo, con los que me dieron amistad, con los que pelearon en esa defensa imposible... Debí morir con ellos, pero hui...

Cuando sintió que había terminado su **“Helena”**, Eleuterio no quiso poner la palabra **“fin”**. Porque sentía que algo quedaba abierto o porque era ser repetitivo. Por lo que sea, Eleuterio no escribió **“fin”** y tuvo un alivio notable porque podía dedicarse de lleno a lo que le correspondía: preparar junto a sus compañeros los festejos del Día del Árbol.

En las últimas sesiones de creatividad total, y ante la fuerte carencia de ideas novedosas de algunos de sus colegas, que ocupaban sus puestos como es fácil suponer, más por sus méritos políticos (pegar carteles por las noches, insultar por el twitter a los enemigos, levantar la mano oportunamente, etc.) y no por sus capacidades, habían encargado a Eleuterio no solo la traducción adecuada del Happy Birthday, sino también la selección de los chistes que pronunciarían los payasos, y **“...cualquier otra actividad creativa nacida de su mente lúcida y su corazón ardiente...”**.

Y, es cierto, su corazón ardía de furia cuando veía como sus colegas bajaban la cabeza para que no se notase la cara de satisfacción que tenían ante cada nuevo encargo a Eleuterio. **“Un trabajo más para él, un trabajo menos para mí”**, decía mentalmente cada uno de ellos. Y así tenía que ser. Al fin y al cabo ellos debían pensar en las grandes soluciones que necesitaba la Patria para hacer felices a todos y a todas y a cada uno y a cada una de los y las ciudadanos y ciudadanas, soluciones que si bien necesitaban de payasos haciendo chistes en el Día del Árbol, necesitaban también de muchas cosas más. El **“PROYECTO”** era inmenso.

La letra del Happy Birthday no le preocupaba mucho pues tenía a la mano la propuesta por su Perpetua Filarmónica, aquella de: **“...a toditos los trees...”**, cuyo bilingüismo podría defender fácilmente argumentando que la palabra inglesa daría al canto y al acto características internacionales. Hasta, en caso de ser necesario, incluiría en su argumentación las palabras: **“holístico y post-modernidad”** que solían dotar a cualquier insignificante afirmación de una contundencia irrefutable.

Le preocupaban más los chistes que debían decir los payasos, pero creía tener al alcance de su mano la solución. Y lo que estaba en su mano era un ratón que, con hábil y diestro movimiento y la pulsación debida en el lugar indicado, por el dedo correcto (el índice, botón izquierdo) encontraría en el Google, lo que necesitaba. Y no solo eso.

Y “gugleó”: “chistes”.

Se desplegaron ante su vista muchas posibilidades: chistes de gallegos, de viejitos y viejitas, referentes a las distintas profesiones, de locos... pero... de árboles... nada. Parece que los árboles no son cosa de chiste, pensó. ¿Tendré que crear yo unos? ¿Seré acaso el primero en el mundo en hacerlo? ¡Putá, madre! ¡Soy un creativo total del ministerio de la Suma Causa! A reinar fortuna vamos, no me despiertes si duermo, se citó a sí mismo estos versos de La Vida es Sueño, que le servían para enfrentarse cuando sentía ante sí desafíos importantes. La última vez que lo hizo fue cuando el dentista le anunció que tenía que sacarse una muela.

A ver, a ver, hagamos chistecitos de árboles. Y rápidamente hizo dos a los que se encargó de calificar él mismo.

Pregunta: ¿Por qué los árboles no pueden verse los unos a los otros?

Respuesta: Porque solo tienen muchas hojas y ni un ojo.

¿Calificación?: Cero sobre diez.

Pregunta: ¿Por qué los perros siempre alzan su patita y se orinan en la base de los árboles?

Respuesta: Porque si quisieran orinar en la copa tendrían que ser perros voladores.

Calificación: cero sobre diez.

Cuando el propio autor se da cuenta de la pobreza de sus creaciones, el asunto es serio. Al fin y al cabo, todos los hijos propios son lindos, pero estos chistes los sentía realmente malos, así es que refinó su búsqueda:

www.google.com: chistes de árboles

Ahora sí aparecieron, pero eran con dibujitos. ¿Y si los payasos llevasen una serie de carteles para que los exhibiesen sucesivamente en los momentos

oportunos? No. Era una idea que seguramente sería calificada con rosas rosadas.

¿Y si los payasos no decían nada y simplemente hacía lo de siempre: darse unas bofetadas sonoras, golpearse su almohadillado trasero con unas palmetas más sonoras todavía, resbalar, caerse, llorar...? Sí. Esa podía ser la opción...

En la siguiente **RCTPPIL** (*Reunión de Creatividad Total para el Parto de Ideas Luminosas*), luego de los incentivadores momentos en las hamacas y en el café, el **TCTP** (*Trabajador Creativo total Principal*) pidió:

— **Por favor, indiquen los avances que tienen en sus respectivos encargos para la fáustica celebración del Día del Árbol, porque el estrés me está matando y ya no como ni duermo vivo pensando solo en tu amor** —dijo, mezclando justamente agobiado por la tensión que le embargaba, la frase preparada de su discurso con la letra de un bolero.

Se hizo un profundo silencio.

— **¿A tú...?** —dijo dirigiéndose en su idioma al **TCTCo** (*Trabajador Creativo Total Costeño*)

— **¿Yo...? ¿Ti...? ¿Tú...? ¿Te...? ¡No!** —respondió vacilando el aludido.

Silencio incómodo. Revisión nerviosa de papeles sonoros con anotaciones inexistentes. Manos en las frentes, codos en la mesa. Vistas bajas.

— **¿Alguien...? ¿Libremente...?** —voz suave, sin reconvenciones, pero llena de esperanza.

Al sonar esta palabra: “*esperanza*”, el autor recordó el canto de su esposa, doña Perpetua Filarmónica Anchundia y Anchundia y decidió que tal vez era el momento de lanzarlo a la palestra.

Eleuterio levantó la mano, no para aprobar nada como lo hicieron todos y todas al aprobar la Constitución, sino para indicar que deseaba hablar.

—*Ya te hemos dicho que no hace falta que levantes la mano; que esos son convencionalismos burgueses propios de las oscuras épocas conservadoras, liberales y neoliberales y demás; que aquí lo que se debe levantar es el ánimo, alzar ideas brillantes que puedan generar acciones grandiosas para que el pueblo ecuatoriano y, por qué no decirlo, los pueblos todos del mundo puedan liberarse del yugo del imperialismo opresor y amanecer a una nueva aurora bordada de clavos (sic)... ¿Qué propones...?*

—*Bueno... yo... creo tener la letra adecuada para el Happy Birthday* —dijo sintiéndose bastante ladrón porque iba a proponer como suya una inspiración de su esposa.

—*¡Te oímos! ¡Oh, vate!* — pronunció solemne el TCTP

—*Este vate, ¿se escribe con “ve chica”* —preguntó un TCTA (Trabajador Creativo Total Anotador)

—*¡No, tonto! ¡Ese es el del palito del beisbol!* —le respondió un TCTS (Trabajador Creativo Total Sabiondo)

—*Dadnos el fruto de tu inspiración, ¡Oh, aedo!* —repitió en tono aún más solemne el TCTP.

—*Bueno, pero que conste que yo no sé cantar y que para apreciar lo bien que queda la letra propuesta habría que cantarlo. Si me disculpan mi mala voz y lo que soy bien desentonadito...*

—*No te preocupes por eso, jugar, preocúpate porque el estrés me está matando y ya no como ni duermo...*

Antes de que siguiera con el bolero Eleuterio se puso de pie y solemnemente, dijo:

—*Muy bien. Aquí va. Creo que el Día del Árbol, para cuya celebración ya solo faltan dos meses y quince días, que serán, a no dudarlo de sudor y de trabajos, de trabajos y de lágrimas, de lágrimas y de esfuerzos, de esfuerzos y de realizaciones, de realizaciones y de...*

—*¡Bueno! ¡Bueno! El de los discursos soy yo,* —dijo el TCTP (Trabajador Creativo Total Principal) —*Cántanos tu creación, ¡oh bardo! Disculparémoste tu voz;*

perdonarémoste tu desentono, pero llenadnos de esperanza con tu canto ¡Oh, trovador!

— *¿Cómo mismo se llama el señor? ¿Vate, aedo, juglar, bardo, trovador o Eleuterio?* — *TCTRi (Trabajador Creativo Total Recién incorporado)*

— *¡Por favor, silencio!* —

— *Si es con todos los perdones que me ofrecen...* — dijo Eleuterio y, de pie y sacando pecho entonó

*¡Cumpleaños feliz
A toditos los trees!
¡Cumpleaaaaaños feliizzzz
A todiiiiiiiitos los trees!*

El profundo silencio que se hizo en la sala cuando Eleuterio terminó de cantar solo fue interrumpido por la pregunta de:

— *¿Y qué es eso de los tris'* — pregunta realizada por el *TCTM (Trabajador Creativo Total Monolingüe)*

— *¡Árboles, shunsho!* — le respondió el *TCTS (Trabajador Creativo Total Sabiondo)*

— *Y entonces ¿por qué no dice árboles?* — insistió el *TCTM (Trabajador Creativo Total Monolingüe)*

— *¡Porque está en inglés, idiota!* — *TCTG (Trabajador Creativo Total Grosero).*

— *¡Aaaaahhhh...!* — expresión de entendimiento cabal del *TCTM (Trabajador Creativo Total Monolingüe)*

— *Pero, ¿en inglés...?* — objeción tímida, casi inaudible y a la que nadie hizo caso realizada por un *TCTcsc (Trabajador Creativo Total con sentido común)*

La carencia de objeciones serias y decididas envalentonó a Eleuterio:

—*La utilización de los fonemas que componen el significante inglés “trees”, no es gratuita. Además de reflejar –cuanto pueden hacerlo las palabras de otro idioma– los semantemas que nosotros asociamos con el significado “árbol”, está usado con la total intención de dotar al texto de una lecturalidad múltiple ... de rebasar –hasta donde es posible– en esta época de postmodernidad rampante, y de globalización audaz, las humanas fronteras lingüísticas, para lograr un mensaje dotado de interculturalidad quimérica y holística, digno de una acción pionera y fáustica como la celebración del Día del Árbol que prepara el ministerio de la Suma Causa.* —Tosió y miró desafiante a todos los **CT** que escuchaban sus palabras esforzándose por comprenderlas y por cerrar la boca.

¿Quién podía oponerse a una canción con posibilidades quiméricas y holísticas? ¡Nadie! ¿Quién no veía el nuevo traje del Rey confeccionado con hilos que solo podían ver los inteligentes?

— *¡Cierto! ¡Muy cierto!* —dijo el **TCTP** (Trabajador Creativo total Principal) tomando la palabra —*Declaro solemnemente que en el Día del Árbol que celebraremos, rebasaremos con tu canto las fronteras holísticas, para lograr una lingüística quimérica llena de significados semánticos...*

— *¡Clap! ¡Clap! ¡Clap! ¡Clap!* —Aplausos de todos los presentes. Pausa. Coinciden los aplausos con la hora del almuerzo. Todos se levantan, aliviados. Hay felicitaciones. Palmadas en el hombro.

— *¡Te pasaste, Eleuterio...!*

— *¡Grande...! ¡Grande...!*

— *¡No se podía esperar menos de un vate morlaco...!*

— *¡Qué profundas las palabras del jefe...!* —**TCPC** (Trabajador Creativo Total Cepillo)

— *¡Más profunda que la fosa de Las Marianas...!*

— *¡Y sentidas, sobre todo!*

Durante el almuerzo, sin metáforas, se podía palpar la alegría. ¡Qué simple y qué potente era el nuevo Happy Birthday que serviría para celebrar el Día del Árbol, para el que solo faltaban dos meses y quince días!

Luego de un espectacular ceviche de camarones que se sirvió como entrada, el **TCTP** (*Trabajador Creativo total Principal*), casi con lágrimas en los ojos que, para disimular atribuyó a lo picante del ají, dijo:

—Este canto, por la sencillez y por la profundidad que reúne, bien puede ser comparado al $E=mc^2$ de Einstein. Son fórmulas, aparentemente sencillas que esconden verdades inmensas que pueden desencadenar fuerzas devastadoras... ¡Dígalos si no Hiroshima...! Sí. $E=mc^2$! ¡“a toditos los trees”...! ¡Qué fuertes...! Bien creo que podemos darnos la tarde libre, máxime siendo viernes...

Aplausos, gritos de: “viva el PROYECTO”; vítores al ministerio de la Suma Causa.

Eleuterio tenía una sonrisa indescifrable, muy al estilo de la de la Mona Lisa. Quienes lo veían decían:

—Fíjate. Además de grande, es humilde...

—Sí. ¡Qué sencillo que es...!

Pero su sonrisa monalísica nacía de la profunda preocupación que tenía por el cómo reaccionaría su querida matrona manabita cuando oyese entonar el Día del Árbol, el canto que ella había compuesto, como que hubiera sido parido en una de las **RCTPPIL** (*Reuniones de Creatividad Total para el Parto de Ideas Luminosas*) del ministerio de la Suma Causa.

Se imaginaba lo peor. Veía a su querida doña Perpetua Filarmónica Anchundia y Anchundia parada a su lado durante las solemnes conmemoraciones que para festejar a los arbolitos se celebrarían después de dos meses y quince días.

Veía a los payasos cubiertos con hojas, casi como si fueran francotiradores camuflados, con un mimetismo roto tan solo por la nariz roja. Veía las ollas encantadas colgadas de postes expresamente colocados para la ocasión, pues si a una mujer no hay que vapulearla ni con el pétalo de una rosa, a un árbol,

en su día, no se podía herirlo amarrándole sogas con ollas llenitas de semillas de especies nativas y sin ningún caramelo.

Hasta oía la música cuidadosamente seleccionada para la ocasión, sin importar su origen, pues el evento aspiraba a ser una buena práctica ofrecida con generosidad al mundo para que la copiasen en la búsqueda de la felicidad; por ello, las notas de la Pastoral de Beethoven bien podían agonizar en un fade out para dar paso a las armonías crecientes del pasillo el Aguacate.

Los globos con llamita, que estaban prohibidos desde que uno de estos infames artulugios casi incendia un importante edificio colonial, habrían sido sustituidos por globos de múltiples colores, henchidos (no hinchados) de helio, para que cuando los soltasen los niños disfrazados de todos los árboles imaginables: sauces, arupos, molles, guandos, capulises (sic)... se elevaran raudos al firmamento llevando su mensaje: *“un Ecuador feliz junto a todos los trees...”*

La banda de música arrancaría con el tachum tachum tachum, (como decía Juan Rulfo) y las autoridades, elegantemente vestidas y con una ensayada sonrisa y saludos de: *“No se olvidará de votar por mí en las próximas elecciones”* harían su arribo a la tribuna de honor.

El anunciador, con la voz más estentórea posible, como correspondería a la ocasión, diría:

—¡Y ahora...! ¡En estos momentos...! ¡Señoras y señores...! Con la presencia de las correspondientes autoridades del ramo, va a dar comienzo la solemne ceremonia para celebrar el... ¡DÍA DEL ÁÁÁÁRB0000L! Estos solemnes festejos han sido preparados por el calificado personal del ministerio de la... ¡SUMAAA CAAAAUUUUSAAAA! Pongámonos de pie, descubramos nuestras cabezas aunque los rayos ultravioletas nos tuesten las calvas, y escuchemos en respetuoso silencio, ungidos de la solemnidad correspondiente, la música creada para loar a nuestra vegetación arbórea...

Todos callarían mientras del DJ (disk jokey), que no debería llamarse así porque de seguro no tendría ni un disco, sino una computadora portátil conectada mediante USB o WI FI a una horrenda y descomunal “máquina de sonido”, capaz de dejar sordas hasta a las piedras, dando tan solo un click en el ícono

correspondiente, lanzaría con furia a los espacios las notas del: *“Cumpleaños feliz...”*

Eleuterio estaba seguro de que la cara de satisfacción y complacencia por encontrarse en la tribuna de honor, bien protegida del sol, de doña Perpetua Filarmonica Anchundia, se transformaría cuando las voces infantiles de una de las escuelas del siglo (las del milenio aún no se terminaban) chillasen a coro el: **“A TODIIIIITOS LOS TREES”**.

Entonces, de seguro, doña Perpetua Filarmonica, se volvería hacia su marido y discretamente le arrearía tremendo pellizco en el brazo, diciéndole en voz baja:

— *¿Y esto...?*

Eleuterio reprimiría valerosamente el gemido de dolor, para unirse a los gritos de todos: ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Qué vivan los árboles! ¡Qué viva el ministerio de la Suma Causa! ¡Qué viva el gobierno!

Los dedos de doña Perpetua Filarmonica, teniendo firmemente entre ellos, una adecuada porción de piel de su marido, girarían en el sentido de las agujas del reloj, para completar la amenaza:

— *¡En la casa nos arreglamos...!*

Y pretextando ante sus vecinas que la emoción que sentía era muy fuerte y que prefería ver estos eventos a través de las ondas del canal de la televisión del Estado, se alejaría, sin soltar la piel de su esposo hasta que la natural plasticidad no diera más...

Eleuterio no podía arriesgarse a esto.

¿Y si no fuera un discreto aunque feroz pellizco? Sería mucho peor si es que fuera un bofetón desvergonzado acompañado del grito histérico de:

— *¡Te has robado mi letra, ladrón...!*

¿Cómo quedarían su fama, su honra artística, su creatividad impoluta? Pues, buenas o malas sus obras eran suyas; y de eso se enorgullecía y hasta podía

criticar a esos bastantes que copiaban sus tesis para graduarse de licenciados, másteres, místeres, pes haches des y demás.

Todo esto rumiaba Eleuterio camino hacia su casa. Se sentía igualito que el Luis XVI cuando le llevaban a la guillotina. La única diferencia era que no se escuchaban gritos en francés, sino solo los ruidos normales de las calles de Cuenca. ¿Cómo contarle a su adorada esposa lo que había hecho?

—*Es que, verás. Nadie decía nada y yo...* —podía ser un comienzo.

—*Me contaron esos chismosos que todo lo saben que si nadie era capaz de crear algo, “sería necesario un cambio de personal” y... claro,... yo, tuve que sacrificar carne por mis amigos... con esto de los contratos anuales.* — era otra posibilidad mejor pues tenía un componente humano de solidaridad.

Pero era mentira. No debía mentir. Su nariz podía crecerle y él ya la tenía medio grandecita y aguileña... Y si dijera:

—*¡Mujerciitiitaaaaa! ¡Te voy a lanzar a la faaaamaaaa!* —seguida de una pausa para crear expectativa.

Sí, sin importar qué actividad doméstica estuviese realizando doña Perpetua, esta era una buena manera de comenzar su confesión.

Mientras todos estos pensamientos danzaban en su mente como porotos en agua hirviendo, había llegado a la puerta de su casa y, al igual que en los viejos tiempos (Véase en: La Fructífera vida Literaria ...) hizo su ingreso dando un pequeño salto, abriendo los brazos y medio gritando:

—*¡Mujerciitiitaaaaa! ¡Te voy a lanzar a la faaaamaaaa!*

—*¡Medio arrecho creo que has llegado! ¡A mí no me lanzas a la cama ni a ninguna parte! ¡Este mismo rato me llevas a comer en alguna parte porque se me acabó el gas!*

—*Pero si yo no dije cama, sino fama...*

—*Cama... fama, dama...lo que sea. Me pongo un saco y me llevas a comer.*

—Pero...

—Claro, como vos te embutes de buena comida en el ministerio ese, no te preocupas de nosotras las pobres mortales (sic) que nos quedamos sin insumos para hacernos una sopita de bola de verde...

—Pero ¿y un arroquito en la encimera de inducción...? (sic)

— ¡Pendejo! ¡Esas no hay todavía!

Los porotos, perdón, las ideas, saltaban todavía más aprisa en la mente del vate; más que cuando hacía el hualín hualán en las hamacas de la creatividad total. ¿No sería este almuerzo inesperado un buen momento para confesar su culpa?

— ¿A dónde me vas a llevar, marido? — preguntó — No se te ocurra llevarme a una de esas chinganas a las que vas con tus amigos para curar los chuchaquis. Yo no puedo exhibirme en cualquier parte...

— ¡Donde tú deseas, cara esposa! — respondió.

— ¡Cara, tu abuela! A mí me llevas a un buen salón, cueste poco o cueste mucho, al fin y al cabo buen sueldo te pagan en el ministerio ese...

— ¡Ni tanto, ni tanto! Pero, dime, ¿adónde quieres ir...?

— ¡Qué te parece si vamos al j....! (Nombre censurado porque sería publicidad negativa)

— ¡Bu...buu... ee...eno! — dijo tartamudeando Eleuterio — ¡Bu...bu...e..no! ¡Mi carísima esposa!

Aquello de “carísima”, ahora sí cuadraba. Y sacando sin mucho disimulo su cartera vio con tristeza los billetes de ese bono que les habían dado por ni sé qué motivo y que pronto se volatizarían, pagando por pequeñas porciones de comidas de nombres sofisticados.

En la puerta de entrada del restaurante elegido les recibieron con una inmensa sonrisa que Eleuterio interpretó como: “*Otros ingenuos*”, pero las palabras que les dirigieron fueron:

— *¿Tienen reserva?*

Doña Perpetua Filarmónica Anchundia propinó furibundo codazo en las costillas de su esposo mientras le decía, pícara:

— *¿Sí te acordaste de reservar una mesa, caro esposo mío? ¿No es cierto?*

— *Bueno... este... yo... el trabajo...* —dijo con las costillas adoloridas y cuando menos trizadas— *no, pero...*

— *¿No me digas que no te acordaste que hoy es nuestro aniversario? ¡Ay, señor! ¡Discúlpele! A veces hasta se olvida de cómo me llamo. ¡Pero es bueno, sabe!*

El personaje que cultamente les impedía el paso en la puerta no abandonaba su sonrisa, ni tampoco la puerta, pero su experiencia le decía de lo que se trataba. Fue tal vez la flacidez en el rostro de doña Perpetua Filarmónica o la cara de dolor y de susto de Eleuterio lo que le hizo compadecerse y les dijo:

— *Veré que puedo hacer por ustedes. Mientras tanto, por favor, pasen, tomen asiento y sírvanse un aperitivo.*

Y puso en las manos temblorosas del varón una carta en la que se leían en una columna, la de la izquierda, nombres tales como: Blue Hawaii, Daiquiri, White Russian, Long Island Ice Tea, Mai Tai y otros que no le preocupaban un bledo, pues su vista recorría la columna de la derecha en la que estaban los respectivos precios de estas bebidas, casi esotéricas para alguien acostumbrado a una buena agua de frescos.

— *¿Qué desean servirse?* —les preguntó un nuevo y servicial señor mientras hacía una venia profunda con una mano en la espalda.

— *Pide, vos* —dijo Eleuterio a quien la lista de precios le hizo pasar del tuteo al voseo.

—***A mí tráigame una bebida rica, que sea para damas, y de color rosado*** —dijo muy sonreída Perpetua Filarmónica mientras se hundía un poco más en la comodidad del sillón y paseaba con satisfacción su mirada por los comensales que degustaban sus platos.

— ***¿Y usted...?***

— ***¡Yo ya vine comiendo! ¡Un vasito con agua...!***

Por unos brevísimos instantes, casi imperceptibles, la sonrisa desapareció del inclinado empleado con la mano en la espalda, pero la práctica y el entrenamiento intensivo le hicieron recuperar tanto la posición vertical como el ánimo y la sonrisa.

—***En seguida atiendo sus pedidos...***

Cuando el atento atendedor se retiró, Perpetua Filarmónica dijo a su esposo:

— ***¿Ya ves que te dije que era lindo...?***

— ***¿Lindo...? ¡Viste los precios...?***

— ***¡Ay, marido! ¿Para qué he de ver pes (sic) esas cosas?***

El señor que los recibió en la puerta regresaba con una sonrisa aún más grande que la anterior. Las comisuras de sus labios pugnaban por alcanzar los lóbulos de las orejas, pero no lo lograban.

—***Tengo el agrado de informarles que les he conseguido lugar*** —les dijo— ***En cuanto se retire esa pareja y la preparemos, ustedes podrán pasar a esa mesa. ¿Les están atendiendo bien?***

—***Claro, por supuesto*** —respondió sonreída y satisfecha Perpetua Filarmónica.

El poeta Aria, mientras tanto, contemplaba la palidez cercana al desmayo del señor que miraba con ojos desorbitados la cuenta que había sido depositada en su mesa por el “waiter” (en inglés en el original), cuidadosamente camuflada en una especie de carátula de profundo color oscuro y del grosor sufi-

ciente para impedir que incluso una mirada de rayos X pudiese ver la cantidad que adentro constaba, misma que debía cancelarla en su totalidad antes de poder abandonar la mesa y el salón.

Nueva presencia del que les ofreció las bebidas, ahora con una bebida sin nombre de color rosado y con un pequeño paraguas, también rosado. Y un vaso con agua y sin paraguas.

—*Mientras degustan sus bebidas pueden proceder a su escogitamiento* —les dijo, algo ampuloso y presentándoles una carta con varias hojas y muchas fotografías —*si me permiten sugerirles...*

—*¡No, muchas gracias! ¡No se preocupe!* —dijo rápidamente Eleuterio, el sí preocupado porque conocía la cantidad exacta de dinero que tenía en su billetera y la ausencia en la misma de toda clase de tarjetas de crédito, débito o dinero electrónico. Era urgente, para el escogitamiento correcto, estudiar al detalle la columna de la derecha y hacer sumas y restas.

Perpetua Filarmónica, mientras tanto, recorría feliz las páginas con nombres de comidas y sus respectivas descripciones en tres idiomas.

—*¡Fíjate qué rico parece este...!* —le señaló con su dedo índice una foto en la que unos langostinos desmesurados aparecían en una bandeja encima de un incendio.

—*¡Ni lo sueñes!* —le respondió —*¡Me tendría que quedar en prenda...!*

—*¡Tú siempre tan chistoso! ¡Ni que fuera tan caro...!*

—*No, caro no es. ¡Carísimo! Y al carísimo hay que sumar los impuestísimos y la propinísima...*

—*Bueno, bueno. ¿Qué será esto de las “finas hierbas”?*

—*Kikuyo no ha de ser. ¿Tal vez rey grass (sic)?*

Doña Perpetua, práctica, decidió llamar al waiter y le preguntó por sus sugerencias.

Eleuterio, con velocidad nacida de la angustia, comprobaba los precios de cada sugerencia y sudaba...

— *¿No querrás un locrito, de esos que te gustan tanto?* — intentó sugerirle con timidez.

La risa desapareció del rostro del mesero uniformado para dar paso a una voz seca, cortante, pero no ofensiva:

— *Servimos comida gourmet internacional, únicamente, mi señor...*

— *¿Ahhh...?* — y el vate movió su cabeza de arriba abajo, repetidas veces, como si comprendiera.

Cuando sintió en su canilla la patada de su esposa, agradeció que en su juventud no estaba bien visto que las mujeres jugasen fútbol.

Como era verdad aquello de que Eleuterio ya había almorzado en el ministerio de la Suma Causa, solo pidió que le sirviesen un café, al final. Mientras tanto su esposa vaciaba la billetera del creativo de textos pidiendo entrada, plato fuerte y un postrecito sin mucha crema...

— *¡Pero antes, otra de esas bebiditas rosadas...!*

La bebidita rosada era bastante engañosa. Sabía como refresco, pero su contenido alcohólico era alto y como doña Perpetua la tomó con un estómago ansioso por recibir y asimilar cualquier cosa que en él pusiesen, sus efectos pronto se hicieron sentir en unas palabras que comenzaban a medio arrastrarse.

— *Graaciiiaas...maaariido...*

Eleuterio no necesitó de mucha perspicacia para captar que había llegado el momento de contarle aquello del Happy Birthday.

— *¿Te acuerdas que te dije que te iba a lanzar a la fama...?*

— *...y yo...tooontooota... creía que era a la caaama... ji... ji...*

—*Pues verás. En la reunión matutina de los Trabajadores Creativos Totales...*

—*¡Buuuennoooo...! Buuuennoooo...! Pero yo primeeeroo, porque yo también teee teeeengooo queee contaar aaalgooo...*

—*Pero primero te cuento yo...*

—*¡Nooooo! ¡...yooo!*

—*Bueno. Un poco, un poco cada uno. ¿Vale?* (este “vale” le salía de manera muy espontánea después de su breve estadía de una semana en Madrid)

—*¡No vale! ¡Noooo vale! Yo primero...*

—*Bueno, entonces empieza.*

—*¡Ahura no quiero! Primero vooos.* (Voseo propio de las borracheras ecuatorianas)

—*Te decía que en la reunión matutina de los Trabajadores Creativos Totales pidieron que indicásemos nuestros avances y todos nos quedamos en silencio...*

—*¡Medio muuuudos mismo sooon... ji... ji...!*

—*...entonces les dije que yo ya tenía la letra del Cumpleaños Feliz...*

—*¡Qué lindooo? ¿Cómo eees?*

—*Bueno... es que... les canté la tuya. La de “toditos los trees”*

Al oír esto, a doña Perpetua Filarmónica se le pasó un poco la todavía incipiente borrachera y dijo:

—*¡Hijue madre...! ¿Pero no les dijiste que era mía nues cierto?*

—*¡No! Pero, ¿por qué?*

—*¡Pero, marido! ¡Porque me hubiera muerto de vergüenza! ¡Toditos hubieran creído que soy tonta....!*

- No, no les dije. Creyeron que era fruto de mi inspiración...
- ¿Inspiración...? ¿Y no te pegaron con rosas como dizque saben hacerlo...?
- No. Me aplaudieron y el TCTP hasta nos dio vacaciones esta tarde por el esfuerzo.
- No creo que han sido medio mudos. Tontitos completos, más bien...
- Entonces ¿no te resientes por haberte robado tu creación...?
- ¿Creación...? De esas si quieres y si necesitas te hago varias al día...
- Gracias. ¿Qué querías contarme...?
- Ya leí tu Helena...
- ¿Mi Helena...?
- Claro. Esa a la que dizque le pegaba el Menelao; y no dizque era por su bien, como saben decir... ¡i... ¡i...
- Pero ¿cómo? ¡Si mi computador tiene clave...!
- Linda clave: cero, cero, cero, cero
- ¡Ah...! ¡Y...?
- Sabes qué me pareció...
- No...
- Triste...
- ¿Y...?
- ¿Y qué...?
- ¡Y... algo más! ¿Linda? ¿Fea? ¿Bien escrita? ¿Mal escrita? ¿Aburrida...?

—Bueno; bonita está, pero es triste y a mí no me gustan las cosas tristes. Más me gustan esas en las que quieres hacer chistes...

—Narraciones de humor, querrás decir...

—Como se llamen.....

En ese momento apareció el waiter, a quien momentos antes le habían pedido la cuenta, trayéndoles su sentencia debidamente oculta por una obsequiosa sonrisa y por unas tapas negras con forma de libro pequeño.

La dejó sobre la mesa y se retiró, comprensivo.

Eleuterio abrió la portada y casi al unísono abrió también bastante los dos ojos glaucos que tenía...

— ¡Déjame ver! ¡Déjame ver! —le dijo Perpetua Filarmónica y le quitó el pape-
lito que detallaba el valor de las bebiditas rosadas, la entrada, el plato fuerte,
el postre y el café que había tomado Eleuterio, quien, por suerte ya había al-
morzado, etc. etc.

**— ¡Híjole, marido...! ¡Yo con esto me habría comprado un vestidito de asisten-
cia... que bien que estoy necesitando uno...! ¡Qué derrochón que eres...! ¡ji...ji...**

—No digas ni una palabra más; ni una más; ni una más —decía Eleuterio mien-
tras amontonaba billetes de diversas denominaciones. Cuando no le quedó ni
uno ni uno en su cartera le preguntó a su esposa si tenía lo que le faltaba. Pu-
dieron completar la cantidad requerida y salieron medio sonriendo y medio
tambaleándose del salón. Doña Perpetua por los efectos de las bebidas rosa-
das y su esposo por la conmoción económica.

— ¡Son unos auténticos vampiros! —dijo en la calle cuando pudo recuperar el
habla.

— ¿Qué dijiste...?

— ¡Que son unos vampiros!

— ¡Eso! ¡Eso, marido! ¡Escribe de eso!

— ¿De los salones caros...?

—No, marido. De los vampiros. De esos que tienen unos lindos colmillitos y que se lanzan al pescuezo de sus víctimas para chupetearles la sangre y dejarlas blanquitas, blanquitas...

—Pero...

—Sin peros. Así te actualizas. Te dejas de esas épocas antiguas, que si el Edipo no sabía por dónde irse, que si la Penélope, que si la Helena...

—Pero... si también escribí del Quijote.

—Bueno, cierto, pero ese también es antiguo.

—Pero no tanto.

—Ya. No seas tonto y escribe algo más actual, contemporáneo, postmoderno. Algo de vaqueros, de vampiros, de superhéroes. Un “thriller” creo que se llaman.

—Pero es que esos no son de humor...

—Ahh, pero ese ha de ser tu aporte, un “thriller” medio alegre...

—Y mi Romeo y Julieta, ese que te comenté que...

—Bueno, ya. Ese también. Pero te juro que no te leo ni uno más de grieguitos.

Eleuterio, en la soledad del baño al que pretextó ir para satisfacer obvias necesidades, sacó del bolsillo trasero de su pantalón, algunos billetes bastante arrugados, satisfecho de la previsión que siempre tenía de no depositar todos los huevos en la misma canasta...

—**Algo es algo, peor es nada** — se dijo mientras una voccecita interior le decía que tal vez valdría la pena intentar algo de: ¿Vampiros? ¿Vaqueros? ¿Superhéroes?

Rápidamente desechó lo de los vaqueros porque eso le obligaría a meterse de nuevo con los caballos con los que ya le fue mal en sus intentos quijotescos. Y ahora incluso tendrían que aparecer vacas y, a lo mejor burros y borregos, desiertos y aves de carroña... No. Vaqueros, definitivamente no.

Como los superhéroes me caen mal, no me queda nada más que intentar algo de vampiros... ¿Vampiros...?

Y, sin descuidar sus labores creativas en el ministerio, puso gran parte de su creatividad en:

Un colmillo en el arroz

Thriller postmoderno

Dedicado a mi querida esposa
Perpetua Filarmónica,
que me desafió a recorrer estos caminos
de riqueza imponderable.

Estaba claro que algún hecho oscuro se había producido, porque una invitación en papel negro con letras doradas y la reiteración de la asistencia puntual mediante correo electrónico, fax, télex, telegrama, whatsapp, no era común. Es más, nunca antes se había producido. El uso del Facebook, como se comprenderá líneas más adelante, no era procedente.

El lugar de reunión había sido escogido con la lúcida inteligencia que caracteriza a estos individuos: fácil acceso por múltiples medios de transporte; una ciudad cosmopolita acostumbrada a reuniones de toda clase de personas, para que pasase por ser lo que no era: una reunión más.

Se les había pedido a todos los asistentes que se presentasen no antes de las 10 de la noche y, de ninguna manera, después de las 10 y media. La discreción y la puntualidad eran importantes.

En la media hora indicada llegaron unos a pie, caminando presurosos cubiertos por grandes capas negras. Otros llegaron en transportes caros: Mercedes, BMW e incluso un Ferrari, que no era del color rojo característico, sino negro. Hubo quien llegó en bicicleta, jadeando un poco e incluso otro se bajó parsimoniosamente de un burro al que amarró en una de las señales de tránsito que decía: Prohibido parquear de 7 a.m. a 7 p.m. Como eran las 10 y 10, no violentaba ninguna norma.

La diversidad de medios de llegada y de formas de vestir: el ciclista bien podía ser un participante en el tour de Francia; el del burro vestía como un auténtico cow boy; contrastaba con la uniformidad de la actitud: silencio, cabeza baja, movimientos rápidos, nerviosos.

La calle era oscura, pero no del todo. Una bombilla abandonada y huérfana emitía, tímida, una su tenue luz amarillenta sobre los adoquines mojados. (¡Qué imagen!)

En la puerta de entrada no había, como podía suponerse, una pareja de guardianes de tamaño descomunal pidiendo la identificación a cada uno de los asistentes y asistentas y cacheándoles en busca de posibles armas ocultas. No. En absoluto. Había un lector de huellas oculares y por ello, los que llegaban se pegaban a la puerta, casi como si quisieran besarla.

Una vez que el software de identificación cotejaba los ojitos de los que llegaban con la que era -de seguro- la base de datos más secreta del mundo y, por qué no decirlo, del universo entero, la puerta se habría sin ninguna clase de ruido. Esa tarde, los encargados de la organización se habían preocupado de aceptarla muy bien, para evitar que apareciesen en la narración esas frases estereotipadas tales como: *“La puerta, celosa guardiana del secreto, se abrió con un chirrido espeluznante”* y cosas así.

A las 10 y 29 minutos, cuando entró el último de los convocados, tuvo también que entrar el narrador, para poder continuar con el relato.

La sala no era muy grande y tenía un adecuado número de sillas, muy cómodas, frente a una mesa con únicamente tres asientos que ostentaban los rótulos de: Presidente, Secretaria (toque machista), y Maestro de Ceremonias;

pero ninguno de los asistentes había tomado asiento, sino que en pequeños corros conversaban en voz baja; casi en susurros.

Se podía constatar de un vistazo la diversidad racial de los asistentes que no eran muchos. ¿Veinte? Sí. Parece un buen número: veinte.

Había unos sucotes, claramente nórdicos de los que se podía intuir que tendrían nombres tales como Olaf. Había negros africanos. Chinos de apellidos ilegibles; sudacas y hasta un norcoreano, bastante gordo y sospechosamente parecido a su líder.

A las 10 y 31 minutos el presidente tomó asiento junto a la secretaria que lo había hecho momentos antes y que, sin decir una sola palabra, tan solo con su vista verificaba la asistencia. El maestro de ceremonias tomó la palabra:

—Nuestro presidente, el honorabilísimo Vlad Rumano les agradece la asistencia y les pide que, como siempre, lo que en esta reunión se trate no puede salir de entre estas 5 paredes, pues como os habréis fijado este cuarto tiene forma hexagonal (sic). Así es que, grabadoras apagadas, celulares apagados totalmente, nada de modo avión ni nada. Nada de nada. Nadita de nada. Tiene la palabra, señor presidente.

Este, sin levantarse, tomó el micrófono que tenía delante y que era innecesario, primero, porque la sala pentagonal no era muy grande; segundo, porque los asistentes no eran demasiados: 20; y, tercero, porque no estaba conectado a ningún sistema de amplificación y comenzó a hablar.

—El motivo que hoy nos convoca tiene una trascendencia gigantesca. Algunos ya lo saben, pero como bien sé que otros no lo saben, lo diré de la manera más directa a que no haya sombra de duda respecto de lo que quiero transmitirles: ¡Uno de nuestros hermanos ha muerto...!

Rumores, movimientos inquietos, diálogos cortos, nerviosos:

— ¡No puede ser...!

— ¡No puede ser...!

— **¡Sí puede ser si le han atravesado el corazón con una estacota de madera...!**

— **¡O si se ha atragantado en un plato de camarones con ajo!** (al ajillo, se entiende)

—**Por favor, silencio** —dijo el maestro de ceremonias.

El presidente continuó:

—**Es mucho peor de todo lo que he oído comentar. Es mucho peor... ¡Nuestro hermano ha muerto de SIDA...!**

Ahora hubo hasta zapateos y nuevos y repetidos:

— **¡Eso sí que no puede ser...!**

— **¡No puede ser...!**

— **¡No puede...!**

— **¡Sí puede!** —poco menos que rugió Vlad —**lo hemos comprobado y ese es el motivo de convocaros a vosotros los más preclaros y también los más preoscuros** (dijo dirigiendo su mirada al africano) **representantes de la Hermandad Vampirística Mundial (HERMAVAMPIMUN) para debatir, pensar, ponderar, argumentar y resolver: ¿Qué debemos hacer?**

Un vampiro pelirrojo y pecoso, seguramente irlandés, levantó su mano pidiendo la palabra y cuando le fue concedida, preguntó:

—**¿Debemos enterrarle... supongo?**

—**¡Eso por supuesto, colorado de mierda!** —dijo sin poder contenerse el presidente, generalmente ecuánime, pero rebasado por las circunstancias— **Que hemos de enterrarle es obvio, pero el qué hemos de hacer se refiere a cómo enfrentar esta amenaza nueva porque suponíamos que éramos inmunes a las enfermedades.**

— **¿Qué...?** —dijo admirado el pelirrojo, — **¿¡El muertito, primero se enfermó...!?**

Nueva mandada a donde sabemos y nueva insistencia del presidente:

— ***¡Por favor! ¡Pido ideas que nos alumbren!***

Silencio. Cabezas bajas.

Una mano se levanta:

— ***¿Y si hacemos unas mesas de trabajo y después de una hora exponemos las ideas que hayan surgido?***

— ***¡Eso! ¡Eso! ¡Como en el ministerio de la Suma Causa!*** —dijo alguno, aunque la mayoría, no supo a qué se refería.

—***Bueno...*** —dijo el presidente no muy convencido— ***entonces, cuatro mesas de trabajo y luego de una hora...***

Y, muy puntualmente, en cuanto el sonido de un celular puesto llegó a donde tenía que llegar y sonó como tenía que sonar, el presidente dio la palabra al secretario vampiro de la mesa de trabajo número 1.

—***Señor presidente. Luego de arduas deliberaciones –tan arduas como las de los jurados que tienen que elegir a las señoritas deporte en los colegios– y, dando por supuesto que el finado se hubiese contagiado de SIDA por algún contacto con sangre contaminada, al que tanto estamos expuestos dadas nuestras costumbres alimenticias y fíjense en el término empleado: “costumbres alimenticias” los integrantes de la mesa de trabajo número uno, por unanimidad, proponemos que en el plazo no mayor de un año, nos volvamos no únicamente vegetarianos, sino veganos...***

Estalló una oleada de insultos tan ofensivos en ese mundo como el de: “***cállate vampiro hijo de murciélago***” y otros de similar o mayor calibre. El presidente tuvo que gritar pidiendo silencio.

Un vampiro –seguramente griego– razonó así:

—***Ustedes parten de un supuesto que como todos los supuestos pueden ser ciertos o falsos o todo lo contrario: de que se contagió degustando glóbulos rojos. Pero, y***

ya son mayorcitos como para saberlo, el SIDA o VIH también puede contagiarse por otros medios, por ejemplo, por relaciones sexuales sin protección...

El pelirrojo, entusiasmado no le dejó continuar:

— ¡Ya! ¡Ya! ¡Entonces esa es la solución: O nos volvemos castos o nos ponemos condón...! ¡Qué emoción...!

—Por favor. ¿Podrían amordazar al distinguido representante de... (nombre del país de origen censurado)

Protestas. Protestas.

— ¡Aquí no se amordaza a nadie! ¡Hay libertad de expresión!

—Cierto, muy cierto, no somos como el gobierno de... (nombre de cierto país y de cierto presidente, censurados por mí mismo –el autor– por el miedo a que me condenen a pagar una cantidad de plata bestial por difamación, aunque lo dicho sea verdad)

El presidente completó el razonamiento del griego:

—Y no solo por contactos sexuales. También puede ser por el uso de agujas infectadas. Y conste que no estoy pensando en el uso de agujas con fines de drogadicción, sino en usos, por así llamarlos, terapéuticos, tales como podría ser inyectarse insulina por la diabetes, o para...

*— ¿Pero no dijo antecitos no más que éramos inmunes...? —*acertó por esta vez el pelirrojo.

*—Cajum...Cajum —*toses del presidente *—Por favor, ¿los de la segunda mesa?*

El secretario, un vampiro de nariz aguileña y de apellido Sanguinetti, datos suficientes para determinar que era italiano, o argentino, que es prácticamente lo mismo, dijo:

—Pues nosotros proponemos que se nombre una comisión ad hoc, para que, ipso facto, vaya al lugar en donde ocurrió el deceso del finado para que, in situ, pro-

ceda a las investigaciones que correspondan y a posteriori emita un informe escrito sine qua non, nada podremos resolver. Verba volant. Scripta manent. —

Y se sentó con la cara de: “¡A que vean lo inteligentes que somos, che...!”

— ***¿Perdón ¿Qué quiso decir...? —***preguntó alguien.

Si el lector quiere poner esta interrogación en boca del pecoso de pelo rojo, puede hacerlo,

—***Que se nombre una comisión investigadora —***le explicaron.

— ***¡Puhh! ¡Eso sí que es no hacer nada!*** —nuevo acierto del colorado.

—***Por favor. La tercera mesa de trabajo...***

—***Señor presidente. Nosotros sí hemos trabajado. Y, aunque sea una frase pres-tada, tenemos las mentes lúcidas y los corazones ardientes. Permítanos razonar nuestra propuesta. Además, debemos recordarles que somos parte de un thriller y que, por lo tanto, en algún momento es indispensable la presencia de un de-
tective.***

La sala escuchaba atenta.

—***Partimos de razonamientos impecables de lógica contundente. Comenzamos preguntándonos. ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? Pero esta pregunta adecuada al caso que nos ocupa, por supuesto, se traduce en: ¿Puede uno de los nuestros morir de SIDA? Como, al parecer, la respuesta es sí, vienen preguntas sucesivas. ¿Quién afirma tal cosa? ¿Es alguien capacitado para hacerlo? ¿Cuáles son las pruebas? Necesitamos contar con datos categóricos, por ejemplo el documento oficial de la autopista, perdón, de la autopsia, -la emoción en veces me hace hablar pendejadas ji... ji...- Si la autopsia oficial dice sí y respalda esta afirmación con hechos tendremos que creerle y pasar a la siguiente pregunta —y al decir esto, paseó su mirada por la sala recorriendo con sus ojos a todos los presentes (el tan renombrado contacto visual de los discursos)***

— ***¿Me toca preguntar a mí? —*** dijo ¿el pelirrojo?

— ¡Tonto! *¿No ves que es una pregunta retórica y una pausa efectista?*

— ¡Aaahhhh...! —sonido que debe ser pronunciado con boca y ojos abiertos para que sea un claro indicador de la cabal comprensión de un hecho o idea.

—*La siguiente pregunta es lógica: ¿cómo puede contagiarse alguien del SIDA? Y surgen las respuestas dadas por la experiencia y las investigaciones. Tan solo de tres maneras: o por el uso de jeringuillas contaminadas, posibilidad a la que llamaremos “Uno”. O por transfusiones de sangre contaminada. Posibilidad 2. Y, finalmente por relaciones, hétero u homo sexuales con persona portadora del virus y sin la debida protección...*

—*Perdón. Creo que entre nosotros hay una cuarta...*

— *¿Cuál?*

—*Que se hubiese contagiado por lo que nosotros... cajum... cajum... llamamos... ejem ejem... ustedes saben...sí... llamamos... “degustación pescuesística”.*

Aplausos y gritos

— *¡Cierto ! ¡Cierto! ¡Tenemos una cuarta! ¡Tenemos una cuarta!*

—*Volviendo a lo nuestro —secretario de la comisión 3 — tenemos que conocer el cómo para después tratar del qué. ¿Cómo se contagió? Y, solamente una vez respondida esta pregunta podremos pasar a la siguiente: ¿Qué podemos hacer ante ello?*

Murmullos aprobatorios.

—*Vale indicar que la comisión ha descartado de entrada la que hemos denominado posibilidad 2, porque ¿para que podríamos necesitar una transfusión de sangre uno de nosotros, cuando tenemos al alcance, no digo de nuestras manos, sino de nuestros colmillos, la posibilidad de suplir cualquier carencia de este vital elemento?*

Más murmullos aprobatorios

— ¡Estos sí que han sido pilas...!

—Por ello proponemos y elevamos a moción que se nombre a uno de nuestros distinguidos asistentes para que investigue el caso y nos traiga las respuestas que necesitamos. Digo a uno de nuestros distinguidos asistentes porque, por suerte, está entre nosotros el internacionalmente famoso detective Ulrik Papanicolau.

Si es que no hubiera sido por el nombre, todos hubiéramos creído que se trataba de Hércules Poirot, pues era igualito, con bigotitos y todo. Pero el nombre, definitivamente sueco, y el apellido, indudablemente griego, mostraban a las claras que el detective no era francés, sino rumano.

Ulrik se levantó y en su sonrisa dejó apreciar unos colmillos bastante grandes, señal clara de inteligencia lúcida, sobre todo en la política.

—Si ustedes así lo disponen, yo aceptaré gustoso —dijo y se sentó atusándose la punta izquierda de su bigote.

— ¡Nombrado! ¡Nombrado! —gritaron varios que ya tenían hambre y veían que las horas de oscuridad nocturna, sus preferidas, eran cada vez menos. Querían salir a degustar algo o mejor a alguien... Al fin y al cabo estaban en París...

—Pero ¿y el informe de mi comisión? —protestaba el pelirrojo que había sido elegido como secretario de la cuarta mesa de trabajo— **¡Y mi informe...?**

— Con mi petición de disculpas a los distinguidos integrantes de la mesa de trabajo número 4, que de seguro habrán exprimido sus neuronas, creo que existe el apoyo casi unánime para lo propuesto y, desde este momento, Ulrik Papanicolau dedicará sus mejores esfuerzos a tomar cartas en el asunto para proponer soluciones prácticas que coadyuven a que todos, en una labor conjunta, en procura de los objetivos comunes, constantes en la carta de derechos vampíricos... bueno, etc. etc. Señor Papanicolau: ¿acepta esta misión?

—Ya dije antes que sí —dijo— **y si me disculpan comienzo en este mismo momento...**

Y sin más, salió de la reunión y luego de tomar un poco de fuerza del pescuezo o cuello de alguna parisina noctámbula, fue al aeropuerto de Orly para tomar un avión que lo transportara al continente en donde se había producido el deceso. Es cierto que los vampiros vuelan, pero solo vuelos cortos.

Durante el viaje se trazó su plan de investigación. Lo primero: comprobar que había muerto de SIDA. Después, averiguar el cómo lo había contraído, para lo cual tendría que estudiar la vida del muerto: sus amistades, sus costumbres, sus vicios, sus virtudes... Luego, la investigación iría señalando el camino. No está difícil, se dijo y se durmió.

Ya sito en la ciudad del deceso se dirigió con unas gafas negrísimas a la clínica en donde habían transcurrido los últimos momentos de don Dentón Yaguar. Allí, sin pedir cita, entró en el despacho de la doctora que había atendido a su congénere y le pidió que, por favor, le mostrase la historia clínica de...

La protesta de la doctora no se hizo esperar. Que a cuentas de qué, que eso es prohibido, que la ética médica, el secreto profesional, será usted pariente y varias otras frases que demostraban la ética y profesionalidad de la doctora de turno.

Ulrik exhibió esta vez la mejor de sus sonrisas y le pidió que si fuera tan amable...

Y ya no tuvo necesidad de más, porque la médica se desmayó plácidamente sobre la camilla que tenía para atender a sus pacientes y Ulrik pudo acceder a la información que constaba en la computadora. Y estaba todo: desde la primera visita, los exámenes que solicitó, los resultados, el diagnóstico, los primeros tratamientos, el rápido agravamiento, el ingreso a la clínica, los últimos intentos de curarle, la muerte. No cabía duda: había muerto de SIDA.

—***Muchas gracias por su gentil atención, bella dama*** —dijo Ulrik, pero bien podía haberse ahorrado el agradecimiento pues la doctora continuaba totalmente desmayada.

¡Qué se asusten tanto por dos dientecitos de nada! — pensaba el detective mientras abandonaba el despacho y tornaba a ponerse las gafas oscuras.

El siguiente paso era, asimismo claro: tenía que conversar con el hermano de Dentón, pues era quien había acompañado hasta el fin al finado. Era una conversación indispensable y tal vez hasta definitiva para averiguar cómo había contraído el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (VIH/SIDA).

—***Tenga usted mis más sinceras condolencias*** —dijo, dando un abrazo al llo-
roso vampiro vestido totalmente de verde pues, como sabemos, es el color de
luto de esta familia humana. El negro es su color de la vida diaria; el rojo lo
prefieren para los días de fiesta y el azul no es usado por considerarlo conser-
vador. —***Sé que usted y su hermano eran muy allegados...***

— ***¡Claro! ¡Sí! Gracias, snif... snif... pese a que no éramos hermanos hermanos,
sino lo que los humanos comunes y corrientes llaman hermanos de leche, pues
verá...***

—***Muy interesante, muy interesante*** —dijo Ulrik, pero cuando escuchó que
quería narrarle quién les había amamantado y por qué, todas las travesuras
de la infancia, la caída de los dientes de leche y la posterior aparición de los
colmillos de sangre, le interrumpió secamente utilizando su frase preferida
para acortar narraciones emotivas, pero que no aportaban datos sustancia-
les para el esclarecimiento de los hechos — ***es muy interesante todo lo que me
cuenta, pero ¿cómo se contagió su hermano?***

— ***¿Yo qué he de saber pes...!*** —dijo el hermano del muerto y este “***pes***” em-
pleado, alguna pista puede dar a los lectores con conocimientos lingüísticos
acerca del lugar en donde se desarrollaban estos sucesos, o al menos, del ori-
gen del hablante.

—***Y ¿Por qué no lo sabe? pues*** —dijo recalcando el “***pues***” el detective.

—***Pues verá, mi señor...***

—***Ulrik. Dígame sencillamente Ulrik.***

—***Pues verá no más mi querido don Ulrik, yo desde el comienzo le pregunté: ña-
ñito, cómo te pescas pes esta illness (como verá soy medio bilingüe pues un tiem-
po trabajé como taxista en Nueva York...)***

—***Muy interesante*** —repitió Ulrik, —***pero volvamos a...***

—Claro, claro. Y eso que yo le preguntaba y le preguntaba él no me decía nada. Sólo repetía: “Secretos, mi brother”. (Él también fue taxista), secretos. Pero, tranquilo, puedes estar seguro de que me curaré...

— ¿Y...?

— ¡Y no se curaba nada, pes! Y entonces no fui solo yo, sino toditos, usted sabe... toditos... cuando ya se veía que iba mismo a morir, le insistían en que les contase cómo se había contagiado. A veces le pedían de favor, otras, bravotes. Hasta quisieron pegarle. O le rogaban de rodillas y a él se le metió una como muletilla creo que se dice: “Ahura no les he de contar nada. No les he de contar nada.”

El giro de lenguaje utilizado en la respuesta del vampiro agonizante:

“Ahura no les he de contar nada”, sumado a los “pes” de su ñaño vivo, hace sospechar que eran cuencanos, pero como este no es un dato importante, dejémoslo.

Volvamos a la conversación, que sí es pertinente, que mantuvieron los amigos y los no tan amigos, con el difunto ya en su última cama (la de la clínica de la doctora desmayada)

Le decían suplicantes:

—No seas malito, cuéntanos cómo te contagiaste.

—No les he de contar nada...

—Ñaño del alma, te prometemos que no le hemos de contar a nadie...

—No les he de contar nada...

—No nos importa cómo haya sido... no importa si usabas drogas o...

—No les he de contar nada...

—Aunque haya sido una traición a tu mujercita, ni a ella le hemos de contar...

—No les he de contar nada...

—Aunque haya sido un contactito homo, al fin y al cabo... tú sabes... tenemos criterio amplio —dijo uno fingiendo la voz.

—No les he de contar nada...

Era trascendental conocer cómo había contraído la dichosa enfermedad aunque hay muchos que afirman, yo entre ellos, que no hay enfermedades dichas, que todas son malas, pero... es que las consecuencias que se derivaban de la manera del contagio eran muy distintas de si había contraído el SIDA a través de una simple degustación pescuecífera y, otra muy distinta, si lo había contraído por ejemplo mediante una jeringuilla infectada. O, a lo mejor, el contagio se había producido por un contacto sexual gay. Pues, es obvio, entre vampiros también existen esta clase de preferencias sexuales. Si este era el caso, la solución sería sencilla: evitar esta clase de coitos, algo no muy difícil para una raza acostumbrada, de preferencia, a violar a damas en la noche y a perforarles además de lo que ustedes suponen, la piel que recubre y protege la yugular. En este caso, la solución sería aquella enunciada a gritos por el pelirrojo:

—¡O nos volvemos castos o nos ponemos condón...!

Si el virus ingresó por una jeringuilla usada por varios seres para inyectarse alguna sustancia, el asunto tampoco pintaba mal, al fin y al cabo prácticamente todos estaban en posibilidad económica de usar para sus menesteres jeringuillas descartables. Para algo abundaban entre ellos condes, duques y otras titulaciones que, generalmente van unidas a la propiedad de castillos, carruajes, ataúdes elegantes y otras riquezas.

La preocupación fundamental que rondaba la cabeza de todos los del gremio era si el SIDA vino a través de una “*degustación sanguínea pescuecífera*” común, porque ello significaría que, de ahora en adelante, no podrían lanzarse a cualquier unión entre tronco y cráneo, sino que tendrían, antes de dar la chupada mortal, preguntar a la futura víctima o al futuro víctima: “*Señor, señorita, discúlpeme, ¿no será usted por si acaso, seropositivo?*” ¡Imagínense!

Entre un vampiro conocedor de las cosas del mundo y otro bastante forzado, aprovechando la ausencia de enfermeras, templaron al agonizante, que poca resistencia podía oponer y le revisaron de pies a cabeza y no encontraron la menor huella de pinchazos, así es que aquello de las jeringuillas estaba descartado, todo esto mientras decía medio sonriendo:

—No les he de contar nada. No les he de contar nada.

Y repitiendo: **No les he de contar nada, no les he de contar nad, no les he de contar na... no les he de contar... no les he de...no les ... no... noooo**, se murió, mientras sus compañeros y amigos casi se morían también, no de pena, sino de iras. Y este morir de iras refuerza casi hasta la certeza que hay mucho de cuencano en esta historia, pues en otras partes se cabrean, se enfurecen, se emberrenchinan, se arrechan –esto último en Venezuela para que no sean mal pensados– pero ¿“morirse de iras...?”

Todo esto (menos los comentarios lingüísticos, por supuesto) le contaba el hermano del muerto a don Ulrik, en medio de sollozos, digresiones, recuerdos, intentos fallidos de mostrarle fotos: “*de cuando éramos guagüitos...*” y continuas interrupciones, mediante el: “*Muy interesante, muy interesante, pero...*”

Cuando vio que no podía obtener más datos para su investigación, le agradeció los momentos que le había dedicado y salió, satisfecho, porque sin querer había obtenido un dato importante: Dentón no se inyectaba. Una posibilidad estaba descartada. Pero quedaban todavía...

Ulrik recordó cómo se había enterado del caso, aún antes de recibir la convocatoria para presentarse en París entre las diez y las diez y media de la noche, ni un minuto más ni uno menos. Fue leyendo el periódico que se publicaba online en el sitio (perteneciente a la red oscura, por supuesto) denominado: “*Colmillos y Cotilleos*”. Para entrar en este sitio web había primero que llegar a una página que tenía un vampirito dibujado, vaya, una página como para niños, pero luego de hacer click allí. ¡Huy!

Este periódico, al contrario de los periódicos comunes a los que se suele tildar de amarillistas cuando ponen en sus primeras páginas mucha piel femenina –sea rosada o negra– y mucha sangre, definitivamente, roja, se gloriaba de

tener abundantes referencias a este líquido vital. Pero en esa noche, su primera página solo tenía letras grandotas que decían: “*Ha muerto uno de los nuestros.*” Sin comentarios, sin fotos.

En el interior, en los editoriales se podían leer artículos de opinión tales como: *¿Éramos en verdad inmortales?* o *¿Cuándo mismo se acabará el tranvía?* subido a la nube por un preocupado vampiro cuencano.

En los días subsiguientes aparecieron artículos de índole más científica como el: “*Constancia de la presencia de la hemofilia en familias vampíricas. Estudio en una muestra de nobles familias rusas*”. U otros que mostraban la preocupación presente en la comunidad como aquel proveniente de México titulado: “*Y ahora ¿quién podrá defendernos?*”

El detective Papanicolau sabía cuál tenía que ser su próxima visita: a la viuda, y en su propia casa. Así es que le telefoneó pidiéndole que le recibiese. Y allá fue.

—*La acompaño en su dolor* —le dijo y acompañó sus palabras con un abrazo bastante intenso y de larga duración. La solidaridad vampírica es muy fuerte.

—*Pase, pase. Disculpe el desorden, pero usted comprenderá...*

—*Comprendo, comprendo...* —dijo el detective mientras caminaba los pocos pasos que necesitaba para pasar de la puerta de entrada a la sala en la que iba a desarrollarse la conversación y, mientras lo hacía, su mirada experta “*escaneaba*” todo en busca del “*detalle significativo*”, esa mínima señal oculta para los ojos no experimentados orientadora de las más arduas investigaciones.

Cuando tomaron asiento, Ulrik fue inmediatamente al grano:

— *¿Y ese granito que tiene en la nariz, señora? ¿Será cáncer?*

Sorprendida por la pregunta, no supo al inicio qué responder, pero fue solo un mínimo instante de vacilación.

—*Es verruguita de nacimiento, señor ¿...?*

— ¡Aaahhh...! —la habitual expresión ya mencionada, que aquí comprobamos es común a humanos comunes y corrientes y a humanos vampiros.

— ¿Puedo ofrecerle algo?

— ¿Tendría un bloody mary heladito?

—No, lo siento, pero tengo una mistelita de cacao de chuparse los dedos...

—No se preocupe, señora. Lamento ser tan directo, pero comprenderá que la muerte de su esposo no es una muerte como la de cualquier hijo de vecino, sino que es una tragedia de características cataclísmicas para nosotros, lo cual me obliga a ser un poco brusco y preguntarle sin más preámbulos: Señora, ¿Usted tiene SIDA?

— ¡No!—respondió con firmeza— No soy una vampiresa, sino tan solo una vampira dedicada a los quehaceres domésticos. ¡Soy una vampira decente, señor! ¡No tengo SIDA ni nada parecido!

—Y ¿cómo puede estar tan segura...?

—Porque en cuanto supimos de la enfermedad de mi Dentoncito, en seguida me hice exámenes de heces y de sangre, completitos, y estaba limpiecita: ni cuicas, ni VIH...

—Bueno, sí, pero,... luego... después... usted sabe...

— ¡Claro que sé! Por eso le puse en cuarentena al marido y no fue sencillo, créame... ¡Éramos tan apasionados...! Pero, ¿qué más quedaba...? Me moría de ganas, pero no quería morirme de SIDA...

—Comprendo, comprendo —dijo Ulrik, mientras pensaba que la investigación iba viento en popa pues ya sabía que nada de pinchazos, la esposa estaba sana...

—Y, señora, discúlpeme la siguiente pregunta, pero es de cajón en estos casos. Su esposo de usted ¿tenía tal vez algún affaire con algún amante o alguna amante...?

— *¿Affaire...? ¿Qué...?*

— *¡Una aventura, señora! ¡Un amorío! ¡Un desliz! ¡Una infidelidad...!*

— *¡Ay, señor! Si he de serle sincera creo que mi Dentoncito era un vampiro fiel. Y ¿sabe por qué le digo eso? Bueno, porque aunque digan lo contrario, las esposas siempre sabemos si el marido ha echado una canita al aire y, sobre todo porque nunca me faltó... no quiero decir que nunca me pegó, sino que nunca me faltó en la cama y eso que yo quería casi toditos los días... las noches, usted ya sabe... Y estoy segura que si hubiera tenido alguna aventura le hubieran faltado las fuerzas para satisfacer mis continuos requerimientos...*

Bueno, pensó Ulrik, de mentirme, no me miente, pero al contrario de lo que piensa, las mujeres son las últimas en enterarse. Quién si no yo: “*Ulrik Papanicolau, detective privado experto en seguimiento de esposas y esposos*”, como consta en mi tarjeta, puedo saberlo.

— *Comprendo, señora, y le creo. Pero ¿no puede aclararme algo acerca de esa obstinación de su esposo de: “no les he de contar nada” como si estuviera seguro de conocer cómo se contagié y pese a que sabía que se estaba muriendo se obstinaba en el silencio?*

— *Tal vez decía eso porque siempre fue muy reservado, muy calladito...*

— *Pero algunos dicen que cuando se negaba a contar, lo hacía medio riéndose...*

— *¡Ay! ¡Es que era tan bromista...!*

— *¿Y...?*

— *¿Y...? ¡No sé...! ¡Era tan alhaja...!* — dijo y no pudo contener el llanto.

El investigador dejó que la pena renacida se escapase a través de unos inmensos suspiros y de unos moquitos más bien pequeños que eran cuidadosamente limpiados por un coqueto pañuelito de tafetán verde. (No sé qué clase de tela es el tafetán, pero no me negarán que suena lindo en este contexto)

— *Señora, ¿Podría revisar el estudio del señor...? Sé que tenía uno.*

—**Claro** —dijo la sollozante y le condujo, pañuelo en mano, hacia una puerta medio entreabierta que al abrirse chirrió como corresponde hacerlo a las puertas de las casas de vampiros. Así: **¡chiiiiirrrrrr!**

— *¿Necesita que le ayude en algo?*

—*La verdad es que preferiría revisar todo solo, para comprender mejor a su es-*
poso.

—*Entonces, le dejo...*

—*Sí, claro, no se preocupe.*

—*Siga no más, don detective. No está en su casa, pero revise no más, curiosé con*
confianza, entremétase, fisgonee, hurgue... Yo me voy a llorar solita, tan solo
acompañada de mi pena.

Y se retiró cantando con una voz y entonación bastante aceptables: “***Esta pena***
mía no tiene importancia...”

Ulrik hizo lo que corresponde a un detective avezado: entrecerró los ojos y recorrió con su mirada todos y cada uno de los objetos de la habitación, mientras su mente procesaba con mayor velocidad que una supercomputadora nanotecnológica en busca del detalle importante.

Y allí estaba. Allí estaba, en cuatro patas...Y no era un gato, como podría suponerse, ni tampoco un perro, porque los pájaros, claro está, quedaban automáticamente excluidos por el número de patas indicado... Era un... ¡Era un BARGUEÑO! Un hermoso bargueño quiteño del que Dentón había sido dueño lo que le hizo abrir el ceño (estaba fruncido, como recordarán)

—***Ji... ji... aquí hay gato escondido...*** —se dijo Ulrik, pero un gato, lo que decimos gato, en verdad, no podía haber pues los cajones o eran muy pequeños o de muy poca altura.

Prescindió de curiosar los libros de los estantes en los que abundaban clásicos de la literatura vampiresca tales como “*La vida del ingenioso vampiro don Colmillo de Rumania*” y otras más bien de carácter científico como la denomi-

nada: *“Especificaciones específicas de las peculiaridades de los tipos de sangre, con énfasis en una muestra de sangre O+ o donante universal”*.

Prescindió también de la computadora, porque sabía que no encontraría en ella nada de lo que Dentón no hubiera querido mostrar. ¡El bargueño era la clave!

Se dirigió hacia él, lo acarició y le dijo: ***“Sé que tú me darás la respuesta que busco”***. Y después de hablarle delicadamente, como cuando los dentistas nos dan los buenos días antes de comenzar a torturarnos, abrió el primer cajón. No hubo chirridos. Abrió cajones y más cajones y no encontraba el cajoncito secreto que poseen todos estos hermosos muebles y que, de seguro, guardaba el secreto de Dentón. Tenía que ser así, como lo es prácticamente en todas las novelas y películas de esta clase.

Después de unos momentos la pregunta ya no era una pregunta de cajón, sino la pregunta era: ¿Y en dónde está el bendito cajón? y como mediante la simple apertura de estos receptáculos no lo había encontrado, decidió sacarlos, uno por uno hasta encontrar el que buscaba.

Pensarlo es una cosa y otra muy diferente hacerlo, pues era un bargueño de calidad. Claro: Mucho mejor si es hecho en Ecuador, como decía la propaganda que quería contrarrestar al ya gastado *“Made in USA”*

Algunos cajones salieron como quien dice, suavito. Otros se resistían un poco hasta que el experto detective les encontraba la maña, pero otros no quería moverse de su sitio pues estaban muy encariñados con su espacio y no le quedó más que forzarles un poquito; en otros casos tuvo que forzarles bastantito con la consiguiente ruptura de las delicadas maderas empleadas y así, hasta que no quedaron nada más que las cuatro patas desnudas y el tablero y... nada de nada... como dice la canción aquella de: “No queda nada, nadita de nada...” Y del bargueño ya solo quedaban las cuatro patitas.

—¿Y si no hubiera escondido nada? —pensaba Ulrik sentado en el suelo rodeado de cajones, algunos enteros, otros trizados, unos pocos, literalmente hechos mierda...y nada...

Cuando se levantó, el cajón más grande, el cajón mama como se podría llamar, que estaba asentado en el tablero del ex bargueño, cayó al suelo y al hacerlo soltó una simple tablita de madera terciada puesta como falso fondo y que ocultaba lo que buscaba el detective, eso que es de cajón en esta clase de narraciones: ¡Un diario!

— **¡Híjole!** —, no pudo menos de exclamar, al ver que hubiera podido ahorrar-se todo el trabajo de destrucción.

Se guardó rápidamente el diario debajo de la camisa al mismo tiempo que entraba la esposa cuyo llanto de pena había cesado, pero que se renovó más abundante al ver a su bargueñito hecho ciscos...

— **¡Pero, señor! ¡Y esto...!**

— **¡Todo esto es por el bien futuro de la patria altiva y soberana!** — dijo empleando una frase que había visto servía para cubrir toda clase de estropicios, y salió volando de la habitación. Ya hemos dicho que los vampiros sí pueden desplazarse por el aire en trayectos cortos.

Cuidó de aterrizar en la calle simulando una caída para no crear rumores peligrosos. Por suerte la única persona que pasaba por allí era una señora que al verle le dijo:

— **¡Señorcito! ¿Qué le pasa?**

— **¡Nada! ¡Nada! Un resbaloncito...** —dijo con mucha seriedad porque no podía exhibirle su sonrisa.

— **¡Pero ¿no se ha lastimado nada...?**

— **¡No! ¡No! ¡Tranquila! Siga tranquila.**

— **Verá, mi buen señor: dicen que los viejos mueren de caída o de comida, por eso, andarése usted con tiento y cuidará su barriga...**

— **¡Sí! ¡Sí! Así mismo he de hacer, pero ya váyase** —decía mirando hacia atrás preocupado por si la novel viuda salía a reclamarle por el mueble roto, pero no... No podía saber que lo único que hacía es llorar desconsoladamente abrazada a una de las patas del ex bargueño.

En cuanto pudo, Ulrik buscó un hotel decente y discreto y cuando estuvo en la habitación, puso el letrero de “*No molestar*” y advirtió además a la recepción que no le pasasen llamadas ni nada porque quería descansar. Acomodó las abundantes almohadas que había y adecuadamente repantigado comenzó a leer el diario de Dentón que, de seguro, contendría las claves que buscaba.

Y claves, sí había: la que permitía abrir la computadora, la de la tarjeta del cajero automático, la de la tarjeta de crédito, y así... pero... Pero no adelantemos sin motivo el normal decurrir de una narración.

Las anotaciones del diario reflejaban, con grandes vacíos, la vida de Dentón Jaguar, desde la más antigua en la que a los a los catorce años se propone: “*escribir para el recuerdo... escribir para la posteridad...*” hasta una muy reciente que hablaba de su cercana muerte y que decía:

“Martes trece de... qué importa de cuándo...; el fin muy cerca está, como canta Frank Sinatra,... yo solo digo que sé que voy a morir, que mi enfermedad no se ha detenido pese a todos los tratamientos... hoy he tenido el síntoma que tanto temía: he visto caer mi colmillo derecho en el plato de papitas con cuero que comía en el almuerzo... sé que es el inicio del fin...”

El lector, de seguro se preguntará ¿por qué este thriller se llama “**Un colmillo en el arroz**” cuando el colmillo derecho de Dentón –nos consta por declaraciones propias– se cayó sobre unas papas?

Ulrik, por supuesto, no se hacía estas consideraciones. Leía con lectura dinámica en busca de pistas, de indicios, de nuevos caminos de investigación o, si la suerte quería ahorrarle trabajos, de una frase que indicase por boca del propio ahora finado, cómo se había contagiado... Algo así como: “*Sé que el Sida que me han confirmado esta mañana lo contraí aquella vez que...*” Pero, no tuvo esa suerte.

Había en cambio muchas otras que mostraban a un vampiro sano y, es más, preocupado por su salud.

“Sábado 15 de octubre de... ¿Tendré que hacerme un control de la sangre? El gorguito al que degusté anoche tenía en su bolsillo una cápsula y una inyección para

insulina. ¿Sería él el diabético o llevaba eso para alguien de su familia? Un exámen- cito de mi nivel de azúcar creo que no estaría por demás...”

“29 de febrero de... ¡Qué día tan especial! ¡Qué degustación! Si pudiera, solo tra- taría con mujeres de altura como la de anoche. ¡Qué cantidad de glóbulos rojos tenía esta damita habitante del páramo...!”

Y muchas otras contando nimiedades. Claramente no era drogadicto. Todo estaba narrado en un estilo, si es que puede llamarse así, simplón, llano, sin pisca de literatura.

Pero un día, cambiaba el tono. Cambiaba notablemente. Leamos.

“No importa qué día es hoy. Pero hoy la he visto. La he visto y me ha mirado...”

Y en los días sucesivos, asimismo sucesivas referencias a esta dama a la que le había echado el ojo:

“Por una mirada un mundo, por una sonrisa un cielo, por tu sangre, yo no sé qué te diera por tu sangre...”

Sin embargo, en veces tornaba a su estilo ramplón, casi guarro:

“Ese pescuecito tiene que ser mío. ¿He dicho pescuezo? ¿Me he atrevido a llamar así a esa marfilina unión entre la más bella cabeza que he visto en mi vida y un tórax que seguramente nunca veré...? Un tórax dotado de dos montañas de vida; un tórax que baja y baja hasta volverse cadera; por esos lares ha de andar un pupito que también nunca veré; y más abajo del pupo... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Mejor ni pienso...!”

A Ulrik se le enchufaron las neuronas cuando leyó esta otra:

“Al fin sé su nombre: ¡Zoila! ¡Qué maravilla! Es casi como si me llamara: ¡Zoila! ¡Zoila! ¡Zoi la esperanza de tu vida!; ¡Zoi la la fuente de...! ¡No sé de qué! ¡Y qué apellido: Vergara! Un apellido insinuante, sensual, lascivo. ¡Zoila Vergara! ¡Qué nombre y qué apellido! ¡Y qué culazo que tienes, por favor...!”

Con que había una dama. Bien decían los franceses pensó el detective: “buscad la mujer”. Y la mujer estaba allí, con nombre y apellido y, para ahorrarnos

párrafos, diremos que hasta había dirección, pues continuaba después de lo del culazo indicando que vivía en la calle tal, en el número cual, que trabajaba en... que su horario era de... a... en fin, todos los datos necesarios para que incluso alguien que no fuera tan perpicaz como Ulrik, pudiera encontrarla en dos patadas.

Y la encontró. Parado como quien nada hace detrás de un poste de la luz, esperó a que saliera de su trabajo y pudo apreciarla. Era importante conocer si las afirmaciones de Dentón eran ciertas, porque de no serlo, sus exclamaciones y alabanzas podrían ser indicios de alguna enfermedad mental deformativa de los procesos cognitivos y de las apreciaciones estéticas. Pero no. Era como aparecía descrita en el diario: ¡Un hembrón!

No podía acercarse a ella y preguntarle hasta dónde había llegado con Dentón. Además no hacía falta, porque en el diario se indicaba con claridad que habían llegado hasta donde se puede llegar entre dos especímenes sanos y fuertes, que se sienten atraídos sexualmente y que carecen de prejuicios. Y habían llegado hasta allí, la primera vez, en ese motelito situado en la salida norte de la ciudad.

Y estaba claro que las relaciones no se habían reducido a encuentros furtivos. Había incluso invitaciones a comer, seguramente en la casa de ella, lo que podía deducirse por anotaciones como las siguientes:

“No quiero su pescuezo. La quiero a toda ella. ¡No debo chuparla! ¡No puedo chuparla! ¡Sería un desperdicio! ¡Es mejor poseerla noche tras noche y gozarla y gozar de sus habilidades culinarias! ¡Sí, qué buena cocinera que es...! ¡Qué ya guar locro me brindó la otra noche! Estaba para chuparse los dedos...”

Ulrik no comprendió esta última expresión porque en su tierra las sopitas, el locro entre ellas, se tomaban con cuchara, no con los dedos, pero intuyó por la frase que la pasión había pasado ese momento inicial de *“todo coito”*, hasta llegar a estadios más tranquilos en los que el sexo se intercalaba con cenas tranquilas, comiendo un locrito con sangre y, seguramente, también con aguacate.

Solo quedaba averiguar una cosa pensaba el detective. Esta dama: ¿es seropositiva o seronegativa? ¿Fue ella la que contagió al vampiro? Era lo más probable. ¿Cómo averiguarlo?

En la vida real esto sería más bien difícil y requeriría visitas a hospitales, lectura de historias clínicas, revisión de la basura de la casa de la susodicha en busca de cajas o frascos de medicinas y cosas así.

En la literatura es más fácil.

Ulrik se acercó donde Zoila a la que dijo sonriendo abiertamente:

— *Como podrá ver, soy amigo de Dentón...*

— *¡Ay, qué suerte tengo! ¡Otrito con dientes...!*

— *¿Podríamos charlar un momento?*

— *No solo uno y no solo charlar* —dijo coqueta, pero Ulrik no estaba para aventuras.

— *¿Podemos compartir un café?*

— *¿Podría más bien ser un trago? ¡Me encantan los mojitos!*

Y mojito fue, no uno, sino tres, mientras le contaba sin recelos cómo conoció a Dentón, como poco a poco fue apreciándolo “*a pesar de nuestras diferencias dentales...*”; como se amaron, como se comprendieron y como un buen día, llegó llorando a su casa diciéndole que ya no podía verla nunca más. ‘*Te has quedado ciego*’, le pregunté, pese a que le veía los ojotes abiertos, pero él me dijo que no, que le era difícil decirlo, pero que... ‘*Dime, dime, dientecito mío*’, le insistía, hasta que con un hipo inmenso me dijo que tenía SIDA y que como me amaba tanto ya no podía volver a verme ni a ... ¿Se imagina? Yo también lloré un poco, pero allí mismo le dije inmediatamente me acompañase a hacerme el examen para ver si me había contagiado de la enfermedadcita esa, y ‘*si lo has hecho vas a ver lo que te pasa...*’ pero no, por suerte estaba y estoy limpiecita. Solo una gonorreíta tenía, pero esa no era atribuible al Dentón...

—*Pero ¿qué le pasa, señor?* —dijo Zoila— *se ha quedado medio mudo y está palidote. A lo mejor necesita provisionarse como solía decir mi finadito...*

—*No, no me pasa nada. Es que casi me atoro* —dijo Ulrik procurando disimular el profundo malestar que le habían causado las palabras de la dama... estaba sana... Dentón no se inyectaba... la esposa también estaba sana... no era homosexual... solo quedaba... solo quedaba la posibilidad más oscura de todas: se había contagiado por una degustación pescuecística, pero ¿de quién...?

El detective se retiró desconsolado, pues lo que hasta antes de esta conversación se le presentaba como una investigación fácil, ahora se abría igualito que el Amazonas cuando llega al Atlántico. ¿O es el Orinoco el que se abre en una bestialidad de brazos?

Y las posibilidades se abrían y se abrían porque la única posibilidad que quedaba para explicar el contagio de su congénere era la de la chupada en algún pescuezo enfermo. Pero, ¿el pescuezo de quién?

Volvió al hotel. Regresó a la lectura del diario. Esta vez no lo leía plácidamente recostado en la cama, sino sentado en una silla, moviéndose inquieto como si hubiera unas tres pulguitas picándole el trasero.

Y releyó, copió nombres, subrayó párrafos, pese a que en una investigación que se precie de seguir los protocolos, nunca debe modificarse un elemento que podría constituirse en prueba.

De esta lectura podían deducirse aspectos importantes.

Primero, la sinceridad del escritor. Dentón no mentía. Muchas confesiones de pequeñas y no tan pequeñas faltas, así lo demostraban. Y el tono de sinceridad desbordaba en casi cada línea. No escribía para ser leído por nadie. Escribía para él mismo. Así que lo que contaba, tenía que ser creído.

Decía, por ejemplo, que fue fiel a su vampirita hasta que apareció la Zoila.

“*Sólo esta vecita más...*” se leía en múltiples ocasiones, antes de la consumación de una cita clandestina con la Vergara.

“Sólo con ella. Y con mi mujercita también, claro...”, ironizaba en algún otro texto.

Así que el contagio por transmisión sexual quedaba descartado por la incuestionable sanidad de las dos únicas damas con las que se había “relacionado”. Su cuerpo estaba libre de pinchazos; totalmente libre, así es que...

Degustación. Era eso. Alguna degustación...Pero ¿Cuál?

A Ulrik le comenzó a entrar una pereza... Era medio cansón y esta estadía en Sudamérica le hacía añorar su lejana Transilvania, su castillito en la loma, el camino casi inaccesible, su camita de féretro...

El proceso que debería llevar a cabo estaba detallado en textos tales como: **“Todo lo que usted quería conocer acerca de la investigación y no se atrevía a preguntarlo”** y similares; algunos escritos por humanos y otros por congéneres. Según esos protocolos, debía averiguar cuál de las chupadas por Dentón tenía SIDA, persona por persona, sin importar su número. Una vez identificado el espécimen enfermo, secuestrarlo para una investigación exhaustiva de las especificidades de su enfermedad capaces de transmitir el SIDA, ni más ni menos que a un vampiro.

En el diario, por suerte, constaban muchos nombres de las personas motivos de degustación. ¿Los nombres de todas? Ulrik no quiso ni pensar en la posibilidad que no fuese así porque entonces no había camino posible.

Recurrió a las matemáticas. En la escuela había sido campeón en el concurso de sumas de dos cifras. Dentón no había sido muy goloso. El promedio parecía ser de una degustación mensual, principalmente en noches de luna en cuarto menguante. Si ese era el promedio, durante los últimos diez años deberían haber unas 120 personas, si no nombradas con nombre y apellido, sí con alguna característica que podía hacer relativamente fácil encontrarla en una ciudad pequeña.

Debía investigar únicamente a las que habían sido degustadas con anterioridad al diagnóstico del cual, gracias al desmayo de la doctora ¿recuerdan? tenía hasta la fecha.

¿Investigarlas a todas y cada una? Y si solo se preocupaba de las que aparecían como sospechosas. Por ejemplo el gordito que parecía diabético; o la mujer de altura llenita de glóbulos rojos.

Había algunos incluso más sospechosos. Como el de aquellas frases: *“Hoy me chupetee a un flaquito. Flaco y pálido. Tan flaquito y tan pálido que comprendo por qué sus amigos le llaman ‘Piti Sangre’ ”*. O esa otra cita en la que narraba que la chupadita adquirió una dificultad imprevista pues: *“... mis colmillitos querían salirse del pescuezo por las continuas y violentas toses del mamado... (sic)”*

Don Papanicolau se consoló mucho cuando vio con total claridad, pese a que estaba puesto sus gafas bien oscuras, que la investigación por hacer rebasaba la capacidad de un individuo. Se necesitaba un trabajo de equipo. Por ello, decidió regresar donde don Vlad y pedirle al menos una docena de investigadores privados; a ellos daría las indicaciones pertinentes para realizar una búsqueda exhaustiva y así poder llegar a un encuentro exitoso...

Tomó el avión de regreso a Europa. Se insiste en que los vampiros, por sí mismos, solo pueden realizar vuelos cortos y eso cuando están con la capa adecuada que debe parecerse, al menos en algo, a un parapente.

Inmediatamente después de poner sus pies en el viejo continente, pidió audiencia al ocupadísimo Vlad, que, a pesar conocer la urgencia del caso, le dio una cita, más o menos como en el Seguro Social Ecuatoriano: para después de tres meses...

Y mientras decurrían esos días de espera, surgió en mi mente una de las peores maldades que puede realizar un escritor a sus posibles lectores: ¡No contarles el final de la historia!

Y esto es lo que hago. ¡Fíjense qué malo soy! ¡Sé el final de este cuento y no les cuento! ¡Ja ja ja ja ja ja! ¡Qué lindo brillan mis largos colmillos cuando me miro en el espejo...! ¡Ja ja ja ja ja ja!

Fin

Cuando Eleuterio puso la palabra “**Fin**” a su “**Un colmillo en el arroz**”, estaba seguro de haber escrito una obra maestra: tenía ambiente, intriga, personajes inolvidables (el Pelirrojo) y un final totalmente inesperado, elementos todos que sumaban para que cuando lo publicase le dieran alguno de los tantos premios existentes. Por ello, lo imprimió y entregándole con una solemne inclinación a su esposa y crítica le dijo:

—**Espero tu veredicto.**

— **¿Otro grieguito** —le preguntó con un cierto tono su doña Perpetua Filarmonica.

— **Léelo. Ya me dirás** —le dijo y salió satisfecho rumbo a su trabajo, intentando algo que quería ser uno de esos melódicos silbidos que se oían en las películas del Oeste y que no pasaba de ser, la mayor parte del tiempo, un soplo con sus labios fruncidos.

Tan contento iba por la calle, que cuando se cruzó con una bella morlaca que ejercitaba sus piernas y todo su aparato cardiovascular con un elegante trote, siguió silbando y todavía con sus labios fruncidos se dio la vuelta para apreciar la armonía de sus movimientos.

La amiga de la trotadora elegante, no sé si por sus excesivas libras o por no tener mucho tiempo en esta rutina deportiva, avanzaba detrás de su amiga, resoplando fuertemente. Cuando vio el pico del silbador y la mirada apreciadora de Eleuterio, le malinterpretó y entre resoplido y resoplido alcanzó a decirle:

— **¡Viejo verde...!**

Eleuterio no se percató de que era él a quien se dirigía la trotadora algo entrada en carnes y continuó caminando con su alegría silbadora y sus miradas de apreciación estética carentes de malicia.

Obviamente también miró a la resopladora y ésta, al sentirse mirada -ella lo creía así- por un viejo verde de no tan mala presencia, lo único que hizo fue aumentar el movimiento de sus ampulosas caderas y decir cuando pasaba junto a nuestro vate:

—*Debería usted... puf... puff... pufff. Hacer puf...puf...puf... ejercicio...puf puf puf señor...*

Nuestro autor no estaba para consejos. Ya había ejercitado su intelecto y había concluido una obra maestra de la literatura negra con vampiro y todo. Además le esperaban los desafíos creativos de su trabajo pues tenía que elaborar el programa del cada vez más cercano “Día del Árbol”.

—*Contentote vienes* —le dijo uno de sus colegas cuando lo vio entrar con su semisilbo— *¿Te sacaste la lotería?*

— *¡Qué prosaico!* —respondió— *¡Qué prosaico...! Como si solo el dinero fuese fuente de felicidad!*

Y sin más, se dirigió a la oficina y encendió la computadora que ostentaba en su pantalla un mensaje: *Faltan tan solo 30 días para el gran día. Creemos. Construyamos. Soñemos.*

Y era cierto. Faltaban tan solo treinta días calendario, que si fueran días laborales, sería otra cosa. Los separaban solo treinta, del que iba a ser el evento supremo del ministerio de la Suma Causa: El Día del Árbol.

Espero que los payasos ya estén contratados, y entrenándose, pensó; y los globos con sus leyendas y las ollas encantadas con sus semillas...y... ¡Caray! ¡Caray! ¡Eso no me toca a mí! ¡A lo mío!

Abrió el archivo de Word que ostentaba el nombre de “*Programa del Día del Árbol*” y cuando se desplegó ante sus ojos la pantalla leyó en ella exactamente lo mismo: pero con dos puntitos, “*Programa del Día del Árbol:*”

¿Con qué empiezo? No podía fallar en los textos. Porque antes de imprimirse, todo tendría que ser aprobado en las “*instancias superiores*” (léase centralismo quiteño). Si hasta una simple invitación de esas que decía: “*El ministerio invita a usted al acto tal ...que se celebrará el día cual ... en... a las...*”, hasta esas tenían que ser aprobadas por los iluminados cerebros que vivían bajo el sol equinoccial. ¡Cuánto más el programa por el Día del Árbol! Así es que, ¿cómo empiezo? Con: “*Primero, vuelo de campanas de las iglesias de la ciudad.*” No. Sonaría muy religioso. “*Toque de corneta a cargo de militares desplegados estratégicamente por los diferentes barrios de la ciudad*” ¿Muy militar? Tal vez:

“Desfile de las escuelas seleccionadas hacia las diversas orillas de los ríos en los que tendrán lugar los fastos ceremoniales” entonando el “cumpleaños feliz”...Sí. Podría ser. Intentemos

Programa por el Día del Árbol:

8h00. Inicio del desfile de las escuelas seleccionadas hacia las diversas orillas de los ríos en las que tendrán lugar los fastos ceremoniales con motivo de celebrarse el Día del Árbol.”

Sí. Sonaba bien. Académico, participativo, holístico. Tenía además la ventaja de poner a la ciudadanía expectante ante lo por venir. Ante el porvenir que diseñamos aquí, en el ministerio de la Suma Causa, un porvenir preñado de esperanzas y embarazado de ilusiones, un porvenir que nacerá al cabo, no de nueve meses como nacemos nosotros, sino al cabo de...

Frenó a su pensamiento creativo la ***Marcha Fúnebre’ bemol menor, op. De Chopin*** (no es que sepa de música, sino que consulté en el Google: “*marcha fúnebre*” y esto fue lo primero que me salió) que empezó a difundirse por los altavoces cuidadosamente ubicados para que el sonido llegase a todos por igual –la música al menos sí podía repartirse equitativamente– y cuando ya había pasado minuto y medio de tan solemnes compases se oyó una voz en off, especialmente contratada para la ocasión, voz de locutor profesional, de bajo profundo, impostada, solemne:

—Es nuestro deber comunicarles el fallecimiento ... (pausa) de nuestro presupuesto ...(Cortinilla musical)... Acosado por el imperialismo yanqui, por las oligarquías criollas, por la baja del precio de petróleo, por la carencia de una moneda propia y por tantas circunstancias adversas que todos vosotros saben (sic), nos vemos en la penosa obligación de participarles que ante el sentido deceso de nuestras asignaciones presupuestarias nos vemos en la dura obligación de realizar indispensables recortes ...(cortinilla musical)... Estos recortes no afectarán, por supuesto, a nuestros sueldos, pero deberán suprimirse programas tan importantes como snif snif (sollozos fingidos por el locutor) como el Día del ... (nuevos sollozos fingidos)... del Árbol...

La marcha fúnebre de Chopin continuó hasta acabarse. En las oficinas solo se escuchaba el susurro de moscas que sonaban. Silencio en las oficinas. Silencio en la noche... silencio en las almas... (tango)

Después de aproximadamente veinte minutos de silencio que fueron aprovechados de diferentes maneras: terminar de pintarse las uñas de los pies en el caso de alguna dama; toma de un café bien cargado llevado en un pequeño termo para ver si se despertaba de la resaca de la mala noche anterior en el caso, asimismo de alguna dama (para que no me acusen de machismo); terminar una manito de póker online en el caso de otra persona... comenzaron a salir desde las oficinas a los pasillos y lugares de encuentro, demudados, desencajados:

— *¡No puede ser...!*

— *¡No puede ser...!*

— *¡Es el fin...!*

— *¡Es el fin...!*

— *¿Por qué...?*

— *¿Cuándo...?*

— *¿Dónde...?*

— *¿Cómo...?*

Y varias otras interrogantes pronunciadas vengan o no vengan al caso.

— *Y ahora ¿Qué haremos...?*

— *¡Sí! ¿Qué...?*

Voz del altoparlante, esta vez del **TCTP** (*Trabajador Creativo total Principal*) del ministerio de la Suma Causa, quien con una voz en la que se podía apreciar el esfuerzo por contener las lágrimas decía:

— *¡Que no panda el cúnico! ¡Que la oposición no cante victoria antes de tiempo! Ahora más que nunca hemos de demostrar lo que somos: servidores leales, impensantes (sic) de un GRAN PROYECTO, que sumados con los demás ¿...? haremos una multiplicación de labores impensadas. ¡Ahora más que nunca nos toca exprimir nuestros cerebros y ordeñar nuestras neuronas para buscar cómo festejar el Día del Árbol sin gastos superfluos, sin despilfarros! ¡Sí, bien sé que no podrá haber ya payasitos ni globos de colores! –snif, sniff, bu ju bu ju– (no podía contenerse); que no habrá como repartir sanduchitos... que ya no... pero algo habrá que hacer, algo habrá que hacer...*

Silencio

Murmullos casi imperceptibles.

Murmullos crecientes:

— *¡Algo habrá que hacer!*

— *¡Algo habrá que hacer!*

Grito en coro:

— *¡Algo habrá que hacer! ¡Algo habrá que hacer! Algo habrá que hacer...! ras... ras...ras... ras.. chis pum... ¡Viva la causa de las causas! ¡Viva nuestro ministerio! ¡Abajo la oposición!*

— *¡Que muera el roto Quezada!* —Voz solitaria de un **TCT**, asiduo lector de Condorito.

Y entre gritos y gritos, ahora más que nunca unidos por la necesidad de crear sin dinero, volvieron a sus oficinas a esperar la hora de la relajación en la que empezarían a pensar cómo festejar el Día del Árbol con austeridad.

La cara que exhibía Eleuterio ante estos acontecimientos era la de quien ha visto solo ese día uno o varios cadáveres: en la puerta de entrada de su casa, el uno; encima de su velador, otro. Sentadito en el baño un tercero. Pero en su interior, como decía Hemingway, su interior era una fiesta.

Ya no tendría que elaborar el difícilísimo programa que le traía sin dormir y podría dedicarse por entero a sus creaciones literarias, incluso en su oficina y durante las horas de “*trabajo*”. Al fin y al cabo había aprendido a subir y bajar de la nube los archivos pertinentes y los impertinentes según exigieran las circunstancias de su entorno laboral.

Por fin podría dedicarse a su “*Romeo y Julieta*”, a su siempre inconclusa “*Visita de Pésame*”, que le daban vueltas y vueltas por la cabeza desde hace ya bastantes años, y que nunca habían pasado de las dos primeras páginas. Además, arrojadas a la basura. Que se resistían a transformarse en palabras transmisoras de sentimientos a menos que les pudiese dedicar el tiempo necesario para nacer como debe hacerlo toda obra literaria, igual que nacen los niños, con meses de preparación, con muchos pujos y sufrimiento.

Lo de cómo festejar el Día del Árbol sin gastos, lo tenía clarito, pero solo lo diría la víspera del evento. Eso le daba tiempo para terminar al menos alguna de sus obras inconclusas.

Por la tarde volvió feliz a su ahora más que nunca (creo que es la cuarta o quinta vez que se repite esta expresión) hogar dulce hogar.

Abrió la puerta y en el tono más operístico que pudo entonó:

— *¡Perpetuitaaaa...! ¡Mi amooooor...!*

— *¿Y por qué entras gritando?* — le gritó a su vez su esposa que salía armada con una cuchara mama, pues estaba haciendo dulce de leche en una gran paila, herencia de su abuelita, ni más ni menos. Estaba también protegida por un delantal color verde oliva de combate. — *¿Por qué gritas? Me asustaste. Antes no tenemos niños porque segurito habría habido que llevarles a curar del espanto en la plaza Nueve de Octubre. ¿No sabes que si dejo de batir el dulce puedo perder el punto?*

Eleuterio de cocina no sabía nada. Cuando más abrir una lata de atún o de sardina, según, y reconocía los muy superiores conocimientos de su esposa en este y otros campos, así es que no encontró el menor motivo para iniciar una discusión culinaria. Bajando la voz del tono operístico al del susurro tímido preguntó:

—Cariñito. ¿Leíste...?

— ¡Claro que leí tus pendejadas, marido...!

— ¡Mis qué...! —dijo sintiendo que el corazón no solo se le paraba, sino que se le caía hasta más abajo de los pies, al piso mismo...y allí se quedaba después de dar un botecito.

—Clarito me oíste, Eleu... —apelativo que acostumbraba usar cuando quería recalcar la firmeza de su afirmación, por ejemplo aquella de que estaba con jaqueca y que de “*arrumaquitos, hoy, nada, Eleu*”. Todo esto mientras regresaba al pequeño patio de la casa en donde, sobre una fogata, florecía la hermosa paila herencia de la abuelita y en la que burbujeaba ya haciendo pob pob pob, el dulce de leche.

Gagueando mientras veía batir a su esposa lo que ya le parecía la poción mágica maléfica de alguna bruja, se atrevió a preguntar:

— ¿Dijiste pendejadas, mi amor...?

—Eso mismito dije, marido. Pendejadas. Pendejadas. Pendejadas ¡Vampiritos! ¡Enfermedades! ¡Detectives! ¡Puhh puhhh! ¿No tenías alguna ideíta mejor?

—Pero si vos misma me dijiste...

— ¿Yo? ¡Ni que fuera loca...!

—Pero ¿y la tensión? ¿El misterio...?

—Nada. Pendejadas y lo peor de todo: el final. Sabes, marido, siempre te he dicho —y lo sabes bien— que si no vas a acabar no empieces y en el cuento hiciste eso: no supiste acabar...

— ¡Es un final abierto, impensado, que deja a la creatividad del lector...!

— ¡Mentiras! Te conozco. Te cansaste y no supiste cómo terminar. Ahora, déjame, que necesito batir mi dulce de leche.

Eleuterio se quedó mudo y mudo dio media vuelta y mudo pensó: “Dios mío, qué solos se quedan los muertos” porque ya se sentía un cadáver. “Y pensar que

me han matado las palabras de mi esposa...O será mejor que diga: Hay golpes en la vida, tan fuertes, yo no sé....”

Valiente como había sido a lo largo de toda su vida. Era un hombre absolutamente excepcional que incluso iba solo a las visitas al dentista, alcanzó a llegar casi tambaleándose a su escritorio, mudo, por supuesto y allí, todavía se podía ver en la pantalla encendida las letras finales de su “**Colmillo**” que ahora parecían gritarle a él: . “...Ja...ja...ja... *Qué lindo brillan mis largos colmillos cuando me miro en el espejo...Ja...ja...ja...*”.

Y lloró.

Pero tenía orgullo. Un sano orgullo que durante la noche le animó para que siguiera con su pasión: escribir. Además, era una crítica venida de su esposa a la que interrumpió durante el ritual de la elaboración del dulce de leche... ese era un dato muy importante para juzgar la objetividad de la crítica.

Voy a intentar triunfar allí mismo y con lo mismo, se dijo. Allí: en la mente crítica de mi mujer. Con lo mismo: con otros vampiros. Y como era día de vacación, pudo revisar viejos borradores, tan viejos que algunos eran simples anotaciones hechas a mano en páginas ya amarillas, mientras mostraban las letras desigualmente impresas por su vieja máquina de escribir. Todos abundaban en tachones y correcciones. Ninguno era largo. Ninguno alcanzaba siquiera la extensión de un cuento.

En uno de estos, casi pergaminos, encontró una idea y desarrollarla no le tomó muchos días. En su trabajo tenía que pensar tan solo en cómo festejar en debida forma el Día del Árbol con austeridad, y eso ya lo tenía resuelto. Por ello podía dedicarle varias horas a su nueva narración que, se justificaba, también es parte de la Suma Causa: buscar la felicidad de todos y todas los ecuatorianos y las ecuatorianas. ¿O es que producir bellísimos escritos de humor vampírico y político no son aportes a esa felicidad buscada?

Los resultados van aquí.

Cuatro historias clínicas

Por Alfred-o Yung-a
Psiquiatra eminente y emérito

Cuando “**Psicótica**”, la revista indexada de la sociedad de “**Psiquiatras con tics avanzados**”, me pidió, en vista de mis ya renombradas curaciones de los comúnmente denominados “**casos bleris**”, que escribiera un artículo, me dio inmediatamente tortícolis, una reacción emotiva psicológica que suele acozarme en muy contadas ocasiones.

¿Escribir para una revista indexada? ¿Escribir con abstract incluido? ¿Con sobreabundancia de citas para demostrar que quien escribe, además de ser inteligente, ha leído y estudiado mucho? ¿Escribir en ese estilo serio y difícil lleno de palabras propias de la jerga científica? ¿Lleno de pulsiones, transferencias, complejos edípicos y electrónicos (de Electra, por supuesto), compulsiones, frustraciones, actos fallidos...? En otras palabras: ¿Escribir para que nadie me lea? ¿O para que nadie me entienda? Ya lo probó Alain Sokal en su famosa obra «**Transgredir los límites: Hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica**»: esta clase de artículos no son leídos o si son leídos, no se entienden...

¿Escribir o no escribir? La disyuntiva no es esta; la disyuntiva auténtica está en cómo hacerlo si quiero ser leído.

Para encontrar alguna posibilidad recurrí a mi viejo amigo don Eleuterio Aria, quien, de seguro podría darme algunos consejos. Al fin y al cabo era el principal y único discípulo de la escuela de escritura creativa del ilustre maestro don Joaquín Moreno Aguilar.

Con su conocido gracejo me dijo:

— ¡Puh...! ¡Eso está huevitos o tillos (pronúnciese tishos) como dirían los qui-
teños...! ¡Cuenta una pocas historias de tus curaciones y ya...! ¡Como si contaras
un cuento...!

— ¿Comenzando por: *Había una vez en un país muy lejano...*? —le pregunté
desconfiando de su receta.

—Bueno, no tanto, pero a lo mejor sí podría terminar con el “y vivieron felices...”, claro está si es que en el caso que cuentas tu paciente se curó y no terminó en el manicomio...

— *¡Mis pacientes siempre se curan!* — le dije medio amoscado por su frasecita— *¡Siempre se curan y llegan a puestos muy importantes, además! Solo te voy a dar tres nombres de personas importantísimas que llegaron a mi consultorio con camisa de fuerza y ahora tienen cargos importantísimos. Verás ... Verás... el...*

— *Por favor, no rompas tu secreto profesional* —me dijo y le agradezco su delicadeza— *Al fin y al cabo no me admira, pues este es un país gobernado ocasionalmente por locos. O ya no te acuerdas de el loco Velasco, del loco...*

— *No ejercía todavía la profesión* —le dije— *que si no... otro gallo nos cantara...*

— *Pero que se siguen haciendo locuras, se siguen haciendo* —insistió

— *Creo que te hace falta mucha precisión conceptual* —le dije — *Claro, al fin y al cabo no eres un científico, sino solo un simple literato y no estás acostumbrado a usar los términos con la precisión debida. No se hacen locuras en este país, lo que sucede es que se toman resoluciones primarias, motivadas por traumas infantiles no resueltos y que, lamentablemente tienen muy elevados costos sociales...*

— *Bueno, bueno. ¿Vas a escribir o no?* —me preguntó.

— *Ya lo estoy haciendo* —le contesté mientras le mostraba cómo en la pantalla de mi ordenador (término español que se me pegó en un breve curso de cinco días en la Madre Patria), el software encargado de transformar los sonidos en letras iba llenando la pantalla con estas que ahora tienen ante sus ojos. Todo lo que viene a continuación tuve que escribirlo con mis dos dedos. Me sale mejor que cuanto intento dictarle a mi ordenador. (¿Ya les mencioné mi curso en España?)

Decidí escribirlo, sin importar que “*Psicótica*” me aceptase o no, lo publicase o no. Todos sabemos que, antes de ser impreso tendría que ser “*avalado por pares*”, lo que, de inicio, ponía una dificultad casi insalvable, pues no creo que pudieran encontrar psiquiatras que sean “*pares*” míos. ¿Quiénes?

Pero, ya no me importaba, porque decidí que era una buena oportunidad para dejar por escrito unos pocos casos resueltos por mi humilde persona, en un estilo llano, sencillo, como para que incluso personas tan comunes y corrientes como usted, mi estimado lector, me entiendan. No se resienta, por favor. Madure. Y si siente que no puede hacerlo, tal vez le convendría solicitar una cita para que yo le atienda. No hace diferencia si su caso es sencillo como comerse alguna vez las uñas de sus manos o si tiene características psicóticas avanzadas como podría ser la de comerse también las de los pies. Y no piense que se necesita una envidiable elasticidad gimnástica para ello, tan solo hace falta un cortaúñas o incluso una tijerita.

Si ustedes ya están locos no podrán entenderme. Bueno, escribo para los cuerdos.

El primer caso que deseo contarles es el de un joven que se creía Napoleón. Lo interesante de este caso, muy común, por cierto, es la terapia empleada, pues su curación no fue el resultado de incontables sesiones en el consabido diván contándome sus sueños, analizando sus transferencias y actos fallidos, tratando de que lleve a su consciente lo inconsciente, ni nada de eso. Fue más sencilla.

El joven llegó a mi consultorio como correspondía a su distorsión cognitivo afectiva, con la mano derecha apretándose la barriga como si tuviera un dolor leve, y con la izquierda en su espalda. ¿qué hace con ella me pregunté? Posiblemente “*la contra*” me respondí, pero no se da cuenta que conmigo no valen esas artimañas. A este le curo porque le curo.

Parecía loco de remate, aunque ahora que escribo filósofo un poco y veo que la frase no tiene sentido porque al fin y al cabo ¿quién pujaría en una subasta por comprar a un loquito pagando más que la señora de al lado?

Que estaba bien churuqueadito lo decían tanto la postura de sus manos como una tonadita que entró cantando y que decía:

— ¡Waterluuu! ¡Waterluuu!
¡Waterluuu y watercloss!

¡Waterluuu! ¡Waterluuu!
¡Waterluuu y watercloss!

—**Lo de Waterloo, le entiendo** —le dije para que de entrada apreciara mi capacidad empática— **fue el lugar de su derrota, pero ¿y lo de waterclosss?**

—**Fácil, mi psiqui** (el diminutivo que usaba en lugar de psiquiatra) **¿No cae en la cuenta que menciono en mi canto los dos únicos lugares en donde me han sacado la mierda?**

— **¡Ahhh!** —dije sorprendido por la relación semántica fonético onírica que me mostró una clara falta de superación de su etapa infantil coprológica — **¡Ahhh!**

¿Cómo lo curé?

No tan inmediatamente como pudiera pensarse.

En las primeras sesiones, gané su confianza demostrándole mis amplios conocimientos sobre la estrategia que había empleado en Marengo y Jena y evitando cualquier referencia a la retirada de Moscú. Además, gracias a mi habilidad para interpretar los sueños, capté pronto que su manía era una especie muy rara de castigo compensatorio autoinflingido porque en su infancia mató, casi sin querer, a una gata angora muy apreciada por su abuelita materna.

Lo de casi sin querer se explica así.

Había oído a su anciana antecesora alabar mucho a su gata, diciendo que a diferencia de los gatos comunes, no tenía siete, sino ocho vidas, y que se daba el lujo, antes de caer siempre de pie como los demás felinos, de darse unos dos o tres mortales, como hacen los saltadores de trampolín en las olimpiadas.

Con ese espíritu investigativo propio de la infancia y que lamentablemente nos lo suelen coartar al grito de: “**¡No seas travieso!**”, decidió comprobar la veracidad de las palabras de la vieja señora y empujó a la gata, bastante gorda además, que reposaba plácidamente en el alfeizar de la ventana del departamento sito en el undécimo piso del edificio...

La abuelita murió sin conocer al autor del gaticidio y mi paciente no tenía en su conciencia el hecho, pero tenía un sueño recurrente en el que una gata de

rostro desesperado caía y caía y caía gritando de una manera bastante española: *¡Que me matáis...! ¡Que me matáis...!* Y se despertaba bañado en sudor, como lo dicen todas las descripciones literarias cuando narran el despertar de un mal sueño.

Cansado de intentar llevar a su conciencia el motivo de su napoleonismo, decidí probar terapias innovadoras que le volviesen a la realidad.

Cuando de curar a un paciente se trata, no me he frenado ni en esfuerzos ni en gastos. Busqué en el internet datos referentes a la estatura del vencedor de Wagran y, sin hacer caso de los nuevos estudios que dicen que no era tan pequeño como suele creerse, aproveché que mi paciente, además de ser muy alto, era bastante ignorante, y contraté una impresión de un Napoleón, llamémoslo de tamaño natural, según los cálculos que de su estatura hicieron los ingleses: es decir de 1,57 metros.

La ubiqué detrás de un biombo en mi consultorio para que no pudiera verla nada más entrar, y junto a esa imagen a todo color, coloqué un espejo grande en el que podría verse de cuerpo entero hasta un jugador de básquet gringo.

En la próxima visita de mi cliente, luego de mi consabida y no escuchada rutina de que lo importante era aceptar la realidad, verla sin deformaciones, ta ta ta ta ta... le dije que quería mostrarle algo y le conduje detrás del mencionado biombo.

Allí se colocó frente al espejo, con su manito derecha aplastando la barriga y la izquierda en la espalda; se miró y miró al Napoleón de 1.57.

Callaba.

Se miraba y miraba.

Lo hizo varias veces y, ese mirar y remirar sin palabras me hizo presagiar una pronta curación.

— *¿Qué ves?* — le pregunté en el tono más suave que pude para que no se sintiese presionado.

— *¡Putá, qué bestia, cuánto he crecido!* — dijo con auténtica admiración.

Inmediatamente decidí suspender la siguiente cita y aproveché todo ese tiempo para pensar, pero no se me ocurría ninguna nueva idea.

Fui a mi casa y me acosté pronto, para consultar con la almohada, como suele decirse, pero cuando me oí diciendo en alta voz: “**Almohadita, almohadita ¿qué debo hacer con Napoleón?**”, supe que mis dendritas estaban por hacer cortocircuito y decidí que era urgente que me tomase unas más o menos largas vacaciones.

Cuando regresé, coincidencias de la vida, el primer paciente en mi consulta era el vencedor de Austerlitz, y casi le saludo arrodillándome ante su majestad y besándole la mano, pero las vacaciones son útiles y pude reponerme pronto y recuperar mi rol de psiquiatra.

Mi paciente venía muy impaciente, porque no quiso ni sentarse y me preguntó:

— *¿Puede mostrarme mi foto otra vez?*

Dudé si debía hacerlo o no, pero un foquito se me prendió en la cabeza —antes ya había encendido el del consultorio —una gran lámpara de neón— pues era un cuarto bastante oscuro y le contesté sin que mi voz mostrase la menor vacilación:

— *Por supuesto.*

Y, se repitió la escena de la última consulta y nuevamente el comentario de que había crecido bastante, “**...unos 15 centímetros, tal vez...**”, dijo muy satisfecho y fue en ese su momento de felicidad cuando aproveché para preguntarle como quién no pregunta nada:

— *¿Y cuándo perdiste ese lindo sombrero que luces en la foto? Porque ahora, cabecita llucha vienes.*

Fue el comienzo mágico de la curación. Gagueó, tartamudeó, se pasó varias veces la mano por la cabeza, se miraba una y otra vez en el espejo, metió las

manos en los bolsillos del pantalón como si en ellos buscara el famoso tricor-
nio y al final, que era el comienzo de su curación, se volvió hacia mí y me dijo
con la inconfundible voz de las personas que se encuentran a sí mismas:

—Creo que nunca lo he tenido, doc...

Y se le soltaron las fuentes de las lágrimas. Y lloró durante aproximadamente
los cuarenta y dos minutos que faltaban para ajustar el tiempo de la consul-
ta. No sé si siguió llorando afuera, porque delicada, pero firmemente le dije
que tenía que atender a Shakespeare, y, él, razonando ya como Rafael Te... y
no como Napoleón, comprendió la ironía y salió secándose las lágrimas en la
manga de la camisa. No había traído pañuelo.

El caso siguiente tiene una característica especial pues, a la vez que muestra
mi honestidad intelectual, enseña también mi altruismo.

De mi honestidad habla el que desde el inicio dejo muy en claro que no fui yo
quien lo curó, aunque el hecho haya ocurrido casi en mi consultorio. De mi
altruismo dice mucho el que cuento la curación, con toda generosidad, para
que se difunda este método que, estoy seguro, será un aporte a las ciencias del
comportamiento.

Porque de eso se trata: de comportamientos que, lo sabemos, hay adecuados
e inadecuados.

Es un comportamiento adecuado levantarse del asiento para permitir que lo
ocupe una persona de edad avanzada. Es por el contrario incorrecto retirar
el mismo asiento justo en el momento en el que alguien va a ocuparlo para
contemplar cómo se cae y se golpea primero el trasero y, casi inmediatamente
después, la nuca.

Eran estos comportamientos incorrectos los que abundaban en la vida de mi
paciente cuyos nombres omito, por mi ética profesional.

Pero, vamos al grano como dicen los dermatólogos.

El caso lo calificué ya después de mi primera consulta, como de **“bullinitis
aguda”**, términos que espero sean pronto aceptados por la comunidad cientí-
fica psiquiátrica como los más claros descriptores de esta enfermedad.

La “**bullinitis aguda**” es un trastorno psicosomático que aparece, desgraciadamente con inusitada frecuencia y cuya curación, hasta hoy al menos, solo se lograba merced a dosis masivas de fármacos que lograban que el “**bullinitista**” se convirtiera en un zombi, incluso en su caminar, que suele ser muy parecido al que exhiben los muertos vivientes en las películas baratas. Claro que en el caso de un “**bullinitista**”, más correcto sería hablar de un viviente muerto que de un muerto viviente.

El uso de la lobotomía solo se recomienda en casos muy excepcionales, es decir cuando se puede precisar con toda exactitud la zona del cerebro causante de estas acciones y susceptible, por lo tanto, de ser extirpada.

Aunque la “**bullinitis aguda**”, como ya he indicado, se manifiesta ya desde la tierna infancia, su diagnóstico certero solo puede hacérselo ante la aparición de ciertos inconfundibles comportamientos escolares.

Usted, estimado lector, de seguro conoce o conoció a más de uno de esos niños que se caracterizan por ser los “**bromistas de la clase**”. No se deben confundirlos con los “**chistosos de la clase**”, que suelen ser inofensivos.

El “**bromista de la clase**” está ¿pensando? todo el tiempo en cómo joder a los demás: compañeros, compañeras, profesor, profesora...

Los signos de interrogación que rodean a la palabra “**pensando**” dejan en claro mi duda de si realmente piensan en qué hacer o sus acciones surgen de manera espontánea e irreflexiva.

Hasta donde he podido estudiar, las actuaciones de “**bullying**” en la escuela suelen ser más o menos espontáneas, aunque se incrementan por dos circunstancias externas: la tradición y la aceptación social.

La tradición da a conocer a las nuevas generaciones aquellas conductas anteriores que tuvieron éxito en este molestar a los demás.

Cuando con el ejercicio experimental de estas “**herencias**” se logra aceptación social mediante frases tales como: “**vos sí que eres (sic) un trucha**”, es muy posible que el comportamiento se exacerbe.

Las primeras acciones suelen ser tan inofensivas como llegar corriendo por detrás de alguno de sus compañeros más débiles, que está pacíficamente conversando, y darles un golpe relativamente fuerte en la cabeza, con la mano abierta, gritándole al mismo tiempo: “**¡Cocolo!**” (Cocolo= sin pelo, en cuencano) No importa que los susodichos sean más bien cerdoncitos. Creen que el éxito está en el grito y en ese alejarse a la carrera para no ver el sufrimiento causado.

Cuando esta acción no da los resultados esperados: lágrimas del cocolo y risas de los que le rodean, el bullinitista se siente frustrado y en la próxima ocasión ya no empleará la mano abierta, sino que hará ese puño especial en el que sobresale –doblado– el dedo corazón y lo descargará con furia sobre algún otro (o incluso el mismo) cocolo, cuidando de decir en esta ocasión: “**Toma cocacho, cocolo de mierda**”. El llanto es ahora casi seguro, sobre todo en los primeros grados, pues en los grados superiores, peor en el colegio, está mal visto que los varones lloren.

Si esta naciente enfermedad no se cura en edades tempranas, tiende a agravarse en los años de colegio y, si en ellos tampoco ha habido un adecuado tratamiento, en la edad adulta constituye un peligro social.

Son personas muy capaces de gritar con voz realmente desesperada: “**¡Incendio! ¡Incendio! ¡Corran!**” en una sala de cine abarrotada de niños que han acudido a ver un estreno de Walt Disney. O buscan una curva sin visibilidad en una carretera secundaria poco transitada y ubican en ella piedras relativamente grandes para “**estudiar la habilidad de los conductores**”. Las observaciones que realizan de los frenazos, maniobras y choques, las hacen desde un escondite muy seguro.

No abundo en ejemplos porque su lectura podría despertar en algún lector sus instintos dormidos.

Lo más grave de esta enfermedad es que su remedio ha sido bastante sencillo e inclusive, económico.

Siempre había intuido que bastaba con que un día, el “**cocolo**” (demos este nombre genérico a los víctimas y a las víctimas del bromista), bien sea por sus propias manos o por las de algún hermano mayor o compañero sincero,

decidan lo que se dice, en cuencano asimismo, “**sacarle la eme**” al molesto-so, propinándole una discreta paliza, la suficiente para que agarre un miedo brutal. La dosis de paliza adecuada había imaginado que podría ser medida en dientes perdidos: unos dos o tres, según el caso, y, preferiblemente, de leche.

Anotación lingüístico semántica: Nunca, hasta mi meditativa edad adulta, comprendí la expresión: “**sacarle la eme**”. Me parecía sencillamente vulgar y de mal gusto. Ahora comprendo que detrás de ella se esconde, al menos en los casos de **bullying**, una gran sabiduría popular, pues de lo que se trata es, justamente, de sacarles toda esa suciedad que tienen adentro y que les hace actuar como seres crueles, incapaces de captar el sufrimiento que provocan.

Retornando al relato. El paciente al que atendía era uno de esos casos evidentes a los que, lamentablemente no se le había aplicado el remedio a su debido tiempo.

Llegaba con mucha antelación a mi consulta y mientras esperaba su turno practicaba su arte.

Unas veces la broma no era tan grave. Por ejemplo a algún paciente que llegaba temblando y con claros síntomas de sufrir un ataque de pánico le decía que: “...*el irresponsable del doctor ha decidido no venir hoy día al consultorio y, lo peor, parece que se ha ido de vacaciones en uno de esos cruceros por el Caribe y no dizque va a atender siquiera durante un mes...*”

Otras eran más serias. Recuerdo que, aprovechando algún descuido, había robado una de mis recetas y cuando llegó un cliente le dijo muy cultamente que yo, le había encomendado que le diera esa receta y pedido que la tomase antes de entrar al consultorio. El ingenuo le creyó y se tomó la explosiva dosis de purgante que había prescrito el bromista. Por suerte, todo el edificio estaba bien dotado de servicios higiénicos.

Debo indicar, con auténtica ética académica, que estaba ya casi por pensar que era un caso incurable.

Primero apelé a la empatía: *¿No ves el sufrimiento que causas? ¿Y si eso le hicieran a tu hermanita menor?* ¡No tengo hermanas! — recuerdo que me respondió el muy bestia. *¿Y si te hicieran eso a vos?* Ninguna respuesta. Un buen día,

olvidé el uso correcto de mi lenguaje profesional y le dije duramente que por qué era tan bruto, que sus bromas podían ser muy peligrosas.

El asintió y me dijo que justamente en esos días estaba realizando una investigación científica acerca de momentos peligrosos en la vida y de la suma de variables que podían producir lo que había denominado “**PDCI**”, sigla de: “**peligro de caída inminente**”.

Me dijo, con una seriedad propia de un profesor de pedagogía cuando explica con palabras difíciles que los profesores deben siempre procurar enseñar a sus alumnos ¿...? que había lugares especialmente propensos a un **PDCI**: una bajada de veredas embaldosadas en un día de lluvia, en las que confluían lo que llamaba dos variables naturales: la pendiente y lo resbaloso de las baldosas, a las que se sumaba la variable circunstancial de la lluvia y a las que incluso añadía alguna puesta por él, como algún fuerte grito provocador de distracciones.

Con la misma seriedad con la que el pedagogo expone que es mejor enseñar a los alumnos a saber y a hacer que simplemente a saber, me relató que había comprobado que el índice de **PDCI** en las circunstancias ideales estaba entre un 75% y un 85%, pero que aún no había podido publicar los resultados en las revistas científicas indexadas, porque el número de casos de estudio era todavía muy pequeño: solo siete.

La broma final de este sociópata consistió en ubicar estratégicamente cascaritas de plátano en lugares -llamémoslos así- de alto tráfico humano al alcance de su mirada. Con una cara de bondad incommensurable se encargaba de distraer a las personas justamente antes de que dieran el paso preciso.

—“**Pst, pst, señorita, el doctor me dijo que...**” —y la señorita tornaba a verle, pisaba la cáscara y caía estrepitosamente de nuca. Eran épocas en las que todavía se usaban vestidos y las pobres mientras flotaban en el aire, instintivamente más se preocupaban de tapar sus interioridades, que de protegerse la testa. Resultado: risas calladas del idiota.

Dije broma final y es cierto. El bromista tuvo una distracción momentánea y en lugar de ser una joven pudorosa la que se estampaba en el piso de la sala de

espera, fue una pobre señora anciana la que resbaló y, por suerte, solo cayó sentada de pompis. Se puso a sollozar quedamente, con un llanto tiernito.

Circunstancias de la vida, un Hulk cuencano, un Tarzán ecuatoriano, un Superman azuayo, como quieran denominarle, que esperaba ser atendido ya bastante rato, pudo ver tanto la actuación de mi paciente como escuchar el llanto de la anciana. Por ello, calmadamente pidió a la recepcionista que atendiese a la señora caída mientras él, se dirigió hacia nuestro bromista, le alzó con facilidad del asiento en donde estaba y comenzó a atizarle una paliza muy importante.

El escándalo de la caída de la anciana y los gritos de petición de auxilio del bromista congregaron a varias personas en el lugar, entre ellas yo, que en un momento en que nuestro hulk—tarzán—supermán parecía descansar y daba pocos golpes, le dije calladamente al oído:

—***“Súbale la dosis, en esta edad, me imagino deben ser cuatro dientes.”***

No creo que haya comprendido lo que quise indicarle, pero pasado ese cierto momento de descanso, continuó atizándole con dedicación y esmero.

Creo que se curó primero porque no volvió a visitarme y segundo, porque un día, en una esquina muy transitada, de esas en las que la presencia de los semáforos unida a la de los policías dando órdenes, crean un constante peligro de accidentes, ayudaba a una señora a pasar la calle.

Cuando me vio, me reconoció y me dijo:

—***Buenosh díash, doctor. Como puede ver: ¡ya shoy buenito!***

El peculiar sonido de las “**eses**” lo atribuí a la carencia de algunas piezas dentales frontales.

El caso que más quiero destacar comenzó 3 de julio, a las 11h45. Una breve explicación de la hora.

Dedico a cada uno de mis pacientes exactamente una hora. No importa que esos sesenta minutos les parezcan cortos, en cuyo caso a veces he tenido que llamar a los guardias de seguridad para que desalojen al o a la paciente que

quiere seguir relatándome sus penas o si, por el contrario, todo lo que tenían que decirme lo soltaron en los primeros cinco; no hay problema, los restantes nos dedicamos, médico y paciente o paciente, a enseñarnos nuestras mutuas habilidades en el arte del origami. (Esto explica los numerosos pájaros, sapos y barcos de papel que suelen aparecer en mi consultorio.) Así pues, una hora exacta. Los sesenta minutos con el cliente. Los quince restantes los dedico a anotar bien sea las precisiones en el diagnóstico, algún importante avance en el tratamiento que podría servir para ser publicado en una revista científica como un aporte para casos similares o, inclusive, anotaciones con el respectivo dibujo del doblado exacto que necesita darse al papel, para lograr que el sapo origámico realice un pequeño salto.

Al igual que ese otro genio, Kant, me ha obsesionado la puntualidad. Comienzo a las ocho en punto de la mañana, por lo tanto mi primera cita será de 8h00 a 9h00. De 9h00 a 9h15, tiempo para anotaciones, psicológicas, patológicas, origámicas o de cualquier clase. De 9h15 a 10h15 segunda cita. De 10h15 a 10h30: anotaciones. De 10h30 a 11h30, tercera cita. De 11h30 a 11h45: anotaciones.

El todavía desconocido paciente había reservado mi cuarta y última cita esa mañana; por ello mi afirmación de que pasó por la puerta de mi consultorio a las 11h45, segundo más, segundo menos.

Existe no solo el registro en mi agenda, sino también en el cuaderno de citas que da la recepcionista en la que consta la hora de inicio de la consulta y el correspondiente e infaltable: “*Cancelado*”, que indica como es evidente, que el paciente o paciente, han pagado anticipadamente la totalidad de los emolumentos correspondientes a esa cita.

La razón de esta indispensable cancelación previa no se debe a avaricia de quien esto escribe, sino a un sano consejo de uno de mis profesores:

— “*Cobra antes, porque después algunos aprovechan y se hacen los locos cuando les reclamas y lo peor es que te han de decir bravos: ‘Medio juato creo que está el doctorcito, ¿no se acuerda que le pagué a la entrada?’*”

Vale una aclaración semántica: La palabra “*juato*”, que obviamente no existe en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, aplicada a una

persona, quiere decir que es medio ingenua, medio tonta y un poco loca, todo sumado. Un ejemplo que tal vez aclare a mis lectores el significado exacto de ella podría ser el siguiente: *“El Ecuador ha tenido gobernantes curiosos. Algunos medio juatos. Otros juatos y medio, por ejemplo...”* (Como hoy en día es peligroso poner nombres en donde están estos puntos suspensivos no pongo el nombre que tenía en mente. Me da pena, porque el ejemplo era muy aclaratorio del significado del término.)

Tan solo un dato más para indicar que mi memoria está tan diáfana como un cielo andino en día de helada. Ese día, la cita anterior a la de N.N., es decir la cita 3, porque ya he indicado que la de “Juanito” –llamémoslo así por ahora– fue la cuarta, me dejó sin capacidad de anotar nada. Tan solo me dejó pensando.

Les cuento lo poco que puedo relatarles sin faltar al sigilo profesional. Cuando dije: *“Puede pasar el siguiente”*, entró a mi consultorio una señora que, mientras procedía a tomar asiento, me dijo que creía que estaba loca de remate. Fueron sus palabras, no las mías. Yo, para demostrarle quién era el experto, le insinué que a lo mejor se refería a un *“estado psicótico avanzado”*, pero no se inmutó y continuó hablando con soltura. Lo que me contó –y procuro mantener su estilo– fue más o menos lo siguiente:

—*“Sí, mi estimado doctor, aunque usted no lo crea —y no se ría creyendo que soy Ripley,...ji...ji... — ¿Comprendió el chiste? ¿No? ¡Qué pena! Pero no sufra, yo le explico: Había en los periódicos una sección que se llamaba “Aunque usted no lo crea” que la publicaba un tal Ripley y como yo le dije “mi estimado doctor, aunque usted no lo crea...”*. ¡Ah! ¿Ya comprendió? ¡Qué bueno! Porque yo estaba comenzando a pensar entre mí: Medio lento ha sido para comprender el doctorcito...ji...ji.. Y hasta comenzaba a dudar: Si no alcanza a comprender un chiste, peor comprenderá mi caso. Pero como veo por su carita medio sonreída que ya captó, le sigo contando.

Como ya le dije, yo pienso que estoy loca de remate. Fíjese que, ahora que caigo en la cuenta, no sé por qué se dice esto de “loca de remate”. Es una expresión muy poco afortunada, ¿no lo cree, mi querido Freud? Piense que si entre los objetos de un remate, un carrito medio usado, una computadora con poca memoria, unas sillas viejas, a lo mejor un cuadro de un artista venido a menos, una escultura, unos adornos, estuviera una loca como yo, ¿Cree que pagarían algo? Loca de remate... Pero ya lo ve, así lo dice la gente y yo, como también soy gente,

también lo digo. O peor, mi estimado Adler (qué instruida que soy) imagínese un remate solo de loquitas...

Yo la escuchaba y no dejó de admirarme la coincidencia a la que tanto ella como yo habíamos llegado en el análisis de la expresión “*loca de remate*”. Me limitaba a leves y adecuadamente espaciadas inclinaciones de mi cabeza como muestras visibles de comprensión cabal.

Me molestó aquello de que soy lento para comprender, y esto, porque la dama había acertado. Hay ocasiones, en las que mientras una persona cuenta un chiste, aparentemente estoy mirando al narrador, pero mi atención está fija en los demás oyentes para saber cuándo tengo que reírme. Si veo que ríen, río; si sonríen, sonrío; si sueltan estruendosa carcajada, procuro carcajearme también; si, como sucede pocas veces, se quedan con cara de lelos, el que más de lelo pone la cara soy yo, porque la tengo bien ensayada, sobre todo para cuando me dicen:

— ¡Ay, doctorcito, tantote que ha sabido cobrar usted!

Y yo les respondo con mi ensayada cara de lelo.

—Señora, señorita, señor, licenciado, ingeniero —lo que corresponda según el caso —No lo tome como un gasto, sino como una inversión, al fin y al cabo ahora usted va a rendir mucho más en su trabajo.

Lo grave es cuando alguien me cuenta un chiste a mí solito, cuando no tengo ni risas ni rostros de referencia. Entonces suelo poner cara de ironía y decir una frase que suele servir para todo:

—No está nada mal...

Hay ocasiones, en las que después de pronunciar mi inteligente frase todo servicio, el narrador nota mi incompreensión y comienza con el consabido:

—Veo que no entendiste. Verás, lo que pasa es que...

Yo le interrumpo con un:

— ¡Por favor! Nunca intentes explicar un chiste. Vas a quedar como tonto.

Pero, regresemos a mi loca de remate. Ella seguía hablando y hablando. Era una auténtica ametralladora de frases.

— ¿Sabe por qué creo que estoy loca? ¿No? ¡Claro, que tonta soy! Como lo va saber si aún no le he dicho nada. ¡Es que me da vergüenza! ¿Sabe? Yo sé muy bien que usted, mi ilustre Jung, (para que vea que soy instruida) debe haber escuchado, igualito que los confesores, cosas terribles de sus pacientes. Y no es que solo me imagino. No, es que lo sé de fuentes fidedignas. Verá, tengo una amiga que se autocalifica ella misma de ninfómana grado 33. Ella, como somos panas desde chiquitas, me cuenta casi todo. A veces me dice que como sabe que soy media mojigata solo me cuenta lo que ha pasado por la censura. Pero entre estas cosas me dijo que le ha contado a usted toda su vida íntima con lujo de detalles. ¿Me sigue? Entonces es claro que, como la pobre es tan puta, usted debe haber escuchado ¡cada cosa...! Pero no piense mal, si le digo puta a mi amiga...ji...ji.. No es porque cobre, ni nada de eso. ¡No! ¡No cobra nada, es que le gusta mismo! Y, además, a ella mismo sé decirle esto ¡y nos reímos...!

¡Ay, pero no hablemos de otras personas! ¡Huy, ya mismo creo que se pasa la hora y aún no le digo mi locura! ¡Ay, qué vergüenza! Estoy loca, porque, ¡porque...! ¡Ay...! ¿Cómo le digo...? ¡Qué acholo! ¿Estoy ruborizada? Bueno, le suelto: ¡Me encanta hacer el amor, pero encantarme a lo bestia, hacer el amor...! ¡...ji... ji..! con... con... ¡con mi marido!

En esos momentos yo degustaba un poco de agua. Tenía en mi boca un buen trago de ella. Estaba, como quien dice, haciendo una media gárgara. Cuando oí lo del marido, el líquido salió disparado como chisguete por mis labios oprimidos aún por la sorpresa.

Obviamente me disculpé y disimulé en los mejores términos diciéndole que me perdonara, pero que estos “*espasmo laringo traqueíticos bucales imprevistos*” no eran frecuentes.

— ¡Ay, sí! Le comprendo — me dijo ella — Este espasmo laringo traqueítico bucal imprevisto de usted, fue igualito al que le dio a otra amiga mía cuando, ¡ay! ¡No sé por qué le cuento! Cuando se enteró de que su marido se había enterado que ella, ... bueno... usted sabe... a veces nos pasa... claro, no a mí, sino a las mujeres en general... un momento de debilidad, y, bueno ... se había enterado de que mi amiga le había puesto los cachos y venía a la casa bravísimo... Claro, ella no

estaba en la casa, sino en un barcito con nosotras tomando un cafecito. Sanitas, ya ve. Y estaba en medio bocado cuando sonreída tomó el celular que le sonaba en la cartera y todas pudimos oír porque la pobre había dejado el manos libres creo que llaman y oímos todito...viera... ¡Conque el... era solo tu amigo! ¿No? Ya llego a la casa y vas a ver lo que te pasa... y le dijo cosas, sabe, feas... Por ello le dio un espasmo laringo traqueítico bucal imprevisto, igualito al de usted y con el cafecito nos aspergió a todas. Bueno, no vale exagerar, solo a las que estábamos al frente de ella, porque a las de los lados no les llegó nada. ¡Viera cómo quedó mi saquito! El saquito de salir a los salones. Por suerte el café sí sale si se lava pronto, pero, ya me perdí de nuevo... Bueno, ya le dije y veo que le sorprendió. Pero es cierto. Ciertito. Me encanta hacer... ji...ji, el amor con mi marido... Debo estar loca, doctor, porque eso es lo que me dicen toditas mis amigas cuando les cuento esto. Ni sabe: abren unos ojotes, unas; otras una bocota y los ojos también. Tartamudean, sacuden la cabeza y me repiten y me repiten

— *¿Con tu marido? ¿Estás loca?*

Y después tratan de explicarme:

— *Lo que pasa es que seguramente no sabes lo que es el sexo. El buen sexo, con orgasmos múltiples, con alaridos, con gemidos.*

Y yo bajo los ojos y no quiero discutirles nada, porque sí sé lo que es todo eso. Y lo sé porque hemos ido aprendiendo los dositos: mi marido y yo. Con paciencia, con esmero, con dedicación. Ensayo y error creo que llaman al método. Me callo ante mis amigas, pero con mi marido tengo todo. No me falta nada. Fíjese que una vez, ¡Ay, doctor! ¡Pero no le contaré a nadie! Una vez decidí probar con uno de esos “papazotes”, como dicen mis amigas, con el que mejor les había ido a algunas de ellas y, debo serle franca, el pobrecito se creía mucho lote, pero ¡ni para descalzarle a mi marido! ¿Cree que estoy loca, doctor?

Era claro que no estaba loca, que estaba totalmente cuerda. Y eso fue lo que le dije. No le recomendé ningún tranquilizante ni ninguna clase de fármacos, sino tan solo que cuide bien al marido, y que más bien no les contase nada de esto a sus amigas...

Justamente después de esa dama absolutamente cuerda y que tenía un marido excepcional, cariñoso, fogoso, talentoso y todo lo demás, llegó él.

Meditaba todavía, sin anotar nada, en lo que denominé: “*el caso de la esposa suertuda*” cuando oí que mi secretaria recepcionista anunciaba por el intercomunicador:

—*Le espera su siguiente paciente, doctor, ¿lo hago pasar?*

—*Claro, por supuesto* —contesté

Fue cuando entró él. Era más bien alto e iba impecablemente vestido de negro, con una elegancia digna de un matrimonio importante en el que él fuese, al menos, el padrino.

— *¿Debo sentarme o acostarme?* — me preguntó con una voz profunda y educada, a la vez que señalaba con su cabeza la silla y el diván.

—*Como se encuentre más cómodo, señor ¿...?*

—*Ulrik Papanicolau* —me dijo tranquilo.

— *¡Ah! Es usted griego* —le dije para ganar su confianza.

—*No* —me respondió, sin impresionarse por mis conocimientos.

— *¡Ah! ¡Ya caigo! Su nombre lo dice todo: es sueco de Suecia...*

—*Tampoco, doctor, pero no importa. ¿Podemos comenzar?*

Ni sueco ni griego. ¿De dónde me salió este hombrecito elegante con un dejo tan raro al hablar y que al hacerlo procuraba no abrir mucho la boca?

— *¡Claro! ¡Claro!* —le dije entonces, señalándole el diván.

— *¡Qué bien!* —me dijo— *Así estaremos mejor, porque cuando le cuente lo que le voy a contar, usted podrá poner la cara que quiera...*

—*Mi rostro es y será el mismo de siempre* —le dije— *profesional, atento, concentrado en los detalles que me permitan captar la raíz de sus preocupaciones...*

—*Es que lo mío es realmente asombroso* —me insistió.

—*Todos los seres humanos somos asombrosos* —continué. Quería que desde el principio sintiera que no era una rareza, sino tan solo un caso más.

—*¡Claro! Los seres humanos... los seres humanos ...* —dijo con un tono profundo.

La expresión y la profundidad del tono unidas a mi amplia experiencia me hicieron sospechar inmediatamente que era otra de esas personas que se creen marcianos. Pero no quise precipitarme en mi diagnóstico porque al fin y al cabo existen más planetas.

Recostado en el diván, sin preocuparse porque su hermoso y elegante traje negro se iba a arrugar con toda seguridad, repitió que lo que estaba por suceder sería posiblemente un hecho de importancia histórica.

Tratando de imitar su voz profunda y educada y, además, de parecer muy inteligente, le dije que siempre era un suceso histórico en la vida de una persona recostarse en la sala de un psiquiatra.

—*¡No! ¡No!* —me dijo calmadamente— *No es un suceso tan simple. Es posible que sea la primera vez en la historia de este planeta en la que uno de nosotros se sincere con un humano.*

Ya está, pensé alegre. Se confirman mis sospechas. Otro extraterrestre.

—*Discúlpeme* —le dije, siempre tratando de imitar su voz profunda y educada— *debo entender entonces que usted, vamos, no es un humano... ¿Un extraterrestre, quizá?*

Pensaba entre mí que el pobre señor sufría creyéndose, tal vez, un caso único cuando, por el contrario, era uno de los más comunes. Claro, con manifestaciones diferentes. Algunos de los que padecen este trastorno psíquico muestran incluso alteraciones en su aspecto. El más grave de los que había tratado hasta ese día era uno que decía ser nativo de Marte y que tenía un impresionante color verde. Después supe que era el resultado de alimentarse

casi exclusivamente con espinacas. Las antenas que lucía en su cabeza no me conmovieron en absoluto porque eran de plástico.

—Para usted, mi estimado doctor, será muy difícil comprender, pero, atraído por su fama he venido pese a que creo será inútil. Y no, no soy ningún extraterrestre, soy terrícola como usted, salvo que... ¿como lo diré...? Lo soy y no lo soy... Para no andar con rodeos: soy un vampiro.

Como no estaba tomando nada no tuve otro espasmo laringo traqueítico bucal imprevisto. (Me gustó el nombrecito que le puse) (Lo que hacen los sustos y la necesidad de ganarse honradamente la vida).

Mi voz dejó de tener la solemnidad de mis preguntas anteriores y salió esta vez medio chillona:

—Perdone, ¿me dijo que usted es...?

— ¡Sí! ¡Lo oyó bien, doctor! ¡Soy un vampiro! Y para más señas, señor, de Rumania. Es decir un vampiro con clase y ancestro. Y como sé que muchos de ustedes, sobre todo los del llamado mundo académico, no creen en nuestra existencia o que tan solo existimos en películas de muy mala calidad actuadas por Bela Lugosi, creo que lo mejor para que usted se convenza que esto es cierto, es mostrarle los colmillos chupadores que es nuestra característica fisiológica más visible.

Y diciendo esto se levantó del diván con una agilidad sorprendente y acercando su rostro al mío me mostró lo que había llamado su característica fisiológica más visible: ¡Unos colmillos!

Debo haber puesto cara de señorita a punto de ser violada por varios asaltantes nocturnos, porque me dijo con voz tranquilizadora:

—No, mi doctor, no he venido para chupar su sangre. He venido para sorber sus conocimientos y ver si puede curarme.

Y volvió a recostarse con lo que recuperé al menos un poquito de mi valor y de mi inteligencia.

Mi voz se esforzaba por sonar valerosa y tranquila, pero no alcanzaba a hilvanar bien las palabras:

— *¿No será...? ¿Tal vez...? ¿Que... usted... bueno... a lo mejor... necesita... un buen tratamiento de un ortodoncista?*

— *¡Por favor!* —me dijo y noté que su educación controlaba su disgusto. — *Asuma las cosas como son: soy un vampiro y los hermosos colmillos que ha podido apreciar no están allí para que los corrija ningún tratamiento (además son carísimos), sino para beber la sangre que necesito para vivir. ¿Estamos?*

—*Estamos, sí.* —le dije procurando recuperar mi compostura y tono profesionales. Aunque en mi mente me decía: Estamos asustados, estamos desconcertados, estamos confundidos, estamos aterrados...

Tosí un poco, para aclararme la garganta y le dije lo primero que me pareció inteligente.

—*Verá, don Papanicolau, no es que desconfíe de lo que me dice, pero ¿cómo es que siendo un vampiro, está aquí, en pleno día, en un consultorio al que ciertamente entran unos rayos solares buenotes y, hasta donde conozco...?*

Tenía mi consultorio unos hermosos ventanales que daban al poniente.

—*Usted comprenderá, mi estimado doctor, que hay muchos mitos en torno a nosotros y este que acaba de mencionar es uno de ellos. No nos hace mal la luz del sol, ni la de las lámparas de neón, ni la de los focos incandescentes, ni la de los nuevos focos led, incluso. Lo que sucede es que, para alimentarnos, preferimos la noche o la oscuridad. Igual que los murciélagos, claro, ellos, por otras razones. Pero, en nuestro caso, le diría que es por motivos estéticos. Imagínese lo feo que se vería observarnos degustando los pescuezos o cuellos de hermosas damas en pleno día, a lo mejor en parques concurridos mientras cuidan de sus hijos, o en almacenes o supermercados mientras realizan sus compras... No, no se vería bien. Y por todo ello preferimos la noche. Hemos conversado mucho en nuestro grupo y hemos considerado que mientras más de estos mitos existan es mejor. Podemos vivir más tranquilos.*

El tono y la tranquilidad de sus respuestas eran realmente convincentes. Por ello, como quien no hace nada, empecé a leer las cajas de muestras médicas que reposaban en mi escritorio. Recordaba que una de ellas, de una casa especializada en remedios naturistas, tenía entre sus ingredientes: valeriana, ajo, uña de gato e incluso ácido acetilsalicílico “...*probado y fabricado en la misma Alemania...*” según me dijo el visitador y que servía “...*para prevenir y curar casi, casi todos los males contemporáneos...*”

Lo encontré y lo destapé con mucho tiento, lo que me fue fácil porque tenía una sencilla tapa de rosca y no una de esas de seguridad que tienen muchos medicamentos...

—*Huelo que tiene algo de ajo* — me dijo con un tono de voz irónico — *¡Por favor, doctor! ¡Ya le dije que no le voy a morder ni nada de eso, cuanto más que veo que está un poco anémico...! Además, créame que ese producto no le protegería de nada. Aunque no lo crea: ¡he comido camarones al ajillo...!*

—*Ji, ji, ji*, — sonreí como un niño al que se le encuentra copiando en un examen de matemáticas y pone cara de perdóneme, profe... Y, dije lo primero que se me vino a la mente, que era, además, obvio:

—*Pero, ¿ustedes, también comen...?*

—*Sí, pero solo cuando tenemos necesidad de disimular. En una recepción por ejemplo. Y si he de serle franco me ha gustado eso que ustedes comen tanto: el motecito, que dicen.*

Francamente estaba desconcertado. No sabía qué decirle. Por suerte, continuó.

—*Tal vez sirva indicarle que la causa de mi mal actual se debe a mi anterior estadía en Cuenca...*

—*Veo que no es la primera vez que visita este hermoso patrimonio de la humanidad* —acoté orgulloso...

—*No vine por turismo, doctor. Vine para investigar el caso de uno de los nuestros que había muerto de SIDA.*

—*¡¡Ah...!!! ¡¡Pugta!!* — me salió como suele salirseme en veces esta vulgar expresión pese a mi exquisita cultura.

—*Sí, doc* — su voz comenzaba a tener vacilaciones — *creo que fue eso lo que me sacó de quicio, me traumó, me robó mi seguridad, me...*

— *¿Se contagió, tal vez...?* — dije procurando facilitarle su relato.

—*Nada de contagios, doctor. Para ayudarle y simplificarle el diagnóstico, le diré que desde hace unos meses estoy hipocondríaco y quiero que me ayude.*

Entonces sí me sentí en mi salsa. Recuperé mi serenidad, me senté bien en la silla y, aunque no me miraba (seguía recostado en el diván mirando el tum-bado), adopté mi pose de: *“lo comprendo.”* Es decir, entorné ligeramente mis cejas, apoyé mi boca en mi puño izquierdo mientras mi codo, el izquierdo también, por supuesto, reposaba en el escritorio. (Si no creen que esta es una postura de comprensión, les pediría que la usen frente a un espejo.)

Así es que se trataba de un sencillo caso de hipocondría. Ya había tratado varios y los había curado, lo que se suele decirse, en un periquete. Claro, este tenía el ingrediente de que el paciente era una ¿persona? que no sabía si pertenecía al género humano y, por ello, a lo mejor el asunto se ponía difícil. ¿Tendría que poner a don Ulrik, junto con algunos políticos en actividad, entre mis casos no resueltos? Porque había trabajado con varios de ellos procurando devolverles una visión clara de la realidad; parecía fácil, pero pese a mis esfuerzos, a verdaderas avalanchas de fármacos potentes, seguían viniendo a través de sus discursos ideológicos una realidad distorsionada. Y vale precisar que no importaba si eran socialistas de siglo XIX, del XX o del XXI; si eran capitalistas, neoliberales, si eran comunistas cabezones o comunistas de Mao, libro rojo y demás. Concluí, en un ensayo que no me he atrevido a publicar por miedo, que sus ideologías los trastornaban al extremo que, ni genios como yo, podían retornarles a que vieran la vida como es, los problemas como son. Bueno, pensé, pero si curo este caso, a lo mejor nuevamente podré aceptar entre mis pacientes a los políticos.

— *¡Ah, ya! Entonces, ¿deduzco que puedo decirle sin ofenderle que es usted un vampiro hipocondríaco? Don Papanicolau.*

—*Exacto, doctor. Puede llamarme Ulrik.*

Y creo que esa fue su última frase con voz tranquila y solemne. Las demás tuvieron el tono que tienen todas las de las personas que sufren: temblorosas, dubitativas, rápidas. Pese a que me dijo que había estado poco tiempo en la ciudad, había tomado muchas de nuestras clásicas maneras de expresarnos. Sobre todo, el diminutivo.

—*Doctorcito* —me dijo, y al oír la expresión y el tono, supe que yo había retomado el control— *ya no quiero sufrir más. ¡Ya no puedo sufrir más! ¡Soy hipocóndrico! Y nosotros no podemos darnos el lujo de serlo. Piense: Tenemos que salir por las noches, sin que nos importen los fríos ni los vientos. Los asaltantes que ahora tanto abundan no nos preocupan, porque en cuanto les muestro mi... bueno... mis características más notables... salen corriendo con una cara de pavor que más bien da pena...*

Y continuó con sus confesiones, ahora medio entrecortadas.

—*Se imagina, señorcito: La otra noche, bien arropadito por el frío -hasta con bufanda y guantes estaba- me preparaba a degustar una sangre que se intuía de muy buen sabor, porque era la de una linda gordita que iba caminando a su casa, solita. Como soy culto, le había pedido que más bien se dejara chupar por las buenas y que mostrara su pescuecito sin problemas, porque de no hacerlo, tendría que tumbarle en el suelo ¡en ese frío!, y a lo mejor, si nos veían así, hasta podrían creer que la estaba violando... Y, parece que logré convencer a la gordita pues se levantó su cabello con un lindo mohín y dobló la cabecita con una delicadeza que me conmovió. Mis dientitos ya casi rozaban esa piel tierna cuando a la panzona se le ocurre estornudar y decirme: ‘Discúlpeme, pero es que estoy un poquito agripada. ¿Me permite sonarme un ratito?’ Y sin esperar que le diera el permiso solicitado, saca un pañuelo, se lo aplica a la nariz y comienza a sonársela con unos sonidos casi escalofriantes... Esos que se producen cuando uno está bastante agripado, ¿comprende?*

—*Por supuesto* —le dije, por decir algo y continué— *Me dijo que la señorita le había dicho que...*

—*Que estaba un poquito agripada, doctorcito. Y, créame, todo fue oírla y oír su sonada de nariz y quedarme paralizado, tieso, inmóvil, como estatua, quietito,*

sin poder mover ni pata ni oreja. Bueno, ni cuando estoy tranquilo puedo mover las orejas.

—Y ¿no iba a morderme mi pescuecito? —me dijo la señorita cuando terminó de sonarse.

Y yo apenas tuve el valor de decirle:

—Vaya tranquila, vaya tranquila, me acordé que hoy es mi noche de ayuno...

—Pero, verá señor, —me dijo— de ganita se preocupa, sólo es una gripe común, no es la aviar, ni la A1H1, ni nada de eso...

—No importa —le repetí— vaya tranquila, no me acordaba que estoy tomando unas pastillitas...

— ¿Y eso que tiene que ver con el mordisquito que iba a darme? — insistió la casi obesa—

—Bueno, no le alargo el cuento. No pude morderle a la gorda...

A estas alturas del partido, como dicen los locutores de fútbol, yo me había recuperado totalmente y podía ya opinar con acierto. Por eso le pregunté:

—Su mamá, ¿era gorda o flaca?

— ¿Y a qué viene esa pregunta? —me dijo sorprendido.

—Es que he pensado que su imposibilidad de hincarle el diente a la donosa señorita a la que hace referencia, pudiera no deberse a un miedo al contagio, sino a alguna fijación infantil con la figura de su mamacita o incluso de su abuela...

— No, doctorcito, no —respondió con un tono lastimero— fue el miedo a contagiarme lo que me paralizó. Allí estaba el pescuecito lindo, blanco, y regordete, ofreciéndose generoso como escote de la Kim Novak en sus buenos tiempos, y yo inmóvil, incapaz de cerrar la boca, pensándome ya contagiado por quién sabe qué enfermedad. ¡Cómo iba a tomarme una sangre agripada!

—Pero, mi estimado vampi —le dije— ¿Puedo decirle así, por abreviar, nada más?

—Trátame como quiera, galeno, pero cúreme.

—Bueno —continué—. Debo hacerle una pregunta importante. ¿Cómo ha conocido hasta el día de hoy que la sangre que iba a sorber estaba sana? ¿Cómo sabía que eran inocuos esos globulitos rojos?

Nunca creí que una pregunta tan sencilla pudiera conmocionar tanto a una ¿persona?

Se sacudió en el diván, se contorsionó, gimió y cuando pudo hablar me dijo con una voz más triste que el trino de un pájaro huérfano que, por ausencia de sus progenitores, presos tal vez en alguna dorada jaula, permanece abandonado en alto nido próximo a la muerte ya sea por hambre o por caerse de allá arribota.

— ¡Doctor, usted me ha matado! ¡Nunca había pensado en lo que me acaba de preguntar! Sencillamente escogía al donante y allí le daba. ¡Pero ahora! ¡Pero ahora...! Realmente ¿qué puede indicarme con seguridad que el posible donante no haya tenido hepatitis en alguna época de su vida...? ¿O incluso ese SIDA que está tan de moda? ¡Me mató, doctor, me mató! Usted puede estar seguro que moriré de hambre ¿o debo decir de sed?

—Por favor — le dije con tranquilizadora voz profesional— sólo estamos en la primera cita. Ya verá cómo le curo y usted puede nuevamente volver a sus andadas nocturnas. Por ahora tome estas pastillitas que le van a moderar su angustia. Unita cada noche, cumplidamente antes de acostarse. ¿Ustedes se acuestan o se cuelgan? si me permite la pregunta.

—Nos acostamos, doctor, nos acostamos — me dijo entre algo deduje eran sollozos vampíricos.

Lo que no le dije era que las pastillas que le di eran de esas de valeriana con ajo y otros ingredientes. ¿Si servían para curar casi todos los males de los alemanes, por qué no iban a reducir la angustia de un vampiro rumano?

Cuando salió de mi consultorio esa primera vez, era un ¿hombre? abatido por una inmensa angustia. Su elegancia no conseguía ya disimular el dolor. Se puso unas gafas muy grandes y muy oscuras que me dijo eran para disimular sus lágrimas (Los vampiros también lloran), pero sospecho que también ser-

virían para protegerse de los rayos solares, inclementes en esa hora y época del año.

En el cuarto de hora que dedico a mis anotaciones tan solo puse:

- Un caso de hipocondría inicial, con tendencia a agravarse.
- Dato interesante: el paciente dice ser un vampiro y por los colmillazos que me mostró, creo que lo que dice es cierto.
- Tratamiento probable: el consabido cognitivo conductual reforzado por alguna clase de tranquilizantes.

Regresó muy cumplidamente en la fecha que habíamos fijado. Vestía el mismo traje elegante de la primera vez, pero ahora ya no le quedaba tan bien pues además de que estaba arrugado, había adelgazado bastante.

—*Parece que no nos estamos alimentando muy bien* — le dije, ni bien se recostó cansadamente en el diván.

—*Así es, doctorcito* — me respondió — *no se puede vivir solo de sopitas...*

—*Pero, ¿y por qué solo sopas, Ulrik?* — le dije para no usar el apelativo de vampi, porque pensé que podría malinterpretarme — *¿Por qué no unos buenos pedazos de carne o un pollito al horno, o unos camaroncitos de esos que me dijo le gustaban?*

— *¿Y quién me garantiza que la vaca no estaba con aftosa? ¿O que el pollo no había contraído la pepilla, o la buba o la New Castle, la coriza o el moquillo? ¿Camarones? ¡Con lo contaminado que está ahora el mar...!*

— *Bueno, bueno* — le respondí cuidándome mucho de decirle que tenía toda la razón, pero que, los posibles gérmenes de la carne mueren cuando se la cocina adecuadamente—. *¿Y un arrozito? ¿Unas papitas?*

—*Sí, puede ser, pero ¡cuánto extraño la sangre fresca...!*

— *¿Sabía usted que en ciertos lugares del Ecuador se come un yaguar loco buenísimo? Usted, como hombre culto que noto que es, debe saber que yaguar es sangre. Sí, un loco con sangre. ¿Acaso no le bastaría con eso...?*

—*Lo mismo de antes, doctor, ¿quién me garantiza la sanidad de la res o del animal que sea?*

—*La sanidad municipal, por supuesto* —le respondí.

—*¡Ay, qué ingenuo que es usted* —dijo y se sumió en un profundo y largo silencio que solo fue interrumpido cuando le pregunté:

—*¿Y cómo le sentaron las capsulitas que le di? ¿Le tranquilizaron un poquito? ¿Sí?*

—*Sí, doctor. Sí me tranquilizaron. Si las sigo tomando moriré tranquilito...*

—*No se va a morir, ni mucho menos, porque ahora es cuando empieza su recuperación. Vamos a atacar directamente la fuente de su miedo al contagio...*

—*¿Va usted a atacarle a la gordita?* —me preguntó.

—*¡No, Ulrik, no! Vamos a darle unos consejos que le permitan seguir viviendo y bebiendo...¡i...ji.. feliz. ¿Le parece?*

—*Me pongo en sus manos, doctor* —me dijo, resignadamente.

Yo había pensado mucho de cuál debía ser el proceso, si largo y lento o rápido mediante una terapia de choque. Opté por el segundo, por ello, le dije:

—*Sabe. He meditado mucho en su caso, y creo que lo primero que debo proponerle es algo que seguramente no le va a gustar. Pero, comprenda que necesitamos ganar tiempo, porque al fin y al cabo las enfermedades como la suya, porque la suya es una enfermedad, no vaya a creer que no, requieren de tiempo y de paciencia. Pero como usted está alimentándose mal, a lo mejor mientras estamos en el tratamiento se le ocurre morir y eso no estaría bien. Por eso, lo primero que tenemos que hacer es combatir su falta de alimentación. Pero para evitar las torturas y las dudas de su mente le voy a recetar, por ahora, una dieta exclusivamente a base de verduras. Sí, solo verduras, para que nada le recuerde el color rojo de la carne, de la sangre. Verduras, verduras y verduras. Unos buenos brócolis, unas abundantes coles, vainitas... en fin... ¿Qué le parece?*

— ¿Verduras...? ¿Solo verduras...?

— *Sí. Coles, espinaca, brócoli...*

— ¿Verduras...? ¿Solo verduras...?

— *Hasta medio sordo creo que se ha vuelto* — le dije y me arrepentí, porque a los hipocondriacos no hay como mencionarles ninguna enfermedad — ***SÍ, verduras. ¡VER DU RAS!***

Se levantó del diván y creo que estaba dispuesto a mordirme, pero yo había previsto esa posible reacción y estaba prevenido con una estaca larga y bien afilada en mi mano izquierda, y con un pequeño combo en la derecha.... Por si acaso...

— ***¡Médico de mierda!*** — me dijo mientras salía furioso no por la puerta, sino por la ventana.

No lo volví a ver por mi consultorio, pero supe que se había curado —no sé cómo— porque por esas coincidencias que solo se dan en la literatura de ficción, pocos días después, en una fiesta, vi a una señorita algo entrada en carnes, que trataba de disimilar en su pescuezo, con una hermosa bufanda de seda, la huella clara de un mordisco de vampiro.

Me acerqué y medio tapándome la nariz, porque en la rojez de la suya, en sus toses y abundante moquera se le veía que tenía una gripe del carajo, le pregunté:

— ***¿Podría decirme, mi estimada señora, cómo se hizo esas heridas?***

Como sabía que era un científico, no se extrañó de mi pregunta y, esforzándose por ser clara, mientras tosía y tosía me respondió, muy contenta:

— ***¡No me las hice, doctor! ¡Me las hizo el Ulrik! ¡Anoche...!***

El Día del Árbol y una historia de amor inmortal

El día había llegado. ¿Era un día esperado? No había una respuesta definitiva. Si las circunstancias hubieran sido diferentes... Si el dinero con el que se contaba al inicio de los preparativos hubiese estado disponible hasta el final, para festejar a los árboles como se merecían y como había sido planificado en las largas reuniones de creatividad total del ministerio de la Suma Causa. Si...

Sí. Entonces todo habría sido distinto. Habría niños y escuelas. Payasos y globos. Caramelos, piñatas... torta...

¿Quién tuvo la culpa que faltara el dinero? ¿La vieja partidocracia que ya hace muchos años carecía de toda clase de poder? ¿El imperialismo yanqui culpable de casi todo lo malo que pasa en el mundo? ¿El neoliberalismo? ¿El Socialismo del siglo XXI? ¿Las nuevas derechas racistas? ¿La corrupción? ¿Las ONGs? ¿La bancocracia? ¿La corrupción? ¿La excesiva burocracia? ¿La baja del precio del petróleo? ¿El pago de los intereses de la deuda? Hay respuestas claras, pero este no es el lugar para darlas. No por miedo, sino porque las decisiones políticas estúpidas que nacen no de las neuronas, sino del hígado, los riñones y el mal de estómago, no son para reír, sino para llorar...

El lugar escogido para el festejo austero era el Parque de la Madre. Los criterios que habían primado para elegirlo eran, por una parte, el no mayor número de árboles, por otra, una relativa abundancia de concurrentes y, sobre todo, porque no estaba muy lejos de las oficinas del ministerio.

Los funcionarios que iban llegando para estar puntuales a la hora fijada para el inicio de los festejos, pensaban en lo que pudo haber sido y no fue.

El Parque del Paraíso era más grande, tenía más árboles y tenía más concurrentes, pero había sido desechado con buen sentido común: su mayor distancia haría menor la presencia de funcionarios.

Ahora algunos de ellos, como Eleuterio, venían con su esposa.

Doña Perpetua Filarmónica Anchundia y Anchundia le había dicho muy seria:

—Este festejito no me lo pierdo por nada. Quiero ver si son tan valientes y cantan mi canto...

— ¡Por favor! ¡Quédate! —le suplicó Eleuterio— Sabes bien que la falta de dinero hará que el festejo no sea como lo habíamos planificado. ¡Por favor!

— ¡Ni lo sueñes! Fíjate que ya hasta me he conseguido un pañuelito verde para estar a tono con... vos sabes... con... este día tan ecológico...

La mayoría llegaban solos. Asistían seguramente muy motivados por las palabras de su jefe el día anterior:

—Ustedes y ustedes bien saben que nadie (sic) les obliga a asistir a los festejos del día de mañana en el Parque de la Madre. No es que la asistencia sea obligatoria ni que se les vaya a correr lista como dicen los envidiosos de nuestras realizaciones. No. De ninguna manera. Pero también es claro que vuestra (sic) ausencia sería muy mal vista. Podría claramente interpretarse como que tan solo están trabajando por el sueldo y no en busca de los grandes objetivos de nuestra causa, por la realización del “PROYECTO”. Y recuerden que nosotros no tenemos “una” causa. Somos del ministerio de la “SUMA” Causa. Esa causa que se resume, ni más ni menos que en buscar diferentes maneras de hacer que los ecuatorianos y las ecuatorianas sean felices. La ausencia de alguno de ustedes, de seguro que no contribuiría a la felicidad del Ecuador, porque podría ser causa de la infelicidad de la familia del ausente... No porque no se les renueve el contrato anual, ni nada de eso, sino porque sus familiares se sentirían profundamente infelices, al ver que ustedes no han tenido el valor de concurrir a los festejos que, sin dinero, pero sí con mucha imaginación hemos preparado, etc. etc. etc.

Y allí estaban. Intentando aparecer con un rostro imperturbable ante las circunstancias. Saludándose. Animándose.

— ¡Por fin llegó el día...!

— ¡Sí! ¡Por fin! ¡Por fin!

—Lo celebraremos como se debe...

— ¡Y eso que no tuvimos plata...!

— ¡Pucha...! ¡Ahí sí que hubieran visto lo que es bueno...!

—Pero no importa. Por algo somos creativos...

— ¡Claro...! ¡Claro...!

Doña Perpetua Filarmónica, con su pescuecito verde (por el pañuelo) se paseaba libremente y venía de rato en rato a cuchichear algo al oído de su esposo.

— ¡Han venido toditos! —le susurró una vez.

— ¿Y qué esperabas...?

— ¡No sé...! ¡No sé...!

—Bueno, bueno. ¿Y por qué no vas a conversar con alguien...?

— ¿Con quién pues, si soy la única leal y fiel esposa que ha venido?

—No es cierto. La esposa de mi jefe también está...

—Sí, claro. Pero fíjate la cara de furia que tiene...

—No seas mala boca. Doña Alegría siempre es así...

— ¡Ah...!

Su conversación se vio interrumpida por la bien timbrada voz de la comunicadora social del ministerio, especialmente vestida y decorada para la ocasión. Zapatos y medias verdes. Faldita verde brillante. Blusa verde con dibujo de hojas verdes en diferentes tonalidades. Uñitas verdes. Solo el pelo se escapaba del verdor general pues mantenía su color natural: negro.

—Señoras y señores. Distinguido público. Les pedimos tan solo unos momentos de atención porque vamos a comenzar con el programa que con motivo del Día del Árbol ha preparado para ustedes el ministerio de la Suma Causa...

— ¡Ah... por eso ha sido que están aquí toditos estos pipones! — comentó sin perder el paso un marchista con el compañero con el que se preparaban para algún campeonato

Tuvieron que callar no porque alguien les hubiera escuchado y amenazado con meterlos a la cárcel o demandarlos por varios miles de dólares por lanzar ofensas contra funcionarios públicos, sino porque ya se oía lo que había sido anunciado como número inicial: “...**el Himno Nacional coreado por los asistentes.**”

Ya se oían los tu ru ru ru ru ru ruuuu....tu ru ru ruuuu. Tu ru ru ruuuuuu u Tu ru ru ru ru ru ruuuu tu ru tu ruuuu que precedían al “*Salve oh Patria...*” Por eso callaron. Se frenaron y, ellos también, cantaron las sagradas notas.

Cuando estas terminaron en el casi siempre deslucido: “**más que el sol contemplamos lucir...bum, bum bum**” se escucharon algunos aplausos. ¿A quién o a qué? ¿...? Hasta se oyó algún:

— **¡Bravo! ¡Viva!**

— **¡Viva el Día del Árbol...!** —coreado por uno o dos asistentes.
La presentadora anunció el siguiente número:

—**Palabras del señor doctor don ... director de la Oficina Regional del Ministerio de la Suma Causa en el Azuay, quien ha sido delegado por el ilustrísimo señor ministro para que tome la palabra en su lugar, pues motivos ajenos a su voluntad le impiden estar presente en este acto como era su ferviente deseo. Con ustedes el señor, doctor, don...**

El señor, doctor, don se acercó al micrófono, le dio unos golpecitos para ver si funcionaba y luego de esta comprobación procedió a sacar del bolsillo interior de su casaca verde, con total impudicia, bastantes hojas cuidadosamente dobladas.

— **¡Putá! ¡Qué bestia! ¡Ese mundo de hojas...!** —no pudo dejar de exclamar alguno que estaba lo suficientemente cerca como para apreciar el fajo de hojas A4 que desplegaba el sádico.

Por suerte para los asistentes cuyas cabezas empezaban a calentarse por el sol andino y la abundancia de rayos ultravioletas, productores de cáncer, el señor, doctor, don era bastante miope y bastante vanidoso. Estos dos factores

hacían que las hojas estuvieran escritas ni más ni menos que en letras de gran tamaño y a doble espacio.

Y por suerte para los lectores, no les transcribiré el discurso del señor, doctor, don pues a estas alturas ya deben conocer su pensamiento y su estilo. En esta solemne ocasión insistió en que: *“...los festejos no pudieron tener el esplendor deseado...”* *“...muchas ideas quedaron muertas en el tintero, ahogadas...”* ¿...? *“...hubo realizaciones que solo quedaron en palabras...”* ¿...? *“...la culpa de la larga noche liberal...”* y así, sucesivamente.

Solo les transcribo, por su importancia, su frase final, ya cuando las cabezas de los asistentes ardían y no precisamente de entusiasmo.

— *“Y ahora, permítame mi querida N.N. (se refería a la comunicadora del ministerio), que le robe su puesto y que le robe su trabajo, pero es que la emoción me embriaga (sic) y quiero ser yo el que con mi propia voz, cansada, pero emocionada, les anuncie de una sola vez los dos números finales de este magno festejo: el canto por el Día del Árbol que hemos preparado y el homenaje que los funcionarios de este ministerio haremos a todos y cada uno de los árboles de este parque, corazón de Cuenca, mejor dicho, pulmón de la ciudad. Por favor, compañeros y compañeras, nuestro emocionado canto de homenaje a los árboles en su día onomástico.”*

Y, valientes y disciplinados, con una uniformidad que denotaba a las claras varios días de ensayo, los funcionarios del ministerio de la Suma Causa comenzaron:

*“¡Cumpleaños feliz
A toditos los trees!
¡Mi Ecuador ya es feliz,
Festeejaaaando aaaa looos trees!”*

Doña Perpetua Filarmónica Anchundia hacía esfuerzos para no reírse y le codeaba a su marido que con los ojos cerrados entonaba ese innovador Happy Birthday.

Eleuterio, antes de salir de casa le había asegurado:

—*De asistir, asisto. ¡Cantar! ¡Nunca!*

Y ahora estaba allí, con los ojos fuertemente cerrados cantando la creación de su esposa, claro, con el aditamento de: **“Mi Ecuador ya es feliz”** del que ella no sabía nada hasta esos momentos.

Cuando acabó el novedoso Happy Birthday y doña Perpetua Filarmónica se preparaba para aplaudir feliz, sobre todo porque pensaba que había terminado el sufrimiento de su querido esposo, todos los ministeriales, sin preámbulos, continuaron: :

¡Se están poniendo viejitos!
¡Se están poniendo viejitos!
¡Se están poniendo viejiiiiiitooooos!
¡Y no necesitan bastón!
¡Y no necesitan bastón!
¡Los trees que lindos que son!
¡Los trees que lindos que son!

Doña Perpetua Filarmónica que en esos momentos representaba a todo el pueblo ecuatoriano no sabía ya si reír, llorar o aplaudir. Aplaudir era lo socialmente correcto, pero la risa le nacía desde bien adentro aunque estaba rodeada de seriedad y solemnidad...

No tuvo que hacer nada, porque el señor, doctor, don tomó nuevamente el micrófono, sin darle los golpecitos correspondientes, y dijo con voz entrecortada y varias lágrimas en los ojos:

— *¡Gracias! ¡Gracias! ¡Muchas gracias! Ahora, amigos, rindamos nuestro homenaje a todos y cada uno de los árboles que nos rodean* — y, sin decir nada más, se lanzó hacia un robusto eucalipto que era el árbol que más cercano tenía y lo abrazó, acarició y regó con sus lágrimas.

Su esposa, doña Alegría, le tironeaba de la manga mientras le decía en una voz lo suficientemente alta como para que le oyesen algunas pocas personas:

— *¡Ya vamos a la casa! ¡Carajo!*

Eleuterio y los demás funcionarios del ministerio comenzaron, ellos también a dar un abracito a los árboles pequeños y un abrazo más grande a los más grandes. Como correspondía.

Doña Perpetua Filarmónica iba detrás de él, como esposa cariñosa que era y le había prometido amarle en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad e incluso en los festejos del Día del Árbol. Pero no dejaba de preguntarle, sonreída:

— ***¿A cuántos más tienes que abrazar? Ji..ji..***

— ***Ya con este acabo...*** —dijo Eleuterio apenas rozando a un álamo medio flacuchento que no le agradeció la atención.

Tomó del brazo a su esposa y medio se despidió del colega que tenía más cerca diciéndole:

— ***Le dices al jefe que ya acabé y que estoy medio insolado...***

Su colega en esos momentos se esforzaba en consolar a un sauce llorón y no le respondió nada.

Eleuterio avanzaba con la cabeza baja, rápido, queriendo alejarse lo más pronto posible del Parque de la Madre.

— ***¡Lo que uno tiene que hacer para ganarse la vida...!***

— ***No te quejes tanto*** —le decía Perpetua Filarmónica — ***Los abracitos estuvieron lindos. Si hasta hice una rima: ‘Después del ardiente abrazo, muy felices están los capulises.’ ¿Qué te parece?***

— ***¡Ya, déjate de chistes! Y vamos antes de que nos vea más gente.***

— ***¡Puuuhh! Si de eso te preocupas, te fregaste, porque muchos tomaban fotos con los celulares y ya debes estar en el Facebook, con bastantes likes.***

— ***¡Claro! ¡A vos todo te parece un chiste! ¡Pero yo! ¡Yo soy un intelectual reconocido...!***

—*Reconocido y desde hoy además cantautor del hermoso himno bilingüe: “...a toditos los trees...”*

—*Ya sé que eso lo hiciste vos, pero yo le puse el versito de: “Mi Ecuador ya es feliz...”*

—*¡Huy! ¡Qué creativo!*

—*¡Tenía que hacerlo...!*

—*Sabes, marido. Y esto ya en serio. No creí que fueras tan valiente de cantar. Con lo desentonado que sois. Hasta pensé que debía ayudarte, pero me dio mucha vergüenza y callé...*

—*Y si no asistía y cantaba, de seguro me cancelaban...*

—*¡No digas eso, marido! No te hubieran renovado el contrato, no más... Oye. Y eso del: ‘Se están poniendo viejitos’ ¿También fue tuyo?*

—*Sí...*—respondió Eleuterio profundamente avergonzado.

Contra lo que se esperaba, su esposa no se rio, sino que le miró con un inmenso amor y le dijo:

—*Te agradezco, Eleuterito. Te agradezco estos duros sacrificios que haces por nosotros* —y una lágrima pequeña rodó por su mejilla mientras se aferraba a su querido y esforzado esposo y avanzaban hacia la tranquilidad y seguridad de su hogar.

Callaron mientras recorrían la avenida 12 de Abril y miraban al río Tomebamba: “*A la vez la vena cava y a la vez la arteria aorta de la ciudad*” como había dicho algún orador del pasado.

—*Sabes, Eleuterio. Te voy a dar un premio...*

—*¿Un heladito de paila...?*

—*¡No! Un premio intelectual.*

— ¡Ahh...!

— *Las últimas cositas que has escrito, me gustaron bastante pese a que vuelve a aparecer el vampiro Ulrik...*

— *¿Lo dices en serio o por consolarme?*

— *Sabes que en esto nunca te miento.*

— *Entonces, muchas gracias. Pero... ¿y el heladito...?*

Y fueron a degustar un helado de paila con sabor de guanábana.

Entre lamida y lamida, Eleuterio le contó que ya solo pensaba escribir una narración más para terminar su novela.

— *Entonces, si es la narración final tiene que ser bien linda.* — le dijo Perpetua Filarmónica.

— *¡Claro...!*

— *Verás: ¡tiene que ser linda y tener un final lindo! ¡Nada de finales feos como ese del Colmillo! ¡No...! ¡Un final lindo!*

— *Intentaré...*

— *Y que cuente de un amor grandote...*

— *¿Como quien dice de un amor inmortal como el de Romeo y Julieta?*

— *Sí, o como el nuestro. A prueba de todo.*

— *Voy a intentarlo, mujercita. Lo dedicaré a ti...*

Sabemos que Eleuterio entregó a los pocos días a su querida esposa su último escrito porque es este que ahora van a leer. Sabemos también, que al terminar de leerlo, doña Perpetua Filarmónica Anchundia y Anchundia le dio un inmenso abrazo, que lo decía todo, mientras de cada uno de sus lacrimales brotaban abundantes lágrimas furtivas.

Romeo y Julieta

A mi esposa.
Con amor.

— ¡Julietaaaa! ¡Julietitaaaaa! ¡Julietushca...!

La voz del anciano rebotaba entre las paredes de la mansión. Iba de cuarto en cuarto en busca de Julieta.

— ¡Ya voy! ¡Ya voy! — se oyó.

Romeo estaba recostado en una cama a la que se podía calificar de solemne: amplia, con cortinas que caían por los lados como aislándolo del mundo.

— ¿Qué te pasa, marido? ¿Qué quieres? — dijo Julieta, abriendo las cortinas y sentándose en la cama.

— ¿Puedes ponerme la pomada esa para el dolor?

— ¡Claro! ¿En dónde esta vez?

— *Acá, en la espalda. Allí se ha concentrado ahora esa punzadita...*

Julieta, con inmenso cariño y pocas fuerzas ayudó a su esposo a ponerse boca abajo y levantó la camisa del pijama. Tomó un frasco del velador, se untó dos dedos de la mano derecha, mientras con un dedo de la izquierda le aplastaba diversos lugares de la espalda tan conocida a la vez que le preguntaba:

— ¿Aquí...? ¿Aquí...? ¿Aquí...? ...

— *Ya te estás yendo muy abajo* — le dijo sonriendo Romeo. — *Solo te pedí que me pongas un remedio para el dolor, no que intentes excitarme...*

— *¡Ilusiones del viejo!* — dijo a su vez Julieta sonriendo — *¡...ilusiones del viejo!*
¿Aquí...?

— ¡Sí, allí!—

Y frotó con la suavidad y la fuerza precisa; con esa exactitud que le habían dado todos esos tiempos de atenderlo en sus males y dolores progresivos.

— ¡Gracias, Julieta! ¡Gracias! Ya está bien.

Permanecieron callados hasta que Romeo le dijo que ya podía moverse y quería sentarse.

Su esposa le ayudó a bajar de la cama y llegar al sillón que le recibía en sus mejores momentos.

Julieta tomó la mano de Romeo, no la acarició ni nada de esas efusiones del pasado. Simplemente la tomó y le transmitió todo ese amor que se tenían y que los había hecho mundialmente famosos.

— ¿Has pensado alguna vez lo tonta que es toda esa historia de nuestros suicidios?

— ¡Claro, marido! ¡Muchas veces! No sé a quién se le ocurrió, pero todos creen que es cierta.

—Yo creo que fue cosa de tu familia. No podían aceptar que una hermosísima Capuleto se escapara con un feo Montesco y comenzaron a lanzar cuentos y cuentos...

—Puede ser. Puede ser. Sí, recuerdo que mi papá me decía que me preferiría muerta antes que casada con...

—Bueno, bueno ¿Y por qué decían en tu familia que nos odiábamos tanto?

—De verdad, no lo sé. Era muy niña cuando oía todas esas historias de que los Montesco eran así y asado, que eran malísimos, que eran unos ladrones, unos feos, unos asesinos, unos... ¡y las Montesco...! ¡Huy...! ¡Ni se diga...!

— ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! Yo también oía cosas parecidas de tu familia, pero ¿por qué se odiaban? Algún criado viejo me dijo que era porque tu familia le había robado a

la mía unas tierras, en un pleito de esos en los que la justicia se inclina a un lado, sin razones; pero unas tierras no deberían ser el precio de tanto odio...

—Yo, en cambio, oí algo de que un tatarabuelo tuyo o algo así, le había humillado a uno mío, en público, abusando de que tu antecesor era un gigantón bastante bruto y el mío, en cambio era un hombrecito flacuchento...

—Eso es más creíble, al fin y al cabo los Montesco siempre hemos sido unos lindotes...

— ¡Con excepciones, marido! ¡Con excepciones! ¡Como vos que si no fuera por ...

— ¿Por mis hermosuras ocultas e íntimas, Julietita?

— ¡Ya está de nuevo el viejo verde! ¡Si no fuera porque yo fui una tontita que me enamoré! ¡Por eso, marido! ¡Únicamente por eso!

—Pero te enamoraste porque yo era guapísimo...

—No creo. Me enamoré cuando era una niñita tonta, en esa edad en la que una se enamora de la primera persona del otro sexo que le ve a una medio diferente y vos me viste así...

— ¡Ah, cierto! ¡Yo tenía lo que se dice una mirada tumbadora...!

— ¡Y una cara llena de espinillas! ¡Y una timidez que se te notaba en el sudor de tus manos! Y estoy segura de que ni siquiera me hubieras saludado, si no fuera porque tu amigo -ya ni me acuerdo cómo se llamaba- te hubiera empujado hacia mí. ¿O crees que no lo noté?

— ¿Te acuerdas, no? Es cierto que me dijo algo así como: “Fíjate en esa Capuletito, si no está como para comerse”. Yo recuerdo que le dije: “¿Comerse? ¡Pero si está bien flaquita!” Y nos reímos y, cierto, me acerqué medio tembloroso y te dije: “Me llamo Romeo ¿y usted?” Y “usted” me dijo esa vez, con una vocecita chillona: “Yo, Julieta, pero no hablo con desconocidos” y te diste media vuelta y te fuiste con esa amiguita que me caía tan mal.

—No era mi amiga, era mi prima Clarita que ni bien me vio me preguntó por qué venía tan colorada. Yo le dije: “¡Nada, nada! ¡Ese chico tan guapo me preguntó que cómo me llamaba!”

— ¡Ya ves! ¡Reconoces que dijiste: “...ese chico tan guapo...”!

— ¡Ya te dije que era una adolescente tontita! Clarita siguió preguntándome: ¿Eso nomás te dijo? ¡Pero, Julieta...! ¿No te dijo nada más? ¿Qué quería ser tu amigo? ¿Tu enamorado? ¿Tu algo...?

— ¡No! ¡Nada! ¡Solo me dijo que se llamaba Romeo!

— ¡Claro que se llama Romeo...! ¡Y me siente que ni sabes cuál es el apellido de ese hombrecito...!

— ¿Y qué me importa el apellido?

— ¡Debería...! ¡Es Montesco!

— ¡Huy! ¡Huy! ¡Huy! ¿De esos horribles que dizque son nuestros enemigos...?

—De esos mismitos y es el hijo mayor de la familia, por más señas.

—Bueno, como no va a pasar nada...

—Pero pasó Julietita, nos enamoramos como tontos y...

—Lo de enamorarse como tontos está demás, ¡Nos enamoramos! ¡Eso es suficiente! Nos enamoramos y nos enamoramos, y nos encontrábamos cuando podíamos y nuestras familias se enteraron y pusieron el grito en el cielo...

— ¡Qué expresión tan rara es esa: poner el grito en el cielo...! ¡Más claro: se enfurecieron, nos intentaron convencer por las buenas, nos amenazaron, trataron de aislarnos, de impedir que nos viéramos...!

— ¡Pero que nos veíamos, nos veíamos! Bueno, tuvimos amigos y amigas que ayudaron, claro...

—Hasta que decidimos casarnos solitos y cambiarnos de ciudad.

—Sí, allí creo que fue cuando comenzaron las historias de nuestras muertecitas.

— ¿Te acuerdas que durante un buen tiempo nuestros papás no querían saber nada de nosotros?

—Sí, pero eso era lo que querían que creyeran sus paisanos. Bien que mi mamá y tu mamá nos mandaban unas cartitas cada una por su lado, cada esposa engañando al esposo, ocultándolas del marido, según decían, pero no lo creía ni lo creo.

—Pero no duró mucho. Cuando supieron de tu aborto del que hubiera sido nuestro único hijo, vinieron enseguida.

—Cierto. Me acuerdo de nuestros padres entrando en la casa y saludándose medio forzadamente. Era la primera vez que Montescos y Capuletos se daban la mano.

—Y vieron que no pasaba nada, que no salían chispas, ni nada...

—Me acuerdo, Romeo, que vi a nuestras mamás llorando abrazadas, sin saber que yo las veía. “Puede que haya abortado por tanto que les hemos hecho sufrir”, decían, y yo les oía clarito. “Pobrecita, tenemos que hacernos las valientes por ella, decían, “... y ser amigos, amigas...” Y secándose las lágrimas vinieron a decirme que no me preocupara, que en los primero embarazos es así, que cuando se es muy joven, que cuando se ha sufrido... Les agradecí y les di un abrazote, a las dos y allí estuvimos las tres, llorando juntas de pena y de felicidad...

—Nuestros papás también conversaron. Medio secos, medio como queriendo decir que si pudieran no conversar no conversarían, pero en el fondo aliviados de ver que solo eran unos pobres hombres que se esforzaban por no llorar ante el sufrimiento de sus hijos.

— ¡No te pude dar hijos, Romeo!

—No pudimos tener hijos, Julieta.

—Pero tuvimos y tenemos sobrinos y sobrinas y primos y primas que nos quieren y nos han querido mucho, nos han visitado, han vivido con nosotros.

—*Cierto, nuestra casa casi nunca estuvo vacía.*

—*Nunca estuvo vacía, Romeo, siempre estuviste vos.*

—*Y vos...*

—*La vida se ha ido, marido.*

—*No se ha ido, Julieta; todavía está aquí, aunque chiquita. Solo se fueron las emociones y las pasiones de hace años...*

—*Estas de ahora son todavía más fuertes, marido...*

Y callaron.

Romeo volvió a recostarse en su cama. Miraba a Julieta. Ella lo conocía lo suficiente para saber que quería pedirle algo y que no se atrevía a hacerlo.

—*¿Quieres algo...?*

—*Sí, pero...*

—*Pide, Romeo, pide...*

—*Pero es que...*

—*¡Caray! ¡Me vas a hacer rabiar...!*

—*¿Podrías cortarme las uñas de los pies? Siento que ya están largas y yo solo ya no puedo...*

Julieta tomó una tijerita que ya Romeo había cuidado de tenerla al alcance de la mano y comenzó a abrirla y a cerrarla como cortando hilos invisibles.

Romeo la veía con unos ojos que parecían pedir perdón mientras le decía con voz casi de niño.

—*¡Viejita...!*

Julieta le miró los pies.

—*Ya te he dicho que no las dejes crecer tanto, marido...*

—*Es que me da pena molestarte tanto...*

—*¡Puhh! Para lo más de esto...*

Y Julieta se sentó en la cama, puso el pie arrugado de Romeo encima de sus muslos y comenzó a cortarle las uñas de los pies con mucho cuidado...

FIN

Cuenca, 30 de diciembre de 2016



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

ISBN: 978-9942-778-74-1



9 789942 778741